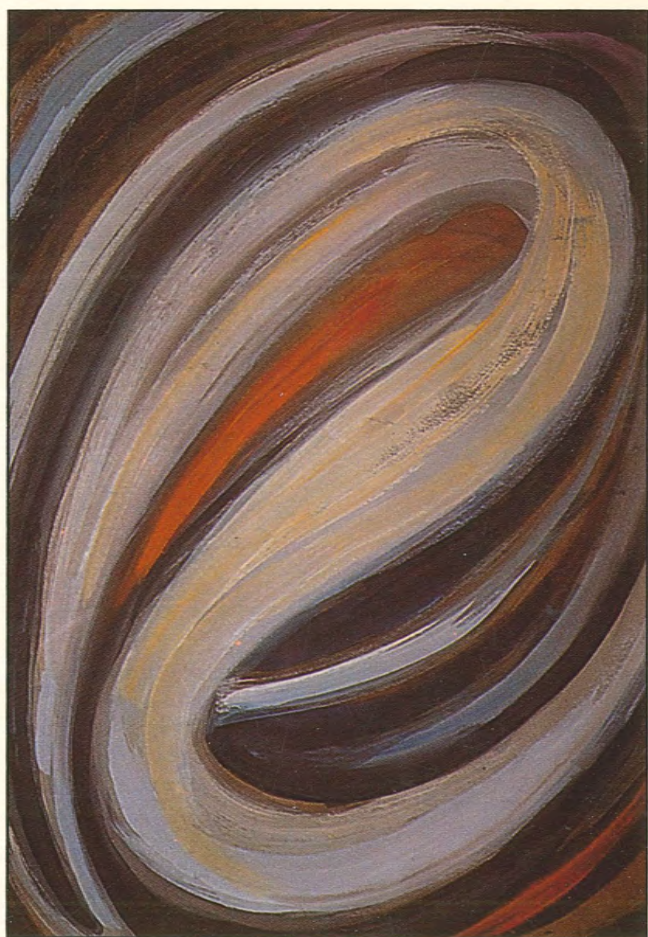


RAMÓN
MARRERO
ARISTY

BALSIE.-OVER



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS

XVII

BALSIE.-OVER

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:
Manuel Rueda

Asesor:
Dr. Jorge Tena Reyes

Ramón Marrero Aristy en fotografía de 1950.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XVII

RAMÓN MARRERO ARISTY

BALSIE.-OVER

*Estudio preliminar de
Andrés L. Mateo*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1993

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Ramón Marrero Aristy nació en San Rafael del Yuma (Higüey) el 14 de junio de 1913 y murió el 17 de julio de 1959, probablemente en Santo Domingo, aunque su cuerpo apareciera en otro lugar del país. Dejó una obra significativa y breve, cuyos principales títulos son Balsié (narraciones, estampas y cuentos) y Over (novela), que ofrece en esta ocasión y en un solo volumen la BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS.

Así, de la totalidad de su obra, quedan fuera un libro de juventud: Perfiles agrestes, En la ruta de los libertadores, que trata de la colonización de la frontera, Biografía de Trujillo y La República Dominicana (tres tomos).

Ahora es necesario que apuntemos ciertas características de la presente edición. Como principio que nos enorgullece, nos hemos apegado siempre, para su reproducción, a las ediciones príncipes de las obras, por ser las que, a nuestro entender, poseen mayor autenticidad y, por lo tanto, un margen menor de errores que permitan establecer el texto más confiable.

Dando por descontadas aquellas erratas mecánicas inevitables que constituyen el pan nuestro de cada día, nos salen al encuentro en tales textos de Marrero Aristy algunos detalles inquietantes que a veces pueden ser atribuidos a la poca relevancia que se le diera entonces al mundo de alusiones que contiene el signo tipográfico activo, como ser guiones, comillas, rechazo a la cursiva y, en ocasiones, el uso variable, y a veces caprichoso, de asteriscos y blancos como separaciones dentro de un mismo capítulo. Para unificar nuestra edición, hemos optado por la

cursiva en el caso de los versos folklóricos intercalados y de algunas onomatopeyas que funcionan a manera de ritornelo. En cuanto a las separaciones ya mencionadas, que tomamos como meras transiciones de la acción, se han respetado las decisiones del autor.

Otra inquietud, pero esta vez de orden formal, nos sale al encuentro con la diferenciación que Marrero Aristy establece de entrada en Balsié, y para piezas muy similares, entre narraciones, estampas y cuentos, llamando uno de estos últimos "Fragmento de novela", lo que agudiza el conflicto. De ser sometido a un análisis minucioso, tal vez esto pudiera dar mayores luces sobre el concepto personal que el autor poseía del tema y de lo que pudiera considerar como estructuras narrativas diferentes. A primera vista es posible que el problema quede resuelto por la extensión del relato o por el énfasis que se ponga, ya en lo narrado, ya en la ambientación. Quede esto, pues, como un reto al estudioso.

Agradecemos al escritor Andrés L. Mateo, por su conceptuoso Estudio preliminar, del que debe partir cualquier tipo de investigación sobre las técnicas y contenidos de esta obra breve y singular, contradictoria en el fondo social que la sostiene.

MANUEL RUEDA

LA NARRATIVA DE RAMÓN MARRERO ARISTY

Ni *Perfiles agrestes*, de 1933, ni *Balsié*, de 1938, ni *Over*, de 1939, son exclusivamente textos narrativos. Ramón Marrero Aristy, el autor, está demasiado vinculado a un tiempo anterior, a un ser de sus recuerdos; y la memoria aparece como un sistema completo de representaciones, que obliga a la ficción a atravesar la encrucijada del testimonio, y al tiempo puro del testimonio lo acerca a la desviación cultivada del ensayo racionalista que la realidad desborda. Se le podría encasillar en un modelo retórico que la narrativa hispanoamericana cultivó en abundancia a partir de los años veinte, pero el despliegue de un sentido trágico, y la propia vida del escritor que inclinó siempre la barca demasiado cargada hacia la desgracia, han originado que la única supervivencia posible de los textos del realista por excelencia de la literatura dominicana, asuma la dimensión del mito.

Lo curioso es que en Marrero Aristy el escándalo de la palabra literaria se levanta por la insuficiencia misma del testimonio, o por la patética distancia del ensayo; estallando como un resplandor que pone en nuestro ser el estremecimiento y la solidaridad. Es como si el panfleto revelara el poder de un lenguaje inútil, y únicamente tejiendo las soledades de los seres que pueblan su universo, se pudiera recordar lo que, en definitiva, le permite al escritor escribir. El panfleto así entendido, ha tenido cultivadores ilustres, y ha forzado la amargura a ser creativa. Es lo que ocurrió, por el costado irónico, con

Jonathan Swift. Su particular intención de enarbolar verdades y de esgrimir una viril reciedumbre en contra del error y la corrupción de su época, lo llevó a tronar despavorido en los panfletos más insolentes y explícitos que se conocen. El testimonio de Swift cubría la realidad múltiple de la opresión inglesa sobre Irlanda, en la primera mitad del siglo XVIII, pero lo que queda en pie de sus diatribas clavadas por la desilusión es lo que la literatura esculpió desde la angustia como segunda imagen.

Este péndulo, que va de la cruda realidad que se describe a su metáfora, es la armadura de la narración de Ramón Marrero Aristy. Hombre de su tiempo, signado por la acción y el pensamiento audaz, intervino notable y decisivamente en la vida política y social de su época. Se le podría catalogar como un pensador volcado sobre la realidad objetiva. Atento y agudo observador y participante febril de los acontecimientos nacionales, al tanto de las actitudes ideológicas y filosóficas del mundo, tomó partido ante ellas vigorosamente.

Su vida, y hasta su muerte, vibraron estremecidas entre el desahucio y la esperanza. Y es eso lo que refuerza lo patético de las historias que narra, las hace más fácil de ser comprendidas por los demás, por todos nosotros. En la vorágine de la "Era de Trujillo", él tenía un sello, una marca macabra que lo vinculaba conflictivamente a lo social. Marrero habita con toda naturalidad este doble plano: siendo parte del poder instituido, ejerce una implacable crítica social que obliga al lector a remitirse al autocuestionamiento. Ya veremos que hay una técnica de ocultamiento que le permite ejercerla, pero sus textos son un surtidor de tristezas y desencantos, de toda la tristeza y de todo el desencanto que puede provocar la inteligencia operando sobre la realidad. Si nos remontamos al paraíso terrenal que la propaganda trujillista pintaba para identificar el régimen, nada sería más natural que imaginar el rostro del lector paulatinamente ensombrecido ante el cuadro de miseria y desolación, que el manejo de los datos concretos va poniendo ante sus ojos tras la magia desnuda de la narración.

¿Cómo pudo esto ser posible en un régimen que había embalsamado la historia, y cuya naturaleza violenta hacía que se perdiera el tacto de las cosas?

Marrero provenía de una oleada de intelectuales que se preñó de la literatura socialista que puso a circular en el mundo el triunfo de la Revolución Bolchevique, en la Rusia de 1917. Fue un contagio común y grupos como *Paladión* enarbolaron a los cuatro vientos el estallido inocultable que les producía la presencia inminente de una transformación profunda de la sociedad. Ese dibujo iniciático del socialismo marcará, en el centro mismo del poder tiránico de Trujillo, a más de uno de los intelectuales que se encaminaban hacia el consenso despótico. Héctor Incháustegui Cabral, por ejemplo, que también entró al trujillismo con la aureola de socialista, todavía en los años cincuenta se pintará a sí mismo como un “hosco guaraguao materialista” y citará en sus poemas los nombres de Marx y de Bakunin. Sus versos, situados en el lugar de la escritura, se proyectan sobre un telón sombrío, y alteran y pervierten la relación entre el artista y el poder dictatorial.

Con frecuencia, en esta alianza compulsiva, que elimina la libertad de análisis como la libertad de la crítica, la creatividad pasa a ser un acto de servicio. Es lo que se denomina “literatura ancilar”. Pero en la “Era de Trujillo” se dio el caso de que la crítica social más significativa y provocadora de nuestro país la produjeron estos intelectuales provenientes del viejo escozor socialista de los años veinte, que habían permutado todo el furor antimperialista por el nacionalismo transfigurado de Trujillo.

Casi sin discusión, la mejor literatura social está representada por estos autores. Incháustegui, con sus *Versos del cuarenta al cincuenta*, y Marrero con *Balsié y Over*, articulan la comprensión histórica del oprimido, y hablan en su nombre, desplegando una existencia censurada por el aparato oficial, y un reclamo de justicia en el lenguaje airado del “arte comprometido”. No se puede juzgar la literatura sin alguna idea previa del hombre y de la historia. La realidad es que este revestimiento de rebeldía sólo podía realizarse en la obra literaria si pastaba bajo la mirada permisiva del tirano, único signo de amparo que anulaba todas las contradicciones; pero la imagen desalentadora del mundo, la exploración crítica de una sociedad que se concebía a sí misma como un sistema perfecto, era en ellos la forma lingüística de la reminiscencia socialista, que se desdobra como un recuerdo. Rebeldía casi

gestual, didáctica y preventiva, que por su pasado, únicamente a ellos les fue permitida.

Esta perturbación es lo que abre y cierra el espacio aparentemente lineal de la escritura de Marrero. Si existe la posibilidad de establecer un núcleo productor o matriz del relato de estos textos, es aislando en el código de la lengua con el cual están escritos, la perturbación de la rebeldía mítica que el relato visible entrelaza con la preocupación de no hacerlo confundir con una oposición al régimen.

Balsié, libro de narraciones, estampas y cuentos, que incluimos en este volumen, recupera sin mucha arquitectura esta moral del equilibrio en la que el lenguaje se encarga de acreditar el estado triunfante del presente, oponiéndolo a la triste contabilidad de la mentira del pasado.

El cuento que da título al libro, "Balsié", trabaja la inversión temporal haciendo fluir la narración, como si ésta brotara desde la mirada de un espectador que observa a través de la ventana. Fuera de esta mirada que enjuicia, los personajes no simbolizan nada, son objetos literales cuya función consiste en engendrar situaciones. "La Negrita", el figurón en quien la mirada se encarna, queda crucificado con unas breves pinceladas: *"Era aquel un tipo famoso en el barrio. Negro, pero de esos negros sin brillo; con la cabeza llena de cabellos que parecían estopa dura; los ojos sucios y enrojecidos; la nariz aplastada como si no tuviera cartílagos; los labios gruesos con un bigotillo ralo cuyos pelos eran duros y ensortijados; algunos pelos iguales en la quijada; todo el rostro picado de viruelas y el cuerpecillo gastado. Vestía un saco que demostraba haber tenido dueño más corpulento en otros tiempos, y unos pantalones que le quedaban no menos anchos; esta última prenda con las piernas enrolladas para que no le arrastrasen, le formaba bolsas en la pretina de tan ancha que era"*.

La imagen decepcionante, hecha de insignificancia de "La Negrita", es visible pero despreciada. No hay filtros, el narrador duplica el vacío, pero ese despojamiento ocioso tiene un sentido: la referencia al pasado. A través del narrar puro y simple, la mirada que cuenta hace que los pronombres narradores digan sus propios hechos:

“Esperando las empanadas que ordené freír, oía la charla de aquellos hombres, que en posiciones de pereza, recostados en la pared, acodados o echados de medio cuerpo sobre la mesa, ocupaban los tres lados libres de ésta. Como en esos días se llevaría a efecto la reelección del presidente de la República y con tal motivo reinaba mucha animación en los barrios, constantemente se hacía propaganda política con bachatas, locrios y ron, de eso hablaban aquellos sujetos”.

El texto puede leerse como una suerte de gesto teórico, que ilumina todo el pasado e ilustra en una ligera congelación en el presente. Es la filosofía de la historia del trujillismo lo que reproduce, ideología del pasado que el malentendido del espacio trujillista explotó sin piedad. El despotismo es la seguridad eufórica, rescata el pasado como una perversión, y lo condena a todo esfuerzo de explicación. La apertura del relato trabaja la presencia de “La Negrita” como la permanencia de un elemento extraño, transgresivo y perturbador, que rompe la estabilidad del mundo cotidiano y familiar; cuyas hazañas criminales narradas sin economizar crueldad, no pueden, sin embargo, llegar como un valor a su auditorio. Frente a esas atrocidades, los contertulios están como desposeídos de juicios, lejanos. Únicamente cuando las bravuconadas interpelan el presente, las respuestas de los contertulios se convierten en una inflexión ideológica gregaria:

“Pero ahora é mejor —dijo el marido de la vendedora— porque ya lo s’hombre no tienen que matá”.
—“Pue yo te aseguro que prefiero etoj tiempo” —afirmó el aguador.

Este simple registro verbal está sobreindicado en las narraciones, estampas y cuentos de Balsié. El pasado es el signo amplificado de lo inestable, el guerrillerismo, la manigua, la ausencia de paz. Y la pintura temática de estos cuadros se instala por la vía del realismo.

Reducido al estado de puro lenguaje, el procedimiento narrativo de Marrero no desorganiza la realidad. La vista es un nudo esencial en el relato, y la distancia que establece el narrador es más clara por la vía de la sociolingüística. Mientras

la legibilidad perfecta de la escena realista él la construye imitando el habla, el personaje narrador permanece siempre dentro de la norma culta. Pero el texto no esconde nada, la escena primitiva del relato preexiste como causa del texto, y ni siquiera la mirada realista e ilustrada del narrador impide el sentido que produce sin cesar esa descripción. Lo que se lee manifiesta, de por sí, las relaciones estructurales, coincide con lo dado y se capta de un modo inmediato. Leído en su reconstrucción, el signo es tomado turbadoramente, tan entrampado en la realidad que describe, que es como si le congelara un trozo, una muestra terca de vida común.

Casi todo lo que aparece en la narrativa de Marrero surge de una voluntad de lenguaje que molesta, la escena, su confirmación, es demasiado intencional para que pueda ser contrastada. Las vidas que discurren en *Balsié*, adheridas al inmovilismo que las sepulta en el ayer, no sobrepasan las dimensiones de una existencia estrecha. La anarquía de las costumbres y de los comportamientos sociales que, según la filosofía de la historia con que traba sus textos, han quedado atrás, fragmenta el circuito social, y cerca en el enmurallamiento de una existencia sin valor, toda trascendencia del sujeto.

"No había salida de El Arroyo" —clama el personaje narrador del cuento "En El Arroyo"— fijando una distancia que doblaba la vida bajo la evidencia de una determinación. Ni siquiera la lírica puede alimentar un sentido que vuele sobre el contagio de esos seres condenados. "El arcoiris que se bebe los puercos", al salir con naturalidad de la boca del cuentero Manuel Rulo, no es tanto la desproporción de una mentira, como la pequeñez de una existencia. Por eso el recurso no opera como la hipérbole de Gabriel García Márquez, que universaliza y sobredimensiona lo particular, sino que reduce y hace canija la vida y el universo sobre el que se erige.

Marrero acopia una diversidad de observaciones sobre el campesinado dominicano, con las cuales trabaja la ficción, pero que provienen del pensamiento analítico. Es evidente la visión que el positivismo había grabado sobre un cierto paradigma de campesino, muy a pesar de su proclamada formación marxista. Un cuento como "Mujeres", narrado desde la óptica de un niño de diez años, es un valor cerrado en la mentalidad campesina, por la significación y vigencia de su

misma extravagancia. Los cuentos que toma de la cantera popular, y que transfiere al flujo narrativo como mostración de una identidad, los juegos populares asimilados al paisaje como parte del decorado de una pasividad ancestral (La chichigua en el cuento "Hatico"), las creencias y ritos campesinos sustentando la bestialización del hombre y su entorno (el tam del balsié mientras La negrita fanfarronea); los dominicanismos como coraza que agita la tragedia nacional, y el hecho de que la escritura imita el habla del campesino, haciéndolo reconocer como sujeto situado, le permite al narrador transformar el argumento en literatura, y que los sujetos pierdan la siniestra obstinación del absurdo.

Sin quererlo, Marrero trasciende, de esta manera, el paradigma positivista que se había impuesto desde finales del siglo XIX en la valoración de la condición humana del campesinado, mostrándolo en su degradación como un acto cínico, postulando el reconocimiento de sus padecimientos y estrecheces como un hecho existencial. En un mundo igualmente clasificado, es esta ascensión la que da vigencia todavía a la narrativa de Ramón Marrero Aristy.

El lazo que encadena su historia, sin embargo, lo marca con los signos del arte, y el realismo sombrío de su prosa es el acta de posesión de su pasado socialista. Hay fallas, es, incluso, un lugar común admitirlas en la prosa nerviosa de Marrero. El salto era peligroso porque perseguía dar a lo real la verosimilitud formal de lo imaginario. Tránsito que la ficción debía realizar respetando la imagen de un orden, y pulsando el terror de una palabra con fronteras precisas. Si el magisterio de Marrero es reconocido, se debe a que él se jugó el goce de una literatura imposible, dejando ver con toda claridad la máscara que llevaba.

Alusiva o cargada de esa realidad, su prosa virtual sabía expresarse según reglas más bellas. En un cuento como "El fugitivo", el arpegio que teje entre la descripción y la narración, crea una atmósfera de tensión y una expectativa, verdaderamente magistral. Entre los perseguidores y el perseguido se establece un vínculo trémulo que la narración sostiene a pinceladas. Son sólo sombras, polvaredas, y pasan tan de prisa, que el celaje leve dibuja únicamente la desesperación de la fuga y la tenacidad de los perseguidores.

El cuento "Una razón" es, en cambio, los signos formales de una tragicidad de las relaciones humanas. La transformación del personaje que había "honrado" a la prostituta Minín, ocurre sobre la base de un razonamiento sencillamente asombroso. La esencia de este cuento es la "naturalidad" con la que esta "razón" justifica que la existencia se transforme en destino. El dibujo de esta servidumbre, que el narrador hace fluir con una gran economía de recursos, hiere de muerte el mito capital de las relaciones cívicas. En la escena burguesa, la esposa-objeto se deja leer por lo que la amante ofrece como posibilidad de placer, y que ella no puede darle. En la narración ella es finalmente inútil, y transcurre como un personaje referido.

Balsié anticipa la atmósfera cargante de la narración de largo aliento de Marrero. El ambiente del central azucarero, el ticket con el que se paga a la peonada, que después aparecerá en *Over*; los afanes del cronista, y la tumultuosa subversión del espíritu que frecuentemente cerca al narrador, están allí como estampas con las que se fija el carácter del hombre dominicano. Es la dialéctica testimonio/ficción/historia/imaginación/sucedan real/, que acoge el realismo de sus textos.

Pero si los personajes de *Balsié* tienen poca riqueza interior, y jamás se vinculan a un orden histórico particular, la reflexión de Daniel Comprés, que abre la novela *Over*, es precisamente lo opuesto: esculpe su vívido retrato no desde las condiciones sociales denigrantes, sino desde su riqueza interior, y se vincula conflictivamente con un orden histórico particular. A pesar del realismo, Daniel Comprés es un espectáculo a descifrar. Contrario a los personajes de sus cuentos, el itinerario de sus derrotas se acompaña de una reflexión existencialista, vinculada a un amanerado desgarramiento que le recuerda su origen:

"Heme aquí en una calle de mi pueblo. Por ella he transitado desde mi niñez, y todo esto tan familiar, tan amable ordinariamente, de repente se me ha tornado extraño".

Ante cada forma terminal del fracaso, él opone un juicio, una larga sentencia, memorializada y sublimada desde su antigua

condición de clase, que sobrevive aún en la densa acrobacia del cementerio de vivos que es el central azucarero:

“Llevo dos meses en un batey sin nombre, porque los fundadores de este central, en su afán de abreviar tiempo y despersonalizar tanto a las gentes, a los sitios como a las cosas, lo han numerado todo. Y es cierto que he matado mi hambre, pero no sé qué hacer con este hastío que me engulle día y noche”.

Al escenario ideal (“cantado por los poetas —dice— pero terrible cuando se le soporta”), lo contraponen con la realidad cruda de vivirlo. Ese vaivén es toda la rebeldía de *Over*, espiritual, verbalista, contenida en la exclamación condolidada que es la forma de solidaridad que alcanza. No obstante, ello es lo que ha hecho de *Over* la novela social clásica dominicana, la novela del sufrimiento y la explotación sin límite del proletariado agrícola industrial: el cortador de caña. Es esa mirada de Daniel Comprés, que se desliza como un soporte erguido, la que saca a la superficie las interioridades del central. Mundo purificado de espiritualidad, como ha renunciado al tiempo, intercambia en un mismo gesto, la más burda alienación del trabajador con la miseria sin límite de los instrumentos humanos que la propician. Numerables y contiguos, el central es a la fatalidad del trabajo, lo que el trabajo es a la fatalidad del trabajador.

La desgracia de Daniel Comprés es que, en medio de esa despiadada explotación, de la que es él un eslabón, la lucidez de su pensamiento no le permite ignorar su propia perversión. “Nada es estable alrededor de un hombre que se empeñe en mantenerle un rumbo fijo a su espíritu” —proclama—, con espantosa claridad, y en una atmósfera donde lo único gratuito es la muerte. El bodeguero del central tiene un papel todavía más indigno, en medio del sistema inflexible con el que se explota al trabajador azucarero. El “over” es ya de por sí una maquinaria infernal, que se suma a las duras condiciones de existencia. Pero el “sobre over” que esa misma maquinaria obliga al bodeguero a imponerle al mísero salario, salta fuera del marco de lo racional. Toda la crítica social de *Over* es la figuración inflada de esa mecánica de la perversión, que la forma bastarda de la conciencia del pequeño burgués Daniel

Comprés se niega a aceptar, aunque la practique una y otra vez para sobrevivir.

El flujo narrativo es la reflexión que, en contacto con esta pesadilla, opera sobre su ser. Recuento y definición realista que estructura, sin embargo, una cierta filosofía del objeto narrado. La caña como tema novelesco tenía en nuestro país antecedentes inmediatos, *Cañas y bueyes*, de Moscoso Puello, en 1936, por ejemplo. Pero lo que hace irrupción en el discurso realista de *Over*, es la sobredeterminación del resto fragmentario de la subjetividad que narra. Esa exactitud maníaca, esa descripción sobrealimentada de horror, ese mundo directo que cuelga conmovido del relato, es un resplandor de la conciencia, que quiere hacernos sentir la perturbación de su propio remordimiento.

Por eso todos los demás personajes penden de esa mirada, y reducen su modo de existir en el texto, a las necesidades de edificación y penitencia del personaje narrador. En *Over* no hay más que un personaje plenamente construido en el seno de sus propias contradicciones: Daniel Comprés. El resto es una constelación de fantasmas que el resultado irrisorio del existir testimonia como una decepción de la vida. Cleto, el policía del central, podrían fulgurar suspendidos de una pincelada de humanidad, pero son arquetipos. Mister Robinson, el manager del central, no es más que el roce de un mal aliento y su envoltura de desprecio; el alemán podría ser "*la figura simbólica del poder*" —como dice, cuando lo fija con la frase siguiente: "*Está borracho de importancia*", pero no es otra cosa que una variación ornamental del desprecio acartonado del manager. Brown, el inglesito, sale armado de su propia negación, y en el lenguaje único del cinismo, se hace un personaje de una sola pieza. Los bodegueros amigos que beben con él son una tipología sociológica, y hasta la propia esposa, "temblor de tórtola asustada", brota de una exigencia secreta del discurso de Daniel Comprés, y no de la condición humana.

La composición novelesca de *Over* descubre un diseño que ya estaba allí: estas vidas, el central, la explotación a los haitianos, la economía de enclave, son segmentos descubiertos de lo real. Lo que pasa es que la novela vuelve significativa una realidad que, antes de ella, carecía de ese diseño y de esa

significación. Hay cualidades que únicamente la ficción vuelve perceptibles. El central es un vacío humanizado por esos padecimientos, pero antes de esa sucesión de palabras que conforman el universo novelesco, no era claro que como sistema el "over" incluyera al explotador y al explotado. Es esa dialéctica la que describe el maleficio del central, apropiándose de un espacio que se hace luz pura, y que excluye lo indeterminado.

La crudeza de la descripción del reclutamiento de la mano de obra haitiana es un infierno dantesco que permite gestar una conciencia individual, ajena e inexplicablemente contradictoria con la moral de desquite que el aparato instruccional dominicano enseñaba. El destino puede ser la consumación de una búsqueda, a pesar de la deshumanización del enclave que significa el central, hay espejismos que dejan abierta una posibilidad de redención económica. Como el cumplimiento inexorable de un fatalismo, el picador siempre regresa. Y el cocolo también. La novela aparece, entonces, como la expresión de una distancia entre el personaje y su universo, que se colma con ironía, desconsuelo o desencanto.

Y si el haitiano y el cocolo siempre regresan, don Martín, el puertorriqueño, en cambio, jamás podrá partir. La pura escena de la nostalgia entrelaza estas vidas, que don Martín ha recorrido a la inversa. Sus hijos han nacido allí, el paisaje lejano se ha desdibujado en la memoria, los familiares han muerto, toda la argumentación de la partida se desinfla. Incluso, los bodegueros dominicanos sucumben al influjo del inmovilismo. Han dado sus vidas al central, hechos bagazos, mueren en sus alrededores, atraídos por ese residuo inocente de lo inexorable. La propia representación de la maquinaria represiva, el manager, el alemán y el inglesito; y hasta más abajo, Cleto y los colonos, sobreviven catalépticamente porque están condenados a eternizarse en esa atmósfera.

Son una multitud incongruente de destinos que la narración entrecruza, y vuelve inteligible, espectacularmente conjugadas por el central. Ese sistema de efectos, que organiza la expansión dilatada-relatada de estas vidas subordinadas al enclave del central, es simultáneamente una determinación y una sobredeterminación. Por eso, desde la palabra de Daniel Comprés, todo destino se acerca fatalmente a ese diseño.

Desdoblada y explotada, transportada al texto mediante el acto simbólico de narrar una historia, la sobredeterminación del central azucarero, y sus registros múltiples, es lo que permite explicar el nivel de crítica social que alcanza *Over*, en plena "Era de Trujillo". El significante indeciso entre un "lugar" y un "tiempo", produce el núcleo aliado siempre a esta sobredeterminación. El referente, las funciones significantes del núcleo, remiten al central azucarero, en su carácter acrónico. El gobierno aparece al final de la novela, y el narrador le da pauta de lo que debería hacer ante la injusticia:

"Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a los explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas" —dice el narrador—. Y luego, permutando al sujeto de la ficción, analiza relaciones de causa y efecto:

"Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen, y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán".

El relato de la novela sustituirá al relato que está ocurriendo realmente en el mundo, pero con el objeto de perfeccionarlo, de suplir las fallas y las carencias de la historia cotidiana. El estallido que preconiza el narrador es preventivo, y no cuestiona al régimen imperante, se involucra en un orden histórico, y experimenta una urgencia íntima de *contar* el mundo para sustituir, de algún modo, la fragmentación por la totalidad. La naturaleza retórica de la *verdad*, oculta que esa totalidad la encarna el régimen. Lo que se narra no es lo que ha sido, sino lo que podría haber sido o lo que podría llegar a ser. Ese sentido de totalidad es lo que permite pretender abarcar tanto de la vida, y posibilita que, siendo subversiva, absorba y suprima al mismo tiempo, la contradicción con el régimen.

Además, el trujillismo es, globalmente, un mito de esencia nacionalista. La felicidad del viaje del héroe trujillista reside en ese arribo, tras una cadena apretada de esfuerzos, al ser nacio-

nal. Frente al capital norteamericano, la gesta galante del nacionalismo trujillista se concretó en la compra de los centrales azucareros, o en el pago de la deuda externa, que remontó Trujillo, mitológicamente, a la génesis de la formación del estado nacional. Mundo dentro del mundo, la novela de Marrero coincide con la historia en movimiento.

Este costado sociológico ha ofrecido alguna garantía de articulación explícita de esa sucesión de lenguaje que constituye la narración de Marrero en *Over*, con el suceder real de la política trujillista de nacionalización de los centrales azucareros. Y a ello se atribuye que un texto de ese nivel crítico de lo social, tuviera tanto éxito en el despotismo. Evidentemente que en *Over* hay un significado redentorista que se inscribe en esa totalidad articulada y finalista de la ideología trujillista, pero en tanto rescata la contradicción vibrante del existir, es mucho más. Toda esa red de impresiones, de relaciones entre los seres y las cosas, de huellas dejadas por el mundo sensible, por el aspecto intrascendente de sus protagonistas, los gestos, los matices de las voces, los tonos del desconuelo, la calidad de los paisajes que retratan la crudeza de la vida, la textura de una existencia gris, las amarguras del remordimiento, el desgarramiento existencial; se incorporan en esta novela, provenientes de la realidad, mediante un acto de amor, de contemplación y participación amorosa.

Es pues una obra de arte, tan laberíntica como la realidad exterior. James Joyce llamaba "epifanías" a esas señales de algo trascendente que se anuncian en los gestos o en los hechos más pequeños. *Over* es una novela llena de epifanías. Es mucho lo que se ha hablado de los descuidos formales en que incurre el autor, y en rigor, al terminar la lectura es posible casi visualizarlos. Pero hay momentos en los que estas epifanías se levantan, y el autor acentúa el carácter ficticio de la obra, reivindica la naturaleza ficcional del relato, como para recordarle al lector que la clave de todo está en no olvidar la distancia que existe y debe existir entre la realidad y el arte. En el campo, con la novia que sueña con ser esposa, el narrador se adelanta a los acontecimientos con el monólogo interior:

"Era mi voz. Yo pensaba: 'Allá en la bodega no hay tantos mosquitos. Yo tengo mosquitero, y también uso Fly. Estoy diciéndole al peón que me ayude a descargar los pedidos del tren, que me haga una cocinita cobijada de cogollos. Cuando llueva se cocinará en la casa. La casita es como todas: el cuartito de dormir y el otro cuartito que hace de sala y comedor. ¡Ah! Voy a pagarle a uno para que me haga dos escalerillas. El piso es alto y hay que tirarse desde arriba. Es difícil subir, y ella..."

O puede rematar un rosario de vicisitudes con una expresión lapidaria:

"Y aquí sólo hay muy poco pan para el cuerpo, ¡y ron para el alma!

"Y no podemos menos que reír, porque la risa del hombre cabe en toda amargura".

De igual modo, puede dejar colgando de una pincelada, el más desconsolado trepidar de la impotencia:

"Como otros tantos, había corrido el Maratón del hambre, para caer reventado en la meta".

Más que a su obra de ficción, la condición de mito del escritor Ramón Marrero Aristy se debe a la tragicidad y el patetismo que conjugan su muerte. Yacente, al pie de la montaña, con la nuca destrozada por el balazo que el tirano había ordenado darle, la leyenda de su martirologio se levantó para oponerse al contagio de los hechos. Marrero asumía con su muerte la representación de una de las más dramáticas realidades de la sociedad de su época: la de la polarización entre la vida y la palabra. Porque fue en la ambigüedad del lenguaje, donde Marrero jugó su juego peligroso.

Murió el 17 de julio de 1959, y había nacido el 14 de junio de 1913. Tenía, pues, 46 años y conocía los sinsabores de la apostasía, y los terrores del miedo. Levantó un cerco de palabras alrededor de la naturaleza del poder absoluto, al cual

servió, y el misterio que rodea su muerte lo sembró en el absurdo de contraponer a la realidad más ignominiosa que atravesaba su pueblo, la leyenda de su propio martirio. La historia oral cuenta que en un Congreso de periodistas en el extranjero, al cual Marrero había asistido representando al régimen de Trujillo, se le preguntó sobre la Libertad de Expresión en su país, y sin inmutarse, de golpe, dijo: "no nos podemos quejar". Extrañado, el cuestionador arremetió de nuevo, y él repitió: "He dicho que no nos podemos quejar".

Periodista de larga data, trabajó en casi todos los periódicos nacionales. Además de *Balsié y Over*, que incluimos en este volumen, escribió *Perfiles agrestes*, una biografía de Rafael L. Trujillo, y tres tomos de historia dominicana, el último de los cuales, sobre la "Era de Trujillo", apareció después de su muerte. Se dice que dejó escrita la novela *El camión rojo*, pero, que sepamos, no hay certeza de ello.

Con esta publicación, por primera vez en un solo tomo, de *Balsié y Over*, el murmullo del texto explicará por sí mismo la necesidad de una escritura. Marrero es una continuidad de su escritura, que era, quizás sin que se lo hubiera propuesto conscientemente, la antítesis de esa figura de la realidad que atrapaba en la lengua.

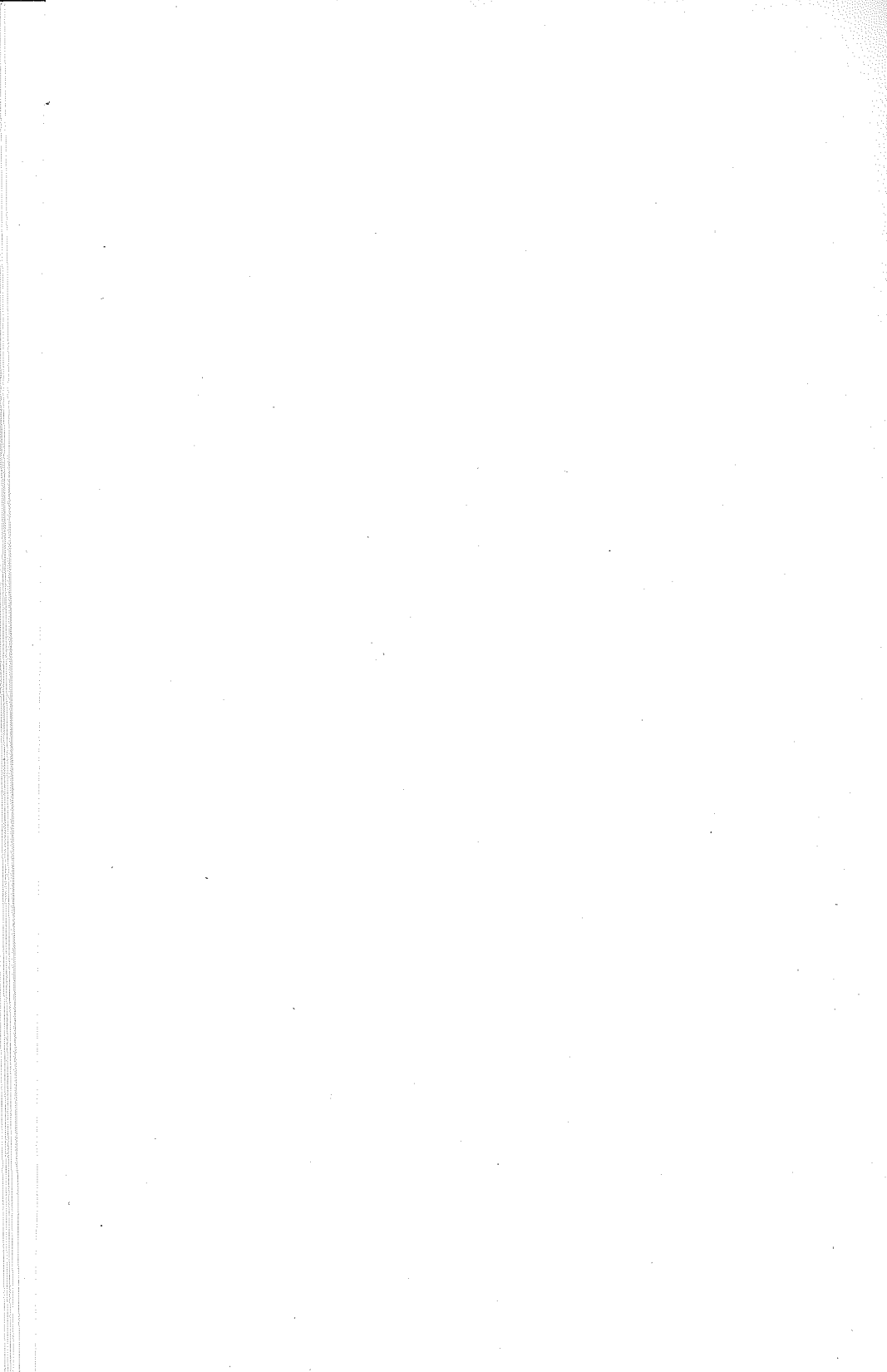
ANDRÉS L. MATEO



BALSIÉ

**NARRACIONES, ESTAMPAS
Y CUENTOS¹**

1. Editorial "Caribes", Ciudad Trujillo, 1938.



Ramon Morrero Arista

BALSIE'

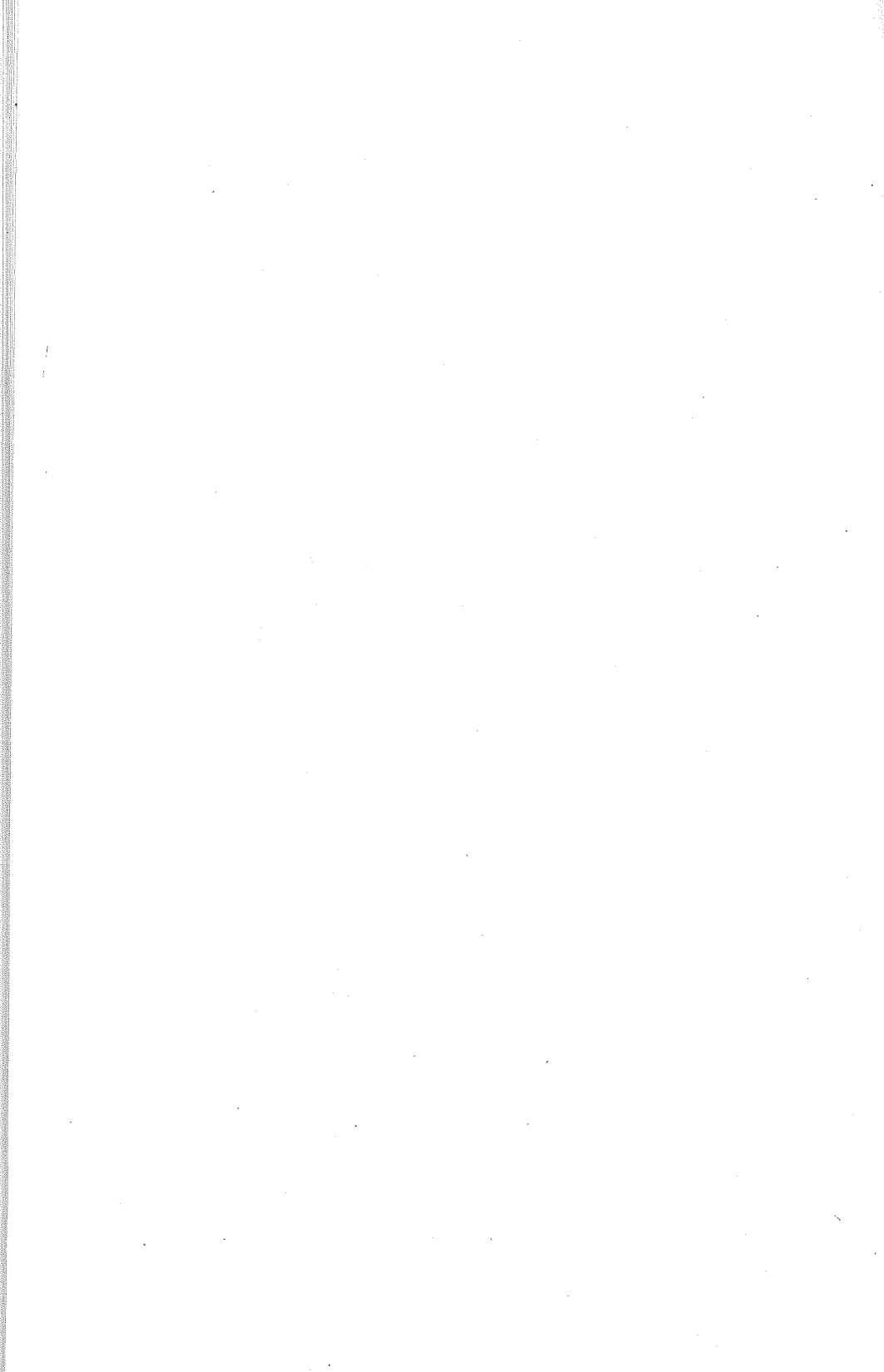
NARRACIONES
ESTAMPAS Y
CUENTOS

Editorial "CARIBES" - Ciudad Trujillo, R. D.

1938

Portada de la primera edición de *Balsié*.

NARRACIONES Y ESTAMPAS



BALSIE

Aquella noche no tenía sueño. Andaba por los barrios bajos del pueblo buscando un poco de cansancio para provocar el deseo de dormir. En una destartada casa de acera alta y derruida, manchada de moho por las lluvias y el sol, situada en la esquina de las calles A de este a oeste y Séptima de norte a sur, se bailaba merengue cibaeno. Un músico abría la boca prolongando una sílaba del canto, y con los ojos cerrados se echaba hacia atrás como embriagado de selva, golpeando una tambora. El acordeonista se doblaba sobre su acordeón y también cantaba. El del güiro se encanutaba sonándose el instrumento en los oídos, como adormecido. Tres parejas, soldadas por las cinturas, se enardecían bailando.

Transitaban por las dos calles que se dominaban desde la casa aquella, meretrices de la última escala, vistiendo trajes brillantes de diversos colores, chillando histéricas; hombres sucios discutiendo en voz alta; grupos de cantantes y guitarristas, bebidos, cantando y pronunciando palabras obscenas con voces aguardentosas y roncadas.

El espectáculo no me interesaba gran cosa porque lo había visto muchas veces. Mi vista se tendió a lo largo de la calle Séptima en dirección norte, y se clavó en la lucecita de un puesto de fritos que se veía allá arriba, casi al extremo, fuera de aquel hacinamiento de gentes. Comencé a andar por entre aquellos sujetos, dejando a un lado y a otro ventorrillos y sucias casas donde se tocaban bachatas, gramófonos y hasta radios. A medida que subía había menos gente, menos ruido, y menos olor a aguardiente.

Por fin llegué al puesto de fritos. La tranquilidad y el aislamiento de aquel lugar, me borraron casi al instante el cuadro pasado, que ya de tanto verlo no me impresionaba. Di las buenas noches, pregunté si no había empanadas calientes, y al instante la vendedora me ofreció una silla para que esperase sentado a la entrada de su habitación, sobre la calzada. La mesa adonde estaban la lámpara y la batea, se hallaba en la acera. En aquella casa vivían prostitutas que a esa hora se iban a la esquina de la calle A, y por ello todos los cuartos, exceptuando el del friquitín, tenían candados. A un lado, un anafre rojo de brasas, calentaba un gran caldero casi lleno de manteca. Una negra gruesa, de pechos y nalgas enormes, con un gran tenedor, pacientemente echaba plátanos en aquella grasa caliente, que chisporroteaba salpicando el piso de gotas quemantes.

En la puerta de la pieza que correspondía al friquitín, sentado en una silla, dormitaba un muchacho de algunos diez años; adentro, en los tres frentes abordables de una mesa rectangular que se arrimaba a la pared, charlaban tres hombres. Uno era un muchacho aguador que esperaba fritos; otro era el marido de la vendedora, mozo delgadito y perezoso que parecía odiar el trabajo, y el último, un hombrecito que respondía al mote de "La Negrita".

Era aquél un tipo famoso en el barrio. Negro, pero de esos negros sin brillo; con la cabeza llena de cabellos que parecían estopa dura; los ojos sucios y enrojecidos; la nariz aplastada como si no tuviera cartílagos; los labios gruesos, con un bigotillo ralo cuyos pelos eran duros y ensortijados; algunos pelos iguales en la quijada; todo el rostro picado de viruelas y el cuerpecillo gastado. Vestía un saco que demostraba haber tenido dueño más corpulento en otros tiempos, y unos pantalones que le quedaban no menos anchos; esta última prenda con las piernas enrolladas para que no le arrastrasen, le formaba bolsas en la pretina de tan ancha que era.

"La Negrita" era tratado, a pesar de su figura débil y ridícula, con mucho respeto. Los que le hablaban lo hacían en tono servil, y en todo el barrio se le brindaban saludos a granel. Tenía fama de sanguinario. De él se contaban historias espeluznantes de sucesos ocurridos en los tiempos de Concho². Unos

2. Se refiere a los tiempos de "Concho Primo", período que va desde la muerte

decían que era de "El Cuey"; él aseguraba ser del Cibao, de Puerto Plata; pero había quien afirmase que era de "Las Damas" del Sur, y aunque no fuera precisamente de aquel lugar, parecía ser de esa región, por su manera de hablar.

Esperando las empanadas que ordené freír, oía la charla de aquellos hombres, que en posiciones de pereza, recostados en la pared, acodados o echados de medio cuerpo sobre la mesa, ocupaban los tres lados libres de ésta. Como en esos días se llevaría a efecto la reelección del Presidente de la República y con tal motivo reinaba mucha animación en los barrios, donde constantemente se hacía propaganda política con bachatas, locrios y ron, de eso hablaban aquellos sujetos.

—¿No va j'a votá, Negrita? —le preguntó el aguador al famoso personaje.

—¿Yo? ¡Qué va! A mí me podían conseguí de ante, cuando loj gobierno se ganaban y se sotenían a balazo.

—Pero ahora é mejor —dijo el marido de la vendedora—, porque ya lo s'hombre no se tienen que matá.

—No hable caballá —volvió a decir "La Negrita"—; si dende que no se pelea lo s'hombre no son má que unoj tieto.

—Pué yo te aseguro que prefiero etoj tiempo; —afirmó el aguador.

—Eso son utede, que son uno pendejo y tan con to loj gobierno por no guallá, pero yo toy impueto a güelé mucha pólvora... ¡Concho! ¡Cada vé que me acuerdo de l'hombre qu'era yo con'un quimbo!...

Y al decir esto miró soñadoramente el techo de la casa.

—Tú matate bueno s'hombre, Negrita, —comentó el de la casa.

—Yo hice algo... —afirmó con una sonrisa el campeón de otros tiempos.

—Cuéntano alguna hitoria... —pidió el aguador.

—¿Alguna?... Tengo tanta...

—Cuéntale aquí a Simón lo que te pasó con aquello tré preso que te mandaron a llevá a un pueblo del Sur, —pidió el marido de la vendedora.

—¡J'ay cará...! —exclamó riendo el requerido—; a ti te ha gutao mucho esa hitoria. Si eso fue una pendejá solamente...

del Presidente Mon Cáceres, en 1911, hasta la intervención norteamericana de 1916, y que se caracteriza por las frecuentes contiendas civiles, y el primitivismo político de los caciques regionalistas. (A. M.).

—Cuéntala, hombre, Negrita; —pidió el otro.

—Bueno; lo que yo no hago é decí en qué lugar del Sur sucedió, porque todavía d'esa familia hay mucho vivo...

—Eso no importa, Negrita; nosotros na má queremos el milagro, aunque no miente el santo.

—Sí hombre. Precipia la hitoria.

Ante este último ruego "La Negrita" accedió. Sonrió satisfecho, se echó atrás, y comenzó así:

—Pué eso fue una pendejá; una verdadera pendejá... Pero primero le voy a contá por qué sacaron a un soldao como yo de la línea pa mandalo dique a llevá preso a un pueblo... Yo taba metío con la revolución dende un mé atrás, y dipué de haber tao arrasando monte como desesperao, tábamo toitico degarrao y decalzo. Ese día me mandaron con sei hombre a hacé una recorria po r'un camino peligroso, y tábamo agachao atrás de uno matojo, eperando a vé si pasaba algún supechoso, cuando vimo vení dó endevió a caballo. No pusimo a eperalo aguantando jata el resuello pa no epantalo y cuando ya lo teníamos ahí mimo, le salimo de golpe y le mandamo alto. La gente se pararon y enseguida le pegamo laj carabina del pecho. El general noj había prohibío atacá a lo pacífico, pero eso eran zanganá, porque naide diba a ta e n'aquel etao pudiendo conseguí ropa y zapato.

"Cuando gritamo: '—¡Ríndanse preso!', uno de lo s'hombre se tuvo al morí del mieo, pero e l'otro que venía e n'un mulo muy bueno, con n'un pendejo flú de casimir que él na má valía un capital se paró como un toro. ¡Ese era hombre bien vetío, señoren! Tenía además de aquel flusaso, un sombrero e panamá nuevecito, una liontina e n'el bolsillo del saco, guindá de la solapa, y unoj zapato nuevecito también. ¡Y guapo, el maldito! Lo relojié d'una pasá y me di cuenta de que tenía un león po r'alante. Le apreté el cañón e n'el pecho y le grité:

"¡Tesi quieto, carajo!

"Pero lo s'oyo le relampaguaban de rabia y yo le taba adivinando que era capá é desalmame a la menor petaña.

"—¡Qué quiere uté! —me preguntó.

"¡Ju!...El tono de su vo no me engañaba, y me di cuenta de que si me hacía pendejo me diba a joé, y sin pensalo má ni má, de sorpresa medio alevanté el cañón de la carabina y enseguida cojí: ¡tuá! y le reventé un tiro e n'el pecuezo... ¡J'anda el Diablo!

¿Utede han vito cómo brinca y se sanglutea un pavo cuando le mochan la cabeza? Bueno, pué asina dio un brinco aquel hombre y vino a etrallase e n'el suelo con lo caño e sangre ni un toro degollao, ensuciando la yerba. Enseguía le volé arriba y le ajuté tre culatazo en la cabeza que casi se la ejmoroné... E n'eso yo había oído soná como cinco tiro atrás y cuando jice asina y me voltié, ya lo muchacho habían debaratao al compañero.

“¡Carajo! Látima que se salpiqueó el flú. Pero asina lo cojí. Ya mi hombre taba quieto, y lo encueré. Le quité lo zapato nuevo, y con tó y medio embarrao e sangre, cojí ¡ran!, y me puse mi percha.

“¡J'a hombre tallao!... Lo pantalone daban el largo e dó pierna como laj mía, y el saco me quedaba como un capote, pero yo andaba con mi ropa, como un general.

“La Negrita” reía de buena gana al llegar a esta parte de su narración; y uno de los oyentes le preguntó:

—¿Y qué dijite cuando volvite a la tropa?

—El general me preguntó qué era lo que yo había hecho, y le dije que na, que ese flú se lo había yo quitao a u n'hombre que jallé muerto, pero que yo no era quien lo había matao.

—¿Y se la tragó?

—¡Ju!... ¡Qué va! Po r'eso fue que dipué me mandó a llevá loj preso. Me miró de pié j'a cabeza, y jalándome pa un lao, me dijo:

—Mire, Negrita: yo a uté lo quiero porque é muy buen soldao, pero si hace otra barbaridá lo afusilo.

—¿Y qué le dijite?

—¿Yo? ¡Qué le diba a decí! ¡Ná!

—And'el carai, Negrita —dijo el aguador—, pero tú era casi un creminal.

—¡J'ó! ¿y por qué?

—Porque matá a ese hombre asina...

—¡J'a caracha! ¡Pero si eso no é ná! Se ve que tú no sabe lo que é andá e n'el monte.

—Eso no é ná; ahora tú verá, —dijo el marido de la freidora—; epera que te cuente lo que pasó dipué. Sigue, Negrita...

—Pué bien —continuó el narrador—; dipué de haber hecho esa arsión, el general como que me cojió una grimita, y yo taba que no me le acercaba, porque quería no dejame vé y hablá lo meno posible co n'él, pa que se le olvidara aquello, cuando un día le trajeron tré preso... ¡J'ay cará! Yo sabía que esa gente había que mandala pa un pueblo que se había pronunciao a

favor de la revolución, y me se puso que al que diban a cojé pa eso era a mí. Así fue. El general me ñamó y me dijo:

—Mire, Negrita: coja esa gente. Se loj voy a entregá bien amarrao porque quiero que lleguen con bien... Duerma eta noche en tal parte, y al amanecé coja el camino y no se pare jata que llegue. Eso sí, no le afloje la sogá, que quiero que lleguen con bien... ¡Ponga asunto!

—¡Tá bien, general!

“Le dije aquello muy tranquilo e n’aparencia, pero má empantalonaó que el cará. Supónganse que e n’eso día diba a habé un pleito y entonce me diba a perdé del rejitro e lo muerto. Pero como la s’órdene eran órdene y yo no taba bien co n’el general, aparenté conformame y cojí el camino con mi gente...

“¡Jú!... Pero dipué de tó, la culpa no la tuve yo sólo... ¡Ahora verán!... Llegué ecureciendo al lugar que me había indicaó el general, y me paré allí. Era un campito aonde no había autoridá, ni ná. Tré o cuatro bojío saltiao como a docienta vara conuquera uno de otro. Fui aonde un endevío que me recomendó el general y le pedí lugar pa pasá la noche co n’aquella gente. Enseguida cojimo un camino que se metía pa entre el monte, jata que llegamo a un rancho deshabilitao, y me dijo que me aposicionara allí. Me apié del caballo, cojí mi tre s’hombre que diban mancornao como becerro, amarrao con lo brazo a la epalda e n’una forma que la sogá se le enterraba en la carne, y me puse a fumá. Al poco rato llegó una vieja co n’una jigüera e vívere con tocino asao que noj mandaban de cena. La vieja no se quiso sentá, ni eperá afuera. Me dijo que se diba y que a l’otro día procuraba lo trate. Dise ella y prencipiá yo a comé fue una mima cosa. Dipué que me jarté como un sinvergüenza, le repartí la sobra a lo tré preso, que comían como perro. Daba guto velo sentao e n’el suelo, con lo brazo atrás, metiendo la cara en la jigüera pa cojé lo trozo con lo diente. Bueno... pasó un rato, otro rato, y qué sé yo cuánto tiempo má, cuando prencipié a oí un balsi³...

“¿Balsiee...? —pensé yo—, ¡j’ay cará!... Verdá é que la revolución tenía tó aquello en su poder y que el gobierno taba muy

3. Tambor tubular cilíndrico de un solo parche que se coloca en la pierna de los tocadores y se sube y baja para modificar el tono. Sólo se encuentra en el litoral sur del país y es de uso específico y obligatorio para ciertos bailes, como el carabiné y la mangulina. (A. M.)

lejo; también era verdá que po r'allí no se había peliao; pero una fieta... ¡ba! La gente e j'el Diache, y dipué de tó, era sábado. Si le daba la gana... ¡Cómo no! No había que dudá. Venían clarito lo jipío del balsié

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“Señore, no hay cosa que dé má gana de fieta que un balsié. Y consideren utede que yo tenía cerca é do mese arrasando monte y pasando calamidá. No hice má que oí aquello y enseguí comencé a pensá mil cosa... Ya veía una enramá llenita e mujere, y una cantina con romo y túbano y giniebra... Veía la gente bailando. Ya me parecía oí el acordión... Y el maldito balsié:

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“¡Ju!... Prencipié a dá vuelta. —Debería dime, —pensé. Pero di una vé me acordé de loj condena o preso. —¡J'a cará! ¡Maldita sea el Diache! ¡Esa gente no me diba a dejá dí!...

“Pero volvía el balsié:

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

¡Patí, patucú!

¡Patí, patucú!

¡Ruuu! ¡Ruuu!

“¡And’el Diache! ¡Cuánta gana e bailá! ¡Ya me jormigueaban lo pié! Me taba dentrando una cosa que no me podía sutené e n’el sitio. Me jallaba que aquello taba má ocuro e la cuenta alumbrao co n’una velita e cera que me trujo la vieja; me jallaba que el bojío era estrecho, que hacía calor, y qué sé yo qué má... Y eso maldito preso ahí...”

“—¡Loj vuá dejá! —pensé.

“—¡No! —volví a pensá—. Se puen dí.

“—¡Pero qué va! —dije otra vé—; tan muy bien amarrao.

“—¡Jú!... —volví a decí—; pero eto maldito seguro de jabladore lo van a decí... Lo van a decí, y si el general sabe que loj dejé solo una noche por dime a fietá...”

“Y el maldito balsié:

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“¡J’Ave María! ¡Qué cosa señoren! Me se imaginaba otra vé la enramá. La enramá llena e gente bailando... y romo, y túbano, y ginebra, y mujere, y longaniza... Y el maldito balsié:

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

¡Guanabaná!

“Y la maldita enramá... la enramá y mujere... y romo, y mujere, y romo, y túbano, y mujere, mujere, mujere, mujere... ¡Qué cará! ¡Quién Diablo diba a aguantá má! ¡Quién Diablo!...”

“Jice asina y di una relojiá en n’el lugar. Vide lo tre s’hombre jondiao, con lo s’ojo cerrao como si tuvieran dormío, y sin pensalo mucho pelé po r’un revolvaso cacha e nácar que me había dao ese día el general, y me abajé pa pegale en la mima sien el cañón al que me quedaba má cerca. Jalé el gato... ¡Dan!... Ni an lo miré, sino que cojí y enderecé el cañón pa onde l’otro que le quedaba al lao y cojí... ¡Dan!... Pero ese no quedó bien matao y comenzó a pataliá. Lo velé a manteniente y cojí otra vé...”

¡Dan!... Le debaraté la cabeza. Ya e l'otro había depertao y se le querían salí lo s'oyo del mieo, y miándose comenzó a gritá:

“—¡Ay, por Dió, amigo, perdóneme! ¡Mire que yo tengo tre s'hijo! Mire...

“¡Qué cará! Lo que meno me guta a mí e j'un hombre pendejo, y sin dejalo acabá, cojí... ¡Dan!... Y le etrallé un tiro en la boca. De una vé se calló y prencipió a maná sangre como un puerco e jgollao. Le acabé de vaciá el revolve en la cabeza y loj dejé a lo tre. Todavía se meniaban, pero ya taban bien aseguraa. Ya me podía dí.

—¡Ofrécome, Negrita —exclamó el aguador, lleno de asombro—; ¿y asina te fuite a la fieta?...

—¡J'a cará! ¡Cómo no me diba a dí! ¡Y pa qué loj joí a loj tré!... Pero epérate pa que vea... Como la velita taba encendía y por la rendija se veía lú y eso podía dá motivo a que alguno que me viniera a dá vuelta, creyendo que yo tuviera alevantao se pusiera a tocá y luego dentrara, la apagué. Tranqué la puerta del lao afuera y monté e n'el caballo. Na má se oía el balsié:

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“¡Cará! Taba loco por llegá a la fieta pa no acordame ni de loj maldito preso. Asunté bien el lao de aonde sonaba y cojí p'allá... Camina, camina... pero a poco rato lo oigo jipiando e n'otra dirersión... ¡Concho! ¡Qué contrariedad! Me paré. Asunté bien:

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“¡Cómo no! Era de l'otro lao. Cojí p'allá... Camina, camina, camina... y cuando yo creía que taba cerca, dejaba de oílo como si se hubiera acabao una pieza y tuvieran dando decanso pa comenzá la otra; y antonce cuando volvía a soná... ¡J'and'el Diache! ¡Quedaba e n'otro lao! ¡Qué calamidá!... Me paraba. Asuntaba bien:

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

¡Ta pin tá!

“¡Y cómo no! ¡Era po r'allí! Cojía p'allá... ¡Qué vá! Jata que vuelta y vuelta, ¡Concho! ¡Cuando vine a vé ya se veían lo claro j'el día!

—¡And'el Diache, Negrita! ¿Y no jallate la fieta? —inquirió el vendedor de agua cada vez más asombrado.

—¡Qué va! Si yo creo que ese maldito balse era cosa e Lo Malo... Ya taba amaneciendo y antonse me puse a echá cuenta de lo que había hecho y de lo que debía emprendé...

—¡Ju! ¿Tú sabe lo que é matá tre s'hombre? —exclamó el aguador otra vez—. Tá bien que fuera en revolución, pero tre s'hombre...

—¡No embrome tú! ¡Siempre tá eta gente de blandita!... A mí me se importaba esa partía e degraciao. Lo que yo tenía que hacé ahora era arreglá mi asunto. Componé la cosa pa no joeme; y sin dá má vuelta e la cuenta, cojí el camino...

—¿Del pueblo?... —interrumpió el aguador otra vez.

—¡Pero critiano, a qué diablo diba yo a cojé p'al pueblo!

—¿Y antonse, cómo te la j'averiguate co n'el general?...

—¡And'el cará! ¡Qué muchacho bruto! Sería yo peje pa volvé a ond'él otra vé... Entonce averigüé pa qué lao quedaba la tropa el gobierno y cojí p'allá!

Dijo esto “La Negrita” con gran énfasis, y el aguador quedó con la boca abierta. El marido de la vendedora, que había oído con una sonrisa en los labios, en tono de alabanza exclamó:

—¡Qué hombre má epantao, cará!

El narrador lo oyó satisfecho, y dándose gran importancia, sonreído, recostó su silla en la pared, y exclamó:

—¿Quequée?

El vendedor de agua lo seguía mirando con asombro y miedo. El otro continuaba sonriendo en forma servil. La negra terminó de freír, muy ajena a la conversación, y me llevó las empanadas en un plato.

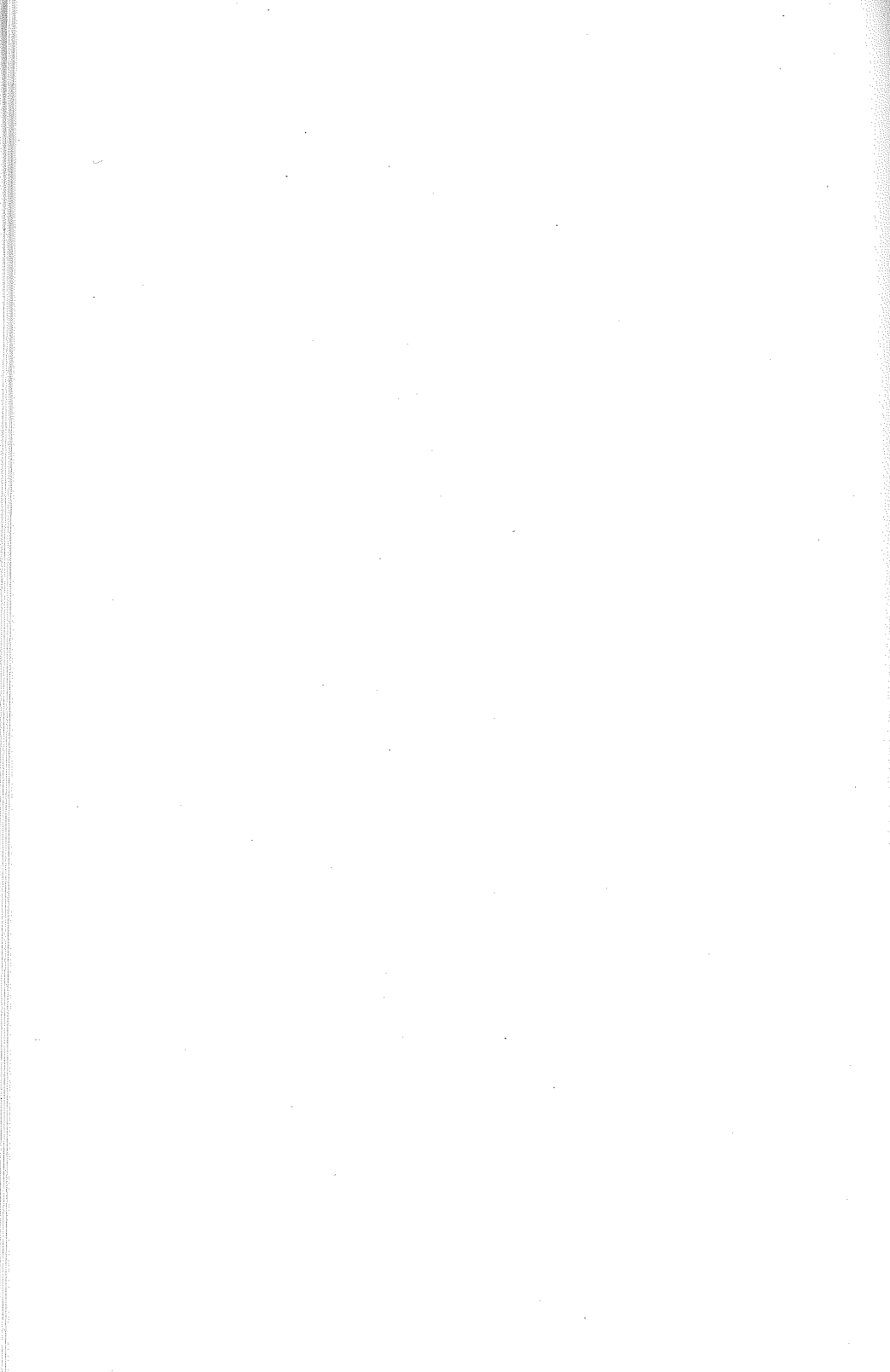
A duras penas las pude comer. Al ponerme de pie, no sé por qué torpeza, tropecé con el muchacho que dormía en la puerta. Me volví por aquella calle de ruido a ver si borraba de mi mente la imagen de aquel sujeto matando a los tres prisioneros en aquel bohío solitario perdido en la selva. Pero no me fue posible. Todavía acostado, oía al preso aquel que exclamaba:

“—Mire, amigo, que yo tengo tré s'hijo. Mire...”
Y me enloquecía aquel balsié:

¡Ta pin tá!
¡Ta pin tá!
¡Ta pin tá!

¡Guanabaná!
¡Guanabaná!
¡Guanabaná!

¡Ruuuu!
¡Ruuuu!



EN EL ARROYO

I

En los montes de "El Arroyo", en tierras del Sur, camino del Baoruco, fue donde conocí a Remache, a Sotero, al vale Anís y a Manuel Rulo.

Estaba la casa donde yo vivía —un bohío de palos parados, forrado de yaguas y techado de canas— al pie de un cerro, entre unos árboles que dejaron para conservar sombra en medio de grandes conucos.

Al norte, la loma estaba sembrada de maíz y batatas; al sur se extendía un cuadro de más de cien varas sembrado de yuca, plátanos, millo y patillas. Al este y al oeste, la propiedad casi no cambiaba de fisonomía: por doquiera se veían batatas, yucas, guandules, maíz, ¡comida, en fin! Y aquello, con más de veinte barriles de abejas frente a la casa, bajo unos cafetos cimarrones; con dos vacas arrancándoles hojas a las guázumas a cuya sombra estaban amarradas con dos becerritos; dos mulos por allí mismo, comiendo yerba cortada, bajo unos guaconejos; y más de trescientas gallinas de diversos colores, que corrían y volaban en bandadas, era una especie de paraíso en un lugar como aquel, donde los hombres —sobre todo en ese tiempo— no gustaban del trabajo.

La gran propiedad estaba rodeada de montes vírgenes y de "botaos", y constituía la más grata sorpresa para cualquier

caminante que se saliera del camino real de la costa y torciera hacia allí. Sin embargo, fuera de los cuatro individuos a que me refiero ahora, iba poca gente. Sotero y Remache comenzaron a visitar el sitio desde antes de levantarse el bohío, porque fueron trabajadores de las primeras tumbas. El vale Anís y Manuel Rulo llegaron después, de visita, cuando ya comenzaba a recogerse la primera cosecha, y desde entonces no hubo día que no comieran allí y que a la vez dejaran de llevar el macuto lleno de víveres.

En el patio, al tronco de un gran jjobán, y entre limoneros donde dormían casi todas las gallinas, estaba la cocina; especie de enramada de una sola agua, a cuyo techo en declive no alcanzaba un hombre en el frente, y que en cambio, del lado atrás era tan bajo que se podía tocar. Allí se reunía el grupo, sentados los visitantes en cajones, en un pilón echado en el suelo, o en alguna silla, rodeando el fogón que de rato en rato les enviaba un picante humillo a los ojos, y en el cual hervía algún caldero, motivo de la "vela"⁴.

Allí, esperando, se daban a hablar; a referir historias de diversos matices, algunas en verdad sucedidas, otras hijas de la imaginación; sobre todo si salían de las bocas del vale Anís y del viejo Manuel Rulo, sujetos tan buenos y mentirosos como haraganes, que no es poco decir.

Por ejemplo el vale Anís. Era aquél un sujeto a quien desde su juventud nadie le había conocido conuco, ni caballo, ni más de un juego de prendas de vestir; pero ni mucho menos había quien dijera que alguna vez hubiese robado, porque sabía solucionar su vida maravillosamente, viviendo siempre de visita en lugares donde le tenían cariño y no le negaban comida. Era fañoso y esto le daba a su voz un sonido que movía a risa; y ahora, ya viejo, su mayor placer consistía en recitar estrofas que decía haber compuesto en los tiempos de su juventud. Daba gusto oírlo, con aquella su voz gangosa, el acordeón gimiéndole en una pierna, con la quijada descansando sobre éste, cantando los versos de su cosecha:

4. Ceremonia organizada por una familia o una persona en honor a un santo católico, con sincretismo africano. Se prepara un altar con una sábana blanca como fondo y se decora la cruz con papeles de colores. En la ceremonia se cantan salves con panderos y güiros. (A. M.).

*Bojuco e abraza pao,
abrázame a mí na má,
que to o bonito e bueno,
manque no siiva pa ná.*

*Bojuco de abraza pao,
abrázame e coazón,
que to o bonito e bueno
en dándoe condición.*

Y no era menos agradable ver lo molesto que se ponía, cuando Remache, un hombrecito flaco y ágil que era el diablo del grupo, le decía:

—Mira Aní: tú no ere má que un tupío de narí, dácame ese acordeón pa que vea.

—¡Qué va a pasá! ¡Tú no ha vito hombre que toca, porque-ría! —contestaba iracundo y cómico a la vez.

Pero en lo que él ponía más orgullo era en hacer saber que en sus buenos tiempos fue un verdadero tenorio. Cuando comenzaba a hablar de esto, más que nunca sufría, porque Remache pocas veces lo dejaba concluir. Casi todas sus historias comenzaban y terminaban así:

—Una vé, caajo, vino aquí un hombre de lo lao de l'Ete, con una mujé de esa que el moño le caía a lo jarrete, india y bonita como no he vito otra. Y como dieron una fieta y yo era el que mejor cantaba y tocaba en tó e l'Arroyo, no hubo má que dí en buca de Aní... No hice má que terciame el acordión en la pieena cuando...

—¡Te sacán a patá! —le cortaba Remache.

—¡Mira Jeemache! —gritaba el viejo luchando con su defecto nasal—; tú no ere má que un jabladó y te cré que tó semo igual. E n'eso tiempo yo...

—Era un toyo, lo mimo que ahora —volvía a cortar Remache.

—¡Mira Remache! Tú no me repeta y te vá a pesá. ¡Te vá a pesá!

Anís se enfurecía a tal extremo que a veces se iba sin esperar la comida, y entonces daba pena ver lo triste que el pobre tomaba el camino, barbotando denuestos y quejas sin fin.

¡Degraciao! Si yo tuviera laj fuerza de ante... ¡Abusadó!

Remache quedaba riendo, y entonces comenzaba a referir las historias de amor del viejo, pero en forma muy distinta a como hubiera querido su protagonista.

—Ese no é má que un jabladó, —nos decía—; lo que yo sé d'él é que una vé se enamoró de una muchacha e La Ciénega, y le cojió con tá metió tó el día e n'el bojó, jata que le hicieron una pará... Como nunca ha trabajao, quién diablo diba a queré sabé d'él; y se manijaban parándole ecoba atrá e la puerta y echándole granito e sal abajo e la silla pa que se fuera; pero con ese condena fallá tó; ni an la brujería é capá de hacelo perdé un caldero...

“Pué sí, en la casa ya no sabían qué hacése con el condena Aní, que dende el amanecé taba allí y se comía lo tré plato del día a cuenta de enamoraó, sin hacé disposición de dejá aquello, pasándose la s' hora muerta echando décima y cantando con esa vó que na má parece el bajo de un acordeón ronco; jata que un día el único calzón que tenía, se le decosió por lo fondillo...

—¡Déjate de indecencia, Remache! —cortaba Manuel Rulo, que era un viejo negro y rechoncho, con los pies llenos de pulgas.

—¡Será eso indecencia, Manué!... —se defendía Remache—; lo que pasa é que tú no quiere que haga la hitoria, porque tú debe tené alguna parecía.

El viejo, que era irascible en extremo, trabajosamente se ponía en pie, y manoteándole en la cara a Remache, ofendido, comenzaba a decir:

—¡Conmigo si no te sale! A mí si no...

—Tensi quieto, señoren; —interrumpía Sotero, delgado y calmoso, dejando de fumar un momento—; tensi quieto.

Y con una sonrisa, mordía otra vez su cachimbo.

—Pué sí, —continuaba el narrador—; tenía lo calzone decosío, y la muchacha, que ya no podía vé al maldito viejo, se bucó un gato... ¡Ja, ja! ¡Eso é lo que se llama tomale el pelo a un intruso!... Se bucó un gato, y como a Aní le ponían una silla sin fondo pa que tuviera moleto, amarró e l' animal en la pata e l' asiento. ¡Y ahora verán utede un buen chaco! Aní vino de freco, como si tal cosa, y se sentó en la silla. Dende que se acomodó, por el rompío del pantalón se le salió el pellejo, y ya comenzaba a cojé un frequito, cuando el condena gatico le

echó e l' ojo... ¡Ja, ja!... Y el animalito comenzó a jugá... a dale con la patica...

Aquí las risas de Sotero interrumpían al narrador. Yo le hacía compañía. El viejo Manuel seguía muy serio, como si aquello no le hiciera gracia.

—Le daba con la patica, pero sin sacá la s' uña, —continuaba el narrador— y Aní, que se había pueto como un pan de cera, bucaba la manera de disimulá pa dise. Pero tanto lo embromó e l' animalito, que no le quedó otro recurso que parase de un salto, y ¡entonce sí se armó la del Diablo!... El gatico que taba a su guto jugando, al vé que su retozo se le diba, se le reguindó con diente y uña...

Remache se ahogaba en risa, y a todos, menos al viejo Manuel, nos ocurría otro tanto. Haciendo gran esfuerzo para contener las carcajadas, el narrador continuaba:

—¡J' Ave María! Y e l' animalito que taba amarrao del pecuezo y se había salío po r' e l' agujero del fondo roto e la silla, ahora taba etericao e n' el aire, pegao del pellejo de Aní y amarrao de abajo, vuelto una avipa gruñendo: ¡Aaaauu, aaauu!... Y a Aní tó se le diba en gritá: "Gato e Diabo! ¡Gato e Diabo!", jata que a lo grito tuvieron que corré lo s' hombre e la casa a deprende el maldito animal..."

—¡No cuent' eso, Remache! ¡Ja, ja! ¡Qué chaco!... —gritaba Sotero con los ojos anegados en lágrimas de tanto reír—. ¿Y qué hizo Aní?

—¿Aní?... ¡Dende entonce no lo han vuelto a vé!

—¡Ofrécote! ¡Ofrécote! —era el comentario final.

II

Pero de todos, Manuel Rulo era el que tenía más cuentos. Con frecuencia nos hablaba de Lilís, a quien nunca conoció, porque jamás salió de "El Arroyo". Y nos refería historias que rebasaban toda fantasía. La que con más frecuencia narraba era la de un barco fabuloso que Lilís le había encargado comandar. Este barco lo describía él así:

—Había compraó el general Lilí una fragata-vapor... ¡Jesú! Utede no han vito barco. ¡Utede no han vito ná! El pai de Ramoncito, que viene de lo lao de abajo, si no fuera tan joven, sí podría hablá algo d'eso. Pero ya la cosa no sirven, y barco j'así seguro no lo ha vito él, porque ya no se fabrican... Pue sí, el general había compraó aquella fragata-vapor, que era lo má grande que se ha vito en la tierra. Supónganse que tenía una pieza e batata, un platanal, un riíto, y la gente que andaba allí, se acomodaban en bojóse, lo mimito que si tuvieran en la tierra. Ese era un barco, señoren; ¡ese era un barco!...

Y así remontaba el cuento por enmarañados laberintos fantásticos, hasta perderse en divagaciones antes de llegar al fin, porque a veces las mentiras eran más grandes que su imaginación.

Y cierta vez explicaba el motivo por el cual había dejado de criar animales, para justificarnos por qué había llegado pobre a esa edad. Hablándonos muy en serio, como si tal cosa, comenzó a decir:

—Vivía yo esa vé en "Lo Francese", y tenía allí la crianza de puerco má bonita que en el mundo ojo han vito. Tó marchaba bien, y no jallaba ya qué haceme con tanto animal, cuando prencipié a dame cuenta de que me se taban perdiendo alguna rabisa. Alguna... primero fue una, dipué fue otra, dipué fue otra, dipué fue otra má, má tarde otra má, y asina, jata que al fin casi no me quedó un animal...

"De má tá decí que aquello me tenía primero equivo, dipué epantao, y a lo último casi loco de tanto bucá el perdedero sin podelo jallá...

"Pué bien, ¿y saben utede cómo al fin decubrí e l'asunto? Ya verán... Me quedaban do puerquita que por lo mansa no salían del bujío. A aquello animalito le tenía yo tanto cariño como a

cualquier persona, aunque eto pareca un pecao, y taba ya arreglando mi cosa pa abandoná tó aquello y mudame pa otro lugar, cuando un día... ¡ofrécome, ni me quiero acordá!... un día taba yo mirando mij puerca que bebían y se bañaban e'ne l'arroyo, cuando vide un arco iri que se puso a bebé allí... ¡Jesú! No hizo má que meté su trompa e color e n'e l'agua aquel animal, cuando ¡juup!, vide desaparecé mi dó puerca pa siempre!

Si Remache no estaba allí para importunarlo, nosotros fingíamos creer todo aquello y demostrábamos gran admiración, con lo cual se hallaba muy satisfecho el viejo Manuel, que seguía contando, contando, hasta la hora de partir.

Pero estando Remache las cosas no resultaban así. Recuerdo una vez que el viejo nos narraba historias de sus cacerías...

—Yo tenía una ecopeta inglesa que me regaló Lilí, que no tenía comparación, —decía—. Me acuerdo que una vé vino una mancha e perico tan grande que a l'aposase en un palo seco, lo puso verde dende el tronco al cojollo... Yo, que lo j'alcancé a vé, enseguida cojí mi ecopeta, preparé un buen tiro y cojí p'allá... ¡And'el Diache, señoren. ¡Eto e tan grande que ni an parece verdá!... Lo perico tenían un ecándalo que no se oía ná, y el palo parecía que taba arropao de gusano verde, porque lo j'animale eran tanto que tenían que aposase uno j'arriba e lo s'otro pa podé cabé.

“Como yo no quería que me vieran, no fuera cosa que precipiarian a volá, medio me aplaté, y asina, casi de barriga, agachaíto me le dejé dí, me le dejé dí, jata qué... ¡¡¡bum!!!... Se llenó aquello de jumo, y sentí un ruío como si del cielo se tuviera cayendo un pedregal...

“¡And'el Diache! De haber sío un hombre blandito me mando; pero me aguanté. Ya tenía la ecopeta cargá pa lo que pudiera sucedé, cuando aclaró el jumo y dejó de caé aquel pedregal, y entonces, ¿saben utede qué vi?... ¡Seisiento perico que maté de un tiro!

—¡Manueee! —le gritaba Remache con todos los dientes al aire, y mirándolo burlonamente.

—Así mimo, —decía el viejo, haciéndose que no entendía—; y eso no é ná. Una vé diba yo pa Azua. Diba al paso pa que la mula llegara freca, cuando asina, e n'una vuelta el camino, me se alevantó en lo s'oyo una parvá de carrao que nubló tó aquello... No jice má que velo y enseguía buqué mi ecopeta, pero ¡mire el

Diache! me se había olvidao llevala, y lo maldito pájaro volando y volando se taban diendo tó... ¡Imagínense utede cómo taría yo, siendo un hombre tan amigo e cazá! El caso é que no me pude contené, y al vé que lo pájaro se diban, me tiré de la mula y pelé pu el sable, y a toa carrera le caí atrá a la bandá... ¡Jesú! Seguía comencé: decocota carrao, decocota carrao, decocota carrao, jata que... ¡pran! me paré... ¿Y saben utede cuánto había cuando volví p'atrás?... ¡Siete carga e mulo!

—¡Manueee! —volvía a gritar Remache ya riendo francamente.

—¿Qué te pasa, Remache? —preguntábale el viejo, amenazador.

—Ná, Manué, —respondía el otro frenando una burla-, ¡que tú ere j'el Diablo!...

Contentámos la risa, porque Manuel Rulo jamás nos hubiera contado sus historias de habernos burlado de él en su presencia, y siempre presionábamos a Remache para que en esos momentos se supiera contener. Sin embargo, lo perdimos, porque un día no pudimos evitar que el travieso hombrecito le jugara una mala pasada. Esa vez refería el viejo, con aquella su voz de campana, la siguiente historia:

—Cuando yo tenía mi propiedá en laj loma j'el Baoruco, sembré un platanal. Tó lo plátano se dieron como echao por la mano de Dió, pero ninguno como una mata que cayó en una cañá. ¡Como esa no se ha vito otra en la tierra! Comenzó aquella mata a crecé, a crecé, a crecé... Ya taba que casi tocaba a la nube, cuando un día, cuando ya yo creía que diba a sé macho, jizo asina: ¡fuuup! Y desembuchó una manzana... ¡Qué barbaridá!... Y comenzó aquello a botá flore, a botá flore, a botá flore y a echá platanito, platanito; y lo platanito prencipiaron a crecé y a engordá, a crecé y a engordá, jata convertise en unoj penco truco j'así...

Y señalaba el tamaño marcando un lugar de su brazo izquierdo con la mano derecha.

—Todavía taba el racimo tierno, señoren, y ya daba mieo velo. La mata, que a pesar de lo gordá se taba doblando, taba demotrando que ya no podía resetí, y antonse me dí cuenta de que tenía que aguantalala con una poca e jorqueta pa que no se cayera.

“Pensalo y cojé pa'l monte fue una mima cosa. Me tercié mi jacha y prencipié a tumbá palo. Cuando tuve e n'el suelo una

vente jorqueta que no la podía arratrá cada una un sol'hombre, co n'una yunta e buey comencé a jalá... Arratré tó aquello a la caña y aseguré la mata pa que aguantara jata que se llenara el racimo.

—¡Ofrécome! ¡Eso era un racimo! El día de tumbá aquella mata tuve que metele jacha, y u n'hombre como yo, me pasé dende la mañana jata que el sol diba cayendo, dándole al tronco... Cuando aquello se deplomó parecía que se taba debarrancando la loma o que se diba a vení el mundo abajo. ¡J'Ave María!... El racimo al caé sé degranó, y yo le aseguro que e n'el suelo no había aonde poné un pié... Pa no desajerá lej diré, que con lo degranao se cargaron sei mulo, y con lo otro que quedó en la mano, diban pandiá, jalando, tré yunta e buey...

—¡Manueee! —le gritó Remache.

—¡Yo quiero sabé qué te pasa, Remache! —dijo el viejo en mal tono.

—¡Que mire p'allá...! —respondió el chusco, señalando el mar, que se divisaba a lo lejos.

—¿Pa qué?

—¿Tú no vé una vela de un barco que va pasando pu allá?

—La veo, Remache; ¿y qué me quierej decí?

—Que ahí llevan un caldero que le dan un campanazo e n'una oreja y no se le oye en la otra.

El viejo estaba más que cazurro, y muy nervioso volvió a preguntar:

—¿Y qué me quierej decí?

—¡Que e n'ese caldero van a cociná tu racimo, Manué!

—¡Mira, carajo! ¡Créte que yo soy Aní!

El viejo, furibundo, vociferando, trató de alcanzar a Remache:

—¡Párate ahí, pa que sepa! ¡Párate ahí!

Pero sus pies destrozados por las pulgas le servían de poco, y ya el hombrecito estaba fuera de su alcance gritándole:

—¡Manué Rulo! ¡No sea jabladó, que se te vá a poné la boca jobera!

El viejo echaba espumas. Nosotros reíamos hasta más no poder.

III

Sotero era diferente a los demás. Hablaba poco, fumaba mucho y comía por dos. Era de los mejores trabajadores del lugar, pero nunca tuvo propiedad; pasaba la vida trabajándoles a los propietarios de las fincas de café de las sierras del Baoruco; y de vez en vez, a los dueños de conucos de las lomas del Jabón.

Era delgadito, y no se inmutaba nunca. Jamás se le oyó referir una historia, ni mucho menos quejarse; y fuera de aquellos momentos en que reía a costa del viejo Manuel, provocado por Remache, parecía insensible. Tenía una mujer que se llamaba Juana, y que a otro le hubiera causado muchos tormentos, — quizás desgracias—, pero que a Sotero jamás lo pudo alterar.

Era la Juana bastante alta; gruesa de caderas y de pechos pequeños; no fea de cara, de cabellos largos, y hacía más de diez años que vivía con Sotero.

Diez años, contando, desde luego, las escapadas. Porque Juana tenía unas salidas que eran la comidilla y el asombro del lugar.

Sucedía que Juana era muy bailadora, muy cantadora de velaciones, y amiga de fiestas. Como no tenía hijos, y el marido nunca le prohibió cosa alguna, la mayor parte de su tiempo la pasaba en esos lugares. Y al no ser ella fea, y siendo Sotero hombre muy pacífico, natural era que muchas veces hallara quien le hiciera el amor. Y como Juana no era esquiva, ni mucho menos despreciadora, casi todos sus pretendientes quedaban complacidos. ¡Quedaban complacidos! Y quizás aquello no hubiera sido lo peor, sino que algunos, no conformes con eso, fueron tan ardientes y avaros que le propusieron se fuera con ellos a otros lugares, a lo que Juana —¿qué hacer?— como no tenía fuerzas para decir que no, débilmente se dejaba arrastrar.

Cuando esto ocurría las gentes —sobre todo en los primeros tiempos—, se acercaban a Sotero esperando hallarlo enfurecido, lanzando denuestos contra su mujer, prometiendo vengarse, pisoteando su reputación, o simplemente inconsolable a causa de su gran dolor; pero se llevaban un chasco, porque

no ocurría nada de eso. Sotero fumaba tranquilo, y la única diferencia que se introducía en su vida, era que en esas ocasiones hacía él mismo sus comidas y lavaba su ropa.

Sin embargo, no satisfechos con su actitud, algunos no se conformaban con verlo tranquilo, sino que se lanzaban a preguntarle:

—¿Y Juana, Sotero? ¿E verdá que se fue...?

—Sí, —calmosamente respondía él.

—¿Y no sabe cuándo viene? —preguntaba el intruso otra vez.

—No, pero de momento aparece.

Y efectivamente, Juana volvía cualquier tarde a su casa, y todo entre ellos continuaba igual.

Tanto se repitió esto —dicen que ocurrió más de seis veces— que la gente se acostumbró. Sin embargo, Remache, que no podía dejar nada quieto, no se conformó un día con preguntarle a Sotero por Juana como lo hacían los otros, sino que quiso clavarle el dardo de su malicia para atormentarlo.

Era la cuarta o quinta escapada de la mujer. Esa tarde se hallaban los visitantes de costumbre en la enramada. Se hablaba de la lluvia, de las cosechas, de las plagas de gusanos y de otras cosas de ese jaez, cuando de súbito Remache, mirando a Sotero, le preguntó:

—¿E verdá, Sotero, que Juana se fue otra vé?

—Sí; —respondió el otro.

Tal respuesta no dejó conforme a Remache, y no pudiendo contenerse, poniéndose en pie, se llevó una mano a la cintura, y plantándose frente al otro, le dijo:

—Pero bueno, critiano: ¿qué clase de hombre ere tú?

—¿Yo? —preguntó Sotero— ¿por qué?

—Porque ¿cómo Diache te deja llevá la mujer y dipué cada vé que a ella le dá la gana e vení la recibe tan bien?

—Eso é asunto mío, Remache.

—¿Asunto tuyo? Tá bien. Pero yo quiero que me diga, cómo te hace tú pa viví tan tranquilo, y siempre seguí igual.

Todos estábamos inquietos ante la audacia de Remache. Sotero, por primera vez en su vida, comenzaba a impacientarse, y queriendo salir lo más pronto que le fuera posible, de aquel importuno, le dio esta definitiva contestación:

—Pue mira, Remache. Yo quiero a Juana. Si se va y me le riego, le va a dá vergüenza, o me vá a cojé odio, y no va a volvé,

y dipué el embromao seré yo. Ella algún día se cansa, porque ná dura para siempre, y cuando se canse, pa mí sólo será la ganancia, porque ése é jabón que no se gata.

—¡And'el Diache! —gritaba Remache dando saltos—. ¡And'el Diache!

Y Sotero, cuyo cachimbo, mientras hablaba ,se apagó, se inclinó despacio, agarró un tizón, y pacientemente se dio a la tarea de encenderlo.

MUJERES

Había junta en "El Arroyo". Ese día se estaba sembrando maíz en las tumbas nuevas que se abrieron en el terreno de las "múcaras", al este. Varios hombres del lugar estaban en la siembra. Unos vinieron solos, otros con muchachos que ya podían tomar parte en el trabajo, echando cinco y seis granos de maíz en los hoyos y luego tapándolos con los pies; los menos trajeron sus mujeres para que hicieran la comida en el bohío.

Desde el rancho de palos parados, tendiendo la vista hacia el lugar de las siembras, por encima de batatales y guandules pequeños, se alcanzaban a ver los hombres como muñequillos bajo el sol; unos inclinados sobre la azada, otros echando el grano en el hoyo. De un lado de la tumba, al borde del monte, salía un tenue humillo de la candela que tenían para conservar brasas y encender los cachimbos. En el centro del batatal que había de por medio, se levantaba un viejo higo retorcido, gigantesco, negro y musculoso, con un sombrero de hojas en lo alto.

Las mujeres eran tres, y estaban en la cocina del bohío. Una era vieja, negra, delgada, con algunos dientes menos. En la cabeza tenía el inseparable pañuelo de madrás que le ocultaba las canas, y en la boca el cachimbo. La otra era de color amarillento, y la piel de su cara harto áspera, no había conocido más que agua del arroyo, agua del cielo y sol. Su cuerpo era lleno y fuerte. La más joven, una mulatita fresca, de diecinueve años, respondía al nombre de Tatica, y tenía bastante belleza. Negro pelo se le enroscaba en dos moños a ambos lados de la cabeza; todavía sus dientes no habían sido ennegrecidos por el

cachimbo y su cuerpo tenía toda la belleza de una fruta sana madurada en la mata.

En una barbacoa había un caldero grande, tapado, lleno de locrio de gallina con auyama, despidiendo vapor por los hoyitos de una lata que le servía de tapa. Las mujeres estaban, una sentada en el pilón, pelando plátanos; otra en cuclillas, arreglando las brasas y volteando los que estaban allí asándose, y la otra, raspando los que ya lo estaban. Yo metía un cuchillo viejo en la candela tratando de mover una batata que pretendía asar. Como sólo tenía unos diez años y era de carácter muy apacible, las mujeres no se cuidaban de hablar en mi presencia. De ahí que charlaran como si estuvieran solas, sobre la parte más delicada de su pasado: aquella que se refería a los amores.

—Cuando yo vivía con Julián, —decía la de tez amarillenta—, lo único que gané fueron golpes; ¡ay jija! porque ese hombre na má sabía echale trozo a la mujer como si fuera una puerca, sin acordarse ni an siquiera de comprale un vetío. Dígame que él dende que uno miraba a otro, ya se creía que se la diba a pegá... No jija, tá con hombre asina é una verdadera calamidá. Yo me metí co n'él porque cuando a uno le dentra la gana e tené macho, se vuelve loca...

—La falta de iperencia, —dijo la más vieja de todas—; si cuando yo me fui con el difunto Manolo, hubiera sabío cómo eran la cosa, hoy pudiera contá algo. Supónganse utede que a mí me querían llevá pal pueblo a la casa e don Luí, ese señor queé dueño de medio mundo e tierra, por loj lao del Baoruco; y dipué de tó tá arreglao, antonce, por tá de pendeja, me llevé d'él y me juí... ¡Jesú! Cuando yo veo muchachitaj como eta que se meten en hombre sin calculá...

Dijo esto dirigiéndose a la más joven. La aludida, que era la encargada de raspar los plátanos, se arregló la falda que le estaba dejando al descubierto los muslos, y creyéndose obligada a decir algo, murmuró:

—Pa laj cosa no hay má que pedile suerte a Dió y confiá e n'Él...

—¿A Dió? —volvió a decir la más vieja—; e verdá, pero Dió dice: "ayúdate que yo te ayudaré". Si tú viera pensao bien, a eta s' hora pudiera viví mejor. Una muchacha buena moza siempre jalla un hombre que la pueda poné en condición, mientras que dipué que se mete co n'un fuñío, no le queda má que aguantá.

—¿Pero cómo se hace una? —preguntó resignada.

—No me vengaj co n'eso. Lo que hay é aguantáse y no echase a perdé tan nuevecininga. Ya vé tú lo que hicite, que ni an amore teniaj con Julio cuando te fuite con n'él.

—Yo no tenía amore, pero me pasó una cosa que me comprometió má...

—¿Noj quiere decí que te forzó? —terció la de rostro amarillento—; ¡ay, Tatica, por Dió! Toa nosotra semo maj vieja que tú...

—Yo no he querido decí eso. Lo que a mí me pasó fue má grande. Y yo creo que a toa la mujer de vergüenza que le pase tiene que hacé lo mimo.

—Vamo a vé, qué podría sé... —exigió la vieja.

—Vamo a vé; cuenta... —pidió la otra.

La llamada Tatica comenzó a relatar:

—Dende hacía tiempo Julio andaba tirándome puya, pero yo nunca había pensao en meteme en ná co n'él, ni con naide. En mi casa no lo veían con malo s'oyo, porque a mi pai tó se le diba en alabá lo trabajador que era y qué sé yo y qué sé cuándo. Cuando un día se acabó e l'agua e bebé en la casa a eso de media tarde, y yo fui a buca un calabazo a l'arroyo, pa llená la tinaja. Me puse en el caño e llená, y como toavía el sol picaba, yo había llegao con mucho calor. Relojí pa toa parte, y como no vide a naiden, me fui por la barranquita del lao allá y me pasé al bañadero e la mujere. Me quité el camisón y una enagua, y con la otra me metí e n'e l'agua... Yo taba lo má quitá de bulla bañándome, porque como por r'ahí no andan hombre, cuándo diba yo a creé que naide me tuviera mirando, y asina llena e confianza, dipué de refrecame bien, salí p'afuera. Me jinqué de epalda pa la chorrera no fuera cosa que me viera alguno que viniera de l'otro lao, y me quité la enagua mojá. E n'eso me fijé que tenía e n'el pecho una cuanta s'hoja, y de un momento me puse a quitámela...

“¡Ay, señore! yo taba encuerecita en pelota e n'ese momento, cuando de ahí mimo, en frente, de atrá e la piedra ésa que tá e n'el sitio aonde uno se quita la ropa, casi pegao de mí, se paró Julio...

—“¡Anjá, Tatica! Ya te vide... —me dijo.

“¡Ay, qué vergüenza, Dió mío!... Me dentraron gana e gritá, de salí corriendo... ¡de tó! Y lo que atiné fue a echame la ropa embollá en laj pierna y a cojeme lo pecho con la mano, pa que no me viera má de la cuenta.

“—¡Julio el Diache! —le dije—; ¡vete de ahí, condenao!

“Y él me repondió:

“—¡Qué voy ya a dí! Jata que no me prometa dite conmigo, no me meneo d’ete sitio.

“¡Ay, Dió mío! Yo ni an se cómo no me decalabré toa, señore. Porque me dentró una cosa que parecía como el prencipio de un insulto, y me largué en la chorrera, embollá en la ropa, pero con casi to el cuerpo afuera.

—¿Y qué hizo Julio? —preguntó la más vieja con gran ansiedad.

-El condenao, que al prencipio taba demigajao de la risa, al vé que yo me tiré como una loca y casi me tuve al matá, se asutó, y prencipió a vociame:

“—¡Pero bueno, Tatica: ¿tú ere loca?!

“—¡Pero bueno, muchacha: ¿te ha dentrao lo malo?!

“Y yo le vociaba:

“—¡Tú ere un abusador, malvao!

“¡Jesú! Yo taba casi fuera e mi juicio. En’e l’agua me había pueto toa la ropa mojá, y antonce taba entripaíta, pará en la corriente, con toa la ropa pegaíta del cuerpo y e l’agua a la rodilla, azorá como un animal cimarrón. Y él, parao en l’orilla, blanquito del suto, diciéndome:

“—¡Pero bueno, Tatica!... ¡ofrécome!... Yo no creía que tú era loca...

“—¡Quítate de ahí! —le vociaba yo—; quítate de ahí, y si no voy a dejá el condenao calabazo botao, y antonce cuando me pregunten tú verá lo que voy a decí...

“—¡Pero Tatica, por Dió! —volvía él a decí—, ¿qué te ha dentrao, muchacha? ¡Si yo...! ¡bueno...! ¡yo no sé que...!

“—¡Quítate de ahí!—volvía yo a gritá casi llorando.

“Al fin se quitó. Yo salí má epantá que el Diache, y a toa carrera l’eché mano a mi calabazo y me lo puse a la cabeza. E l’hombre que se había mantenío alejao, ahora vino a acercáseme. Yo prencipié a subí la barranca, y por má que quería apretá el paso, él diba ahí mimo, apariao, diciéndome:

“—¡Tatica, por Dió! ¡Tatica...!

“Y se le atrabancaba lo que me quería decí.

“¡Señore! Utede han de creé que e n’ese momento tuve al cojele pena.. ¡Qué sé yo!... Y antonce le dije:

“—Mira, Julio: lo que yo quiero e que te vaya, ¡por Dió! Y si tú no te vá, va ¡a vé lo que te vá a pasá porque se lo voy a decí a mi pai...

“¡J'Ave María! Yo no sé qué fue lo que le dentro. Parecía que se le habían prendío la j'abipa, o que le habían mentao su mai. Me dio un sanglutiún po r'un brazo que el calabazo fue a caé por casa e la porra debaratao en pedazo, y casi echando chipa por lo s'oyo, me gritó:

“—¡Mira, carajo, mojiganga, mofia! ¡Si tú te cré que tu pai come gente tá equivocá, porque yo me le atrabanco a cualquiera e n'el gañote!... Y ahora mimo se lo va j'a decí, ¡Y bien dicho!...

“Y ensegúa me cerró a pecozone..

—¡Critiana! —interrumpió la de la piel amarillenta—; ¿pero cómo se te pudo ocurrí, decalente la sangre a u n'hombre?

—Sí señó... —afirmó la otra.

—Animalá; animalá; —continuó Tatica—; que yo taba como loca dipué que él me había vito ejnúa, y eso fue tó.

—Y dipué que te cayó a pecozone, ¿qué pasó? —preguntó la vieja.

—¡Jesúu! Yo me taba volviendo loca, porque no podía dame cuenta de lo que tenía. Primero me había vito encuera, entonce me taba dando pecozone, y en vé de otra cosa, lo único que me se ocurría pensá era que él tenía razón... ¡Utede han de cré...!

“—¡Ay, Julio! ¡Ay, Julio! —prencipié a decile, llorando—, ¡por Dió! que si viene una gente se va a da cuenta...

“—¡Cállese, carajo! —me gritaba él.

“Yo le quería obedecé, pero no me podía aguantá y le volvía a decí:

“—Por Dió, Julio: ¿qué vaj tu a cometé?... ¿Me va j'a matá?...

“Ya me había dao como dié pecozone, y al yo decí asina, se paró. Pero casi loco de rabia, y jalándome po r'un brazo, me volvió a decí:

“—Cálláse, le he dicho! ¡Ahora mimo se va uté conmigo! ¡Camine po r'ahí, carajo!...

“¡Ay señore! Consideren que yo me taba muriendo del miedo y de yo no sé qué, y lo único que pude fue decile:

“—¡Tá bien, Julio, tá bien!

“Señore: me echó por delante, jipiando del llanto, sin habló una palabra, y ya utede conocen el reto: ¡jata el día de hoy!

—¡Pero esa te la ganate tú! —dijo la vieja, escupiendo.

—¡Yo sí creo! —afirmó la otra.

—¡Cómo va a sé, señore! —volvió a decir Tatica —si dipué que un hombre la ha vito a una encuera, ya se pue decí que la gobierna... digan su verdá...

Esa frase desconcertó a las otras mujeres. Permanecieron un momento en silencio, como quien sabe que ha perdido una discusión y titubeaba antes de declararse vencido. Ambas se ocuparon durante un momento, de remover los plátanos en las brasas. Al fin la razón pudo más que todo, y la más vieja comentó:

—Bueno... dipué de tó... cuando un hombre le ha vito a uno laj parte...

—Juu... —sopló la otra por la nariz.

En ese momento se oyeron las voces de los hombres que venían del conuco. Las mujeres entraron súbitamente en gran actividad.

—Ahí viene... —dijo Tatica muy apurada.

—¡Señore! —exclamó la más vieja, ya en pie—; si hemo perdío toa la mañana hablando zanganá...

A lo que respondió la otra, poniendo en una yagua nueva los plátanos que había raspado Tatica:

—¡Jesú!... Verdá que aonde na má hay mujere...

Ya mi batata estaba asada, negra y sucia de ceniza, a la vez. Envolví mi manjar en una hoja de plátano, y me fui detrás del bohío a comer.

No se movía una hoja. Las gallinas venían del conuco acezando, huyéndole al sol. Silbó una manjuilita que venía en largo y cansado vuelo y se metió en las ramas del gran jojobán. Mugió una vaca bajo la guázuma. Se revolcó el mulo.

LATIENDA

Rechoncho, con ojazos negros y displayados, de boca gruesa y blanzuca en las comisuras heridas de tanto comer caña; glotón insaciable; así era Latienda.

Lo conocí en la grúa "Salinas". Su verdadero nombre era Juan, pero ya todos lo habían olvidado. Tenía unos veintidós años y era ingenuo como un niño. Trabajaba de vagonero, y entre los diez hombres que componían el personal de la grúa, el que le daba más vida al ambiente era él, con sus historias siempre chistosas.

Y no era que él considerase que cuanto decía era chiste; eso jamás, pues hartó en serio tomaba cuanto le ocurría, sino que todo en él movía a risa.

A todas horas del día se le veía sorbiendo caña, ya sentado en un riel, ya sobre un vagón, porque era enemigo de gastar su salario aun en comida. Y cuando no estaba ocupado en dicho placer, se echaba a la sombra de la caseta del pesador y comenzaba a divagar...

—E n'eta zafra toy economizando, pero e pa dame un gutazo...

—¿Algún día te vas a jartar de comía? —le preguntaba el capataz.

Latienda se inflaba y respondía:

—Yo siempre he comío ma bien que mucho que se la dan de fino.

Y luego explicaba:

—Lo que yo quiero e tallame mejor que to utede. Voy a comprá un pantalón de bombacho con un saco e "grano e pólvora", que cuando me lo ponga... ¡j'ay cará! Va ver que mirame de pie j'a cabeza.

—¿Y laj pata j'a l'aire, no? —le interrumpía uno de los compañeros de trabajo.

—¡J'a tú!... Yo siempre he tenío zapato, y cuidao si mejore que lo tuyo. Y manque no lo tuviera, po r'eso e que yo no me lo echo to al buche como utede. El día que me ponga esa percha taré tallao de a verdá. ¡Suponte que me voy a enganchá a la guardia!...

—¿Que te va a enganchá a la guardia? —preguntaba el capataz—. ¿Pero tú cree que van a recibí a un critiano tan bruto como tú?

—¡Adió caracha! —exclamaba Latienda despectivamente—. Si yo no lo he sío porque no me se ha pueto.

—No bote el bajo e la boca —terciaba otro— que a ti no te quieren ni an pa polecía.

—¡Ay virrencita! —exclama, riendo con aires de superioridad—. Si en la j'elersione de l'año pasao me quisieron enganchá de arenque y por no poneme el condenaio kepe y la macana, no quise dentrá.

—¿Pero tú ta seguro, Latienda? Pa mí que fue por no ponete zapato.

—Mira, mi jijo: si no lo oíte ahorita vuélvelo a oí: yo he calzao mucha vece eto pie.

—¡Cómo no! —decía el otro burlándose—. Lo haj calzao, pero ha sío con soleta.

Y los demás:

—¿De la de goma e carro, no verdá?

—¡De cuero e vaca sin curtí!

—¡No hay zapato que coja esa pata!

—Esa no son pata, señoren, sino un par de burene, —concluía alguien, y las risotadas no dejaban que se oyera su voz.

Queriendo dominar la algarabía, Latienda se cansaba de decir:

—Si quieren vayan a mi casa e "La Salina" pa que vean zapato. ¡Vayan a mi casa!

Pero no le hacían caso, y por largos ratos se reían a sus expensas.

*

* *

Algunas veces nos refería sus principales aventuras. Hacía esto queriendo poner de relieve sus grandes conocimientos del mundo y su gran audacia para resolver las situaciones apretadas. Casi siempre comenzaba diciendo:

—Una vé cojí yo pa l'Ete acompaño de un maldito muchacho e “Cristóbal” y de chepa no me ajogó la rabia con ese condenao. Dende que pasamo de Azua p'allá no hacía má que tarse epantando, si no se quedaba embesao, con la boca abierta, frente a tó lo que jallaba, como si nunca viera vito ná...

—¿Y a ti no te pasaba igual, Latienda? —le preguntaba alguien.

—¡Qué va! —decía, y echaba el vientre adelante—. Yo soy un hombre acostumbrao a tó eso. Ya ven utede que cuando llegamo a la Capital el único que se atrevió a alquilá un carro fui yo, porque lo que era ese diache no se atrevía ni an a parásele cerca.

—¿Y ahora te laj quiere dar de que haj montao en carro? —le decía el capataz.

Latienda se apresuraba a informar:

—Y en carro de a verdá, no en quetébere como lo que tienen eto blanco de po r'aquí. Yo he montao en “Chevro-Paka” de sei ruea. Asina como utede lo oyen...

—¡Chujúu! ¡Chujúu! —gritaban los otros en tono de burla.

El muchacho, desesperado, comenzaba a barbotar:

—Mófiense de mí, bando j'e bruto. Chulénme, que eso lo hacen utede porque no han vito ná. Yo he dío jata La Romana, que no é como dí a Barahona que ta allí mimo. Eso queda casi en la punta de la tierra.

—¡Asina taría tú de pajuato y etraño! —decía el capataz.

—¿Etraño? —respondía Latienda, viendo que ya los demás se estaban calmando—. ¿Utede cren que si me hubiera etraño hubiera hecho la cosa que hice yo allí?

—¿Cuále fueron esa, Latienda?

—¡J'a caracha! Yo hice arsione que ninguno de lo que tan aquí se atreve ni siquiera a intentá, tando lejo e su casa.

—Pero vamo a vé, cuenta alguna.

—Ahora verán...

Todo el grupo se disponía a oír con la incredulidad retratada en la cara. Latienda comenzaba a narrar.

—Tando en La Romana con el maldito compañero que le menté horita, fuimo a comé a la fonda de un chino. Llegamo allí y pedimo dó mitá. Al poquito rato noj trajeron dó platinigo e comía que a cualquiera se le quedaban en una muela.

—¡Ete diache e muy jartón! —cortaba uno.

—Pero ¡a caracha! Si no me dejan contá...

—Sí hombre, cállate —le ordenaba el capataz al que fuera-déjalo seguí.

—Pué dende que noj comimo la migajita e comía que noj trajo, el condenaó chino vino a preguntano que si queríamos café. ¡Cómo no! ¡Cómo no díbamo a queré!... Pero ¿saben utede lo que jizo el condenaó chino? Que se regó como la verdolaga y hubo que pagale cuatro chele por laj dó gotininga de agua e tindanga que no j'ofreció. ¡Jesú! ¡Gente má jambrienta que esa!...

—Pero Latienda, eso no e j'arsión —le interrumpían—. Ahí el embromao fuite tú.

Él se apresuraba a explicar:

—Pero déjenme hablá. Eperen... Se fue el chino a echá loj cuarto e n'el cajón y a llevase lo trato sucio, y saliendo él y seguidio tendiéndole yo la mano a un penco pote de azúcara que no jabía pueto pa endulzá el café, y como allí mimo había un jarro de agua e yelo, cogí ¡fup! y se la embiqué toa... ¡J'anda el diache! ¡Eso si fue bebí limoná!

—¡Ofrécote, Latienda! Y el chino, ¿qué dijo?

—Qué diba a decí. Sonso sería yo pa dejame cojé. Me eché la limoná jata por lo s'oyo, de lo pronto que me bebí mi parte, y enseguida me largué. Al que tuvieron al cojé con la cabeza atarugá entre el jarro fue al compañero que se quedó de alelao.

—¿Y no te corrieron, Latienda?

—¡Qué va! Si cuando el chino sacó el jocico, ya de mí no quedaba ni el polvo.

—¡Anda pa'l cará! —le decía uno—. Pero tú sólo fuite a l'Ete a meté la pata.

—Esa son animalá —exclamaba otro.

Latienda, con aires de importancia, se defendía:

—Utede son una probe gente que no ha salío de la finca. Utede no pueden hablá.

Entonces le voceaban los otros:

—¡Miren qué patojo!

—¡Ojojóoo!

—¡Aguaiten qué atrabanco!

Él seguía defendiéndose y la discusión se prolongaba hasta que, por la línea portátil, venía del corte un tren, amarillo de cañas.

*

* *

Cierta vez se hablaba de platos sabrosos en la caseta del pesador. Cada uno, en tal ocasión, aventuraba su opinión:

—A mí lo que má me guta e un sancocho —dijo el capataz.

—A mí el locrio -comentó uno de “Santana”.

—No hombre, déjense de zanganá, que como la longaniza bien frita, con mucho plátano verde sancochao no hay cosa —afirmó un hombrecito amarillento de “La Juvilla”.

—¿Y qué me dice tú de un tocino e puerco jondiao? —preguntó un negrito de “El Peñón”.

Latienda no pudo permanecer callado y se decidió a intervenir en la discusión.

—Señoren: —dijo— se ve que utede no má tan impueto a comé lo que aparece po r'aquí. La mejor comía e j'el salmón; yo se lo aseguro.

—¡Ya tá Latienda dándosela de fino! -dijo irónicamente el de “La Juvilla”.

Comenzaban a discutir, cuando el pesador, que era muy amigo de usar bromas pesadas, se dirigió a Latienda:

—Vamos a ver, Latienda: ¿cuántas latas de salmón y cuántos panes podrías comerte en una sola comida?

El muchachón titubeó y luego, maliciosamente, adivinando a donde quería llegar el pesador, le respondió:

—Yo me como una jangá, pero eso é muy caro pa un vago— nero...

—Por el precio no te preocupes —le dijo el pesador— que si ganas la apuesta que pienso hacer contigo, yo pago la comida.

—Si é asina —le respondió con la boca llena de risa— an— tonce é otra cosa... Yo... ¡bueno! ¡Yo me como tré pote e salmón de lo grande y ocho pane!

—¡Hombre del diablo! —decían los peones— ¡Hombre del diablo!

Y le preguntaba el pesador:

—¿Cierto, Latienda? ¿Es cierto?

—¡Mándelo a bucá si uté quiere!

Así se hizo, no sin antes convenir que de no comerse todo aquello lo pagaría él. Latienda estaba rebosante de gozo. Los peones lo miraban con cierta envidia que se traducía en comentarios mordaces:

—¡Qué jartón!

—Eso é ponerse de mojiganga de otro.

—¡Ave María! ¿Pero ese critiano tendrá la barriga de goma?

—¡Ofrécote! ¡Hay gente que por comé!...

Cuando las tres latas de salmón estuvieron abiertas y los ocho panes cortados en rebanadas, formando un gran montón, Latienda se sentó en el suelo, abrió bien sus extremidades inferiores y colocóse aquello entre ambas piernas.

—Voy a comenzá po r'el agua, —dijo, y escurrió la parte líquida que contenían las latas.

Luego comenzó a comer con gran ímpetu. Tragó como un animal. Pero poco antes de terminar la segunda lata, más de la mitad de su entusiasmo había desaparecido. Se detuvo un momento a contemplar lo que le quedaba, y entonces comenzaron todos a gritar:

—¡Te embromate, Latienda! ¡Va j'a pagá tó eso!

—¡Te embromate, diache!

—¡Te embromate!

Esto pareció darle ánimos, y entre los gritos y las risas de todos, exclamó:

—¡Qué vaa! ¡Esa son pajita pa la garsa! ¡Utede verán!...

Y dicho esto, colgóse de las cadenas de la grúa y comenzó a realizar movimientos como los de un cilindro que, en posición vertical, girase a izquierda y a derecha, alternativamente, sobre su eje.

—Eto e pa hacele cubujón a lo otro —decía, y daba cada vez más vueltas.

El grupo estaba en pie, con las cabezas hacia atrás, los ojos clavados en él, mezclando toda clase de comentarios:

—¡D'esta se joe, ese jartón!

—¡Va a deplotá!

—¡Qué va! ¡Si ese diablo come má que una tinaja defondá!

—¡Te va a dá pelpejía, Latienda!

Él les respondía desde arriba:

—¡J'a utede!... ¡J'a utede! ¡Ahora verán!...

Soltóse de ambas manos, cayó de pie en tierra, volvió a sentarse en su posición anterior y reanudó la comida.

No lo dejaban tranquilo:

—¡Atraca, diache! ¡Atraca!

—¡Mátate esa jambre tan vieja, Latienda!

—¡Métele a ese buche!

El escándalo era mayúsculo. Atraída por esa vocería, comenzó a llegar gente del batey que estaba ahí mismo. Algunos haitianos que habían ido a la grúa a recibir los *tickets* de sus carros de caña, con labios temblorosos de hambre, miraban la escena. Latienda, en el centro de un círculo humano, tenía la boca llena de comida y de risa.

Comía, pero a partir de la segunda lata, su rostro comenzó a tomar una expresión diferente, a pesar de los esfuerzos que hacía por ocultarlo. Se le notaba que se estaba violentando para seguir comiendo. En su rostro se veía claramente que aquello le repugnaba.

Se detenía por momentos; se echaba en la tierra, de espaldas, dándose masajes en el vientre. Miraba con ojos inyectados a ese círculo que lo rodeaba y que cada vez se estrechaba más, y luego ensayaba una sonrisa que se le cuajaba en rictus.

Los compañeros volvían a la carga:

—¡Aprieta, Latienda!

—¡Ahora si vaj a quedar a lo juto!

—¡Te joe, demontre!

—¡Eso lo paga tú!

La algazara era terrible. Latienda estaba medio torpe y aunque sonreía, lo hacía estúpidamente.

—¡Eso lo paga tú!

—¡Te joe!

Los compañeros le voceaban cada vez más. Entonces Latienda pareció tomar la última decisión. Sentóse con el pecho erguido y haciendo acopio de energías, gritó:

—¡Qué vaa! ¡Ahora verán!...

Y comenzó a embutir rápidamente, con todos sus bríos.

Fue un desastre. Comía precipitadamente, con los ojos desorbitados, ansiando terminar, cuando súbitamente se detuvo. Se le transfiguró la cara como si fuera a llorar, y con una violencia inesperada, lanzó por encima del grupo el resto del salmón, con todo y lata, y sin dar tiempo a que nadie pudiera pensar lo que iba a suceder, comenzó a vomitar atropelladamente.

Su estómago expulsó todo lo que había recibido ese día, y entonces daba pena verlo, echado en el suelo, como un animal agonizante, todo sucio, jadeante.

Las burlas, que al comenzar el vómito subieron de tono, ahora habían cesado y se notaba un disgusto general. Algunos censuraban la glotonería de Latienda, otros el humor del pesador. Pero todos temían que al compañero le ocurriera algo malo, y poco después, de brazos, lo llevaron a su cuarto del barracón.

*
* *

Pero no fue aquel el momento más amargo que pasó entre nosotros. El pesador tenía un humor inagotable y cruel, y le jugó otra mala pasada al buen Latienda; otra mala pasada que quizás ha sido la peor de toda su vida.

Después de aquello el muchacho volvió al trabajo. En los primeros días pareció haber perdido su locuacidad y estaba algo triste. Pero eso no duró mucho. Se acercaban los días de Semana Santa y Latienda comenzó a cambiar. Era indudable, a medida que la fiesta de las habichuelas con dulce se aproximaba, su fisonomía resplandecía de alegría.

—¡Qué comía de jaba con dulce voy a dá en "La Salina"! —decía a cada momento.

—Tú no ecarmenta!... —le decía el de "La Juvilla".

Latienda le contestaba:

—¡No embrome! ¿Acaso la jaba con dulce que prepara mi mai se van a parecer a ese condenaó salmón?

—¿Y no dique eso era lo mejor que había? —le preguntaba el otro.

—¡Ay, hombre!... —exclamaba significándole que no quería continuar hablando de aquello.

Y se daba al trabajo otra vez. Pero no bien cesaba el trajín en la grúa, ya estaba murmurando:

—¡Qué comía de jaba con dulce voy a dá en “La Salina”!

Hasta que de tanto decirlo, el pesador, que lo oía, concibió la idea de jugarle aquella mala partida.

*
* *

El miércoles santo vino la madre de Latienda a buscarlo. Era una mujer de cincuenta años, dura y recia, de carácter hombruno, que trataba a aquel su único hijo como si fuera un niño, a cachetadas. Verla el pesador en la grúa y comenzar a desarrollar su plan, fue una misma cosa. Después de saludarla muy afectuosamente, le dijo al oído:

—Venga acá, siña Lola.

Y la llevó detrás de la caseta del motor. Allí continuó:

—Ese muchacho se le va a morir si usted no se hace fuerte y lo cuida.

La pobre madre se sorprendió, y muy asustada, exclamó:

—¡No me diga, don! ¿Si será que me han enfermao mi muchacho?...

—No es lo que usted piensa —cortó el pícaro— se trata de otra cosa...

La pobre mujer se deshacía en ansiedad.

—¡Ay Dió! Pue dígame pronto; ¿qué enfermedá tiene?

Entonces el pesador comenzó a explicarle. Le dijo que Latienda era un tragón empedernido y le contó la historia del salmón y los panes, cuidándose de informarle que él había sido el culpable de todo.

—Estuvo al morirse —le decía— y hubo que acostarlo unos cuantos días para salvarlo.

—No me diga! —exclamaba la vieja—. ¡A ese condena lo machuco yo!

El pesador la calmaba:

—No. Tenga cuidado. Así no debe ser. Lo primero que usted debe hacer es curarlo. Está mal del estómago. Yo le puedo dar un

buen remedio. ¡Eso sí! Hágase fuerte, porque lo que está pensando es matarse comiendo habichuelas con dulce en "Las Salinas".

Y entonces le dio su receta. Si ella le quería la vida al hijo tendría que purgarlo para arrancarle un empacho que tenía; pero no purgarlo a la manera corriente, sino administrándole cinco o seis fuertes dosis de aceite de higuereta, una detrás de otra, para que botara el «embuche».

—¡Ay mi jijo! —decía la buena mujer— ¡Cuánto se lo agradece!

Y luego, mirando hacia donde estaba el hijo conversando tranquilamente con un peón, cerrando el puño y apretando los dientes, concluía:

—¡Pero a ese condenao lo mato yo!

—No, —aconsejaba el pesador— primero hay que curarlo.

Hasta que convenció a la buena mujer de que no debía darse por enterada hasta que no estuviera en su casa de "Las Salinas".

La madre se lo llevó. Latienda, inocente de todo, iba rebosante de gozo y no se enteraba de que en los labios de cada peón florecía una sonrisa de picardía. Ese día, al partir, era todo entusiasmo:

—¡Qué jartura e jaba con dulce, señoren! ¡Qué jartura!

Y se fue con la vieja por el camino polvoriento de "Cristóbal" que conduce a "Las Salinas".

*

* *

Se dispersaron los trabajadores hacia diversos lugares. Los bateyes eran todo tumulto, marcé, fiesta. El haitianaje practicaba sus ritos de Semana Santa. Por doquiera había rezos, ron, mangulina, merengue, "voudou", hasta el domingo de resurrección. ¡Al fin pasó la fiesta!

Llegó el primer lunes, luego el martes, después el miércoles y también el jueves... Pero Latienda no aparecía. En la grúa se decía que la madre lo tenía descansando o sometido a algún tratamiento terrible, y sobre esto abundaban los comentarios más graciosos:

—¡D'eta jalá queda sin barriga!

—¡Utede verán qué jalaíto va a vení! ¡Utede verán!...

—¡La vieja le debe haber dao más de dié palo!

—¡Por jartón, ese diablo! ¡Por jartón!

Y todos se preparaban para reír a costa suya cuando volviera.

Fue el sábado cuando apareció en la grúa, pero para conocerlo fue necesario verlo de frente, muy de cerca. ¡Pobre Latienda! Daba pena verlo. Estaba desvencijado, gastado, con los ojos hundidos en las órbitas, los labios blaucuzcos, los brazos caídos, como sin huesos, a lo largo del cuerpo, sin fuerzas, amarillo. Los intestinos se le habían relajado y tan triste era su aspecto que nadie osó reír.

—¿Qué te ha ocurrido, Latienda? ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntaban todos.

El pobre muchacho no quería contestar.

Al pesador, que al oír a los otros nombrándolo salió de su caseta con una pícara sonrisa en los labios para saludarlo, al verlo en aquel estado, la sonrisa se le trocó en asombro, y al instante fue presa de visible remordimiento.

—¿Qué te pasa, Latienda? —le preguntó.

Y su voz estaba cargada de angustia.

—¡No me hable! —dijo el muchacho al fin con voz débil, pero llena de rencor—. Yo na má he venío a bucar una cosa que me se quedó aquí.

—¿Pero qué te pasa? ¡Dime! —volvía a inquirir el pesador.

Latienda al hablar rezumaba amargura:

—Con utede no se debe ni hablá —decía—. Aquí me tienen hecho un toyo, muriéndome de diarrea. ¡Ya ni an pareco sombra de gente!...

—¡Latienda! —suplicaba el pesador muy turbado—. Perdóname, hermano. Yo...

El muchacho no lo dejó terminar.

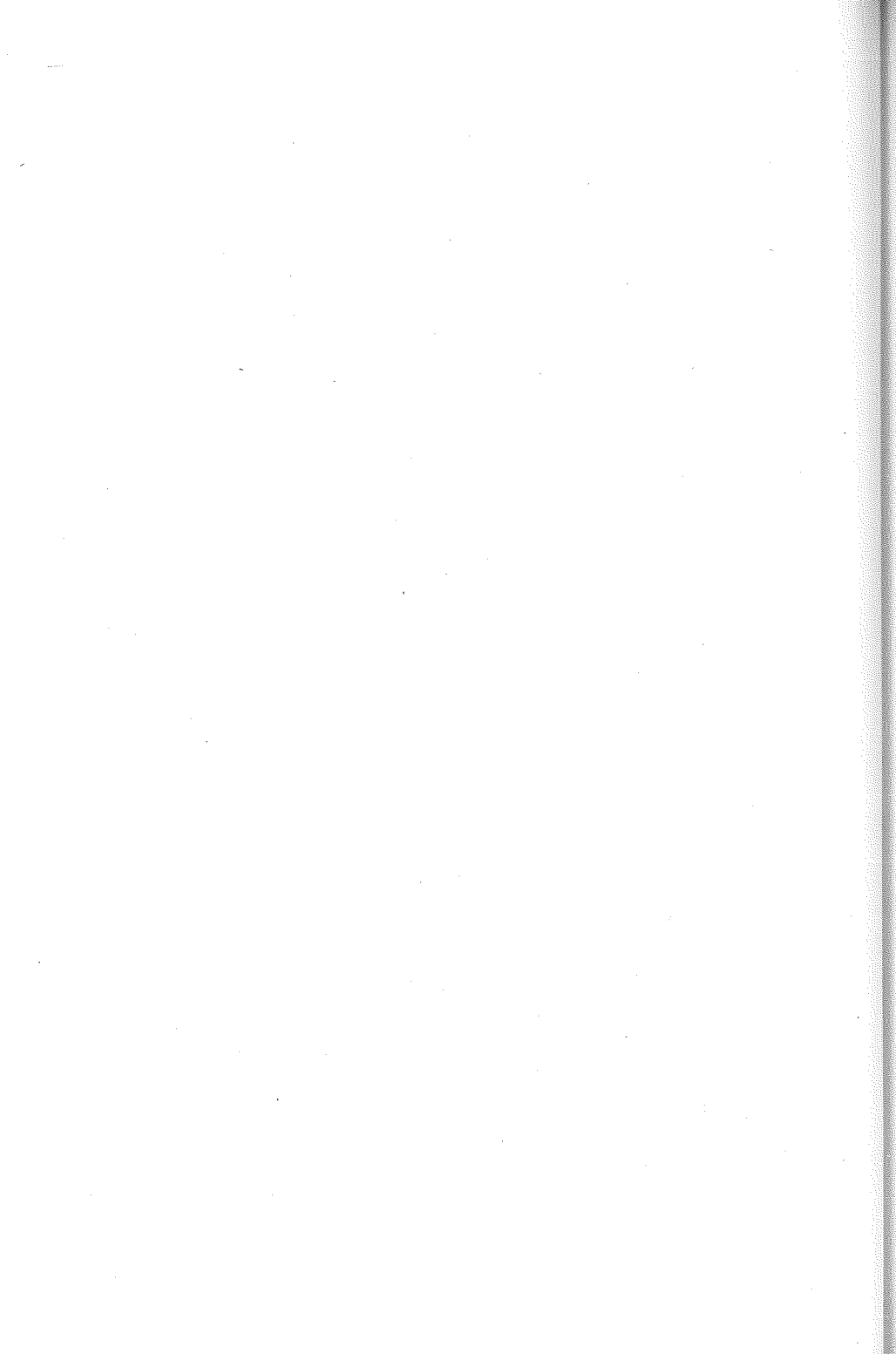
—¡No me ñame hermano! —le cortó—. ¿Qué le hice yo a uté pa que me hiciera poné e n'ete etao? ¡Creminal!...

El pesador, volvió a decir:

—¡Latienda!...

El pobre muchacho no quiso oír más. Nos volvió la espalda y comenzó a caminar. Se fue tambaleando como un muñeco de cuerda. Los peones de la grúa lo miraban sin pronunciar palabra. El trabajo estuvo en suspenso hasta que su figura de trapo se borró en el polvoriento camino, detrás del montículo de un rigolón.

Desde ese día no lo volví a ver.



EL CAPITÁN

El hombre de quien voy a hablar era muy conocido entre la gente vieja del pueblo, mas no así entre los de mi generación. Los de mi tiempo de él no sabíamos más que andaba siempre muy limpio, vistiendo un pantalón amarillo y una camisa de fuerte-azul, y que a todas horas llevaba en la cintura, metido en sendos tahaltes, un martillo y un metro de carpintero, porque ése era su oficio. Para mí era una de esas personas a quienes se les puede ver día tras día, indiferentemente, sin llegar a saber su nombre ni mucho menos interesarse por su vida. Fue en el reservado de una pulpería, un día lluvioso, donde puedo decir que lo conocí, porque allí, con esa locuacidad tan propia de los dominicanos, habló de su pasado.

Yo había entrado a aquel lugar con un amigo que me había invitado a tomar cerveza. Era en la calle "Caleta", en un barrio de gente oscura. El hombre estaba hablando en voz alta, frente al mostrador, desde las primeras horas de aquel domingo. Ya había gastado en ron todo el dinero que le produjo el trabajo de la semana y ahora "multaba" a los que iban a la pulpería a tomarse unas copas.

Era delgadito, de poca altura, blanco, con la nariz grande y amoratada. Tenía los ojos castaños, y el pelo casi rubio en ese momento se le salía del sombrero que tenía echado sobre la nuca, y le caía en mechones sobre la frente.

Sus pasos eran vacilantes. Cuando nos vio entrar se puso alerta y no bien nos hubimos sentado en el reservado, empujó

la portezuela y apareció frente a nosotros con una sonrisa estúpida en los labios. Se le veían las encías con unos salteados dientes sarrosos. Ambos nos quedamos mirándolo. Sin abandonar su sonrisa, nos habló:

—Me dispensan, pero vi que aquí había entrado gente decente y yo también entré.

Alguno de nosotros le dio las gracias, pero en el fondo ambos hubiéramos deseado que se marchara. No era grato tener con nosotros a un borracho impertinente que nos impidiera hablar. El hombre volvió a la carga:

—Yo soy el capitán Aurelio Vilorio. A mí me conoce toda la gente. ¡Todo lo que vale me conoce!

Se había acercado. Ahora estaba frente a nosotros, muy serio, y había apoyado las manos sobre la mesa. Nos limitamos esta vez a hacer una simple señal de asentimiento. Nos molestaba el tufo de alcohol que despedía. Si era el “capitán” Vilorio, poco nos importaba. Que lo conociera “todo lo que vale”, nos tenía sin cuidado. Ya teníamos barruntos de lo que deseaba...

—¿Y en qué podemos servirle? —le preguntó mi compañero queriendo abreviar.

—¡Yo estoy a sus órdenes! —nos dijo como respuesta—. ¡Yo soy amigo de los amigos!

¡Muy interesante! Pero, ¿para qué nos podía servir este “capitán amigo de los amigos” en tiempos de paz? Y en tiempos de guerra, siendo nosotros pacíficos ciudadanos en vez de generales reclutadores de gente, ¿para qué nos podía servir que no fuera para arruinarnos la despensa y el bolsillo con su tropa? Además, este “capitán” parecía todo, menos lo que decía ser. Sin embargo, por cortesía le dimos las gracias. Nuestro hombre tomó asiento. Ahora tenía medio cuerpo echado sobre la mesa y hablaba como luchando por mantener su cabeza quieta, mirándonos alternativamente con los ojos inyectados en sangre por haber abusado del alcohol.

—Ustedes me ven así, pero no saben quien soy...

Mi compañero estaba perdiendo la paciencia y ya se disponía a decirle algo, pero el borracho se anticipó:

—¡Qué cará! ¿Que quién soy? ¡Nadie! —se respondió a sí mismo—. Si me hubieran conocido antes, cuando yo era capitán del batallón “Ozama”...

Vaciló un poco; luego, con el tono propio del que habla de una maravilla que ha conocido, entre gente que la ignora, continuó:

—Pero esos eran otros tiempos. Entonces los hombres eran hombres y había que respetarlos por la bragueta, porque había que cargar pesado para poder llevar los calzones. Ahora... ¡je! ¡je! —Su risa era despectiva—. Ahora esto se ha llenado de porque-rías. ¡Ya no hay hombres!

Al terminar dio un golpe en la mesa y se quedó mirándonos como si hubiera dicho algo nuevo y de mucho peso. ¿Qué pensar? Así se expresan casi todos los dominicanos que tienen más de cuarenta años:

“—¡Si fuera en mi tiempo!”

“—¡Si me hubieran visto!”

“—¡Si me hubieran conocido!”

“—¡Yo era esto! ¡Yo era lo otro!”.

Y después que nos han dado una idea exagerada de su personalidad, terminan aceptando que en la actualidad no son nada, porque ya los hombres no valen, porque se fue Concho Primo, porque no hay dinero, porque los tiempos han cambiado y ahora no hay ambiente.

Somos la gente de las añoranzas.

—¿Pero qué desea el amigo? —preguntó mi compañero, ya decidido a ponerle fin a la situación.

—Yo no deseo nada; —exclamó el borracho— ustedes me brindarán la tarde y si quieren les haré alguna historia. ¡Porque yo tengo historias! Ustedes no me conocen y pueden creer que soy un “pulgón”, pero... ¡Ay cará!... Yo soy el capitán Vilorio, que es decir tamaño macho. ¡Tamaño macho, amigos!

Le pesaba la lengua y se le enredaban un poco las palabras. Cada vez despedía más fuerte el tufo de aguardiente.

—¿Se quiere tomar un vaso de cerveza? —le preguntó mi amigo.

—¡Eso es miao de burro! —dijo riendo— ¡Yo bebo cosas fuertes!

Y volviendo la cara, voceó:

—¡Dependiente! ¡Tráeme un yaguazo del que tú sabes!

A poco entró el requerido con medio vaso de ron blanco. Nuestro hombre lo miró entre sonreído y despótico, y antes de llevarse el vaso a los labios, descaradamente nos preguntó:

—¿Se puede pedir un túbano?

Y sin esperar respuesta, medio hablando con el dependiente, medio hablando con nosotros, en el mismo tono comentó:

—De eso no hay que hablar. Entre gente decente no hay pijoterías. ¡Tráigame un túbano “Habanera” de los largos, amigo!

El dependiente nos miró como pidiendo la confirmación de la orden. Yo lo autoricé en vista de que mi amigo no estaba dispuesto a llevar aquello mucho más allá. A poco el empleado entró con el cigarro, lo dejó sobre la mesa y volvió a salir. El borracho se echó el trago, hizo una mueca y escupió. Luego se limpió la boca con la manga de la camisa y exclamó:

—¡Uaaj! ¡Qué ron del diablo!...

Luego, mirando hacia la portezuela, voceó:

—¡Dependiente! ¡Un poco de agua!

Y bajando la voz, comentó con nosotros:

—Estos son unos animales: ¡díque ponerle a uno un trago seco! Pero eso no es más que por lo mal vestido que me ven. Así parezco una mojiganga.

Se miró la camisa, y como hablando consigo mismo, murmuró:

—Ay, cará... ¡Si fuera en otro tiempo!...

Súbitamente sacudió la cabeza y volvió a subir la voz:

—¡Miren! —nos dijo abriendo los ojos y mirándonos con fuerza—. Cuando a mí me engancharon en el batallón “Ozama” fue por macho. ¡Lo pueden creer! ¡Que yo no le hablo mentira a los hombres!

No le respondimos. Nos quedamos mirándolo esperando que tomara una decisión. Entonces comenzó a decir:

—Esa vez eché yo un pleito de a naván en la cárcel, y el General Sulí —¿ustedes no lo han oído mentar?— el General Sulí se enamoró de mí desde ese momento.

Lo decía gesticulando en extremo. Ya estaba en pie y dispuesto a narrar.

—Yo fui a la cárcel por unos balazos que había dado en un campo. ¡A mí me sobaban bríos en ese tiempo! El General Sulí era Comandante de Armas y me encontró un día fajao como con cincuenta. En ese rebú hice yo un gastadero. ¡Supónganse que era a la hora del chao!... Estábamos todos los presos sentados en una rumba de leña en el patio de la cárcel y me acuerdo que la cosa vino por una frescura de un tal Jacintico, muy ñoño, que tenían de jefe de los presos. Ese hombrecito se estaba llevando

los vientos y era el tipo más presumido que había en la tierra. Supónganse que estaba preso por haberse llevado una gurgusia de por esos campos y se creía que había cogido a Dios por el rabo.

“El día que esto pasó estábamos comiendo tranquilamente, cuando vino el fresco y me sacó la carne del plato, tal como se lo hacía a los demás... Pero conmigo le salió el cura de su pueblo. Se me prendió la sangre como si me la hubieran encendido con un fósforo y sin que nadie tuviera tiempo de meterse, pegué un salto, cogí una raja de leña y le bandié la cabeza de un palo. ¡Porque yo era un hombre del diablo! ¡Conmigo, carajo, había que espabilarse!”

Se desvió un poco de la historia para hacer un elogio acerca de su valor y de su destreza en la pelea, y por fin volvió a la narración.

—¡Se prendió el diablo! —siguió diciendo—. Un primo de Jacintico que estaba allí de soldado, me marchó como un tigre, pero le partí un brazo con el mismo palo. ¡Carajo! ¡Ya yo estaba metío en faruca! Los otros soldados salieron corriendo a buscar las carabinas.

“—¡Debaraten a ese carajo! —les gritaban a los presos.

“Pero ¡qué vaa! Yo había entrado en calor y estaba repartiéndole leña que era un gusto. Había dado ya como cincuenta palos, y cuando asomó por allá el General Sulí, que iba para la comandancia en ese momento, corría la colorá por todas partes.

“El General venía con el sable en la mano gritando:

“—¿Qué pasa ahí? ¿Qué pasa ahí?

“Ya estaban sobre nosotros los soldados dando culatazos a dos manos, pero el rebú era tan tupío que no se entendía nada. Unos habían cogido mi banda y otros la del soldado. Por fin sonó un tiro y cayó un hombre con una pierna pasada. Todo el mundo se quedó quieto. Así fue como se calmó la gente.

“El General, que ya se había metido en el fandango, daba plan como un desesperado y echaba candela por los ojos. ¡Había que ver a ese macho cuando se empantalonaba!

“—¿Qué vagabundería es esta, carajo? ¿Qué pasa aquí?

“—Un abuso, General —le respondí yo antes que otro hablara.

“—¿Quién es usted? —me preguntó con la cara como un toro.

“—¡Un preso, General!

“—¡Ése fue el que armó el desorden! —gritó un cabo, señalándome.

“—¡Cállese! —le ordenó el General—. ¡Hable usted a ver de qué abuso se trata, porque yo no como abusos!

“¡Anda el caray! Yo no he visto hombre que respetara más a los otros hombres que el General Sulí. Yo se lo digo a ustedes: ese era un hombre macho, y los machos saben respetar. El hombre que abusa de los que no se pueden defender no es más que un pendejo, ¡yo se lo aseguro!”

Esta conclusión fue afirmada con un golpe en la mesa. Nuestro hombre escupió, tomó un poco de agua y continuó, siempre gesticulando y cada vez más borracho:

—Le conté al General cómo eran las cosas. Se puso como el diablo cuando supo que tenían a Jacintico dizque de jefe de presos y ése día embarró a todo el mundo. La gente andaba aplastándose en la cárcel. ¡Concho! El hombre era yo. El General había dado órdenes de que cuidado quien abusaba conmigo. Y no sólo eso, sino que dio orden para que me llevaran al día siguiente a su casa.

“Así fue. Ese día conversamos muchísimo. Le conté por qué fui preso. Le dije de dónde era yo y de qué familia. Y ¡miren qué suerte! Resultamos medio parientes.

“¡Usté no duerme más trancado! —me dijo. Y desde ese día estuve de confianza. Entonces estaba de mi cuenta: salía al pueblo, tenía mujeres y hasta jugaba gallos.

“A los cinco o seis meses se descompuso la cosa. Se había pronunciado una revolución y el General fue llamado de la Capital. Ese día me mandó a buscar y cuando estuve en su casa me dijo:

“—Usté se va conmigo, Vilorio.

“—¡Donde usted quiera, General! —fue lo que le contesté.

“—¡Me llevó con él y al poco tiempo le entregaron el batallón. Seguido me hizo nombrar teniente y salimos a guallar”.

—¿Teniente o Capitán? —le interrumpió mi compañero, algo incrédulo.

—Teniente! —respondió en tono firme y dejando traslucir cierto orgullo- ¡Usté me ve hoy vuelto un trapo, pero yo no hablo mentira!

—No quise decir eso —se excusó mi amigo— sino que como usted nos había dicho que era capitán...

—Se lo dije y es verdá. ¡Yo me gané los galones de capitán fajao como los machos! En el pleito a donde a mí me ascendieron había que tenerlos de plomo. ¡Sí, señores, de plomo! Y se lo voy a contar para que vean...

Vaciló un momento y luego, cambiando repentinamente de tono, añadió:

—Pero páguense otro trago, amigos.

Y al decir esto le volvió la sonrisa descarada.

Todo lo que aquel sujeto nos contaba podía ser mentira, pero ya estábamos decididos a oírlo. Para los que no conocimos a Concho Primo este género de narradores siempre resulta subyugante. De poco nos vale no creerles, pensar que no hicieron nada, o saber que nada hicieron. Como quiera, ellos son los únicos que nos dan una estampa de ese tiempo que no aparece ni en la historia ni en la literatura y sobre el cual no se ha emitido un juicio claro todavía.

Y a veces hasta sentimos admiración por ellos cuando nos refieren sus hazañas sangrientas.

Se pidió un nuevo trago. Nuestro hombre escupió. Dio un paso hacia adelante para mirar por la portezuela y enterarse si el dependiente estaba despachando lo que se le había pedido, y volviendo al sitio que ocupaba, se llevó el cigarro a la boca. En vano lo chupó dos veces: estaba apagado porque lo había olvidado hacía rato. Entonces le quitó la ceniza en el borde de la mesa y sacó del bolsillo una caja de fósforos. Encendió uno, y el cuarto, que estaba semioscuro porque las ventanas estaban cerradas, a causa de la lluvia que caía en esos momentos, medio se iluminó. Al hombre se le enrojeció el rostro durante un momento con la luz del fósforo. Echó unas bocanadas de humo. Escupió otra vez y cogió el vaso que ya había traído el dependiente. Se echó el trago y seguido bebió un poco de agua. Luego chupó nuevamente el cigarro. Esto como que lo serenó. Volvió a hablar:

—En ese tiempo las rayas se ganaban fajao, mis amigos. A mí me hicieron capitán en uno de los pleitos más tupíos que se han echado en mi pueblo. Ese día se habían trepado unos malditos en la torre de la iglesia y le estaban rompiendo el bautismo a todo el que asomaba el güiro. Casi nos habían desbaratado. Al General Sulí le habían matado gente que era un gusto, luchando por la comandancia. Ya las cosas se habían

desordenado, y yo me había quedado con un cañón y un puñito de hombres, completamente desconectado del resto. La gente andaba corriendo por las calles sin saber lo que hacía. Se topaban dos grupos en una esquina, y sin averiguar, se fogoneaban. Nadie se fijaba en nada y todos seguían corriendo. ¡Anda p'al cará! A mí y a mis gentes nos querían rendir. Era un grupo que había decidido capturar el cañón a cualquiera precio y nos venía largando a punto metío. Me habían tumbado unos cuantos hombres al lado y el resto se me estaba aflojando. Porque ahí había plomo, compadre. ¡Anda p'al caráaa!... Me quedo yo pensando...

“Nos venían reventando ya los fogonazos casi en la frente. El cañoncito se había vuelto un toyo, sin balas, y más caliente que el carajo. No había más remedio que mandarse o dejarse matar. Pero yo estaba dispuesto a que me hicieran polvo allí mismo...”

Hizo una pausa, se quedó un momento mirando imprecisamente hacia algún sitio y como hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Carajo! ¡Lo que son los hombres de vergüenza!... Ese día me hubieran pulverizado...

Luego, mirándonos de nuevo, continuó haciendo esfuerzos por sacudirse la borrachera:

—Pero hay que creer que el hombre nada más se embroma cuando le llega su día. Ya no tenía balas, pero hice así, y me espanté -y aquí repite el movimiento que hizo aquella vez, con gran peligro de derribar la mesa- y di un salto a un lado. Relojé como un tigre los alrededores, y entonces fue cuando se me ocurrió la idea que me salvó... ¿Qué creen ustedes que hice?

Se quedó como esperando respuesta. Nosotros, pendientes de sus labios, no respondimos sino que le demostramos nuestro deseo de que siguiera hablando.

—¡Carajo! ¡Yo era un hombre del diablo! —continuó, gesticulando—. Vi un montón de cascajo que habían echado frente a una casa que tenía una acera en construcción y de una vez pensé:

“—¡Se fuñeron! ¡Ahora verán!

“Y me fui corriendo, agachaíto, hasta el montón de cascajo.

“Traje el kepis lleno dos veces. Cogí aquellas piedras y se las metí al cañón por la boca con el brazo. Me achicharré todo, pero cuando uno está metío en vaca brava y tiene que defender

la pelleja, no siente nada. Los tiros me estaban quemando, por dondequiera, y ya los únicos hombres que me quedaban, ¡guapos como las armas!, estaban heridos. Uno tenía una pierna pasada y el otro un brazo, y estaban fogoneando, ¡eso si es verdad! Pero estaban heridos.

“Le preparé la carga de pólvora al cañón y arreglé la mecha. Entonces me puse a esperar que la gente llegara.

—“Tírenle pa que se entusiasmen -les dije a mis dos hombres.

“¡Ay, carajo! Venían como unos leones:

¡Tuá! ¡Ti! ¡Tuá!

¡Tuá, tuá!

¡Ti, tuá!

Los dejé venir. Se acercaban cautelosamente, medio abajaítos, largándome aplastaos...

¡Tuá! ¡Ti! ¡Tuá!

“¡Ahí venían, carajo!... Cuando los tuve cerca, ahí, a la chembita, que ya se habían juntado para asaltarme, cogí y le prendí la mecha al cañón...

“¡Ujuy, carajo! ¡Qué desbarajuste, amiguitos! Estaba el hombre desflecao que daba pena! Ese tiro hizo una carnicería. Yo nunca he visto gente tan mal matada como aquella. ¡Me acuerdo de dos hombres que tenían las barrigas desfleçadas, lo mismo que parte del pecho! Otro tenía un brazo como una escoba. ¡Qué desguañangue! Los que se salvaron quedaron como locos y se desgitaron dando gritos.

¡“And’el caraajo! ¡Qué pleito!... En ese momento nos llegó el refuerzo. Acababan de rendir a la gente de la torre y la situación era de nosotros. ¡Ya el General Sulí había cogido la comandancia y estaba el muerto que jedía a barco viejo...!”

Se detuvo. A pesar de qué había podido organizar su narración, se le notaba ya una lamentable falta de control que no tardaría en revelarse completamente en sus expresiones.

—¡Qué hay d’eso! —inquirió como haciendo su propio elogio—. ¡Por donde pasaba el batallón “Ozama” afisiaba el olor a chivato!

Y luego, como una explicación, afirmó:

—¡Era que a los hombres les jedían las verijas!

Mi compañero y yo hicimos algunos comentarios:

—Eso fue serio... —decía mi amigo.

—Aquel tiempo era singular, —murmuré yo.

—¡Había que tener timbales! —afirmó el borracho.

Y luego, volviéndose hacia la portezuela, rezongó:

—¡Dependiente! ¡Otro jaquimazo!

Ya pronunciaba las palabras con el mismo trabajo con que levantamos algo muy pesado y difícil de asir, cuando estamos extenuados. Comprendimos que si bebía más, de allí en adelante no podría coordinar otra idea.

—No debería tomar más —le aconsejé.

—¿Quién? ¿Yo? —murmuró con una altivez que se traducía en una especie de gruñido, mientras luchaba por mantener erguida la cabeza—. Yo no estoy borracho, amigo... Yo no me emborracho... Yo...

En eso entró el dependiente. El hombre cogió de manos de aquél el medio vaso de ron. Seguía luchando con su cabeza y parecía haber olvidado la ofensa. Escupió, y la saliva le colgó en hilos hasta el pecho. Abrió los ojos, haciendo un gran esfuerzo, pero los párpados como que se le resistieron. Se llevó el vaso a los labios y la mitad del contenido le corrió por la quijada, luego por el cuello y le llegó hasta el pecho. Gruñó como un animal. Tosió un poco y cerró los ojos.

—¡Uaaaá! —exclamó, apretando los párpados cada vez más. Luego escupió, volvió a abrir los ojos haciendo un supremo esfuerzo y dio un puñetazo en la mesa, pero la mano se le quedó allí. Ya era un perfecto idiota.

—No beba más —le dije otra vez, sintiendo lástima por él.

—¡Carajo! —me dijo—. ¡Yo no estoy borracho! Yo...

La lengua se negó a seguir. Eructó. Entonces mi compañero habló:

—Ya está bueno. Salgamos de aquí.

El hombre se volvió hacia él.

—¿Se van? —su tono era en extremo quisquilloso—. Yo soy un hombre que no pulgoneo... Por eso es malo, carajo...

Quise darle una contestación, pero mi amigo me tiró del brazo dándome a entender que no debía hacerle caso.

—Yo... —comenzó a decir nuevamente.

Mi compañero dio unos pasos para salir. Seguí tras él. Esto ofendió más al borracho.

—¡Son unos pendejos! —nos gritó—. Unos parejeros!...

Seguimos como si no hubiéramos oído. Al acercarnos a la portezuela vi al hombre haciendo un ademán como para levantarse. Pero fue inútil. Chocó con la mesa y se dejó caer nuevamente en la silla. La cabeza le cayó sobre el pecho y murmuró una palabra obscena.

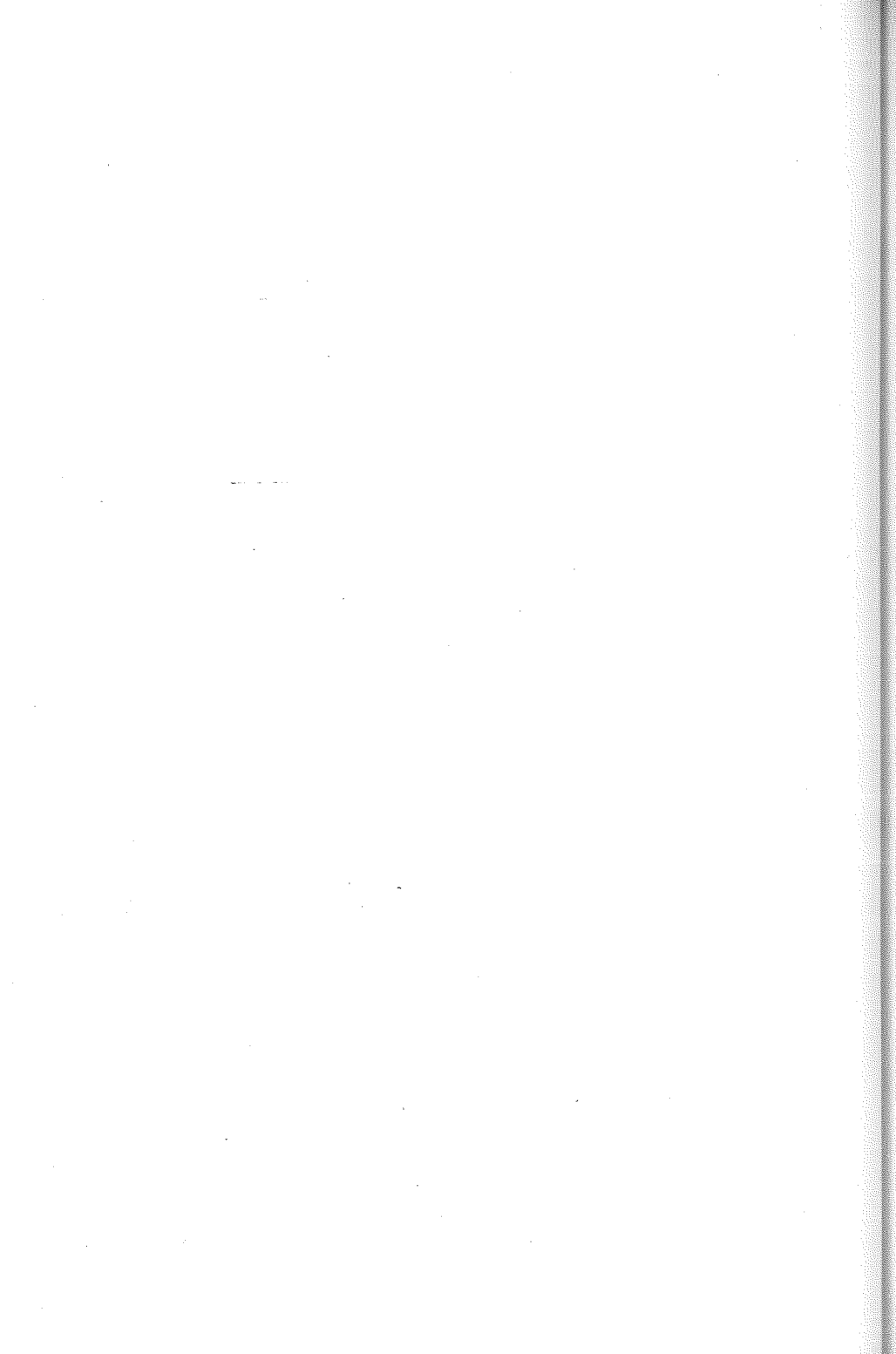
Salimos del reservado y pagamos la cuenta. Mientras nos entregaba el vuelto, comentó el dependiente:

—Ese hombre es un desgraciao. Es una calamidad. Viene aquí a molestar a los clientes, se emborracha y luego le falta el respeto a la gente. Me vomita el reservado. ¡Es una vaina!

No le contestamos. Salimos a la acera. Al pasar frente a una puerta del reservado que daba a la calle, oímos el último rezongo del borracho:

—¡Parejeros, carajo!... ¡Pendejos!... A mí...

Lloviznaba. Seguimos caminando sin hablar.



ENTRE BAYAHONDAS

I

HATICO

Hace tantos años que ya no recuerdo de qué lado nacía el sol en Hatico. Sólo una cosa tengo en la memoria: que parándose en medio de la amplia calle principal, polvorienta, y cuya forma parecía una S, de espaldas al camino de Barahona, a la derecha le quedaba a uno el Marcé y más allá el río Yaque, que se escondía detrás de un monte de guasábaras, cayucos, tunas y bayahondas. Que al frente comenzaban el camino de la rigola de la Compañía y el de Hato Nuevo y Santana, donde estaba la represa; y a la izquierda el camino de El Palmar que saltaba sobre una rigola vieja y se iba por entre conucos, bordeado de "todo-el-año", hasta cruzar el rigolón ya casi en el caserío que vive bajo las palmas grimosas.

Las casas de Hatico, techadas de zinc y de pencas de cana, siempre estaban sucias por fuera y como aplastadas. Por las calles vagaban a toda hora del día grandes nubes de polvo que cegaban a los vecinos y les llenaban los pulmones, y el sol en el cielo era como una amenaza de incendiarlo todo.

Por la amplia y sinuosa calle principal, que al fin se convertía en horqueta donde recibía un ancho camino, y que era más estrecha al principio que en la mitad donde se ensanchaba

hasta casi formar una plazoleta, rodaban piedras que un día llevaron del Yaque para fabricar calzadas. Partían a ambos lados de aquella gris e irregular vía, cuatro o cinco calles más que se arrastraban unos cuantos metros y a poco morían jadeantes en alguna rigola, bajo las bayahondas que le daban sombra al círculo de canales que rodeaba el pobladito.

Pocas de las gentes de Hatico eran de allí. Habían llegado en su mayoría de Las Matas, de San Juan, de Barahona. Se encontraba alguno de Azua, otro de Mao y hasta algún capitalaño de esos que hace veinte años han abandonado el hogar. Había también un par de árabes establecidos en el caserío. Todos llegaron una vez a la finca, trabajaron algún tiempo en los días en que los blancos luchaban con la guasábara y la sal, y de aquellos trabajos sacaron dinero, porque los primeros norteamericanos que llegaron a abrir las plantaciones de caña no sabían —cosa rara en los de su raza— administrarlo.

Después esa gente se hizo jugadora, borracha y comerciante. Algunos hubo que fueron las tres cosas a la vez, y de éstos, quizás más de dos se encontraban en Hatico como muestra de esa población de todas las fincas de caña y de los poblados que las rodean.

Esas gentes cuando salieron de sus casas quizás eran sencillas y hasta buenas. Ahora, interiormente, tal vez lo seguían siendo, pero como casi todos tenían tiendas y esto les granjeaba ciertas deferencias de parte de los más humildes, se habían puesto tontos y ridículos, y eran como caricaturas de personajes en aquel caserío, que también era una caricatura de pueblo.

*

* *

El jefe de Hatico era un guardia nacional que se pasaba el día tocando guitarra, muy acicalado, luciendo un diente de oro que se había hecho poner, sin necesitarlo, por un ventrudo señor que vivía en el pueblo y que era dentista. Indiscutiblemente el guardia era una personalidad. Se le veía paseando con las muchachas más encopetadas y a todas horas se le solicitaban favores, serenatas y se alababa su valor. Vivía perezosamente y

quizás su único trabajo era enseñar su diente de oro al sonreír. Había olvidado que existía otro mundo fuera de aquel y que algún día volvería a los cuarteles donde tan sólo sería una cosa. Por cualquier futilidad encerraba a la gente más humilde de la población en un caserón de tablas de palma que hacía las veces de cárcel. Casi siempre estaba en el billar, único sitio de diversión de Hatico, y caminaba con una lentitud arrogante que era la mayor admiración de los muchachos de mi edad.

¡Qué gran soldado era aquel! Nuestra mayor aspiración consistía en llegar a ser guardias algún día, para hacer una vida como la que él hacía, ser jefes de algún Hatico y llevar un gran rifle con todo y bayoneta, como el suyo.

*

* *

El comerciante principal tenía unos hijos que no se juntaban con el grueso de los muchachos entre los cuales hacía yo mi vida. Nosotros vivíamos entre las guasábaras matando pájaros con *tira-piedras* de goma. Aquéllos se pasaban el día frente a una máquina de escribir, aprendiendo dactilografía, con aires de personas principales. La buena gente de Hatico decía, llena de admiración:

—¡Qué mucho saben esos muchachos! —Y se mordía el labio inferior.

A nosotros nos mortificaba aquello y por envidia los despreciábamos. Más nos interesaban el guardia y su carabina.

*

* *

Con mucha frecuencia en Hatico había bailes y veladas. Tanto en los unos como en las otras, tomaba parte lo principal del pueblo. Aquello debió ser algo horroroso, pero entonces, a los de mi edad nos parecía delicioso. Sobre todo los bailes,

donde bebíamos ron como hombres y nos emborrachábamos hasta revolcarnos en la tierra, muchas veces.

Después he pensado que allí se parodiaban las fiestas de la gente que en nuestros pueblos principales son algo así como la aristocracia de otras partes, y que si cualquier persona equilibrada hubiera asistido a aquellas fiestas, quizás habría pasado ratos de especial buen humor. Pero nunca apareció esa persona.

*

* *

En la semana había tan pocas diversiones que los hombres, ya fueran comerciantes o empleados, vagaban como desorientados, en el pequeño caserío, repitiendo una misma conversación, porque no tenían tema. La tranquilidad del poblado era alterada únicamente una o dos veces al día por la llegada de algún camión que venía cargado de mercancías o provisiones para las tiendas, cubierto de polvo o de lodo, según estuviera el tiempo. Entonces se podía hablar algunas frases con el chofer que generalmente le echaba pestes al camino. También se rompía la monotonía de aquella vida con la algarabía que formábamos los muchachos de ocho a doce años *encampanando* nuestras *chichiguas*. Cuando hacíamos esto los hombres nos miraban con envidia y pocas veces podían sustraerse a la tentación de tomar parte en nuestros juegos. Cogían nuestros *abejones*, *estrellas*, *tamboras* y otros papalotes que bautizamos con diversos nombres, y se ponían a jugar. Gritaban con nosotros:

—¡Cambia!

—¡Cambia!

—¡Qué pájaro que cabecea!

—¡Le va a dar culebrilla!

—¡Arríale!

Y casi siempre terminaba la jugada con la siguiente gritería:

—¡En banda! ¡En banda!

Era que alguien le había amarrado una hoja de navaja en la cola a su *chichigua* y, maniobrando hábilmente, había hecho que su cometa le pasara la cortante pieza por el hilo a la del

otro, cortando aquél y echándose la por los aires, libre y desgobernada. Entablábamos entonces una carrera desesperada, mirando al cielo, sin tomar en cuenta que podíamos tropezar y caer. La preocupación principal era localizar con la vista el sitio donde había caído el *pájaro*. Nos metíamos por conucos y potreros, saltábamos rigolas y hacíamos caso omiso de las espinas. A veces entablábamos enconadas peleas por unas brazas de cordel. Todo aquello divertía de lo lindo a los aburridos hombres que vivían allí como enjaulados.

Eso durante el día. De noche el guardia rompía la quietud con alguna canción de notas prolongadas, acompañándose con la guitarra. Los muchachos no aparecían en las calles. Las mujeres se recogían temprano. En algún lugar, posiblemente en una casa cerrada por cuyas rendijas se filtraban horizontales rayas de luz, los hombres del pobladito se emborrachaban normal y tranquilamente, y a la una o las dos de la madrugada, se acostaban generalmente sin hacer ruido.

*
* *

Hatico. En los días de sequía, que eran los más, cada vez que se respiraba sentía uno que el polvo se le iba a los pulmones. Se abría la boca para hablar y ésta se llenaba de polvo. Se ponía la mano en algún objeto y venía sucia de polvo. No era posible mantener nada limpio. Había que comprarlo todo empolvado, sobre todo la carne que se vendía en una enramada descubierta. Cualquier mercancía parecía vieja antes de usarse. Sin embargo, ya aquello casi no molestaba.

Cuando llovía la calle se llenaba de charcos de agua turbia y a la gente calzada casi le era imposible transitar. Alguien venía contando, tiritando de frío, que el Yaque se había llevado un pedazo de conuco, que más abajo de la Represa se había ahogado alguno de Santana o que los pollos de tal parte habían sido arrastrados por las aguas. En cualquier forma, los hombres se emborrachaban *mojando* el día.

De noche las lámparas de gas parpadeaban sobre los mostradores amenazando apagarse, manchando los tubos de negro.

En las pocas casas que no tenían comercios, la gente conversaba a la luz de sus llamas melancólicas.

En los establecimientos se jugaba dominó sobre los mostradores, entablándose aburridas partidas entre los señores comerciantes y algún peón descalzo que jugaba del lado afuera del mostrador, recostado sobre éste, porque no se le brindaba asiento. A la hora de dormir, la gente se iba pisando el polvo de las calles, que a esa hora no volaba porque la brisa había muerto, y que era como una alfombra en la cual se enterraban los pies.

A veces salía una luna grande por detrás de las bayahondas. Entonces los árboles de ramas desnudas y espinosas, eran negras siluetas en el fondo de un cielo muy azul, manchado de rizadas nubecillas.

La gente nunca ansiaba que llegara la hora de dormir. Parecía como que todos iban a partir de aquel lugar a cada momento. Vivían allí como de tránsito. Los roía una especie de inquietud de vagabundear. No en balde habían sido gente de finca antes de ser comerciantes establecidos en lugar determinado.

II

EL MARCÉ

El Marcé le cambiaba la fisonomía a Hatico, le aceleraba el ritmo, lo llenaba de gente. Era una cosa extraordinaria.

Desde el sábado comenzaban a llegar burros de Las Salinas, cargados de víveres. Entraban los neiberos con sus raspaduras; vendedores de viajacas de Cabral, pescadores de la laguna de El Rincón, gentes de Duvergé, y gran número de palestinos, libaneses y haitianas, éstas últimas con grandes líos a la cabeza, hediondas a grajo, sudorosas después de haber realizado a pie, a largas jornadas, la considerable distancia que separa a Hatico de la frontera.

Los comerciantes llegaban en camiones con grandes cajas repletas de mercancías. Estos vehículos ensordecían a los buenos habitantes del pueblecito con el estrépito de sus motores durante la tarde del sábado y la del domingo.

Se iba abarrotando el pueblo de animales y vehículos entre los cuales gusaneaba la gente. Los vendedores marchaban hacia el Marcé, especie de plazoleta que en ese tiempo a mis ojos aparecía como una de las cosas más grandes entre las de su género. Echaban los serones al suelo, descargaban los camiones y los automóviles y cada uno ocupaba el sitio donde exhibiría y vendería sus cosas al día siguiente.

Desde que oscurecía iban abriendo sus ojos soñolientos unas jumiadoras cuyas flamas comenzaban a dar tumbos sobre las bateas de fritos. Varias mujeres con anafres en frente, las piernas abiertas, las caras lustrosas y sudadas, pelaban plátanos, hacían empanadas, bollos, yaniquecas y otras cosas que luego freían.

Allí pasaban todos la noche sobre sus *ventas* y al lado de éstas, sin dormir. El sonido asmático de los cachimbos era lo único que se oía después de entrada la madrugada. Cuando la luna subía detrás de las bayahondas, lo iluminaba todo débilmente. Las sombras de las enramadas, largas, frías, comenzaban a encogerse, y las hamacas se veían como telarañas en el fondo semioscuro de esas construcciones de una *aleta*.

*
* *

Pasaba la noche y al día siguiente el Marcé se mostraba con todos sus colores. Todo cuanto había llegado envuelto y encajonado, aparecía. Aquellas enramadas tenían unas toscas mesas de tablas de palma que durante los días de la semana semejaban la osamenta de algún animal muerto en el campo. Ahora estaban cubiertas de telas, zapatos, sombreros y abalorios que resplandecían. Todas las calles del Marcé estaban atiborradas de gente. Haitianos, peones, muchachas del poblado, campesinos, compradores de oro y vendedores que no alquilaban mesa, caminaban de un lado a otro, pregonando a gritos. ¡Cuántas voces roncadas!

—¡Aquí está la raspadura!

—¡Tortilla!

—¡Eto son plátano, caballero! ¡Aquí no se venden ñícaros!

—¡Carne fresca! ¡Novilla!

—¡Por ma madre que te vendo la mejor muselina!

—¡Ven acá, compadrito!

—¡Compé, tut vagai que viní de Haití sasé bon!

¡Qué mundo! ¡Cuánto ruido! ¡Cuánta gente! Cerca de las enramadas donde la carne de unas cuantas reses chorreaba sangre y donde un carnicero se desgañitaba ponderando la buena calidad de aquella, estaban las mujeres que hacían comida. Grandes calderos de *locrío* coloreado con bija enviaban un olor que destrozaba los estómagos hambrientos. Allí era donde se aglomeraba más gente...

—¡Acabe con el plato, amigo! —le decía un vale al comprador que comía en esos momentos.

—¡Déqueme una agüita, si e su guto! —solicitaba el que había terminado, pidiéndole el único jarro a otro que lo tenía en las manos.

—¿Y a cómo e jel frito verde? —le inquiría alguien a la vendedora.

—¡A chele!

—Y eso que lo plátano tan por el suelo.

Era muy difícil que en este caso no se entablara una discusión.

—El único fuñío e jel agrecultor que no recibe ná por lo suyo rezongaba el inconforme comprador metiendo la mano en una media lata donde estaban los fritos con que se acompañaba el *locrío*.

—Pero critiano —se defendía la vendedora— ¿y la manteca? ¿Y la mala noche? ¿Uté no cuenta eso?

—Ma brega dá alevantá un cunuco, doña.

Venía una protesta de otro lado:

—No me manosé la venta asina. Coja laj pila como tan, pero no me laj debarate decogiendo.

Y más allá:

—Le doy dié.

—El último precio e doce.

—Antonse déjelo.

Y el que había dicho esto echaba a andar. Pero no bien había dado unos pasos, decía la otra voz:

—¡Cójalo! ¡Venga!

Y mientras el comprador volvía, comentaba el vendedor en voz alta para que aquél lo oyera:

—Ya eto no sirve. Aquí no se gana ná. Se viene por vicio.

*

* *

Marcé del Hatico. ¡Cuántas cosas se oían allí! El comerciante venido de las tierras del Asia Menor se deshacía en elogios alabando la excelente calidad de sus mercancías. Casi siempre convencía y engañaba al comprador. Las relucientes haitianas escupían y *garateaban ñangotadas* frente a sus bateas de dulces de maní y de ajonjolí, o ante sus cajones repletos de baratijas, donde sobresalían los vasos de aluminio rameados. Los campesinos fingían perder siempre. Se desgañitaban todos. Tragando polvo comían, caminaban, hablaban, sudaban, reían y perdían el humor.

Así hasta el atardecer. Cuando el sol comenzaba a bajar, la gente se acercaba a las alambradas, donde los burros melancólicos, los mulos malhumorados y los caballos serviciales, esperaban que el aparejo les calentara los lomos para llevarse el serón que trajeron muy pesado y que ahora iría liviano.

Los comerciantes, extenuados y roncós, volvían a empacar las cosas que no vendieron. Algunos *mirones* rondaban las mesas. Maniobraban entre tanto los camiones. Varios borrachos hacían emprender veloces carreras a sus caballos. Alguien gritaba:

—¡Date pronto! ¡Anda vivo!

—¡Nos coge la noche!

Y había quien comentara, apretando un *trancajilo*:

—Dique eperar eta hora...

Comenzaban a marcharse. Era un constante desfile de gente a pie y a caballo, de compradores y vendedores, de escandalosos vehículos.

A las nueve de la noche Hatico parecía haber sido campo de una gran batalla. Los dueños de establecimientos comerciales y sus empleados estaban cansados. Los primeros casi siempre borrachos. Toda aquella gentes que desde el día anterior llenaba el pueblo, se había ido por los tres caminos principales: el de Hato Nuevo, el de El Palmar y el de La Juvilla, que iba hacia Mena. Quedaba entonces el poblado sumido en una especie de silencio violento. Había más polvo que nunca y las gentes que allí quedaban parecían anormales.

Quizás un borracho rezagado rompía todo con una mala palabra seguida de una maldición que se iba junto con el trote de su caballo.

III

EZEQUIEL BASILIA

Llegaba al pobladito cada quince días poco más o menos. Venía vociferando desde lejos, arreando sus bueyes, mezclando una canción y un chiste, una copla y un insulto, trepado en el pértigo de la carreta, con la vara en alto, amenazando a los animales que nunca recibían el prometido castigo.

—¡Malapunta, buey del Diablo! ¡No te bote! ¡Te voy a joer! Soltaba un salivazo, hacía una mueca y cantaba:

*Ezequiel Basilia,
¡qué hombre colorao!
Coge lo camino
sin tá acompañao.*

—¡Fereñengue, jaragán! ¡Tamo dentrando onde hay gente! ¡Ooooh!...

Todos lo conocían. Ezequiel Basilia era uno de los tipos más populares en la provincia de Barahona. Pero no tipo de pueblo, sino de aldeas y campos. Ya contaba muchos años. Nadie sabía cuántos. Podían ser sesenta, setenta, ochenta y hasta más. Cualquier edad que no fuera la de un joven le podía caer. Era alto o así nos parecía a los muchachos de ese tiempo. Desde que llegaba al pueblo se dirigía al establecimiento para el cual estaba consignada la carga que llevaba y allí descargaba. Luego conducía su pesado vehículo hasta cualquier rigola. Al pie de una bayahonda desenyugaba, le daba agua a los bueyes, les proporcionaba alguna yerba, los amarraba a soga corta y volvía al caserío. Entonces lo perseguía una turba de muchachos que no le dejaba momento de reposo:

—¡Cántate algo, Ezequiel! —le inquirían—. ¡Cuenta un cuento!

El viejo fingía estar encolerizado y se volvía diciendo:

—¡A muchacho malcriáose! ¡Se largan! ¿No?

La turba de chiquillos, temerosa y chillona, retrocedía un poco. Ezequiel volvía la espalda y mostraba unos fondillos muy anchos y vacíos. Entonces pedía un trago. Así comenzaba su

día. Ya no pararía de beber hasta que estuviera borracho y sin dinero. Entonces un ataque de epilepsia (de gota, decían en el pueblo) lo abatía, y el pobre viejo, en medio de la calle o sobre una calzada, ofrecía un espectáculo triste.

*

* *

El buen Ezequiel tenía su historia, por cierto, a pesar de su eterno buen humor. Quien lo hubiera visto reír constantemente y hacer chistes con tanta gracia, no hubiera sospechado que su vida era tan amarga que había sido arrancado de cuajo un día.

Según contaban en el pueblo, una vez Ezequiel fue rico del campo. Tenía conucos, potreros, ganado, bohío. Todo aquello valía varios miles de pesos. Sus tierras estaban cercanas a las de otro rico propietario. Nunca supe si se trataba de un criollo o del central azucarero. Lo cierto es que un día, hasta la paz del bohío de Ezequiel llegó un hombre que le propuso comprarle todo aquello. Ese día el buen viejo estaba bebido. Fácilmente entraba en cualquier cosa.

—Le damos tantos miles de pesos por su propiedad —dijo el comprador.

Ezequiel frunció el ceño, se golpeó una rodilla y pensó un poco. Luego respondió:

—A mí no me engaña nadie. Si quieren comprármelo tó, hay que darme ochenta peso, uno arriba de otro, y dejame sacá mi carreta nueva y tre yunta de buey que yo decoja.

Dicen que el trato se hizo y que desde ese día Ezequiel fue pobre, de lo cual quizás nunca se dio cuenta. Jamás llegué a saber si tenía mujer e hijos. Probablemente lo primero no le faltaba, a juzgar por su segundo nombre, pues es costumbre entre la gente campesina llevar el marido el nombre de la mujer y ésta el de aquél. Después de haber vendido abandonó el fundo. Todo lo suyo pasó a manos ajenas y Ezequiel se convirtió en una especie de vagabundo. De día y de noche hoyaba los caminos de la parte norte de la provincia acarreando provisiones, haciendo mudanzas en su carreta, arrastrando madera. El producido de aquellos trabajos era para ron. El viejo iba sin emborracharse

hasta el lugar de destino de la carga, pero allí cobraba y en la primer bodega comenzaba a beber hasta que caía con el ataque de epilepsia.

*
* *

No podré olvidar la última vez que lo vi. Ese día andaba mi pandilla tratando de matar rolas, ruiseñores y pitirres cerca del camino de Hato Nuevo. Pensábamos cruzar unos conucos y llegar hasta el Yaque, cuando oímos una voz ronca que nos era conocida:

—¡Fereñengue! ¡Oh, oh!... ¡Malapunta! ¡Oh, oh!
Y seguido una canción:

*Ezequiel Basilia,
¡qué hombre tan valiente!
Vendió su carreta,
pa bebé aguardiente.*

Contrariamente a su costumbre ya el viejo estaba borracho. Salimos al camino. La carreta iba hacia Hatigo y sobre ella Ezequiel, entre copla y copla, arreaba:

—¡Fereñengue!... ¡Oh!...

*Ezequiel Basilia,
¡qué hombre tan jodón!
Vendió su potrero
y se lo bebió e ron.*

Nosotros comenzamos a vocearle:

—¡Ezequiel, boca e peje! ¡Chopo viejo!

Él rugía:

—¡Muchacho e porra! ¡Bando je perro! ¡Lo voy a molé!

Pero al instante, con su voz ronca y desentonada, volvía a cantar:

*Ezequiel Basilia,
¡qué hombre peligroso!*

*Vendió su conuco
y perdió su trozo.*

Contaba su propia historia, sin amargura, burlándose de sí mismo. Nosotros lo seguíamos, siempre gritando:

—¡Ezequiel, fondillo bajito, mojiganga!

Otra vez nos volvía a maldecir y nuevamente repetía su canción.

Así lo fuimos persiguiendo hasta el pueblo. Llegó con su carreta hasta el establecimiento para el cual llevaba carga y la abandonó allí. Otros tuvieron que ocuparse de descargar. Ya Ezequiel no tenía conciencia de su responsabilidad. Se fue al mostrador de la bodega y pidió un trago. Habló algunas cosas, repitió sus coplas y volvió a beber. Nosotros, desde afuera, continuábamos:

—¡Ezequiel, fondillo vano, boca e chopo!

Intentaba perseguirnos, pero la borrachera no se lo permitía. Ya era muy de tarde, casi no había sol y no veía bien el pobre viejo.

—¡Si no me repetan loj voy a picá! ¡Van a vé!

Y dicho esto volvía al mostrador, pedía otro trago y al echárselo se le derramaba por la mandíbula y le corría por el pecho. Abría la boca como un pollo con moquillo, tosía. Casi no podía respirar. A nosotros aquello nos volvía locos de risa. Los hombres del pueblo también reían a toda mandíbula y nos animaban para que continuáramos molestando al borracho. Por fin Ezequiel decidió perseguirnos para escarmentarnos, y salió de la pulpería lleno de ira.

—¡Loj mato! ¡Párense ahí!... ¡Su mai!...

Venía dando tumbos. Ya el sol se ponía. De repente el viejo se detuvo. Parecía como que iba a estornudar. Cerró los ojos, arrugó la cara y se desplomó.

—¡Le dio la gota a Ezequiel!

—¡Le dio la gota! —vociferaba todo el grupo de muchachos.

—¡No se acerquen que eso se pega!

—¡Cuidado con la baba! —gritaban los mayores que presenciaban la escena.

—¡Cuidao! ¡Quítense de ahí! —gritaba todo el mundo.

El pobre hombre, en el suelo, apretaba los dientes, y parecía que iba a morir.

Allí estuvo una hora, quizás dos. Nadie se le acercaba. La alegría de los muchachos se había convertido en temor. Todos optaban por irse a sus casas comentando el hecho. La gente grande no había intentado socorrer al pobre borracho, por temor a contagiarse.

—La baba de gota —decían— se pega al vuelo. Da pena, pero ¡qué se va a hacer!...

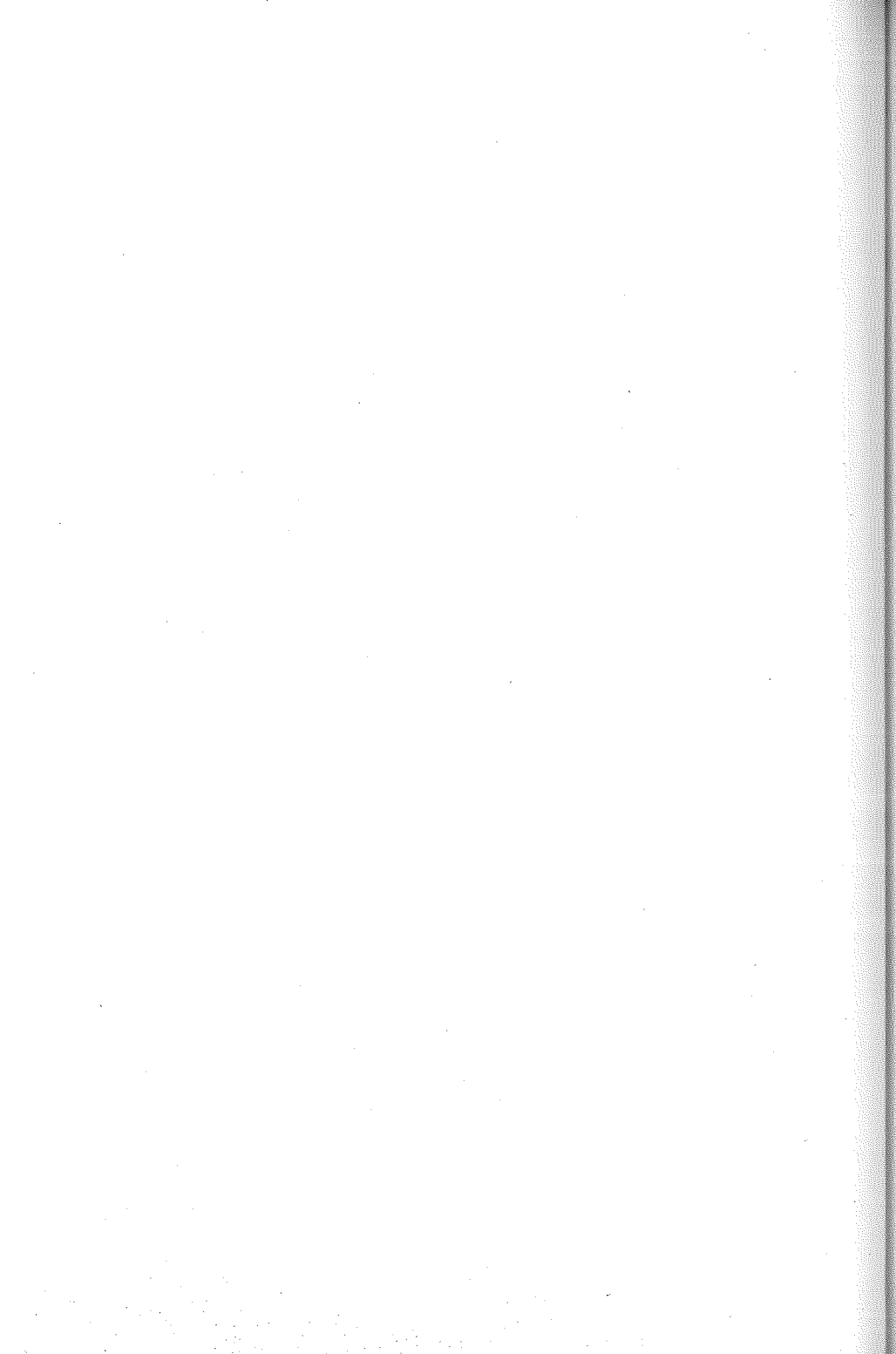
Y miraban al enfermo desde lejos.

Por fin, ya entrada la noche, el viejo volvió en sí. Pudo sentarse. Estaba atontado. Tenía en toda la barba estiércol de caballo y virutas. Su cara estaba llena de sudor, de tierra y de baba. Trabajosamente se puso en pie. Hizo un gran esfuerzo y se orientó. Dando tumbos echó a caminar hacia las bayahondas donde le habían llevado su carreta. Las gentes lo miraban, sobrecogidas de temor, desde las puertas de sus casas. El viejo iba cayéndose, con los fondillos casi en el suelo.

Llegó a su carreta y se echó debajo de ella. Pasó la noche allí. Al día siguiente, antes de subir el sol, lo vieron partir, sin decir palabra. Los bueyes caminaban con paso tardo, lento, por el sendero que ya de viejo conocían. La carreta iba crujiendo, haciéndose pequeña por el camino de Hato Nuevo.

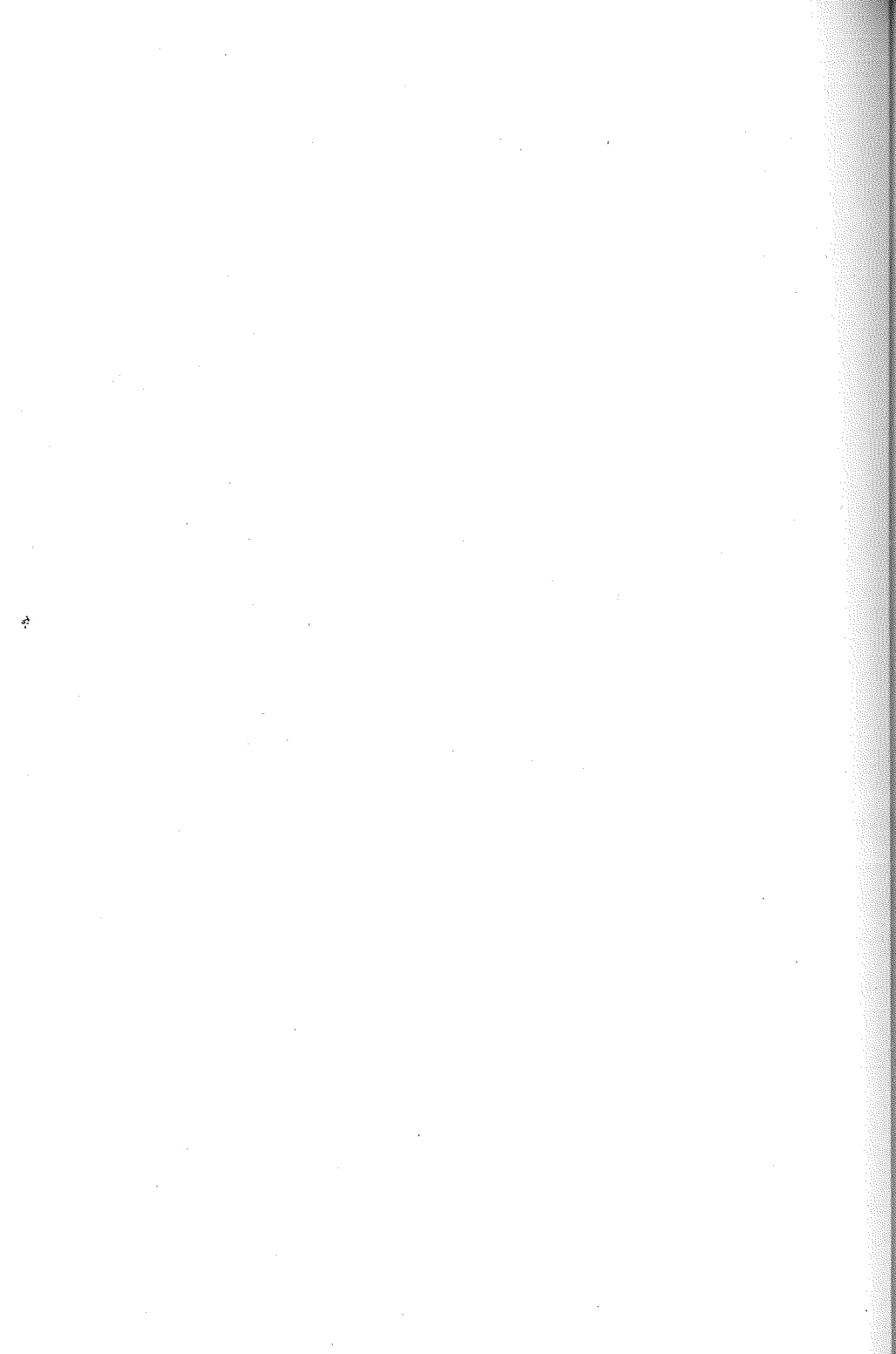
Cuando Ezequiel dejó de verse, al bajar un puentecito, iba tan encorvado que casi no se le distinguía la cabeza.

No sé si alguna vez en su vida volvió a cantar coplas, a burlarse de sí mismo y a tener buen humor.



CUENTOS⁵

5. En la edición de 1938 Marrero Aristy había puesto a esta parte un título múltiple: "El fugitivo", "Una razón", "Dolores" y "En busca de enganche". Hemos creído conveniente, para la mejor organización de los textos, atenernos al subtítulo de la portadilla, también del autor, o sea "Narraciones, estampas y cuéntos". De esta manera optamos por llamar a esta parte "Cuentos".



EL FUGITIVO

(Fragmento de novela)

El hombre dio media vuelta, se llevó la mano derecha al sobaco izquierdo y exhalando un grito, cayó con medio cuerpo dentro del cuartel. Al otro se le encabritó el caballo mientras luchaba por dominarlo con una mano. En la otra le humeaba el revólver *pavón blanco* con que acababa de matar. Y sin perder un segundo que le hubiera sido fatal, le hundió las espuelas en los ijares al bruto que saltó sobre un pelotón de cinco individuos armados de carabinas que pretendieron cerrarle el paso.

Se desgranaron como una mano de plátanos que cae de lo alto.

Dos se estrellaron de espaldas sobre las piedras sueltas. Un tercero que el caballo pechó de frente, quiso volverse para defender la cara y rodó violentamente raspándose el rostro, el vientre y las manos. El cuarto se enredó en las patas del animal y quedó pisoteado e inservible. El quinto, desorientado, atolondrado, con las manos vacías no atinaba a coger la carabina que se le cayó al recibir el violento choque.

El caballo se tendió a galope por la estrecha calle bordeada de bohíos cobijados de cana. El jinete se le acostó en el pescuezo. Al pasar frente a una casa de acera alta, le hicieron un disparo. Un cañón que había salido por una ventana, desapareció humeando. Al llegar a la primera esquina, el hombre echó el cuerpo a un lado y tiró de la brida izquierda. Por un momento pareció que el caballo iba a resbalar y a caerse. Una vieja que salía de su casa, fue encontrada por el animal y se estrelló contra el pedregal que hacía de acera en su bohío. El jinete no

volvió la cara. Clavó otra vez las espuelas en los ijares del animal. Este recobró más velocidad. Parecía que se había estirado, que se iba a romper. Comenzó a oírse un tiroteo que venía por la otra calle. Pero antes de un minuto, caballo y jinete volaban por el camino real como una exhalación.

Así corrió diez minutos, veinte, media hora. Los tiros venían detrás, siempre detrás, por el ancho camino que iba entre dos alambradas que cercaban potreros y conucos. El hombre pensaba que no había otro remedio que huir y llegar al paso del río. Allí terminaban los alambres y comenzaba el monte sin cercas.

Volaba el caballo. De no ir el jinete ensordecido por el viento y por la fiebre de escapar, hubiera oído su resuello precipitado y recio. La roja tierra del camino que había mojado la llovizna de la noche anterior, impelida por las patas del caballo, se elevaba a sus espaldas.

Pasaron otros diez minutos de vértigo. Apareció a la vista la ceja de monte que cubría la ribera del río. El hombre sintió deseos de caer del otro lado. El rojo camino hacía un recodo a la izquierda y comenzaba a bajar. El caballo no aminoró la velocidad. Había perdido el control y corría a precipitarse. El jinete tentó las bridas. Entonces el animal, con la boca abierta, espumajeando, cogió la bajada resbalando, sentándose en las cañas traseras. De cinco o seis resbalones cayó en el cascajal. Allí, ante el agua, quiso titubear. Las espuelas volvieron a herirlo. Enloqueció. Se disparó al cauce y se envolvió en millones de gotas que se elevaron como un surtidor. Tronó el fondo del río. El animal quedó ciego y tropezó. Fue un segundo nada más, pero un segundo que casi fue fatal. Bajaba la cuesta en tiroteo.

Rugieron veinte voces que se ahogaron en los tiros:

—¡Párate ahí!

—¡Párate ahí!

El hombre volvió la cara. Apuñaleó al animal con las espuelas, castañeteando los dientes primero y luego lanzando una maldición. El bruto rompió el agua que se volvió a levantar en furioso surtidor. Veinte tiros se zambulleron a sus lados. Saltó el animal a la barranca que se elevaba ahí mismo. Veinte tiros más se enterraron en el barro. El animal se sintió asesinado otra vez por las espuelas y casi pegó el hocico en tierra cuando se tendió a lo largo de la cuesta. Un nuevo recodo a la derecha. Dos espolazos más. Nuevo acopio de bríos del animal. Veinte balas rompiendo el monte. El trueno de los perseguidores cruzando el río, detrás.

—¡Hay que cogelo!

—¡Hay que cogelo!

—¡Párate ahí!

—¡Párate ahí!

¡Otra descarga! El fugitivo apretaba los dientes. Se abrazaba más al pescuezo del animal.

—¡Vienen ahí! —le dijo al caballo—. ¡Vienen ahí!

Otro recodo. Una descarga más.

—¡Vienen ahí!

Espuelas. Casi estallaron los músculos del animal. ¡Tiros detrás!

—¡Vienen ahí!

Espuelas. El caballo estaba loco.

—¡Párate ahí, carajo!

—¡Párate ahí!

Dentro de un minuto sería blanco de sus perseguidores. Aparecerían en la curva y comenzarían a cazarlo. ¡Espuelas! El caballo no podía dar más. Entonces el hombre rugió:

—¡Carajo! ¡Ahora verán!

Y tiró frenéticamente de las riendas.

El caballo estaba loco. El tirón inesperado lo hizo saltar de flanco. Se encabritó. El hombre se lanzó a tierra. Siempre aferrado a las bridas, se fue hacia la derecha con el caballo en dos patas, parado como un canguro en las cañas de atrás.

—¡Quieto, que ahí vienen!

Se tiró a los matojos en lucha con el animal. Su propio resuello le ahogaba.

—¡Sitó! ¡Quieto!

El caballo se encabritaba. Ahí venían los tiros. Llegaban los perseguidores. Se precipitaba el tropel.

—¡Por ahí va!

—¡Por ahí va!

Sonó otra descarga. La lucha entre la bestia y el hombre seguía. El caballo ya comenzaba a asentar las patas delanteras en tierra, tembloroso, obedeciendo a la voz. El hombre lo sujetaba con la mano izquierda, en la misma barbada, y en la derecha sostenía el revólver. Cada vez dominaba mejor al animal. Lo hizo evolucionar para que pusiera las ancas hacia el camino y se le metió detrás del pecho cuyos músculos temblaban bañados en sudor. Decía resollando:

—¡Sitó! ¡Quieto! ¡Me quedan cinco tiros!

Tenía el brazo y el hombro bañados de la espuma y el sudor del animal. Ahí venía el tropel.

—¡Párate ahí, carajo!

—¡Párate ahí!

Otra descarga.

Galope desenfrenado. Humo. El hombre esperaba detrás del caballo, medio oculto en los matojos. Resoplaba:

—¡Quieto! ¡Cinco tiros! ¡Cinco hombres!

Ahí estaban. Gritos. Voces:

—¡Por ahí va, carajo!

—¡Por ahí va!

Una nube de humo. Veinte caballos desbocados. Otra descarga más. Pasaron frente a los matojos como una exhalación.

El hombre apretaba los dientes. Levantó el gatillo.

—¡Cinco tiros!

Pero el caballo tiró de la brida. Le bañó el pecho de espuma y sudor. Con la cabeza golpeó el codo. Era un todo estertor.

Se perdió la tropa en un recodo. Siguieron los tiros. Se fue apagando la gritería que a poco no se oyó más.

UNA RAZÓN

Venía de mi pueblo. Los cien kilómetros de carretera que lo unen con la población inmediata, más que nunca eran pesados. Un poco de fiebre, un principio de gripe, el ardor que me había producido en la garganta un trago de mal ron, y sobre todo, la amargura de haber perdido a un ser querido, víctima de la miseria, me traían retraído; sin deseos de entablar conversación.

Pero siempre que no queremos hablar, encontramos a otro que está dispuesto a hacerlo. A mi lado venía un hombrecito blanco, rubio, experto en asuntos de electricidad, ignorante y bohemio, a quien conocí el año anterior. Desde hacía algún rato yo había desechado toda oportunidad de iniciar diálogo, pero él sentía unos deseos locos de entablar conversación.

—¡Voy a Monte Cristi! —me dijo.

—¿A Monte Cristi? —respondí por no ser descortés—. ¡Es lejos!

—¿Que si lejos? ¡Más de cuatrocientos kilómetros!

—Sí...

Y al decir esto pensé que allí terminaría la conversación. Pero he ahí que el hombrecillo deseaba seguir.

—¿Y tú, a dónde vas? —me preguntó.

¡Demonios! —pensé—. Me ha dicho tú. Ahora recuerdo que nos conocemos más de lo que yo quisiera. Cierta vez nos hallamos en una juerga. Se trataba de que se anunciaba un nuevo ron. El era gran amigo del agente. Yo lo era de otro amigo del mismo. El tal señor había invitado a todos sus conocidos a probar la nueva marca, y yo, que andaba en mi pueblo sin rumbo, me fui con el primero que me invitó y así, poco después,

cogimos una formidable borrachera que terminó en los *cafetines*, entre mujeres, a muy altas horas de la noche.

Tenía que aceptar el tuteo, como era natural, y aunque él no recordaba mi nombre, ni yo el suyo, le respondí:

—Voy a la Capital.

—¿Vives allá?

—Sí.

—¡Ah! —exclamó como si hubiera hallado algo perdido—. ¡Qué olvidadizo soy! Ahora recuerdo que me han dicho que trabajas con unos alemanes.

—Sí, en una oficina.

—¡Concho! ¡Te has hecho un barraco!

Sonreí. ¿Qué hacer? Mi compañero quería charlar y no era posible esquivarlo. Comprendí esto al instante y me decidí a afrontar la situación. Para evitar que me fastidiara más de la cuenta, llevándome por los vericuetos que él quisiera, tomé la iniciativa. La ofensiva, diría, hablando en la forma tan en boga hoy, debido a la abundancia de exhibiciones militares. Así, recordando que era casado, decidí abordarlo por aquel lado a ver si podía llevarlo a un naufragio. Y como ya me había tuteado...

—¿Y tu mujer? —le pregunté.

No demostró ningún disgusto como yo esperaba. Recibió la pregunta con la misma tranquilidad con que hubiera recibido otra cualquiera, por ejemplo acerca del tiempo.

Me respondió:

—Está mal, chico, está mal.

Ahora quien demostraba sorpresa era yo.

—¿Enferma?

—No, no.

—Entonces...

—Que estoy separado de ella. ¿Cómo me hacía? No se puede vivir con las esposas...

¡Qué decía aquel hombre! ¿Con las esposas solamente? ¿Acaso éstas no son como las demás mujeres? O mejor dicho: ¿no son las otras como ellas? ¿Háy alguna con quien se pueda en realidad vivir tranquilamente?

—Vamos, explícate; —le pedí verdaderamente interesado— ¿qué es eso que cuentas?

—¿Te acuerdas de Minín?

¡Vaya una respuesta! Me estaba preguntando por alguien a quien conocía de viejo. ¿Pero qué tenía que ver? Minín era dueña de un *cafetín* de prostitutas en mi pueblo. Yo la conocía desde muchacho. En su *cafetín* fue donde casi todos los jóvenes de la población bebieron los primeros tragos y donde cogieron las primeras juergas. Ella había iniciado a varios muchachos de mi generación en la corrupción. Había sido el entretenimiento de muchos viejos. Seguía siendo tentación para los nuevos. Su *cafetín*... ¡bueno! ¡Ya supondrán ustedes lo que era su *cafetín*!

Cada vez más lleno de curiosidad le respondí:

—¿A Minín? ¡Que si la conozco...! Pero, ¿qué tiene que ver?

—Mucho, viejo, mucho.

Dijo esto y sacó un cigarrillo. Lo encendió, se acomodó en el asiento como hombre que está dispuesto a hablar mucho y sinceramente. Echó una bocanada de humo, miró la nuca del chofer que iba conduciendo la máquina impertérito, subió un poco el cristal de su izquierda para que la brisa no le molestara y comenzó a decir:

—Yo vivo con Minín...

Se me iba a escapar una exclamación. Sin embargo, me dominé y lo dejé seguir:

—Vivo con ella y creo que siempre estaremos juntos. ¿Sabes que la he honrado?

Aquí no pude menos que exclamar:

—¡Caramba! ¡No lo sabía...!

—Pues, como lo oyes. Comenzamos de juego. Yo iba a su casa a parrandear. Siempre me quedaba con una de las muchachas que había allá. ¿Te acuerdas de *La Negrita*? Tenía un pecho más grande que el otro. Esa fue la primera. Después me emberrané con Nena la haitiana. Cuando se fue, me enredé con Sinda, la flaquita aquella. Más tarde con Manena. ¡Concho! Todas las noches iba allí y creo que cada vez tomaba una nueva. Yo ganaba plata. ¡Y todo era parranda! Hasta que, una noche de esas, habiendo repasado ya todas las muchachas del café, medio aburrido, me quedé mirando a Minín que estaba sentada en un rincón.

—¡Venga acá, doña Minín! —le dije en broma.

Y vino. Entonces, cuando la tuve cerca sonriéndome no como *maipiola*, sino como mujer, me interesó. Me di cuenta

de que no era vieja. Tenía los dientes limpios y bonitos, le brillaban los ojos, su cuerpo llenito y bien proporcionado me despertó algo, y al instante le ordené:

—Siéntate aquí.

Obedeció. Pedí cerveza. Cuando el sirviente no podía atendernos rápidamente porque lo solicitaban de otras mesas, ella quería ocuparse de eso, pero yo no la dejaba.

—No sirvas, —le decía— quiero creer que no eres la maipiola del café.

—¡Y qué buena era, chico! Sonreía cada vez que yo le decía aquello, en vez de ofenderse.

¡Compadre! Eso comenzó a las ocho de la noche. Bebimos como locos, bailamos. Los besos y las demás caricias ya no eran corrientes. ¿Tú sabes? Uno besa a esas mujeres, exagera con una mímica estúpida cualquier pequeña inclinación sexual hacia ellas, pero en el fondo, quizás no está tranquilo. Mas, en esta ocasión yo sentía verdadero placer en acariciar a Minín y ella también parecía estar poseída de igual ardor.

¡Hum! Nos acostamos esa noche y amanecí con ella.

Así fue como comenzó. Desde entonces fui todas las noches, ¡todas las noches! Y a veces hasta de día.

Eché otra bocanada de humo. El automóvil se deslizaba o saltaba. Yo no me percataba de ello. Estaba interesado. Mirando a mi compañero le pregunté:

—Y entonces, ¿dejaste a tu esposa?

—Propiamente no. Tú sabes... los hijos...

—Pero, me dijiste que estaban separados.

—Bueno, separados sí, pero...

—¿No para siempre?

—¡Para siempre! ¡Cómo no! ¡Para siempre!

Yo no entendía. Lo volví a interrogar:

—Y entonces, ¿cómo se explica?

—Sencillamente. Yo tengo hijos con mi mujer, luego, estoy obligado a sostenerla y también a ellos. Les doy lo que puedo. No gran cosa, porque también ayudo a Minín, pero les doy... No vivo en la casa, ¿comprendes? Ni voy allá tampoco. ¡Porque es insoportable mi mujer!

Oyendo esto, sin darme cuenta le pregunté:

—¿Pero estás seguro de que en este caso no la asiste alguna razón?

—¡Ah! Yo no sé si la tiene, ni me interesa. Lo cierto es esto: con ella no se puede vivir. A mí me gustan los tragos, la parranda. Invito a los amigos a beber, o ellos me invitan a mí. Si por casualidad van a la casa a buscarme o yo los llevo... ¡Jesús! ¡Mejor se capea un temporal navegando en una cajetilla de fósforos en el mar, antes que vérselas con mi mujer!... En cambio, Minín es otra cosa. ¿Comprendes? Ella está habituada a esa vida. Se puede decir que ha crecido entre los tragos, en la parranda. Ha vivido siempre en el café. Más bien le hace falta ese ambiente. Cuando yo le digo:

—¡Vamos a beber!

Lo hace gustosamente. Y si llevo unos amigos, ella se divierte de lo lindo. Luego, cuando estamos encendidos, la subo en un carro, nos vamos a un *cafetín* y ¡a bailar! Entonces, de madrugada, nos acostamos y dormimos hasta las once de la mañana.

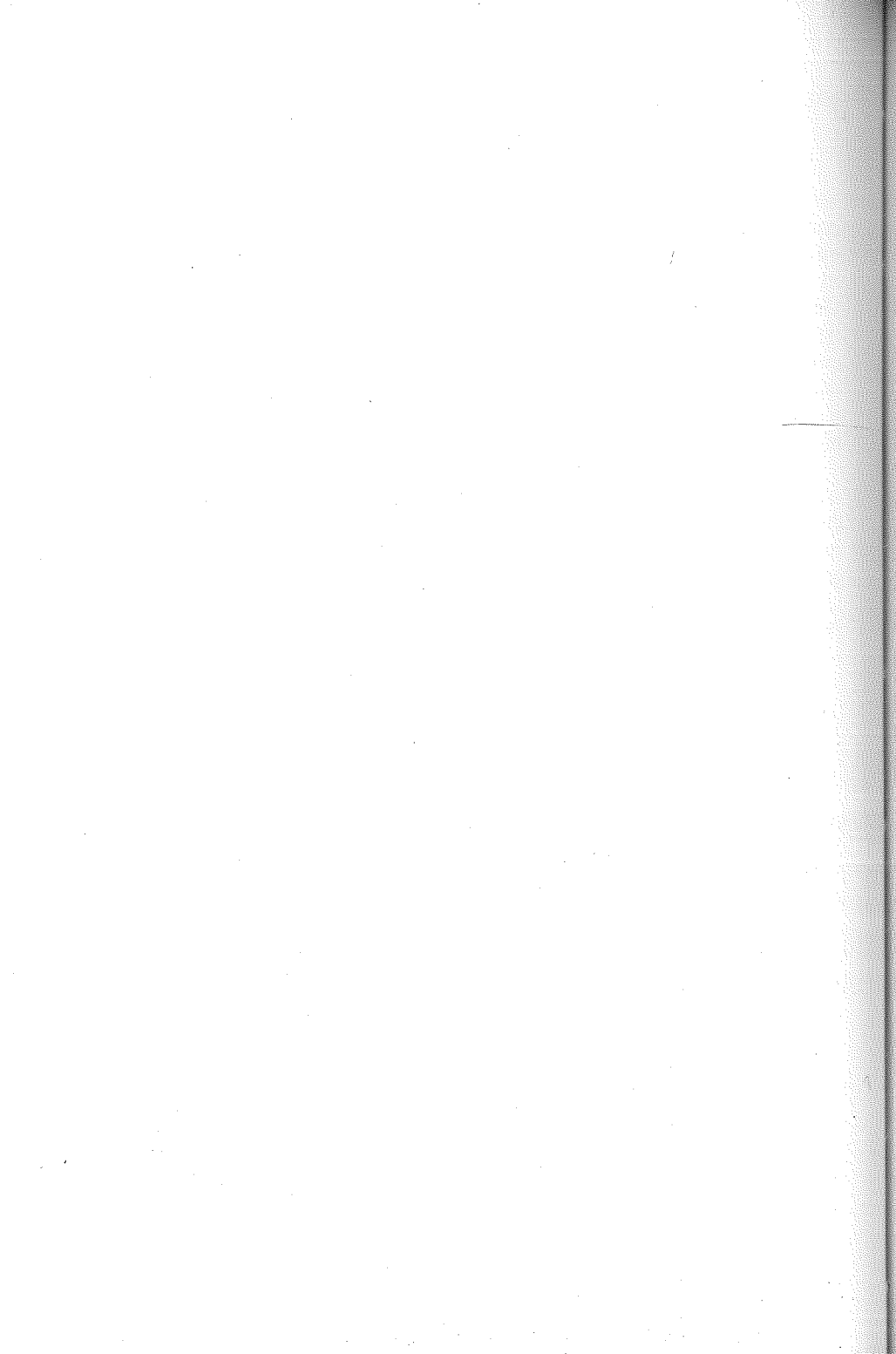
¡Dime que eso se puede hacer con la esposa! ¡No es posible! ¡Yo seguiré siempre con Minín!

Yo estaba asombrado. Mi compañero había dicho aquello con gran aplomo, como un hombre seguro de que ha hecho una cosa justa. Sentía que había actuado de acuerdo con su conciencia y estaba satisfecho de ello. Había botado el cigarrillo. El automóvil seguía corriendo. Saltaba o se deslizaba: era lo de menos. Yo no podía establecer si aquel hombre tenía o no razón. Y no pude menos que aventurarme a murmurar:

—Después de todo...

—¡Claro! —interrumpió mi interlocutor.

Y rodándose en el asiento, extendió las piernas y cerró los ojos. Casi al instante comenzó a dormir...



DOLORES

Dolores estaba sentada en una caja y a su lado tenía un lío de ropas que parecía una gran auyama de tela. Apoyaba el codo correspondiente en el muslo derecho y en la mano descansaba la quijada. Miraba las tablas del piso del muelle y oía el crujir de la goleta que estaba ahí mismo. Atardecía.

Era fea Dolores. Tenía la color amarillenta. Su labio inferior siempre colgaba como un belfo de asno. Sus ojos... No decían nada sus ojos. Su pelo, era algo así como una bejuquera en descuido. Y su cuerpo... Dolores era gorda y andaba como un pato. Y su voz... Ella no sabía por qué, pero cuando su voz sonaba, parecía que una pava llamaba a sus pavitos. ¡Tan destemplada era su voz!

Crujía la goleta. Unos hombres se afanaban en cargar varias cosas que estaban en el muelle. Las poleas chirriaban como un coro de grillos. A veces se oían como cansadas, otras, locas de susto, precipitadas. Entonces Dolores levantaba la cabeza, miraba los mástiles del barco, las jarcias, las crucetas; para luego, como decepcionada, volver a dejar caer la vista sobre las tablas del muelle. El gran peñón que estaba a su espalda y sobre el cual se levantaba el edificio de la aduana, llenaba de sombra todo aquello. Unas yolas iban como aleteando en tenaz porfía. Muy lentamente seguía atardeciendo sobre el estuario.

*

* *

Dolores recordaba una cosa: iba para el Baoruco. El Baoruco era su tierra. Allá nació: Allá estaban los suyos. ¡Por qué la sacarían del Baoruco!...

Cuando estaba allá no conocía nada. La historia de su vida -sus recuerdos- se reducía a poca cosa. De importancia, sólo recordaba que el viejo Zoilo, su padre, un anciano tan largo que casi tocaba las *latas* de la cobija, se había colgado un día de una viga con una soga de cabuya; que no se ahorcó, porque después de echarse el lazo, le cobró miedo a la muerte, y como era tan largo, tocó el suelo con la punta de los pies y comenzó a bramar hasta que uno de los hijos corrió y le cortó la cuerda; que el viejo cayó violentamente al suelo, desvanecido, y que en la caída se rompió una pierna.

Después, el discurrir de su vida era tan monótono... El Baoruco corría cerca de su casa y desembocaba a poca distancia. Allá iba con el *güiro* a la cabeza. Lo llenaba de agua varias veces y otras tantas lo vaciaba en la tinaja que había en un rincón del gran bohío. Cuando terminaba esta labor, poco le quedaba por hacer. Iba al conuco con los varones. Hacía allí lo que prefería únicamente. Luego, su vida se reducía a comer y a estar sentada o en cuclillas —ñangotada—; más estaba ñangotada.

Así su vida. Hasta que un día llegó un señor que veinte años atrás, cuando quizás ella aún no había nacido, conoció a su padre. Aquel hombre tenía aspecto de gente adinerada. Claramente se veía que era del pueblo. Llegó en un mulo *aceituno* de mucho espíritu. Tenía una bonita silla y espuelas de plata. Vestía un saco de casimir azul y pantalones abuchados de kaki. Usaba polainas. Sus zapatos eran de material lustroso. Tenía los ojos muy azules y grandes bigotes.

Así lo vio el primer día. Después aquel señor volvió varias veces a jugar gallos a la valla que estaba del lado allá del río. Entonces supo que era rico y que había comprado propiedades en El Arroyo. Más tarde, en uno de sus viajes, *pai* Zoilo le había dicho:

—Dolore: te vaj a dir con don Quero.

Y se fue con él. La emplearon de cocinera en la casa de familia, allá en el pueblo. Don Quero tenía una esposa —Doña Lola—, un hijo —Toñito— y en su casa siempre había mucha gente. Ella no sabía guisar comidas para gente de pueblo, pero la doña le enseñó a hacer las cosas que se comían con más frecuencia. Allí vivió más sola que en ninguna parte. Hablaba nada más que cuando le dirigían la palabra, y cuando esto ocurría, siempre era sobre asuntos de cocina. Después, en la casa había un lugar para ella. Allí permanecía desde que terminaba el lavado de platos, ya oscurecido, hasta las nueve de la noche, hora de dormir. A las seis de la mañana ya estaba en pie.

De mes en mes, hallaba gente del Baoruco en el mercado. Entonces se daba cuenta de que estaba alegre. Desataba la lengua y comenzaba a preguntar:

—¿Qué e d 'esa gente? ¡Denme razón de mi pai! ¿Tan bueno to? ¿Cómo tá e la piejna? ¿Y Rosendo?

Sus conocidos le daban noticias del lugar. Le hablaban de su gente. Ese era un día de fiesta para Dolores. Posiblemente se olvidara de comprar algo. Cuando llegaba a la casa, mientras cortaba la carne o lavaba un plato, se atrevía a decirle a la esposa de don Quero:

—Hoy vide gente del Baoruco...

Doña Lola era bondadosa y hablaba con ella algunas palabras. Se iba luego a la casa, y a poco Dolores oía la máquina de coser. En el patio lanzaba piedras y gritaba Toñito, en compañía de sus amiguitos del vecindario. Ella pelaba víveres pensando en el Baoruco.

*

* *

Nunca supo Dolores por qué aquella gente decidió marchar hacia el Este. Un día les amaneció arreglando todas las cosas. Vio a *pai* Zoilo entrar por el callejón llevando un mulo de la jáquima. Ella fue a alcanzarlo. No hubo entre ellos ese abrazo efusivo tan común entre la gente de pueblo, ni hubo besos. El

viejo venía serio. Ella se le acercó sin dejar ver su emoción, mirando al suelo. Así le dijo:

—Sión Papá. Cómo tá uté.

Y respondió el viejo:

—Dio te bendiga. Mejorcito. Grasisadió.....

Hablaron mucho. Ese día lo pasó en la cocina con su viejo. Supo que a la noche la embarcarían en una goleta, junto con los muebles de la familia. Don Quero, su esposa y su hijo, se irían por tierra, en automóvil.

Por la noche, antes de irse, *pai* Zoilo le había dicho:

—Eta gente son tus *pai*. Pórtate bien con ello.

A ninguno de los dos se le ocurrió pensar si volverían o no a verse. Cuando el viejo volvió la espalda iba casi ciego. A Dolores se le oprimió el pecho y le salieron muchas lágrimas.

*

* * *

¡Qué viaje tan terrible hizo en aquella goleta! Cuando llegó a aquel pueblo del Este casi estaba muerta. No había comido casi nada durante el viaje que duró unos tres días. La sacaron de la embarcación como a un fardo.

Este pueblo era diferente al único que ella había conocido en el Sur. Aquí todo era más bonito. Había gentes que nadie hubiera podido contar. Las calles eran demasiado largas y anchas. La gente muy animada.

La casa de don Quero estuvo llena de familiares desde el primer día. Tenía dos hermanos, gente de muy buen humor, que siempre estaban riendo y haciendo chistes. Los domingos llegaba el cuñado con su esposa, una mujer muy linda y rubia que tenía dos niños preciosos. Era la hermana de don Quero. Ahora Dolores trabajaba más que nunca.

Pero eso no hubiera sido nada...

*
* *

Un día, uno de los hermanos de don Quero la encontró sola en la casa. El hombre miró hacia la calle, cerró la puerta y se fue a la cocina. Se le acercó y le dijo:

—Dolores... estás buena jembra.

Ella no podría explicar lo que sintió; pero le pareció que estaba muy liviana, muy liviana.

El hombre se le acercó más, la tocó... Ella se encogía. ¡Ay, qué liviana estaba!...

No se dio cuenta. El hombre la acariciaba febrilmente. Por fin la arrastró por un brazo hacia unos aparejos que había en un rincón.

Después se levantó y se fue sin mirarla. Parecía disgustado.

Así sucedió esa vez. Otro día fue el otro hermano. Ése la encontró lavando platos. Fue hacia ella, con la mirada como gente que no está bien del juicio; parecía asustado y constantemente miraba hacia atrás. La agarró por los brazos y con los ojos casi desorbitados, le dijo:

—¡Date pronto! Si no, se lo digo a Quero...

Ella no contestó. Bajó la cabeza y se dejó arrastrar. Éste se fue casi tan asustado como había llegado.

Después, de noche, se le aparecían en su cuarto.

—Dolores... —susurraba quedamente el que fuera.

Ella respondía en igual tono:

—Uuu...

Y el hombre se echaba a su lado. Más tarde, en silencio, se iba.

*
* *

El tercero fue el cuñado. Su mujer, sus rubios chiquillos y la esposa de don Quero estaban en misa. Este y sus hermanos en la gallera. Era domingo. El hombre se le acercó con un billete

de un dólar en las manos. Estaba nervioso. Hablaba de prisa. Le temblaba la voz.

—Toma, Dolores. ¡Date pronto!

Ella se quedó quieta. Comenzó a latirle el corazón. Volvía el hombre a barbotar:

—¡Date pronto!

Todos parecían locos o enfermos de los nervios. El hombre la agarró y la derribó frente al fogón.

¿Por qué haría aquello? ¡Tan linda su esposa! ¡Tan lindos sus hijos! Y sin embargo...

*

* *

Más tarde fue Genén, el peón:

—Dolore: tú me guta.

—Déjate d'eso, Genén.

—Déjate d'eso tú.

—Buca otra, Genén.

El peón la miró. Era negro, de nariz chata, siempre despedía mal olor. Estaban sentados en unos aparejos en la cocina. Era de noche. La familia estaba en la sala hablando y riendo en voz alta. Genén se le pegó. Dolores lo miró y le notó en la cara lo mismo que había visto en los demás. Con acento de rencor y amenaza, el peón habló:

—Mira, Dolore. Créte que yo me mamo lo deo. Yo sé que tú tá de devanecía con loj blanquito e la casa. ¡Pero si te juega conmigo lo voy a decí!

—¡Pero Genén!...

El peón la agarró fuertemente por los brazos y exigió:

—¡Bueno! ¿Qué hay?...

Dolores no respondió. Genén, al igual que los otros, también la derribó.

*
* *

Después, ¡aquello era un desastre! La esposa parecía darse cuenta y aunque no decía nada estaba preocupada. Don Quero, en cambio, parecía no interesarse. Era hombre de excesivo buen humor y de una moral que no le permitía darle importancia a nada. Dolores recordaba que un día, en tono de guasa, pellizcándole un pecho, le había dicho:

—Dolores: ¡estás gorda!...

Y había comenzado a transformarse, a ponerse igual que los demás. Pero se oyeron los pasos de doña Lola, la esposa, y don Quero salió al patio; visiblemente contrariado, diciendo con voz irritada:

—¿Quién me soltó el gallo pinto? ¡Esta gente no sirve!

Y había echado un ajo.

Luego, Toñito, el muchacho de diez años; que era travieso como no había otro, también le había dicho:

—Dolores: llévame a la letrina.

Y ella respondió:

—Ve solo. Toy ecupá...

Pero se sorprendió cuando el muchacho le dijo:

—¿Ecupá, carajo? Ven conmigo, o si no te lleva el Diablo. Yo vi lo que te hizo papá, y si mamá lo sabe...

¡Ay, Dios! Fue con él. ¿Por qué todos serían así? ¡Hasta Toñito, con todo y ser un niño!

*
* *

La casa parecía una jaula de locos. Esos hombre no se podían contener. Sólo cuando doña Lola y la hermana de don Quero trajinaban de una habitación a otra, podían los varones estar tranquilos. Uno se ocupaba de los gallos, otro leía un periódico, aquél reparaba una silla de montar, el peón desyerbaba en el patio y Toñito lanzaba piedras. Pero si las mujeres no estaban

allí... ¡Jesús!. Vivían acecnándose. Parecían locos. ¡Y ella en medio de todos!

Un día le había dicho a Ñoña, la cocinera de al lado, una vieja muy buena que iba con ella al mercado:

—Ñoña: ¿por qué eto s hombre serán asina? Yo soy muy fea. Y mire uté: ¡con lo buena moza que é doña Lola! ¡Con lo bonita que é la hermana e don Quero! Y sin embargo...

La vieja, arrastrando sus chanclos, sin mirarle la cara, se quitó el cachimbo de la boca, escupió con gran calma, y limpiándose la boca con el dorso de la mano, le respondió:

—¡Ay jija! Así son lo s hombre. Dímelo a mí... Pa un desempeño no hay que ser bonita.

*

* *

Un día Dolores amaneció vomitando. Estaba de muerte. Las náuseas no le permitían hacer nada. No podía trabajar. Iba al callejón y vomitaba. Luego volvía arrastrando los pies, sin poder con su alma, y se echaba sobre los aparejos en la cocina. Las habichuelas se le quemaron; no pudo sazonar la carne. Toñito fue el primero que la vio en aquel estado. El muchacho fue corriendo a donde estaba su madre y le dijo que Dolores estaba enferma. Doña Lola fue a verla. Su cara se transformó:

—¡En lo que ha parado esto, Dios mío! ¡En lo que ha parado esto!

Estaba atormentada la buena mujer. Caminaba de un lado a otro sin saber qué hacer, presa de la desesperación. Dolores estaba echada en los aparejos como un animal enfermo, con los ojos cerrados. Doña Lola le dijo que se fuera a su cuarto. Luego, allí, le preguntó:

—¿Y quién fue, Dolores? ¿Quién fue?

La pobre muchacha no sabía contestar.

—¿Dime quién fue, por Dios? ¿Quién te hizo esa maldad?

Dolores lloraba sin responder.

—¡Mujer, habla, que me vuelvo loca! ¿Acaso Quero?...

La cocinera se precipitó a responder:

—¡Ay, no, doña Lola! Tó me han caído arriba meno él...

La buena mujer pareció sentir un gran alivio. Toñito, que estaba en la puerta, se fue muy asustado hacia el patio. Ese día no quería comer, ni hablar, ni jugar. Dolores seguía vomitando.

Los hermanos de don Quero estaban en el campo y el cuñado no llegaría hasta el domingo. Cuando don Quero llegó de la calle, su mujer le dijo:

—Hay que mandar a esa infeliz a su casa. Aquí no puede tener un hijo. Arregla eso. La vergüenza me mata.

Y así fue como a Dolores le dieron dos pesos, le hicieron sus líos y le sacaron pasaje para aquel pueblo del Sur, de donde partiría hacia el Baoruco en la primera recua que hallase.

*
* *

La muchacha, en el muelle, no podía decir si estaba triste, si estaba alegre, si tenía vergüenza. Sabía solamente, sin explicárselo ni pretenderlo, que aquello había sucedido. Ahora volvía a su casa. Hacía un año que no sabía de los suyos. Quizás *pai* Zoilo estaría muy mal de aquellos rámpanos. En el vientre se le movía algo.

Un marino saltó de la goleta.

—¡Ey! —le gritó— ¡Ey!

Dolores levantó la cabeza.

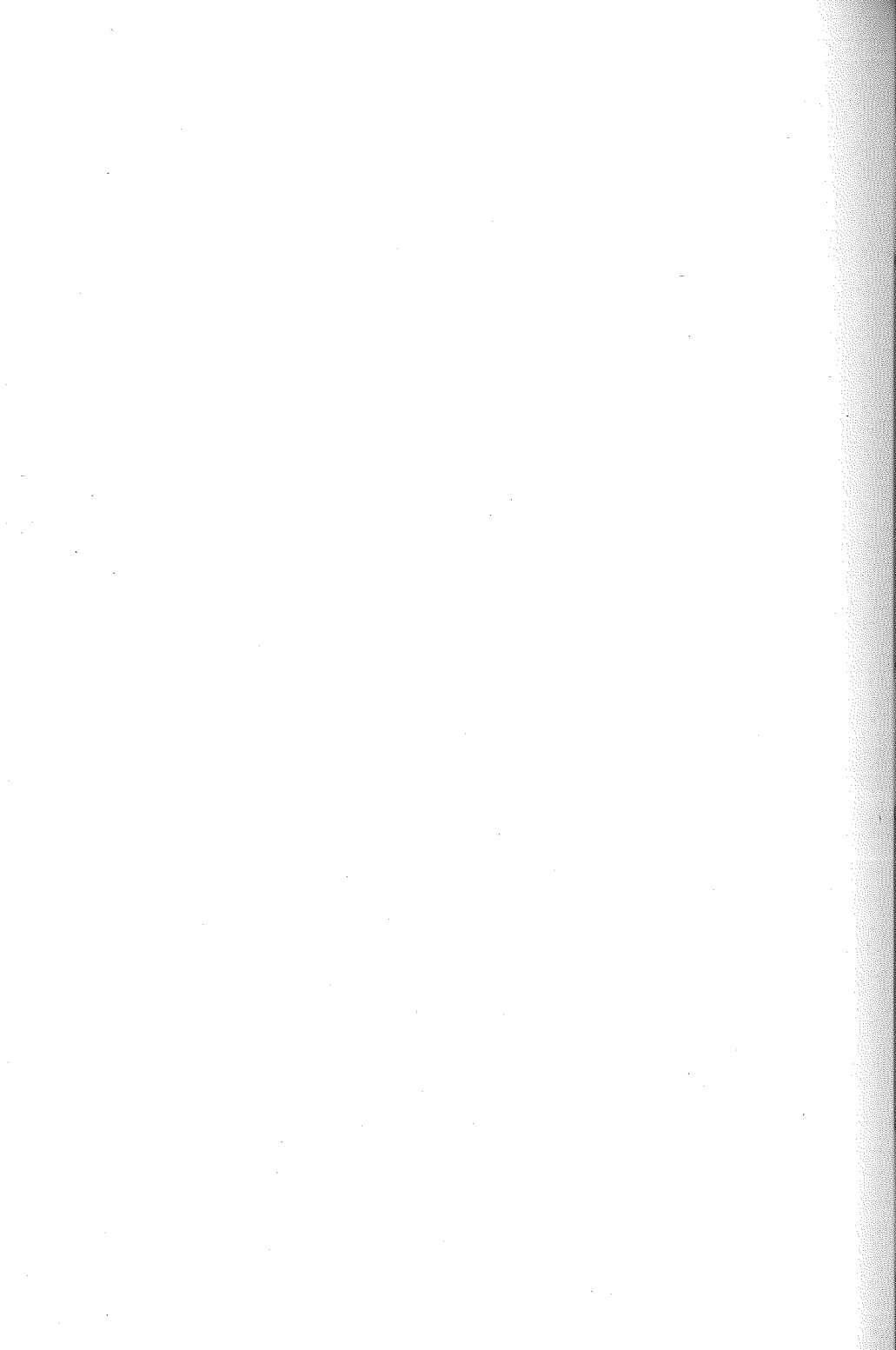
—Levántate de ahí, que voy a entrar los paquetes. Ya vas a embarcar.

Se puso de pies en silencio. El hombre cogió la caja y el lío que parecía una auyama y puso un pie en la borda. Luego saltó y cayó adentro. A ella nadie la ayudó a embarcar. Trabajosamente entró a la goleta.

¡Ay! ¡Qué mareo! ¡Qué mareo! ¡Cuánto tendría que vomitar!

Bajó una escalera que se introducía en el interior del barco. ¡Qué terrible mal olor aquel! Cayó como muerta en una litera. Se le borró todo de la mente. ¡Hasta que llevaba vida en las entrañas!

Afuera se había puesto el sol. Habían soltado los cables. Volvían las yolas afanosas como aleteando, en tenaz porfía. Al izar las velas chirriaban como grillos las poleas.



EN BUSCA DE ENGANCHE

I

El par de campesinos no podía transitar por las congestionadas aceras de la calle El Conde.

—¡Cuánta gente, vale! Aquí el que se pierde no aparece; —dijo uno.

—Y nosotros, ¿no taremos perdío? —respondió el compañero.

—Ello... Si pudiéramo jallá a don Domingo...

—¿Pero y a quién se le pregunta aquí?

—¡Caracha!... No cotará llamá a cualquiera.

El más alto, mozo de unos 22 años, fornido; en cuerpo de camisa; con pantalón amarillo y sombrero de fieltro muy viejo y con las alas caídas, se dirigió a un transeúnte:

—¡Oiga, amigo!

Era un joven vestido a la moda. Lucía un traje de casimir gris, lleno de tachones y bolsillos. No le hizo caso.

—¡Gente parejera, hermano! —comentó el campesino.

—No se lleve d'eso; —respondió el otro— hay que preguntá.

Era éste regordete, vestía igual que el compañero y tenía en el pómulo derecho una pequeña cicatriz. Se veía que el otro le llevaba unos dos años.

Volvió el más alto a la carga. Ahora se dirigía a un hombre de unos cincuenta años:

—¡Oiga, Don!

Un semáforo había dado paso a ocho automóviles que esperaban la luz azul, y fue tal el tráfago que produjo el arranque de las ocho máquinas, con sus resuellos, con su bramar, que la voz del campesino se perdió. Gritaron las bocinas de tres guaguas; chilló un vendedor de billetes. Un muchacho de esos que no tienen hogar y que no respetan a nadie, fue a dar de cabeza contra el más alto de los mocetones.

—¡Muchacho el diablo!

—¡Degraciado!

El chico se puso en pie, miró azorado a los dos vales, soltó una carcajada y les gritó:

—¡Pata e puerco!

Dicho esto se lanzó a cruzar la calle a toda velocidad. Los campesinos no sabían qué partido tomar. El semáforo les había dado paso a seis vehículos más; una motocicleta del ejército metía un ruido atroz y no dejaba oír nada. Los pobres mozos estaban atolondrados, llenos de ira, provocando la risa de esa ola humana que pasaba; gente segura de sí, que sabía hacia dónde iba, que cruzaba entre los automóviles sin equivocarse un paso, sin titubear, bien vestida.

—Mire, vale: —dijo el más grande como si fuera a llorar— larguémono a otro sitio.

El otro no respondió, pero era presa de la misma amargura que dominaba a su compañero. Lucharon un poco con el gentío y luego echaron a andar por una calle transversal de menos tránsito. Se fueron en dirección norte.

II

Allá en la sección poca gente es rica. O mejor dicho: quizás no haya gente rica. Un central azucarero acaparó casi toda la tierra. Hay grandes montes de miles de tareas que aún no han sido derribados y que posiblemente no lo serán durante mucho tiempo. Hay extensos potreros llenos de ganado cuyos cuernos están numerados porque es tanto que no se le puede conocer como a las reses de la gente pobre por la *vaquita joca* o *el novillo prieto*. Y hay inmensos cañaverales que se unen con el cielo.

Fuera de todo eso, que está cercado de alambres, quizás no haya otra cosa que valga la pena. La demás tierra es de las pocas gentes acomodadas del lugar y del pueblo. Y éstos gustan más de hacer potreros para criar ganado que conucos para cosechar frutos. Las reses son mejor negocio. Dan leche y se venden a buen precio. Las cosechas se pierden con mucha frecuencia una y dos veces, y no se recupera jamás el dinero invertido. Los que cultivan la tierra lo hacen casi exclusivamente para comer de ella. Si venden alguna carga en la finca, sólo les sirve para comprar un pantalón, una colcha o, de tiempo en tiempo, un frasco de medicina y unos zapatos.

De esas tierras son Mon y Andrés, hermanos a quienes les faltó el padre estando pequeños. (Lo mataron los gavilleros. Los mismos que azotaron los campos del Este y que hicieron tanto daño a la gente humilde que no pudo pagarles). La madre los crió trabajando. Tenían un pedazo de tierra sin los documentos. Allí fueron creciendo sin pensar que fuera posible llegar a no tener terrenos y luego verse en el aire como la hoja que cae del árbol; hasta que un día se dieron cuenta de que le habían cercado lo que creyeron suyo y oyeron a un notario decirles que aquello nunca había sido de su propiedad, que ahí estaba la Ley para comprobarlo.

Para la gente del campo, lo que no está al alcance de sus conocimientos, es un misterio ante el cual hay que doblegarse sin intentar defensa.

Por consideración, el propietario de todo aquello, un tal don Gregorio, los dejó seguir viviendo allí. Era aquel un hombre que

en el pueblo ocupaba el primer lugar, después de la patrona. La gente hablaba de él casi con devoción, como si hiciera milagros o fuera un ente sobrenatural. Mon y Andrés no pensaron en guardarle rencor. hallaban que todo era natural y posiblemente su devoción y respeto hacia él crecieron más.

Pero de súbito se encontraron con que habían perdido el deseo de trabajar y ya no le tenían ningún cariño a aquella tierra que para ellos lo fue todo cierta vez. La que estaba apegada a ese lugar y seguramente moriría allí, era la madre, una viejecita que hacía pequeños conucos y los mantenía limpios desyerbando ella misma.

Aquella agricultura no podía extenderse porque la tierra era ajena y aunque se pudiera, no producía placer ver un platanal sobre terreno que no era propio y que el día menos pensado sería reclamado por el dueño sin que nadie se pudiera oponer.

Hubo que buscar la vida fuera del conuco que cada día era menor y que a no ser por la vieja ya estaría completamente abandonado. Necesario fue echar días de trabajo, arriar ganado hasta los pueblos vecinos, ir a la finca para ganar una *chiripa* y sacar la cédula.

Pero ese trabajo tampoco era estable, ni tenía porvenir. Andrés y Mon cada día eran más hombres y estaban más necesitados. La madre se hacía más vieja. Ella sí que podía quedarse durante el resto de sus días -que no eran muchos- en el *pelaíto* que tenían en las tierras del Don. Pero a ellos les sentaba mejor probar suerte.

*

* *

Lo habían oído decir varias veces:

—Se está engancharo gente. Quieren hombres para el ejército.

Y eso, que primero solamente llamó su atención, luego llenó sus mentes, sus vidas, hasta convertirse en una obsesión. ¡El ejército! Eso era diferente a pasarse la vida de peón, recibiendo órdenes y hasta palabras pesadas. El guardia era jefe, el guardia

no pagaba cédula, era bien recibido en todas partes, portaba un rifle y no hacía trabajos pesados. Por que eso de andar de un lugar a otro no era trabajo para un hombre que hubiera hecho una tumba. Para quien hubiera amanecido arriando ganado mañoso por caminos estrechos entre montes sin cerca, aquello era como no hacer nada.

Venían las voces:

—Engancharon a Nicasio el de Concha. Lo recomendó don Gregorio.

¡Dizque a Nicasio! ¡Qué tolo! Ellos podían engancharse. ¿Por qué no? Había que buscar la recomendación y luego vender lo que fuera necesario para reunir los dos pesos del pasaje y algunos centavos más. Había que cambiar de vida. ¡Era necesario partir!

Vendieron un marrano y dos cargas. Dejaron casi sin raíces el cuadro de batatas. Hicieron seis pesos. Llegaron al pueblo. Fueron donde don Gregorio. Éste les dio la milagrosa carta que los haría soldados. Llevaban en el seno aquel papel como si llevaran una recomendación firmada por el mismo Dios. Muy seguros de su buena suerte, partieron hacia la Capital.

III

La realidad es diferente de los sueños. ¡Cuánta gente tiene la Capital! No se imaginaron nada semejante Mon y Andrés. Creyeron que hallarían con suma facilidad a un conocido suyo a quien pensaban utilizar para que les hiciera llegar aquella carta a su destino. Pero hasta aquel mediodía no lo habían encontrado. Hacía cuatro horas que vagaban por las partes altas de la ciudad. Se detenían dondequiera que encontraban una persona a quien se le pudiera preguntar. Generalmente se dirigían a aquéllas que miraban cualquier cosa desde las puertas de sus casas. Así le hablaron a una mujer:

—Oiga, doña: ¿uté no s haría el favor de decino aonde vive don Domingo Montero?

La mujer era amable y les preguntó:

—¿Quién es él?

—¡Don Domingo Montero! —respondió Andrés—. ¡Un hombre del pueblo e nosotros!

La mujer los miró y luego, con cierta indulgencia, les volvió a preguntar:

—¿Vive en esta calle?

—Ta aquí en la Capital.

No sabía qué decirles. Pensó un poco antes de pronunciar palabra. Al fin respondió:

—Es difícil hallarlo. Aquí no vive.

No les dijo más.

Los vales siguieron andando. Hallaron otra mujer. Era muy linda. Le quisieron hablar, pero ésta no les prestó atención. Entró a su casa y los dejó plantados con la palabra en la boca.

De todas las humillaciones recibidas hasta ese momento, fue aquella la que más les dolió. Sin embargo, siguieron buscando. Vieron a un hombre que tenía cara de bueno. Se dirigieron a él:

—Mire, Don: ¿no s haría uté el favor de decino aonde vive un señor que se ñama don Domingo Montero, bajitoncito él, que tiene mucho gallo y ta empliao?

El interpelado sonrió con cierta ironía y les dijo:

—¡Cualquiera lo averigua!

Y volviéndoles la espalda echó a andar.

Hallaron otro. Tenía éste cara de pícaro. Era un sujeto de buen humor. Le dirigieron la pregunta. El individuo los miró de pies a cabeza, fingió que hacía un esfuerzo por recordar y al fin les dijo:

—Allí mismo. Sigán esta calle, cojan aquélla a la izquierda, caminen de frente, cuenten seis casas a la derecha y allí es...

Les invadió una alegría que casi no los dejaba hablar. Ni siquiera dieron las gracias. El hombre se les borró inmediatamente. Iban comentando emocionados:

—¿Uté vé, vale? Niño que no llora...

Eso decía Andrés. Mon respondía:

-Yo se lo decía, que había que preguntá...

Siguieron las instrucciones. Llegaron a la casa. No había modo de confundirla. Llamaron. Por una puerta muy ancha que estaba entreabierta, salió un hombre todo sucio de grasa. Traía un hierro en una mano. Estaba mal humorado y se veía que acababa de interrumpir su trabajo para atender a aquella llamada.

—¿Qué quieren? -preguntó secamente.

—¿No tá don Domingo? —inquirió Andrés.

—¡Qué don Domingo, ni don Domingo! Esto es un garaje.

—Pero a nosotros no dijieron...

El hombre les estrelló la puerta en las narices y no oyó más. Iba echando pestes. Los campesinos no tardaron en comprender. Ya no preguntarían más. La gente es demasiado cruel.

IV

Había llegado la noche y los mozos estaban cansados de andar. Tenían hambre. No sabían dónde iban a dormir.

—¡Tan poco chavo que uno trujo, vale! —comentaba Andrés.

—¡Y tanta gente degra-ciá! —respondía el otro.

Volvían nuevamente hacia el centro de la ciudad. Ya las luces eléctricas estaban encendidas. ¡Cuánto brillo! Sus pupilas no estaban acostumbradas a tanta claridad. Después de todo -pensaban- eran muy tranquilas aquellas noches del bohío, cerca del fogón, fumando un *bolo*, hablando de cualquier cosa o refiriendo historias.

Estaba lejos aquello. No parecía posible que alguna vez hubiera sido realidad. Las cosas ahora se veían diferentes. Sentían como que los habían arrancado de cuajo. Los invadía una sensación de estar en el aire. La guardia. Don Domingo: nada parecía verdad. Ni esas mismas calles, llenas de gente y de luces, tenían aspecto de cosa real. Todo era vago.

Andrés habló;

—Toa la calle son iguale, Mon.

—No son iguale, por Dió. Uté e muy sonso. E que nosotros no la conocemo.

—Eso era lo que yo quería decí.

Mon estaba impaciente, inconforme, con deseos de estallar.

—No hable uté pendejá, —respondió.

No estaba satisfecho. Le dolía haber dicho aquello, pero ¿qué otra cosa podía decir? ¡Era tan tonto Andrés! ¡Y todo lo que estaba sucediendo era insufrible!

El hermano no respondió. Quedó un momento en silencio. Pasado éste, desanimado, como con pena exclamó:

—No se apure, Mon. Tenga pacencia...

Siguió en silencio el otro. Apareció ante ellos una calle con más gente que todas las que habían visto. Por allí apenas se podía transitar. Camiones, pequeñas casillas, pulperías, polvo, carretillas ¡y gente como nunca soñó ver! Había más que en la calle El Conde, porque aquí los vehículos se abrían paso a fuerza de bocina.

Andrés iba a preguntar, pero lo contuvo el recuerdo de sus últimos fracasos. Unas mujeres que había en la próxima esquina le dirigieron la palabra:

—Ven acá, lindo.

—Oye: papasito.

Las había de varios tipos. Una de muy baja estatura, blanca, desteñida, sin dientes, pintarrajeada como una máscara; otra gruesa como un tonel; otra más, de cintura delgada y nalgas estupendas. Ésa era la que hablaba. Vestían trajes de seda artificial muy usados, ceñidos y largos. Mon se encaró con aquella que le dirigía la palabra a su hermano y lleno de ira barbotó:

—¡Miren, saltiadora! ¡Vayan a robale a su pai!

Las mujeres se sintieron ofendidas, y, despechadas, los insultaron a coro, despiadadamente.

—¡Vale del diablo!

—¡Desgraciao! ¡Dichoso tú!

Mon sintió como que le tiraban de los cabellos. Iba a cometer una barbaridad.

—¡Bando e puta!...

Suerte a un policía. El agente intervino y evitó la pelea. Amonestó a las mujeres y le dijo al campesino:

—Y uté aprenda a tratar la gente. Si viene del campo coja el paso...

Mon se ahogaba en ira. Con una mirada se lo dijo todo a Andrés. Éste era presa de un sordo rencor. Los dos siguieron calle abajo. Iban casi ciegos. Ya no les impresionaba nada: ni la gente, ni los vehículos, ni las luces. Sentíanse más arriba de todos los hombres. Quizás no tenían un concepto definido de su estado, ni mucho menos podrían explicarlo, pero sentíanse más arriba de todos los hombres.

A poco caminar apareció a sus ojos un mercado, fuente emanadora de aquel gentío y de aquel bullicio. Fueron, a paso firme, derechamente hacia un puesto de fritos.

V

Era el día siguiente. En el cuarto de baño de un segundo piso, en una casa ocupada por estudiantes, se oía la voz de un campesino:

—Nosotro seguían trabajando en el fundo. Pero dende que el notario dijo que la tierra eran de don Gregorio, no pudimo hacé casi ná. Lo rico no se cansan de tené. Ya él lo quería tó. No hay quien viva con lo dueño e terreno. Uno no pué tené un animalito, porque dende que le ven un vasito e potrero, di una vé le echan mano. Y como uno no e dueño... o deja el sitio o lo pierde.

El que hablaba era Andrés. En la bañera, un joven de unos 25 años, desnudo, se enjabonaba y oía al campesino sin hablar. En la puerta entreabierta, con la cabeza, metida en el cuarto, Mon, callado; permanecía sin tomar ninguna resolución. Andrés seguía explicando:

—Uno se cansa de trabajá. Si se descuida, cuando viene a vé, el día meno pensao tiene una mujer y un bando e muchacho. Y sino ha hederao tierra, o si la ha hederao sin papele como nosotros no tiene aonde viví. Y antonce... uté sabe que la finca e j'el colmo... Naide se va a pasá la vida echando diíta e trabajo o jarriando resesita. Hay que bucá otra cosa. Y sin sabé de letra, ¿qué le queda a uno?... Pa eso mejor se engancha a la guardia, que ahí tan siquiera no se mata uno tanto.

Andrés decía aquello lentamente, como dejando caer las frases. El hombre de la bañera, totalmente enjabonado, abrió la ducha y comenzó a lavarse sin responder. El campesino volvió a decir.

—Don Gregorio noj dio ete papel, —y quitándose el sombrero sacó de éste un sobre largo—. Sacamo do certificado e buena conducta de a peso ca uno. Eto e pal general jefe e la Fuerza... ¿Qué le parece a uté?

El de la bañera seguía echándose agua. Por fin terminó de bañarse y comenzó a escurrirse con las manos. Al fin dijo, sin mirar al campesino:

—Ahora veremos.

Alcanzó una toalla y comenzó a secarse. Luego extendió el brazo y cogió unos calzoncillos y una camiseta que colgaban de un clavo. Cuando se los hubo puesto le dijo al vale:

—Deja ver...

Cogió los papeles. Los miró sin interés y como si quisiera salir pronto de los campesinos, les dijo:

—Vayan a la Fortaleza. Colóquense detrás del centinela y díganle que llame al cabo de servicio. Entréguenle la carta y pídanle que se la lleve al general. Él les dirá lo que deben hacer.

Andrés estaba optimista:

—¡Ja no! Dende que vea la firma e don Gregorio no hay que habló. Ese e jun enganche seguro.

—¡Vayan, vayan! —replicó el hombre, como si le molestaran, volviéndoles la espalda.

Andrés se volvió lentamente. Mon se movió al fin y dejó paso. Se encaminaron hacia la escalera murmurando algo.

*
* *

Miguelito era del Este. Se había encontrado con aquellos campesinos durante la noche anterior. Poco más o menos eran las ocho. Si le hubieran preguntado por qué cogió una calle que da al Hospedaje no lo hubiera sabido decir. Quería perder una hora y se fue por ahí. Pasaba frente al mercado. Mientras se abría paso entre la gente que llenaba las aceras, pensaba en cualquier cosa, menos en lo que tenía delante. En eso oyó una voz:

—¡Don Miguelito!

Siguió de largo. ¡Hay tantos que se llaman Miguelito! No se le ocurrió pensar que lo llamaban a él. Pero nuevamente sonó la voz:

—¡Don Miguelito! ¡E con uté!

Volvió la cara. Un campesino se le acercaba casi corriendo. Tropezaba con la gente, pero no se enteraba de ello. Iba abriéndose paso con la vista fija en él. En pocos segundos lo tuvo en frente. Con una sonrisa que le llenaba toda la boca, el vale le extendió una mano ruda, ancha:

—¡Caramba, don Miguelito: cómo tá uté!

Cogió esa mano y con cierta reserva, respondió:

—Así... regular...

Aquella cara no le era del todo extraña, pero a pesar de ello no acababa de reconocerla. Decía el campesino:

—Nosotro tamo aquí dende eta madrugá. Vinimo en un camión y jata eta hora no hemo encontrao gente conocía. Suerte que al velo a uté...

Todavía no acertaba a saber quién le hablaba. Sin embargo, su cara le era familiar. Comenzó a pensar... ¡Ah! Aquel hombre podía haber sido peón de su casa. Así tenía que ser. Pero ¿qué buscaría allí? Resolvió preguntarle:

—¿Y de donde viene ahora?

—¡Pero don Miguelito! —exclamó el vale— ¿Uté no me conoce? ¿No se acuerda de André el de Ruperta?... ¿De aonde vo a vení? ¡De allá! ¡No hace quince día que le jarrié el último ganao a don Miguel!

No se había equivocado: don Miguel era su padre. Ya estaba en el asunto.

—¡Ah! Sí... ¿Y en qué andas por aquí?

—Andamo, don Miguelito, porque Mon tá conmigo. Mírelo ahí. ¿No lo conoce ya?...

Miguelito volvió la cara y se encontró con el otro campesino que estaba casi a su espalda, silencioso.

—¿Qué tal, don Miguel? -se le anticipó.

—¡Oh, Mon! ¿Tú también estás aquí?

—Sí hombre, —siguió diciendo Andrés— tamo bucando enganche. Dende eta madrugá andamo atrás e don Domingo. To ha sío preguntá y má preguntá, pero no ano jallao una persona capá e decino aonde vive. Aquí...

El rostro del campesino se contrajo. Miguelito cortó:

—Supónganse... Aquí no es como en el pueblo. Se hace muy difícil hallar a una persona. Además, don Domingo no vive en la Capital.

Al oír esto los campesinos quedaron desolados, casi consternados. Se diría que les había faltado la tierra debajo de los pies.

—¿Y ahora? —exclamó Andrés, como con pánico.

—¿Y ahora? —dijo Mon.

Al instante Miguelito se enteró de una cosa que no se le había definido desde un principio: aquella gente tendría que ser socorrida por él.

—¡Mire el diantre! —dijo Andrés—. Y nosotros que veníamos aonde él pa que nos diera posá...

—Trujimo una recomendación de don Gregorio pa la guardia —dijo Mon— y queríamos que él no jayudara a entregala...

—¡Y una recomendación como esa!... —exclamó Andrés con cierto orgullo que era algo así como una promesa de seguridad para cualquiera que los quisiera socorrer.

Miguelito estaba más que embarazado. ¿Qué hacer? Él conocía bien el caso. Los campesinos se deslumbran con el ejército, dejan sus labranzas, renuncian a su vida, venden cuanto tienen, para hacer un viaje como el que hicieron éstos. Se presentan en la Capital con una carta de cualquier político de pueblo, desconocido y sin importancia, creyendo que con eso obtendrán lo que sueñan. Después, en la ciudad se hallan con que la cosa no es tan fácil, y entonces sufren mil calamidades. Algunos se quedan y se convierten en miserables, jornaleros o en vulgares rateros; otros emprenden el camino de retorno, pero se quedan en cualquier sitio *por vergüenza, por no volver derrotado*, y entonces pasan a ser cualquier cosa, menos lo que deberían ser.

Sabía todo esto y se le hacía difícil tomar resolución. Por fin se decidió a preguntar:

—¿Y en qué sitio van a dormir?

—¿Nosotro? —respondieron a coro. Luego dijo Mon: —No tenemos.

—¿Trajeron suficiente dinero para pagar un dormitorio?

—¡Que vá! —murmuró flojamente Andrés.

Miguelito titubeó un instante. Los dos campesinos estaban frente a él como esperando una sentencia de vida o muerte. Por fin, como quien tiene que violentarse para tomar una resolución dijo:

—Vamos a casa.

Después de haberlo dicho, se diría que era presa de la ira. Estaba inconforme consigo mismo. ¿Por qué decirle a aquella gente *vamos a casa*? No tenía nada que ver con ellos. No podía echárselos encima, ni quería. Tampoco podía disponer de tiempo para atenderlos. Sin embargo, les había dicho: *vamos a casa!*

Para no desbordarse se empeñaba en recordar que su padre y su madre eran del campo, que él mismo había nacido en el lugar donde nació aquella gente; mas, al instante se decía:

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso? Nadie escoge su lugar de nacimiento. Uno nace en cualquier sitio. Al hombre lo hace la educación. Yo me crié en la ciudad y tengo otras costumbres.

No he visto más a esa gente, no he convivido con ellos, no soy como ellos, aquí me sostengo de mi propia cuenta. Entonces, ¿por qué les he dicho *vamos a casa*? En mi casa no cabe uno más.

Pensaba esto y sentía un loco deseo de golpearlos. ¿Por qué le seguían?

Así fue como los campesinos amanecieron en una casa de estudiantes en la Capital. Por eso era que a Miguelito, en el baño, se le hacía tan difícil responder a las palabras de Andrés, y para que no le hablara más de sus planes, le había dicho bruscamente:

—¡Váyanse, váyanse!

VI

Los vales volvieron a eso de las doce. Mon entró algo abatido. Andrés confiaba más en su destino. Un estudiante en calzoncillos que inconscientemente se hacía moños con los dedos mientras leía, al sentirlos, levantó la cabeza y les preguntó sonriendo:

—¿Cómo les fue?

Andrés se apresuró a responder:

—Fuimo a la Fuerza y no noj deján dentrá, pero el cabo e servicio noj dijo que echáramo la carta al correo, que el general noj mandaría a bucá...

El estudiante volvió a leer sin decir palabra. Se diría que había callado algo que los campesinos no deberían saber. Andrés siguió diciendo:

—¡Ofrécome! ¡Cuánta gente! Ahí había má de dociento hombre parao. ¡Y toíto eperando enganche! Yo que digo... Si no fuera por esa recomendación de don Gregorio...

El estudiante no se movió. Siguió haciéndose moños. Andrés titubeó un poco. Luego salió al patio y fue hacia el cuarto de Miguelito. Mon se quedó donde estaba y en voz baja le dijo al estudiante:

—Ese muchacho ni an parece hermano mío. E jel critiano que habla má pendejá. Uté lo ve asina, pero en tó mete la pata. El único que sabe la cuatro regla de lo dó soy yo...

El de los calzoncillos tuvo que contenerse para no reír. ¡Era tan simple aquella ingenuidad! Otra vez iba a hablar Mon cuando apareció su hermano.

—No ha venío don Miguelito, —comentó:

*

* *

La noche del hallazgo de los campesinos, Miguelito les había dicho a sus compañeros:

—Son una pobre gente de campo, pero no se les puede dejar amanecer en las calles. Aquí la gente es mala. Quiero que ustedes me permitan alojarlos por una noche.

Todos accedieron y convinieron en darles la *colombina* de un estudiante que se hallaba ausente, con su colchoneta, pero sin sábanas. Les dieron, además, dos americanas viejas para que se cubrieran. Allí durmieron apretujados, roncando durante toda la noche.

Pero ya hacía cinco días que estaban los campesinos allí y no habían recibido la ansiada llamada. Ya los habitantes de la casa, gente joven y despreocupada, estaban acostumbrados a ellos. Les llamaban *los estudiantes*, en ratos de buen humor y los mismos vales parecían sentirse allí como en su casa. Habían cobrado confianza, hacían mandados y durante todo el día estaban refiriendo historias absurdas o formando planes ingenuamente.

—Dende que no enganchemo, —decía Andrés— vamo a vé si noj mandan pa lo lao de casa... Allá hay gente a la que yo quisiera presentámele uniformao. ¡Mira que la mojiganga del Merencio que ahora lo han nombrao dique Pedanio!...

—Dende que uno é guardia la cosa cambia, —afirmaba Mon—. De una vé lo tan adulando, pretándole atención. ¡Pero yo que loj conoco!...

Los demás se divertían oyéndolos. Sólo Miguelito se había tornado huraño y vivía conteniendo el mal humor. En uno de sus peores momentos fue cuando Andrés se le acercó a decirle:

—Mire, don Miguelito: nosotros queremos que uté no saque d'eto. Ya hace sei día que tamo eperando y no ano recibí conteta. E que a uno le hace falta una gente que lo lleve. Hágano el favor de dentran en la Fuerza o de hablá con el general. Nosotros...

Hasta aquí pudo oírlo. Por fin estalló:

—¡No sean brutos! —les dijo bruscamente—. ¿A quién diablos se le ocurre que yo pueda presentarlos? Ustedes no van a conseguir nada. ¡Sépanlo de una vez! Para engancharse se necesita ser familia de un ministro, tener amigos influyentes. Don Gregorio es un pobre campesino que fuera de casa no vale un centavo. ¡No sueñen con enganche!

Los vales oían sin darles crédito a sus oídos. Andrés había abierto los ojos desmesuradamente. Mon estaba pálido. Parecían dos estúpidos.

—¡No diga eso, don Miguelito! —casi suplicaba Andrés—. ¡No diga eso!

—¡Como lo oyen!

Siguió hablando el que fuera hasta ese día su protector. Les dijo que todo aquello era inútil, que ellos eran hombres de campo, que volvieran otra vez a ocupar su lugar.

—¡Busquen tierra hasta en el Infierno, si no la encuentran en otra parte, pero no olviden lo que son! Y además, ¿no han vivido siempre allá en la sección? ¡Ahora quieren ser hacendados!...

De haberles dado una paliza no los hubiera dejado en aquel estado. Estaban desvencijados. No tenían fuerzas. Fue muy rudo el golpe.

Miguelito los miró un instante. Su aspecto pareció impresionarlo. Calló de súbito y salió rápidamente hacia el patio. ¡Diablos! ¿Qué le estaba pasando? Se hallaba como si se hubiera excedido. No encontraba forma de justificar lo que había hecho. Pero, ¿no estaba él ya hastiado? Sin embargo, no podía dejar de pensar:

—¿Qué hace aquí esa buena gente? ¿A qué vienen estos hombres? Dejan su campo; abandonan lo que entienden y se meten en la ciudad... ¡A crearles embarazos a los otros y verse ellos así!...

Su preocupación subía de tono, y al fin terminaba recriminándose:

—¿Pero había necesidad de que les hablara así?...

Las ideas se le volvían un brollo. Se volvió y alcanzó a ver a los dos mozos recostados en la balaustrada, como gente a quien le han sacado el alma. No se dio cuenta de lo que hizo, pero caminó hacia ellos. Luego, sin poderlo prever ni remediar, cuando estuvo frente a los vales, sin mirarlos, como queriendo sujetar las frases, dijo:

—Sin embargo... le podríamos poner un telegrama al general... Quizás...

Los mozos se enderezaron súbitamente. Parecían deslumbrados. Lo miraron como si, habiéndolo creído muerto, de momento resucitara ante sus ojos.

—Hombe, don Miguelito, ¡hágano ese favor! —decía Andrés.

—¡Haga algo, hombe! —decía Mon.

Miguelito cada vez más se perdía en confusiones. Se llevó una mano al bolsillo. Algo inesperado le sucedió. No tenía dinero ni lo tendría durante muchos días. Su

comida y la de aquella gente le estaba siendo acreditada por los compañeros.

—¿No tienen treinta y cinco centavos? —preguntó.

—Yo tengo quince —dijo Mon.

—A mí me se acabaron, —murmuró Andrés.

¡Qué cosa! Ahora Miguelito pensaba:

—¿Por qué les habré dicho esto? Mejor hubiera sido dejarlos como estaban. ¡Ahora me he echado encima un nuevo lío!

Y cada vez estaba más inconforme consigo mismo. Se vio obligado a decir:

—Bueno. Esperen. De hoy a mañana yo conseguiré.

Pero seguía preguntándose:

—¿Qué he hecho?

Y volvía a pensar:

—¿Qué hacen aquí estos pobres hombres? Dejaron el campo.

¿A qué vienen?

Hasta que al fin, súbitamente concluyó:

—¡No haré nada por ellos!

Se fue a la calle. Por la noche, cuando volvió a la casa, eran las once. Fue al cuarto donde dormían los campesinos y se encontró con que habían tenido que abandonar la cama porque el dueño había llegado. Mon estaba metido en una caja grande vacía que utilizaban los estudiantes para echar ropa sucia; estaba encogido como un niño en el vientre de la madre, entre pajas y trapos, con el saco viejo y sucio puesto a guisa de abrigo. Andrés estaba sentado en el mosaico pelado, también con su saco puesto, recostado en la pared, con la boca abierta. Ambos roncaban. Así, como estaban, se veían los dos seres más abandonados del mundo. Miguelito pensó:

—¡Pobre gente!

Y fue hacia su cuarto. Sin embargo sentía ira, y no cesaba de repetirse:

—¿A qué vienen aquí?

VII

Al día siguiente, cuando Miguelito despertó, Andrés y Mon estaban frente a su cama.

—Nosotro no vamo, —decía el último—. Ya tenemos aquí mucho día y no se va a conseguir ná. No tenemos un chele y ya le hemos dao mucha moletia a uté...

Estaba triste el mozo y decía aquello como con un retazo de pobre esperanza. Con cada palabra parecía que se le rompía algo muy íntimo que sangraba.

—Nosotro le agradecemos lo favore que no s ha hecho, —decía Andrés—. Noj vamo a dir...

Miguelito no quería mirarlos. Estaba acostado de vientre, con la cabeza entrada en la almohada y la cara más bien vuelta hacia la pared. Así les volvía la espalda.

—Eso no es nada —dijo—. Yo hubiera querido servirles mejor...

—Uté hizo lo que pudo. Ahora noj vamo... —repetía Andrés.

El que fuera su protector no se movía; no volvía la cara. Los dejaba decir sus palabras y las sentía caer como gotas de algo amargo.

—Noj vamo, —decía Mon, como con pena, igual que si estuviera cansado.

—Le diremo adió... —murmuraba Andrés.

Miguelito hacía esfuerzos desesperados por mantenerse en aquella posición. Le parecía que los campesinos permanecían más de un día frente a su cama. Sin darse cuenta preguntó:

—¿Llevan algo?

Mon dijo:

—No.

¡Demonios! ¿Qué había hecho? ¿Para qué preguntarles? Ahora se encontraba sobre espinas. Le dolía algo.

Sin embargo, como quien pierde el equilibrio y después de resbalar sigue dando tumbos hasta caer, sin poder controlarse volvió a preguntar:

—¿Consiguieron algún camión?

Andrés dijo:

—Qué va... Noj vamo a pie.

¡Otro absurdo! Ahora se decía:

—¡A pie! ¡Y sigo de necio! ¡Sigo preguntando! ¿Acaso me importa esa gente?

Sin embargo, algo cruel le roía. No quería pensarlo, pero en su mente se dibujaba una carretera dura, áspera, bajo un sol de fuego. Y un enorme número en llamas llenaba el horizonte: 200. ¡Doscientos! Doscientos kilómetros tendría que caminar aquella gente para llegar a su casa. Y sin comida... Sin dinero...

Podría haberles regalado un par de zapatos, un sombrero, ¡cualquier cosa! para que lo vendieran. Pero no fue capaz de moverse ni de mirarlos.

Ahí estaba la carretera, larga, desolada, bajo el sol implacable. Y el gran número en llamas cubriendo el horizonte: ¡200!

—Adió... —murmuró Andrés.

No los oyó. No se enteró de nada. No respondió.

—Adióó...

Fue lo último que dijeron.

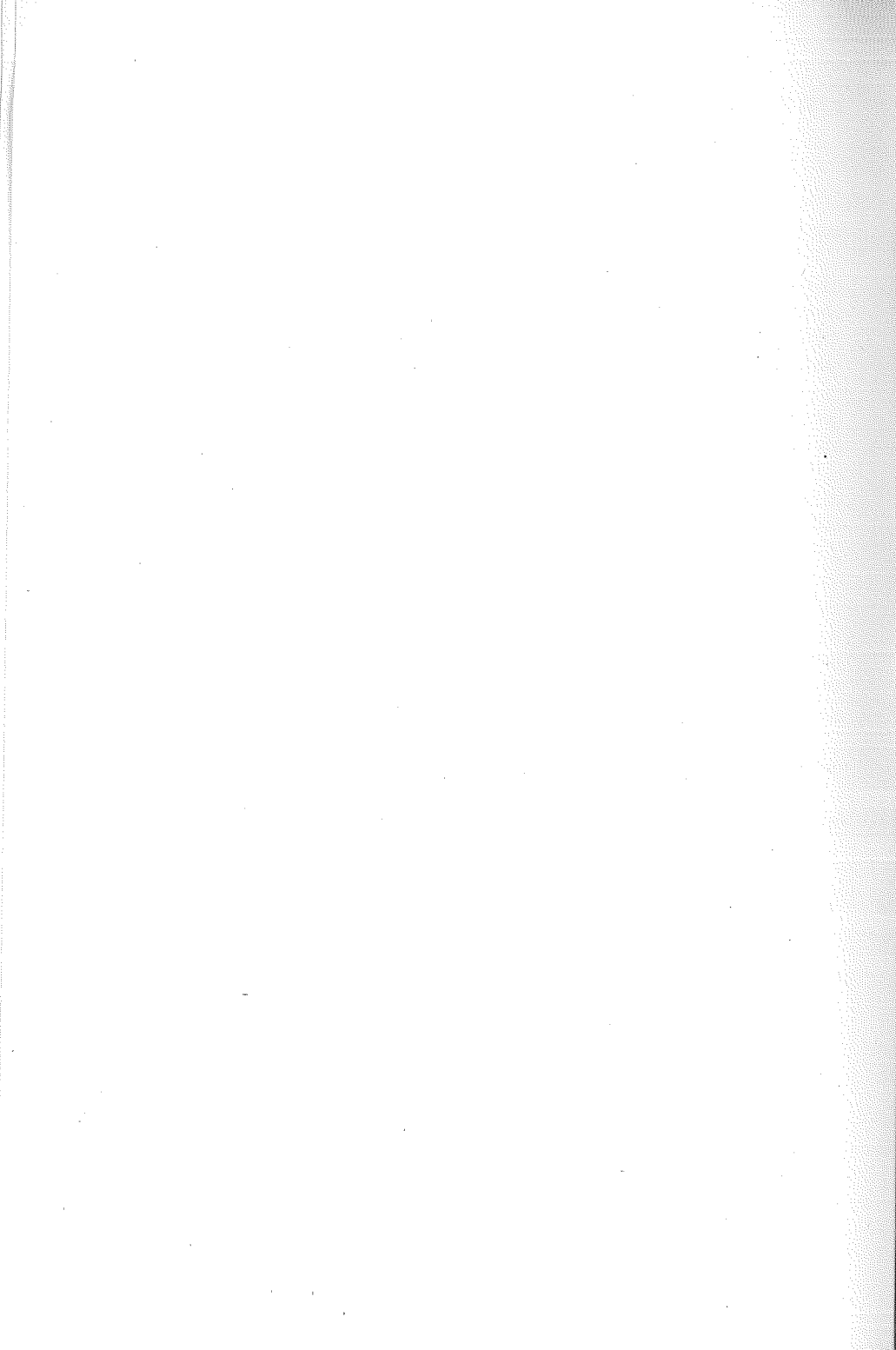
Seguramente la puerta emitió algún sonido. Debieron oírse los pasos de los vales al salir de aquel cuarto y luego al pasar por el que estaba contiguo. Alguien afuera debió despedirlos con un débil adiós.

Miguelito seguía con la cara enterrada en la almohada, inmóvil. Y veía la carretera larga, interminable, desolada, bajo el sol. Sobre ella iban los dos campesinos gastándose, y el gran número de cifras en llamas seguía cubriendo el horizonte: 200.

¡Doscientos!

OVER¹
NOVELA

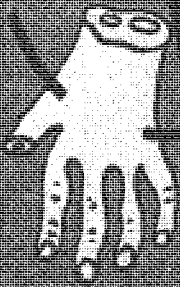
1. Editorial "La Opinión", Ciudad Trujillo, 1939.



RAMON MARRERO ARISTY

OVER

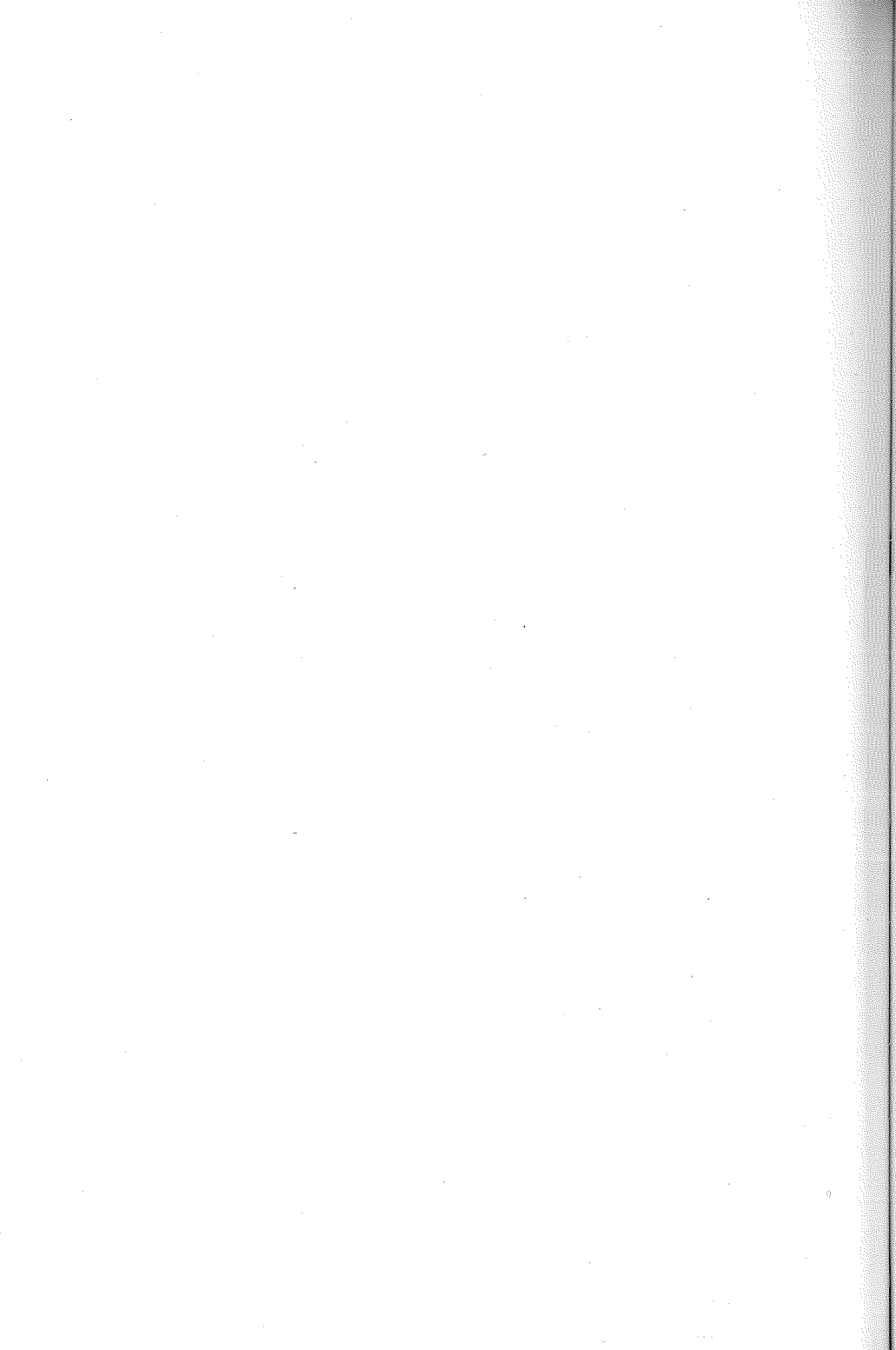
NOVELA



EDICIÓN
CUBA TERCERA

Portada de la primera edición de *Over*.

PRIMERA PARTE



I

Heme aquí en una calle de mi pueblo. Por ella he transitado desde mi niñez, y todo esto tan familiar, tan amable ordinariamente, de repente se me ha tornado extraño.

¿Extraño? He dicho bien. Todo ha cambiado para mí; y sin embargo, estas casas son las mismas de ayer, y las personas que ahora veo, las mismas que me han visto crecer. He ahí al obeso señor Almánzar. Cuando yo nací era regidor del Ayuntamiento y aún lo es. Allí se abanica su brillantísima calva don Justo Morales, prestamista durante toda su vida y presidente del Club; alcanzo a ver dormitando la siesta en la acera de su casa, sentado en cómoda mecedora, al ventrudo señor Salustio, siempre enfermo del hígado y quejumbroso de su situación. Yo me palpo y soy el mismo. Como el primer día me sigo llamando Daniel Comprés, o mejor dicho: Daniel, que es como me llaman todos. Y sin embargo, he de reconocer que todo esto que me rodea, visto por mí a cada amanecer hasta hacerme hombre, se ha tornado hoy en algo que me repele; y una gran sensación de soledad se ha adueñado de todo mi ser.

Es indudable, hoy no es ayer ni mañana será hoy. Esta lógica sencilla, pero irrefutable e inmodificable existe, es palpable. Aquí estoy solo. ¡No lo puedo dudar! ¿No me lo justifican las últimas palabras de mi padre? Lo dijo bien claro. Me parece oírlo. Lo oiré siempre:

—No deseo que turbes más mi paz. Molestas a mi mujer, me molestas a mí; eres una sanguijuela que pretende chuparme la sangre. ¡Vete!

Sí. Eso fue lo que dijo. Y mientras sus duras palabras me pegaban en el rostro, mi madrastra, con cara de Mefistófeles, sonreía desde una puerta.

Y si no fuera por el hambre que me atormenta, creería que todo fue un sueño, pero ¡demonios! aquella repleta mesa se perdió para siempre...

Mas, pienso a renglón seguido: ¿es esto algo para un hombre joven?

Sí y no; o mejor dicho: no y sí.

No, porque siendo joven, natural es que se tengan fuerzas, mucho orgullo y un aspecto agradable, por todo lo cual no se puede dudar que se es dueño de la vida. Sí, porque si se tiene orgullo no se pide, y hoy nadie ofrece; porque si se busca trabajo no se halla, y además, porque en este pueblo donde cualquier extraño les roba el alma a todos, para con los que conocemos nadie es aquel "noble y hospitalario dominicano" que aparece en las crónicas y que según afirman existe en el Cibao.

El Cibao, ¡ah, el Cibao! Pero esa rica región está a muchos kilómetros de aquí; endiablados kilómetros de carretera gris, quemada por este sol tropical, que es ideal, cantado por los poetas, pero terrible cuando se le soporta de lleno.

Si yo tuviera aquella lámpara de Aladino en mis manos para frotarla: ¡zis!... Y se abriría para mí el alma de algún *míster* del central azucarero, o me caería del cielo una buena mesa con algún lechoncito ricamente asado, y platos de ensaladas, y pan dorado, y... ¡ay! ¿Para qué soñar?

Cierto es que frente a mí está el central de avenidas hermosas y casitas de ensueño, pero sólo ofrece su "tiempo muerto" como un portazo a todo el que solicite trabajo.

Pero, ¿se debe perder la calma porque su padre le haya dicho a uno cosas como sanguijuela, y luego faltara poco para que le despidiera a la francesa?

Pensemos en ello.

Es innegable que hoy no se tiene un centavo, que se está solo en el mundo —aun en este pueblo donde se ha criado uno—, que ya los compañeritos de los dulces días de la infancia no aparecen. Unos son señores licenciados, doctores, o simple-

mente grandes propietarios; otros, herederos afortunados, por designios del destino o de la vida, ¡la vida! Ella nos junta en la escuela cuando somos inocentes, y allí llegamos a la intimidad, practicamos la camaradería. ¡Se necesitaría ser niño corrompido para tener noción de superioridad social en esa época! Pero después... ¡Oh, las cosas cambian! Cada uno coge su rumbo. Unos nacieron para esto y otros para aquello. Éstos tienen dinero y aquéllos no. Cada cual toma su senda, éste hacia arriba, aquél hacia abajo; quién se va metido en un cajón entre cuatro, hacia el cementerio. De ese no se habla más. Y luego, los que fueron en contrarias direcciones, se hallan un día en la vida:

—“Adiós.”

—“Adiós.”

Al más dichoso le queda una duda:

—“¿Nos conocimos?... Pero, ¿dónde? ¿Cómo?... ¡Ah, sí!... ¡Fue en la escuela!”

Y como en su rostro se reflejara una emoción pasajera, la dama que va a su lado —bien alimentada, esbelta, bella, traje fantástico— le pregunta mimosamente:

—“¿Te molestó ese hombre, querido?”

Él responde:

—“¡Oh, no, mi vida! Sólo me trajo un recuerdo...”

Y sin decir más, siguen... hacia una diversión, hacia el hogar feliz.

El otro, desaliñado, envejecido antes de tiempo, murmura:

—“¡Es don fulano!”

Y también sigue, pero ¿hacia dónde?...

Me he desviado un poco de mi centro. Decía que no se debe perder la calma y trataré de conservarla. Allí viene el señor Andújar; le ofreceré un saludo amable. Este señor siempre me ha distinguido, porque es gran amigo de mi padre. Ya pasa rozándome... “¡Adiós!”, le he dicho con amabilidad.

Me ha mirado a través de los cristales de sus espejuelos y simplemente ha inclinado la cabeza con aparente dignidad.

¡Qué raro es esto! ¿Qué podrá ser? ¿Le habrá dicho mi padre que yo una vez...? Pero no lo creo, porque cualquier hijo dispone de unos cuantos pesos de su padre sin que esto sea motivo para merecer el desprecio público, y sobre todo si el padre no es amigo de dar y uno lo ha hecho con la idea de comprarse un traje nuevo, prestarle algo a un amigo en apuros y asistir a una diversión. ¡Qué diablos! Esto es poca cosa.

Sin embargo, parece que le ha dicho algo, porque ese gesto no denuncia otra cosa. Estos señores son harto sensibles con sus bolsillos.

Yo reconozco que los muchachos que como yo tienen pretensiones de escritores, poetas y cosas por el estilo, son mirados como verdaderas alimañas y arrojados por inútiles e ilusos.

¡Qué gente tan incomprensiva! Desistiré del señor Andújar.

Pero pensemos en el señor Méndez, en don Justo, en el señor Almánzar...

¡Ah, ah, querido! Ya verás que no te hallas tan sólo en la tierra. Esos señores tienen hijos a quienes aman, esposas, queridas. Pagan sus cuotas en el club; están suscritos al "Listín Diario" y a "La Opinión"; satisfacen sus contribuciones al gobierno; son personas civilizadas que comprenden que la sociedad está integrada por elementos que no pueden vivir aislados entre sí, como decía mi profesor de octavo grado. Ellos saben que la perfección del funcionamiento de los organismos más complicados, se debe a la colaboración espontánea que existe entre todos sus miembros, y más aún, a la que existe entre las partículas vivas que forman los tejidos de esos miembros. ¡Gente así no me puede faltar! Voy decidido a emprender la agradable tarea de proporcionarles a mis semejantes una oportunidad de ser humanos, espléndidos, dando muestra de su comprensión.

*

* *

Han pasado unas pocas horas —unas pocas horas nada más!— y cuán arrepentido estoy de haber pensado que estas gentes eran como me las imaginé.

Todo es diferente. Aquí sólo hay... ¡Nada! Que las cosas no son como uno las piensa.

Y yo que creí... Pero sólo una cocinerita me sonrió en una de las casas que visité. Los hijos de esos señores parecían engolfados en importantes lecturas, mientras yo conversaba con sus padres exponiéndoles mis sencillos planes de ayuda mutua. Ellos me prestarían dinero, yo trabajaría y les pagaría sus haberes; luego yo quedaría solo, encarrilado, dueño de mi destino.

Este sencillo plan reveló unos cuantas arrugas en las caras de algunas señoras esposas, y los demás... ¡Tan distraídos!

Y luego, las frases de don tal o don cual:

—“Joven, yo lo lamento, pero no me es posible; reconozco sus buenas cualidades, pero usted comprenderá... Yo no puedo arriesgarme... Además...”

Ya, cuando llegaban a esa parte, yo tenía el sombrero en las manos y me hallaba en disposición de marcharme.

¡Así es la vida!

*

* *

En estos momentos me hallo en la parte alta de la ciudad. Al fondo se ven las inmensas chimeneas de las factorías del central azucarero. No despiden humo. Parece que se caerán la una sobre la otra. Tan altas son que esta ilusión se produce constantemente.

La arboleda cubre las viviendas de ensueño del central. Allí mora gran número de empleados que ante mí se presentan como los seres más felices de la tierra. Tienen esposas, hijitos. Son jóvenes en su mayoría; viven en esas casitas tan lindas, todas pintadas de un mismo color, con sus jardinillos en frente, llenos de flores, de vida. ¡Y con su pan tana la mano! Rinden sus tareas en los diversos departamentos de la compañía, y cuando terminan sus jornadas, vienen a sus casas, besan a sus jóvenes esposas, acarician a sus niños, toman el baño, y luego, ponen la radio a tocar y leen un periódico, un libro... ¡Eso es vivir feliz y humildemente!

Y seguiría soñando si no me atormentara tanto el estómago, pero... ¡Demonios! ¿Esto es lo que se llama hambre? Pues no tengo gusto en conocerla, señora. Mejor quisiera aquella maravillosa lámpara...

Pero ya vuelvo a soñar y esto no es conveniente.

Ahora recuerdo que me queda un amigo. Se trata de un buen hombre que fue peón de mi casa. Se llama Julio. Yo le defendí muchas veces, le traté mejor que los demás y hasta le regalé alguna moneda. Ahora tiene un ventorrillo; voy a ocuparle, pues por poca cosa que tenga un ventorrillo, allí se pueden hallar guineos, mangos y naranjas.

Cuatro zancadas y ya veo la casa. Me acerco fingiendo que paseo, tal como corresponde a una persona de mi condición. Llego a la puerta y me detengo.

—¡Oh, vale Julio! —exclamo en tono amable.

—¿Qué tal, don Danielito? —me responde sonriendo—. ¡Dichoso lo s' ojo que lo ven!

Y al instante agrega solícito:

—Epere que le limpie esa caja, caramba. Nosotros semo probe, pero uté siempre aquí está bien llegao.

Ha dicho esto con tanta alegría, tan sencillamente, que me ha conmovido. ¡Si supiera este buen hombre que no he venido por él, sino por sus guineos!

—No se apure, vale. Yo no soy pretensioso.

Eso le digo, y luego, como quien acaba de comerse una gallina, pregunto:

—¿Y esos guineos?

Y él responde:

—Son como azúcar.

Y comienza a desprenderlos del racimo.

—Vaya probándolo, -insinúa.

Me lanzo sobre ellos con tal avidez que me olvido de encubrir las apariencias y trago desesperadamente, como un loco.

—Dulces, vale Julio, dulces... —murmuro engullendo.

A poco estoy lleno hasta la nuez.

Ahora es lo serio. Tengo que simular. ¿Qué hacer? Me he creado una molesta situación. Pero logro dominar mis nervios y permanezco durante media hora comentando la sequía o cualquier tontería con el vale. Hasta que por fin llega el momen-

to más oportuno para partir. Entonces me pongo de pies, me llevo una mano al bolsillo y exclamo:

—¡Ah! —y lo digo con aire de tonto—. Vale Julio, olvidé la cartera... ¡Qué cosa!

—No se apure. No se apure —corta mi noble amigo—. Me lo paga luego. Eso no vale nada.

Y el buen hombre sonríe, sonríe.

—¡Diablos! ¿Por qué sonreirá así? ¿Sabrá él...?

No es tan del todo imposible. Las cosas se comentan mucho en un pueblo. No puedo soportar esta idea y me marcho cuanto antes, verdaderamente avergonzado.

*

* *

La noche se me ha echado encima sin ninguna ceremonia. Hay en las calles una profusión de vehículos, gentes y polvo, que me hace daño. Creo que en el único sitio donde se puede estar más cómodo es en el parque principal del pueblo y camino hacia allá.

Las aceras desunidas, están salpicadas de vecinos que en chanclos y en mangas de camisa, leen los periódicos o comentan los chismes del día despreocupadamente, a la criolla usanza, mientras toman el fresco. Los muchachos juegan a la luz de las bombillas del alumbrado público.

A poco la arboleda del parque se destaca a mi vista. Entre las ramas juguetean los rayos de la luz eléctrica. En los paseos se ven señoritas vestidas lo más elegantemente que les ha sido posible, luciendo sus encantos a los hombres del pueblo. En algún banco, una parejita integrada por los indefectibles "él" y "ella", se enamoran como pichones. Él, casi abrazándola, le murmura cosas al oído. Ella, le oye como en un éxtasis y de rato en rato despierta riendo histéricamente. En otro banco, un grupo de contratistas, colonos y otros individuos que viven del central, hablan de política internacional o criolla, de toneladas de caña, precios del azúcar, del poder de sus equipos de trabajo, integrados por bueyes, carretas y hombres. Por allá, unos

muchachos vociferan y corren detrás de un loco mendigo. Suena monótonamente el timbre del cine que está frente al parque. Las muchachas vestidas de seda, siguen su paseo con aspecto de pavos reales. Algunos mocitos tímidos, siguen tras ellas a una distancia que les deje entrever sus intenciones, sin ocasionar protestas hipócritas. Las hembras se solazan y sus carnes jóvenes y mórbidas tiemblan oprimidas por los ceñidos trajes.

Yo, desde un banco los contemplo a todos, felices, despreocupados, seguros de que esta noche hallarán una buena cama donde dormir. Los veo. Ellos desfilan indiferentes ante mí, como si yo no existiera.

De momento aparece una figura que me es conocida y que cruza el parque a largos pasos. No me equivoco, se trata de mi padre, el señor Lope Comprés. Ya casi lo había olvidado, pero al verlo pasar como un extraño cerca de mí, me siento sublevado y apenas puedo contener el deseo de gritarle: -“¿Qué has hecho? ¿Por qué me dejas así? ¡Debiste darme para el camino! Yo no estuviera en la tierra si no fuera por ti; y ahora me dejas solo, ¡solo!, sin profesión, sin oficio, ¡sin nada!” Pero reprimo ese deseo y a pesar de mi amargura no digo nada. El profundo conocimiento que sobre mi padre tengo, me ha cerrado la boca. ¿Qué ganaría con hablarle? Nada. El viejo tiene sus ideas; no entiende esas cosas. El hecho alarmante de haberle gastado algún dinero en ciertas ocasiones y el no menor de haberle reclamado mis derechos de hombre y de hijo delante de mi madrastra en momentos en que ella pretendía humillarme, le han vuelto contra mí; o eso ha servido de pretexto para que descubriese su deseo de echarme, porque adivino que en el fondo ya hacía tiempo que tenía su resolución hecha. Se mostraba desconfiado. Me consideraba un sujeto peligroso para sus intereses, y como es un hombre endurecido, jamás se ha explicado cómo a mi edad no vivo por mi cuenta.

Ahora recuerdo una historia —la suya— que me ha contado más de cien veces. —————

Mi abuelo —su padre— no fue con él todo lo bueno que se debe ser con un hijo. Era hombre muy rudo, de campo, y desde pequeñín dedicó al hijo a faenas durísimas. Mi padre creció casi a la intemperie, perdido durante largos períodos en los

montes, en cortes de madera, en conucos solitarios, abiertos en el corazón de montes inmensos. Los cortos días que pasaba bajo techo, era sufriendo el desagradable trato de una madrastra irascible. Y así, explotado, desconocido como ser humano, llegó a hombrecito. Fue entonces cuando el viejo le dijo:

—Amigo, ya lo he criado. Vaya ahora por ahí a ver cómo vive.

Eso ocurrió en un campo. El muchacho se fue cabizbajo, mochila al hombro, rencoroso, con ganas de incendiar la tierra. Luchó rudamente. Como tenía personalidad, se hizo dueño de una sección rural. Allí fue un verdadero cacique. No había moza que no se le entregara, porque además de buena presencia, buenos caballos y dinero, poseía esos arranques de macho ante los cuales se desmayan las hembras sin condición alguna.

Los hijos abundaron, pero ninguno vivió con él. Eran el producto de cualquier cópula salvaje bajo la lujuria de los montes.

Uno de esos hijos soy yo. Y ahora, al compararme con mis otros hermanos, y al recordar cómo mi padre fue criado y en qué forma vivió, comprendo que mucho ha hecho con darme comida hasta hoy.

Mi indignación se ha apagado ante la evidente razón.

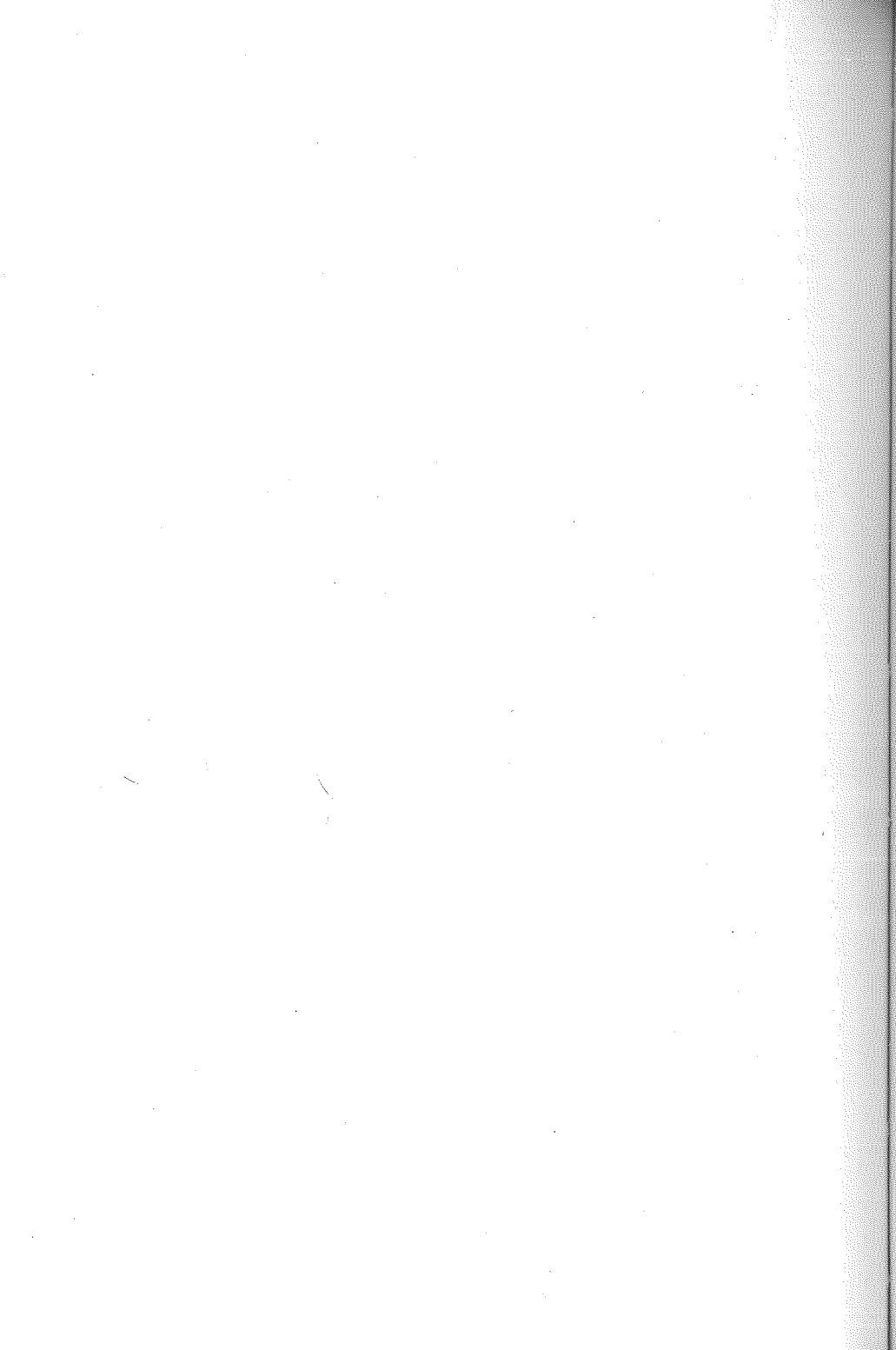
*

* *

De un vagón de los que emplea el central para el transporte de caña, he hecho mi dormitorio. Mi americana tendida en el piso, yo sobre ella, y sobre mí, el cielo estrellado.

Las horas van lentamente. El sueño se me ha fugado. Cerca, las grandes factorías muestran mil ojos sin luz, mientras las ranas croan, croan, croan...

De rato en rato, un sereno lanza al espacio el grito de su silbato. Ladra un perro. Canta un gallo. Silencio.



II

Las ocho de la mañana. Me hallo en la puerta principal de la gran bodega del central azucarero, esperando la llegada del *manager*.

Procuro, mientras tanto, recordar algo sobre este hombre a quien he visto muy pocas veces, a fin de dirigirme a él en una forma adecuada. Pero las cosas que he oído decir acerca de este magnate no son muy halagadoras. Se llama Mr. Robinson, tiene unos cincuenta años que no aparenta. Es más obeso que un tonel y según dicen, tiene un humor de todos los diablos. Cuyas son historias como ésta: cuentan que hasta el asistente o segundo *manager* —un *mister* latinoamericano—, llegóse un mozo en busca de trabajo. Según me contaron, el muchacho tuvo la fortuna de obtener del segundo una plaza en la tienda central. No se había percatado de ello Mr. Robinson, debido a su costumbre de no mirar ni saludar a quien no pertenezca a su raza —costumbre que practica hasta el extremo de que empleados dos que llevan diez años en su oficina, a su lado, no le han oído decir “buenos días”—, hasta que hallándose una mañana en la puerta de su despacho, asomado a la tienda, mirando a la gente que llegaba y salía, vio entrar al joven taconeando con unos zapatos muy a la última moda. Miróle de pies a cabeza. Halló que tenía un talle muy largo, la cara llena de barros, la camisa

deportiva y muy limpia... y al instante llamó a *mister* Lilo —que así se llama el asistente—. Cuando lo tuvo frente a su escritorio —ya había movido su humanidad hasta allí—, le preguntó fingiendo extrañeza:

—Lilo, ¿este hombri largo del camisa de *jersey*, trabajando aquí?

—Sí, Mr. Robinson, —respondió el subalterno.

—¡Oooh! —exclamó el norteamericano como sintiendo náuseas—. Sacando ese hombri muy pronto de aquí, ¡muy pronto! Mi no queriendo verlo más, ¿comprendi?

¿Y qué hacer? Al instante el muchacho fue despedido.

Me dijeron luego que era un excelente empleado y una buena persona, pero bastó con que el *manager* no estuviera de acuerdo con que la naturaleza le hubiese dotado de un talle poco común, y que por añadidura llevase camisa deportiva y zapatos con tacones de suela.

Y también cuentan de él lo siguiente:

Cierta vez, uno de los encargados de tiendas de campo, individuo que contaba más de dos años rindiendo buena labor, tuvo la mala fortuna de dirigirse al *manager* en solicitud de un permiso, según su carta, para ocuparse de su salud, no muy buena en esos días.

Leyó Mr. Robinson la carta, y al pie de ésta, el nombre del encargado de tienda. Quedóse con la vista entornada como quien registra el pasado, mientras tamborileaba con los dedos sobre el cristal de su gran escritorio. A poco se le oyó exclamar:

—¡Oh, carramba! ¡Mi crée que ricuelda!

Y llamó al asistente.

Presentóse éste. El jefe le preguntó sin preámbulos:

—Este que firmando aquí, ¿no trabajando en el planta eléctrica del pueblo alguna vez?

El asistente se rascó detrás de la oreja, forzando el cofre de su memoria para hurgar allí lo que debía responder a su jefe; hasta que al fin, con la alegría reflejada en el rostro, como si hubiera hallado un caudal, contestó:

—Sí, Mr. Robinson; cuando él era pequeño sirvió allí de mensajero.

—¡Ah, ah! —exclamó el ventrudo rubio—. ¡Botando ese hombri seguido! ¡Ese hombri una vez haciendo para mí una cosa muy mala! ¡Muy mala!

“El cosa muy mala” que el empleado “haciendo para él” cuando niño, fue lo siguiente:

Como se ha dicho, el chicuelo era mensajero de la planta eléctrica del pueblo. Mandado que fue a llevarle una nota al referido personaje con instrucciones de que esperase respuesta, el rapaz, que era bastante impaciente, se dirigió al señor del gran escritorio:

—Oiga, *mister*. Yo espero contestación y hace media hora que estoy aquí.

Se volvió el blanco y en tono despectivo exclamó:

—¡Oh, machacho! ¡Mi no hablando con gentes de tu tamaño!

Fue aquello como acercar fuego a la pólvora. Sintióse herido en su amor propio el pequeño, y acto seguido le espetó la siguiente andanada de palabras de su repertorio:

—¡Blanco del diablo! ¡Barriga 'e pandero! Lo que usted busca e' que le saque a pedrá los quintales de boñiga que tiene en esa panza!

El yanqui gritaba alarmado:

—¡Oh, diablo, diablo! ¡Sacandomi de aquí este diablo!

Y el chicuelo, que sabía cómo se cumplían las órdenes de Mr. Robinson, puso pies en polvorosa diciendo horrores de la progenitora del americano y de otros miembros de su familia a quienes parecía conocer de viejo.

Este desagradable recuerdo motivó que diez o doce años más tarde un hombre perdiera su empleo.

Y como ésta, y aún peores, del señor *manager* se cuentan muchas historias.

*

* *

Veo una especie de fardo blanco que asoma su volumen por aquella avenida. Mucho se parece a una persona, y siendo una persona, no se puede dudar de su identidad. Solo mi hombre tiene una fachada semejante.

No me he equivocado. Es el señor *manager* que hoy ha querido hacer ejercicio de y permitió que el chofer trajera el automóvil sin su carga. Supongo que el vehículo debe estar de pláce-

mes, y si lo viera, con todo y ser una máquina y aunque la gente pusiera en tela de juicio el equilibrio de mis facultades mentales, lo felicitaría sinceramente, porque ni a los hierros les debe ser grato echarse encima un volumen como el de este señor.

Acaba de entrar. Me doy algunos paseítos mirando los escaparates de la gran tienda en lo que el sujeto se despoja de su americana y toma posesión de su asiento. Han pasado unos diez minutos y creo que es tiempo sobrado para haber realizado esa operación. Me encamino a la puerta de la oficina. Ya estoy frente al enorme señor. No ha levantado la vista, a pesar de que sabe que alguien está frente a él; pero no hay que desanimarse, es su costumbre.

Carraspeo un poco, y como no se da por enterado, le hablo:

—Mr. Robinson... Yo deseo que usted me permita algunas palabras.

Me mira. ¡Qué ojos tan azules y desconfiados! Parece que no es posible entablar relaciones cordiales con su dueño. Se diría que teme ensuciarlos mirando a personas que no sean como él.

—Hablando pronto —exige en tono poco amable.

Sé que no debo perder tiempo y digo:

—Deseo trabajar en este departamento. Tengo experiencia en el oficio, porque en mi vida no he hecho otra cosa.

Nunca había vendido una libra de arroz, pero lo dije con gran serenidad.

—¿Dónde trabajando usted anteriormente?

—En muchas partes. Yo...

—¡Mi pregunta que dónde trabajando usted la última vez!

—¡Ah! ¡Ya entiendo...! ¡En Barahona!

—¿Cuánto tiempo?

—Cinco años.

—¿Por qué saliendo usted?

—Eee... yo renuncié porque tenía aquí... un pariente enfermo. Usted comprenderá...

—¡Basta! —me corta áspero.

No tengo tiempo de pensar. He dicho una porción de mentiras que no había preparado. Estoy en el aire. El americano oprime un botón y se presenta *mister* Lilo.

—Areglando ese hombre para mandarlo al campo —ordena el jefe.

El segundo se inclina ante él y con la mirada me indica que le siga los pasos.

Nos trasladamos a otro departamento. Casi no puedo explicarme lo ocurrido. ¡Cuesta tanto trabajo obtener un empleo de éstos! Y sin embargo a mí, en la forma más precipitada y extraña, sin que yo mismo me enterase de que se me había aceptado, al fin de un diálogo hartamente accidentado, a pesar de lo breve, acaban de recibirme como bodeguero del central.

Tiemblo de alegría. Y no es para menos después de sólo haber comido guineos el día anterior y haber pasado la noche a la intemperie.

Pellízcome muslos y manos para convencerme de que no sufro una pesadilla echado en el duro vagón. Pero no hay duda. Estoy despierto.

Me indican que ocupe un escritorio. Un taquígrafo me ofrece un formulario en el cual se pregunta desde el nombre del solicitante de empleo hasta cuáles son sus ideas filosóficas, pasando, desde luego, por aquello de si toma drogas, bebidas alcohólicas, si es terrateniente, cuál es su temperamento, y si no me equivoco, también si el mortal que tenga la obligación de contestar todo eso, alguna vez en la calle ha tropezado con un comunista.

Lleno el formulario en el acto. Luego el taquígrafo me pregunta en voz baja:

—¿Sabe usted que va a ganar ocho pesos semanales en una bodeguita de campo?

No lo sabía, pero respondí que sí.

—Entonces, firme aquí.

Me extiende una hoja impresa en inglés. Por algunas palabras que mal entiendo de ese idioma, me entero de que se trata de fianzarme, nada menos. Una compañía de seguros de allende el mar, se hace responsable de mí, sin yo conocerla... ¡y sin conocerme, es natural!

—Espere un momento —dice nuevamente el asistente.

a poco viene un alemán colorado como un tomate maduro a quien he oído llamar *mister* Baumer. No sé por qué su cara me recuerda la de un sátiro. Me examina de una mirada y me lanza a quemarropa:

—¿Usted es el hombge?

—Sí, señor.

—Espera en aquel auto. Yo va enseguida.

Se le nota que hace esfuerzos por evitar la g. Obedezco -no hago otra cosa desde que entré aquí-, y ya instalado en el vehículo veo venir al teutón seguido de otro empleado. Traen un maletín, una balanza y una cuerda para colgar dicho instrumento. Ocupan el asiento delantero. El alemán toma el volante. Resopla el motor mientras el automóvil realiza maniobras. Luego, se tiende calle arriba, hacia el pueblo, tragando brisa.

*

* *

La ciudad se ha quedado detrás, llena de indiferencia. Cuando se vuelve la mirada, se ven las inmensas chimeneas elevándose al cielo, como robando nubes. Frente a nosotros se arrastra la carretera gris, flexible y larga. A nuestro lado se fugan paños de montes, potreros, bateyes diminutos que escapan miedosos, cañaverales, bueyes.

Solo, en el asiento trasero, tirado como un fardo, observo la nuca poderosa como de toro, del alemán que conduce la máquina. Ni una palabra, ni una mirada me ha dirigido. Comprendo al instante que se me lleva allí como se lleva una cosa.

Algo raro me sucede. No creí que una alegría como la que experimenté al salir del despacho del *manager*, comenzaría a desvanecerse tan pronto. Esta completa indiferencia hacia mí, el silencio temeroso de los empleados de aquella oficina, gentes que se mueven como sombras; los dependientes hablando en voz baja y como temiendo constantemente una llamada del jefe, a quien tienen que obedecer sin errores y sin demora; todo eso me ha causado una desagradable impresión; me ha dejado en una especie de vacío, con un presentimiento que no llego a definir.

En cambio, ¡con cuánta desenvoltura hacía sonar sus grandes botas el alemán! ¡Qué dueño de sí mismo el asistente o segundo *manager*! Y el gran norteño, en su espacioso escritorio, echado hacia atrás en aquel cómodo sillón, luciendo su gran boca de batracio y su vientre enorme, como un rey en su trono.

Nunca olvidaré a esos hombres que hablan fuerte y pisan como militares. Ni tampoco se me borrará la visión de aquellos empleadillos —encanecidos algunos, a pesar de ser jóvenes— adosados a sus escritorios como una maquinilla u otro instrumento del servicio.

*
* *

El hambre y el ronquido monótono de la máquina me van adormeciendo, y lo que conozco de la gran compañía, pasa por mi mente como una cinta cinematográfica...

Veo al administrador en una especie de alcázar que le sirve de residencia, rosado, saludable, rodeado de unos veinticinco sirvientes, mirando abstraídamente el mar. Quizás piense que no puede conducir a la vez sus cinco automóviles y que su sueldo mensual necesita cuatro cifras para escribirse en dólares. Luego, como una procesión, van desfilando los subalternos: el subadministrador —hombre activísimo, cuya rigidez sólo puede ser comparada con la del hierro—. También su sueldo necesita de las cuatro cifras. Siguen los jefes de departamentos, que son algo así como los secretarios de estado de esta república que es el central. Se denominan superintendentes, y los hay de tráfico (encargado de los trenes), de construcción, de cultivo, de crianza. Existe el auditor, que maneja las finanzas y todas las oficinas, y finalmente, el enorme *manager* de lo que ellos llaman *Stores Department*. Sus sueldos oscilan entre los ochocientos y seiscientos dólares al mes, además de mil comodidades y servicios que se añaden a estos cargos que son verdaderas canongías.

Van detrás los demás empleados de trescientos, doscientos, cien dólares mensuales. Todos —con rarísimas excepciones— extranjeros que ocupan las mejores residencias destinadas a empleados en las avenidas del batey central. Y finalmente, los empleadillos del género de aquéllos que parecen formar parte del escritorio, a quienes sospeché tan felices en sus casitas verdes, con sus mujeres cariñosas y sus hijitos pequeños.

La máquina ronca, ronca. El alemán parece de plomo. Su compañero contempla el paisaje que se fuga veloz.

De momento un impacto me sacude el adormecimiento. Ruge el motor. Es una recua de burros cargados de víveres y carbón, que va hacia el pueblo. Sus guiadores, hombres y mujeres ennegrecidos, rotos y macilentos, miran con horror nuestra máquina, desesperados porque sus animales se han dispersado. El blanco, al moderar la marcha, ha lanzado una palabrota en inglés o en alemán, que a juzgar por el tono debe significar algo atroz. El empleado sigue mudo.

Pasamos sin cuidarnos de los campesinos ni de sus animales. La máquina reanuda su marcha. Vuelvo a dormir.

Un kilómetro más allá, el automóvil disminuye nuevamente velocidad. Cambia de dirección. Ahora los saltos no me permiten reposo. Saco la cabeza y veo que hemos abandonado la carretera y vamos por un carril que semeja una cicatriz en el vientre del gran cañaveral.

Los naitianos con quienes tropezamos se lanzan asustados entre la caña. El vehículo continúa dando tumbos. El alemán parece un dios que domina el motor.

A poco aparece un batey a la vista. Casitas en hileras paralelas, todas blancas, menos una, que fuera de orden, aparece negra como el carbón, despidiendo humo por una chimenea que le sale del techo. Es la bomba. Detrás se levantan tres barracones con los ojos abiertos. Más allá, la bodega, pequeña, aplastada, se encoge en un rincón.

III

Llevo dos meses en un batey sin nombre, porque los fundadores de este central, en su afán de abreviar tiempo y despersonalizar tanto a las gentes, a los sitios como a las cosas, lo han numerado todo. Y es cierto que he matado mi hambre, pero no sé qué hacer con este hastío que me engulle día y noche.

El batey es pequeño. Sólo tiene unas treinta casas, y en él no vive persona alguna con quien pueda hablar de las cosas que pienso. Porque allí está el viejo Dionisio, el mayordomo del contratista, pero de ese negro sí que podría decirse que se ha tragado la lengua. Cuando no va en su mula baya mirando las cosas como si no las viese, dormita en el balcón de su casita blanca despidiendo el tufo del ron que se ha bebido durante el día.

El único que habla por cinco y hasta por diez, es Cleto, el policía del Central, un cibaño colorado como un camarón y borrachín hasta más no poder. ¡Demonio de hombre este! Al principio no me gustaba, pero luego, observándolo bien, oyendo su inagotable torrente de dichos e historias, se me ha revelado su verdadera personalidad y ya le encuentro muy simpático.

Desde el amanecer monta en su mulo blanco, y como su casa está contigua a la bodega, al instante le tengo apoyado en la ventana, pidiéndome "su mañana", la cual consiste en medio

vaso de ron. Y si ese día tiene que prestar algún servicio urgente, dice pocas cosas, toma otro trago "pa no quedarse cojo", y se marcha. Pero si puede perder un poco de tiempo, ¡ya voy a oír historias de sus amores y de sus combates!

Por allí se acerca. Creí que se hallaba en el batey vecino, haciendo la rueda a una querida que tiene allá, y por la cual la buena de Nica -la mujer de "entre-casa" que tiene aquí, callada y taciturna como una figura de la desesperanza-, vive ahogada en celos.

Y no me causa extrañeza que haya dirigido el mulo hacia acá, ya que no puede pasar cerca de la bodega sin darse su "palo".

Después de atar las bridas del mulo en una de las delgadas columnas de madera de una especie de balcón que tiene la bodega para que los compradores medianamente escapen a las inclemencias del tiempo, se ha parado delante del mostrador, y como desde allí no se me ve, porque estoy en el depósito, suena su voz inconfundible:

—¡Bodeguero, bodeguero! Saiga d'eso rincone y venga a poneime una toma. Uté ta viviendo mejoi que l'aminitradoi dei centrai.

Sonríoy voy a servirle, y no bien lo he hecho, cuando ya tiene el vaso en la diestra y levantándolo a la altura de sus ojos haciendo como que mira a través del cristal y del ron el paisaje que ofrecen los cañaverales, dice:

—¡Ay, bodeguero! ¡Asina e' como ma bonita se ven la cosa! Y bebe de un trago el espirituoso ron.

Hace un gesto de desagrado, escupe y comenta:

—Me va a cotai cambiai esa maica, poi que ya tan deñándola... Aicánceme un chin de agua.

Le dejo escupiendo y voy por lo que me ha pedido. Cuando estoy de regreso, antes de tomar el agua, inclina el cuerpo sobre el mostrador, y mirando hacia su casa me pregunta en tono confidencial:

—¿Uté no le ha oído na a Nica?

—¿A Nica? ¡Pero qué le voy a oír, si ella no habla!

—¿Que no habla vale? —dice sorprendido, echándose hacia atrás—. Yo soy a l'único que le conoco la puiga. Uté la ve asina dique callaíta, con su cara de angelito, ¡pero tiene la música poi dentro!

—Sin embargo, siempre la he tenido por una mujer inofensiva.

—¡Ay, vale! Asina taría uté en su mano. Eso lo dice uté poique e mozo y no ha lidiao mujere. Eso son lo pájaro ma mal enjendrao que uté pue jallai. ¡Mire que eta mía...! Lo único, que se ha trompezao conmigo, que no se me pue roncai ni andaime con periquito; que si ella se hubiera dao co n'un pendejito ya se le hubiera montao ma j'arriba e la cabeza. Pero conmigo...

Claramente, con un gesto, sugiere el resto de su frase. Luego bebe un poco de ron, carraspea, escupe de nuevo y mira otra vez los cañaverales con gesto de ensoñación.

—Bodeguero —dice entrecerrando los ojos—. Yo le aseguro que ya lo s'ombre no son un pie sucio de lo que eran en mi tiempo. Yo me veo dique atenío a do mujeicita y ni an me conoco... ¡Jai caramba!... ¡Mire! Le voy a contai una hitoria de lo tiempo en que yo vine a eta finca poi primera ve...

Vuelve al ron, toma agua y se dispone a cumplir su promesa. Sin más preámbulo comienza a hablar:

—Andaba juyendo, poique le había paitío ei pecuezo a un degraciao, cuando llegué poi primera ve a l'ete. Era e n'eso tiempo que se taban abriendo la tumba, y ei dinero corría poi lo carrile ni e l'agua en cañá cuando llueve duro. Dede que me metí aquí me sentí ni an pueico flaco en batatai bien parío, poique ganaba dinero en baibaridá y ei día y la noche eran coito para corretiá, andai en'un caballo que ei sólo valía un dinerai, mujería y tirá ei dao. Yo taba encaigao de abrí una baibaridá e tumba, y tuve la sueite de trompezame con ei maidito hombre ma pechú pa cogese lo ajeno que he vito en la tierra. Era un condenaio mayoidomo de lo lao dei Súu, que me repoitaba cantida j'e pago, cuando yo diba a la oficina a cobrai, ¡no había chivo e Neiba que saítara la jangá e papeleta!

“Jacía ei cobro, y dende que voitiaba la cara... ¡ahí ta ei maidito hombre ni an perro velón aonde matan un pueico! Y desde que yo hacía asina y picaba pa dime... ¡ahí diba ei condenaio atrá de mí como ei que va siguiendo gallina! Desimulaba jata salí dei batei, pero dende que no lo veían clavaba ei mulo y a poquito me daba aicance, poique yo lo eperaba en cuaiquí carrí.

“No j'añangotábamo en medio de una pieza e caña, y seguido se prencipiaba ei repaito. “Aquí tan lo de lo peone”, “aquí tan la chiripa”, y dipué, ¡toa esa loma que sobraba la paitíamo entre lo do!... Vale, ¡qué jangá e papeleta!”

Después de esta exclamación se detiene. Permanece un momento estático, como si contemplara el dinero que cobró aquella vez. Se muerde el labio inferior. Luego, corriendo su mirada sobre el aparador, dice:

—Aicánceme otro palito, que ese maldito romo me ha dao garrapela. Voy a dejai de bebei romo e coloi. ¡Deme de aquei blanco!

Se lo sirvo y bebe con rapidez. Toma otro poco de agua y continúa:

—Vale, y la cosa hubiera seguío asina, poi que yo no pensaba dejai esa vida; pero e n'eso se le ocurrió ai condenao mayoidomo traé una mujeicita que tenía e n'ei Súu, y con n'ella a do heimana d'ei que todavía no se habían empliao y taban señori-ta.

“Quiso ei pecusio que de la tré la que ma me gutara fuera la mujeicita. Dende que la vide me dentró un revoitillo vale, que me tenía lo seso ai galope -poi que mi mayoi degracia siempre han sío la mujere-, y le juro que me se oividó que ei bendito hombre y yo éramo medio amigo y jata medio socio.

“Poi má que quise conteneime, ¡qué va!, cuando vine a vei ya le había maichao a la mujei -que se ñamaba Engracia-, y de ahí p'alante ya no fue posible aguantaise. To era brega de aquí, y brega de allí, y ella na má diciendo que si yo no veía que ella tenía su marío; que me enamorara de una e la muchacha; y qué se yo, y qué sé cuándo... jata que ei día meno pensao, ¡vale!, me dio ei suto e diceme a boquejarro que sí, que ella me quería dende ei día que me vio...

“¡J'a maldita; ¡Aquello taba bueno, bodeguero! Yo no he trompezao con mujei como aquella, y mire que yo he comió laigo. Me di una emburujá, vale, que ya yo no paraba en la tumba, sino en la casa ei mayoidomo. Y ei condenao hombre que me topaba a toa s'ora allá, di una ve prencipió a supechai, a poneiseme repelú, delicao, y con n'una ñoñería que ya me tenía ai canto de rompele ei bautimo. ¡Yo juré que se lo hubía rompío, poi que laj gana j'e reguiliámelo me tenían loco! Pero e n'eso la condená mujeicita, que se manijaba aguantándome, me se apareció con una salía que me dejó con la boca abieita...”

Unos haitianos que venían a comprar al ver a Cleto hablando frente al mostrador, prudentemente han seguido de largo. El policía, haciendo un gesto de desagrado, exclama:

—¡Jesú! ¡qué pete tiene esa gente!

Y como los peones llevaran el paso corto, les ha gritado:

—¡Acaben de pasai, jediando j'ei diablo!

Los negros obedecen temerosos, con una sonrisa servil que solicita disculpa. Cleto escupe, toma un nuevo trago y continúa:

—Mire bodeguero, cuando a la mujei se le mete en la cabeza jacei una cosa, quítese de abusione poique la j'ace. Uté laj ve asina que una co n'otra se tiran ai pecuezo, pero en tratándose de jacei una sinveigüencería en sociedad, se tapan como heimanita.

“La condená se compuso con Toña, la má vieja de la do s'eimana dei marío, pa que dijiera que tenía amore conmigo. Y la Toña, que na má andaba pelándome ei diente dende que vino, di una ve dentró e n'e l'asunto. Y asina, como tábano lo tre compueto, la cosa aparentaba sei lo má naturai. Ni Engracia se ponía celosa, poique to lo había compueto ella, ni ei mayoidomo supechaba ya na y se había pueto lo má mansito.

“Pero vale, yo nunca he podío jugai con candela sin quemaimo lo deo. La muchacha tenía una pieina y uno pechito que eso daba guto. Y eso de tá to lo día sentao ai lao d'ella... ¡Mire! Pa no cansaile ei cuento, en meno e quince día ya Toña y yo no j'abíamos dao una emburujá que na má se veía ei plumero”.

Suelta un “¡j'anda pai sipote!”, y ríe recordando su triunfo. Vuelve a echarse un trago de ron y continúa más colorado que nunca:

—Pero ahí no se para e l'asunto, vale. La otra heimanita no era cosa dina e deprecio, y como me había peidío la veigüenza, ya se manijaba to ei día na má que poniéndome nombre y jata usando su jueguito e mano conmigo. ¡Mire vale, ya yo taba ni an muchacho jaitón que lo ponen a comé en demasía! Cuando me pasaba ceica Engracia, manque tuviera ai lao de Toña, le daba su naigá; y dende que daba la epaida, le daba su moidía a Toña pa que no creyera que yo quería má a la otra. Ella me se quería revoitiá, pero pa qué tenía yo eta lengua: “¡Critiana, no ve que hay que mantenei l'apariencia”, le decía, “no vé que na má te quiero a ti”. Y to seguía lo má bien.

“Pero ei tanto sobai y ei tanto embromá la pacencia ya me habían pueto demasiado manituoso, vale, y cuando vine a vei ya taba pellicando a la ma chiquita, y a ca rato retozando

con n'ella, y tomándole ei pelo, y cuando no me oían la s'otra le decía que ella si era buena jembra, que era la má bonita de toa, que qué bonito tenía eso pechito, que qué dichoso ei que se tirara ese bocao... y poraquí, y porallí, y cosa j'asina que a ella le voivían loca e la risa, ¡y ei veneno e la mano, vale! Jata que un día, compai, llegué al bojfo medio taide y medio metío en mi amaigo, y me trompecé con que to se habían dío pai pueblo a comprai lo trate j'e nochebuena que era e n'eso díita, y que la única que taba allí, solininga, era la muchachita..."

Aquí el policia se relame de gusto, y con la boca llena de risa, mirándome a los ojos, pregunta:

—Vale, ¿uté se ha jallao aiguna ve con una caitera con cien papeleta? Bueno; pue si no se la ha jallao, póngase a pensá e n'ei volfío que daría de contento. Pue ¡créalo!, ¡que ese día me puse como si me hubiera encontrao la caja dei centrai abieta e n'una pieza e caña!

“Enseguía me tiré dei caballo, me metí en la casa, y sin mirai p'atrás tan siquiera, tranqué la pueita e la calle... La muchacha, que se taba dando cuenta, se puso coloraíta, y to sele diba en preguntaima que si yo taba loco, que qué diba a jacei, que si me tentaba ei diablo, que no fuera malo... Pero ¡qué va, critiano!, si en la cara se le veía que guto no le faitaba a pesai de la veigüenza; y dende que le laigüé la primera tenacia me se quedó paraíta, temblando, con la cabeza agachá, y de ahí p'alante... bueno, vale... ¡ya uté se pue imaginá!”

Ríe a carcajadas. Yo no puedo menos que acompañarle. Luego sigue:

—¡Anda pai sipote, bodeguero! ¡Eso era andai derecho! Sólo poique ei diablo se enconde en toa paite fue que me se pudo echai a peidé aquella diveisión.

Sigue riendo. Empina el codo otra vez y continúa:

—La cosa se decompuso, vale, poique la maiditaj muchacha prencipiaron a vomitai y to ei mundo se dio cuenta dei decalabro, y ¡j'ave María Purísima! ¡Entonce sí se aimó la de Dio j'e Crito! Ei mayoidomo taba hecho un león y na ma decía que me mataba, que'to, que l'otro, que p'allí, que p'aquí, jata que un día me cogieron lo cuento mai confesao, me cansé de que me hicieran ma cuento, y una noche, a eso de la una, fui a su casa y lo ñamé:

—“¡Dun! ¡Dun!”

—“¿Quie n'e?”

—“¡Yo, Cleto, que vengo a conveysai co n'ute!”

—“¡Ombe, pero eta no so n'ora!”

—“Pa lo que yo quiero eta e la mejoi...”

—“Y en seguía precipiaron la mujere a dai grito y vociaime que poi Dio me dejara d'eso. Y ei maidito a decime que esa la pagaba yo, que ya se diban a acabai la consideracione, que a l'otro día la juticia se encaigaría de mí, y qué sé yo y qué sé cuándo... Jata que me se prendió la sangre y precipié a vociaile que saliera pa fuera pa que supiera lo que era hombre. Y como no salía y hablaba má que una docena e cotorra, me decalenté y pelé po r'ei revoive y le caí a tiro ai zin de la casa.

“Ya a la bulla se había alevantao to ei batei y precipió a correi la gente, y a rogai me de lejito, que me tuviera quieto, que no jiciera eso, que ei no se metería ma conmigo... Y mientras tanto ei muy pendejo no salía.

“Vale, a mi ná me da tanto ecrúpulo como abusai de un hombre flojo, y le dije a to ei mundo que se acotaran y que yo me diba. Y asina fue. Ya me se había quitaio la rabia poique en consencia sabía que yo era quien había peijudicao ai probe hombre, y me sentía jata medio aveigonzaio. Asina a l'otro día no jicieron dique amigo, y quedamo en que yo mudara una de la muchacha y que la otra se quedara en la casa. Lo hicimo asina, y pa no cansaile el cuento le diré que la ma chiquita se murió de paito y la otra se fue co n'ei muchachito pa ei Súu, poique la familia la mandó a bucai dende que supo ei decalabro, ¡y como ya yo no tenía apuro!...”

Ha dicho esto encogiéndose de hombros, sirve otro trago y rápidamente se lo bebe.

—“J'ave María! —exclama—. ¡Qué malo tan fabricando ete romo! Mire vale, pa romo bueno ei Cibao.

Escupe arrugando la cara, se enjuaga la boca y luego se queda mirando los cañaverales con vaguedad. Está casi borracho. Como parece que no va a proseguir, le interrogo:

—¿Y el mayordomo y su mujer?

Me responde:

—Eso siguió asina, bodeguero. Yo en mi teje co n'ella y ei jaciéndose ei zonzo, poique me tenía un fuá que se miaba. E n'eso se acabaron la tumba, yo me fui pa ei Cibao y ma nunca voiví a sabé d'ello.

—“Usted era el diablo! —comento.

Desatando las bridas de su mulo infla el pecho y me dice:

—¡Yo era hombre y no tieto!

Ya montado y saliendo del patio me grita:

—¡Jata la vueita, vale!

Y se aleja a galope, camino del otro batey. Nica, en la puerta, lo mira con desesperanza.

¡Qué hombre, este Cleto! Para él no reviste importancia otra cosa que no sea batallas, gallos, mujeres y ron. Suponiendo que cada hombre tenga una idea fija, esa debe ser la de éste. Decididamente no es de mal corazón. En su casa la comida es abundante y su mayor placer consiste en regalársela a quien la necesite. El dinero del sueldo nunca le alcanza, porque debe tanto y da tanto, que necesitaría ganar una suma mucho mayor para vivir sin deudas. Y creo que las contraería aunque ganara un millón, porque de poder hacerlo, seguramente en cada batey tendría un harén. ¡Qué deseo de faldas! Y ¡qué sed de ron!

*

* *

El viejo Dionisio es otra cosa. Toda la vida lo recordaré, tal como le vieron mis ojos el primer día, meciendo su obesa figura en la silla de su mula que siempre camina con las bridas sueltas, la cabeza inclinada, y los ojos perdidos entre las patas. Cuando mi vista lo alcanza, sé que viene por media botella de ron. Hay días en que se toma seis, y como mínimo, tres; pero eso es nada para él. Jamás he visto otro individuo que pueda beber tales cantidades de alcohol sin inmutarse. ¡Es que sus doscientas libras resisten!

No olvidaré nunca su voz de bajo, como ahuecada, pidiéndome el ron cada mañana: “Deme mi cafesito, bodeguero”, o si no: “Danielito, deme mi amanecer”. Y todo ello dicho en un tono tan cordial. ¡Es un buenazo este viejo! ¡Tan callado como vive, pero tan oportuno cuando habla! Este sí que no refiere historias de su vida. Lo más que me ha dicho, estando muy bebido, es una frase: “Bodeguero, yo soy un

hombre callao, pero soy su amigo. Y oiga un consejo: de hombre suelto y de buey suelto no se fie"... Y sonríe como sólo él sabe sonreír.

Puedo decir que le debo mucho, porque de no haberle hallado, desde mi llegada al batey hubiera tenido serios tropiezos. Ignoraba yo por completo las cosas de la finca. Me irritaba fácilmente con cualquier peón y profería amenazas frecuentemente. Cierta día un haitiano a quien le vendí una libra de arroz, me dijo ladrón. Al instante salté fuera de la tienda, machete en mano, dispuesto a ajustarle cuentas.

—¡Vuelve a decirlo! —le gritaba furioso—. ¡Vuelve a decirlo!

El viejo, que estaba por allí, me atajó:

—No haga eso, bodeguero. ¡No haga eso!

Y aunque me veía encolerizado y dispuesto a herir, hablaba con calma, como quien está seguro de que será obedecido.

—¡Pero ese haitiano me ha dicho ladrón, y yo no tolero que nadie me insulte! -fue mi alegato.

Sin dar importancia a mis palabras, como no se les da a las de un niño, el viejo respondió:

—Déjese de pendejé y aprenda a vivir en la finca. ¿Que le dijo ladrón? ¡J'a, carajo! ¿Y cómo se llama usted?

Fue entonces cuando le dije mi nombre por primera vez. Me respondió con despreocupación:

—Bueno, pue olvide su nombre. Aquí pa los dominicano usted se llama ladrón, y pa lo s'aitiano *volé*. Ese es el nombre que nos dan a to lo s'empleado de la compañía. ¡No le haga caso a esa gente!

Ya el haitiano estaba lejos y yo me sentía un poco corrido. Luego he aprendido lo que me explicó en tan pocas palabras viejo Dionisio, y comprendo que nadie me lo hubiera dicho tan sencillamente. Porque me he acostumbrado. Reconozco la inutilidad de encolerizarme con estos infelices, porque ellos hablan sin ningún sentimiento de rencor o de maldad. Viven tan indefensos, han sido tan exprimidos, que ya no tienen energías. Si dicen "ladrón", no es por ofender. Hablan por hablar y a veces sus duras palabras encierran adulación. Se han compenetrado instintivamente —pero demasiado bien— de lo poco que significan ante los que están por encima de ellos aquí. También instintivamente, conocen a perfección su destino, y por experiencia saben el terrible mal que les traería cualquier protesta. De ese convencimiento han hecho una filosofía. Resignadamente ellos dicen:

—En la finca to son ladrón. Roba el bodeguera, roba el pesador, roba la mayordomo, y yo ta creyendo que la má ladrón de toítico son el blanco que juye en su carro.

Y yo pienso: ¿se podría vivir aquí sin robar? Y sé que no es posible, porque una fuerza maquiavélica nos compele a ello. En la finca el robo tiene una clasificación diferente a la ordinaria. No es una vergüenza para nadie, porque se practica como cualquiera otra función natural, y se acepta como una condición aneja al empleo.

Pienso cómo cada uno hace lo suyo. Los pesadores de caña usan pesas cargadas para quitarles al carretero y al picador, desde quinientas a mil libras por carretada, además de doscientas que se descuentan corrientemente para que el peso del chucho salga aproximado con el de la factoría. Esto le proporciona varios cientos de pesos de *over* al dueño del tiro de caña, que con ese dinero se alivia un poco las multas, errores en su contra, y el precio del agua que beben sus bueyes (propios o alquilados a la compañía), agua que a veces es puramente simbólica, ya que se le cobra al colono y al contratista aunque tengan dentro o cerca de sus colonias —es decir, aún en terreno que no pertenece al central—, algún arroyo donde su ganado mitigue la sed.

La compañía prohíbe terminantemente las pesas cargadas, como prohíbe todo lo que a la vista signifique engaño, pero no dice nada cuando aparece el *over* —¡como si fuera cosa bajada del cielo!—, porque sabe que éste irá a sus manos irremisiblemente.

Los mayordomos de la casa —como se les dice a los del central—, también tienen su forma de robar. La oficina del cultivo paga los trabajos sumamente baratos. El desavero² se ha llegado a pagar a menos de un centavo la tarea, y su precio ordinario es un centavo o centavo y medio. El desyerbo del interior de las piezas, en terrenos abandonados, pedregosos, donde no es posible hacer dos tareas en un día, a veces se ha pagado a cinco o seis centavos. ¡Pero esto es un milagro! Que los precios ordinarios son: tres, tres y medio o cuatro centavos la tarea, suba o baje el precio del azúcar. Los trabajadores a veces no quieren hacer los cultivos, no

2. Desyerbo de tres o cuatro pies de ancho que se hace alrededor de las piezas de caña poco antes de comenzar la zafra o cosecha. (N. A.).

porque tengan energías para reclamar derechos o formular protestas, sino porque sus ojos les dicen que en dos días de trabajo no ganarán para comer una vez. Y entonces el mayordomo se ve en la necesidad de obligarles por la fuerza, valiéndose de la policía del central y de su propio machete, o tiene que hacer malabarismos; porque cuando el *mister* da la orden de realizar un trabajo a este o a aquel precio, es necesario hacerlo, puédase o no, para conservar el empleo, pues sabido es que los blancos son infalibles y que no rectifican órdenes. En tales casos, algunos ponen dinero de sus pequeños sueldos; pero otros, que no están dispuestos a ello, o que no pueden hacerlo, se valen de trampas. Proponen los trabajos —por su cuenta y con el riesgo también de ser despedidos si se les descubre la maniobra— a precios más altos que los estipulados por la oficina. Pero como no pueden presentar modificaciones en el reporte o *pay-roll*, para ajustar sus cuentas engañan al ignorante peón, y las cien tareas que ha hecho el trabajador, al ser medidas o calculadas, son convertidas en ochenta; las ochenta en sesenta, etc. Y entonces, ¡cuidarse de ser descubiertos!, porque la “seriedad de la compañía no admite engaños.

En cuanto al bodeguero, la cosa es más complicada y más cruel. Se puede decir que ningún empleado se halla tan impedido al robo y a la desesperación como éste. Al bodeguero todo se le carga minuciosamente, ya sea una onza de pimienta, una cabeza de ajo, media libra de habichuelas o una nuezmoscada. El departamento tiene reglamentos impresos que son verdaderas leyes; fantásticas y drásticas leyes mediante las cuales queda uno condenado, extinguido, pulverizado, sin haber sido juzgado y sin tener opción a apelación de ninguna especie. Con frecuencia Mr. Robinson escribe diciendo: “Debe usted ceñirse estrictamente a tal artículo de nuestro reglamento”, o “De acuerdo con el artículo tal sírvase hacer esto a lo otro”, como si aquel reglamento hubiera salido del Poder Eje-

cutivo en forma de decreto, o hubiera sido elaborado en el Congreso Nacional y convertido en ley.

Las tiendas no tienen balanzas adecuadas para comprobar el peso de los grandes sacos que despacha el almacén. En los reglamentos un "artículo" dice: "Háganse reclamaciones por efectos dañados, recibidos de menos o rotos", pero eso es ganas de decir, porque no se tienen los medios para comprobar faltas, y si se comprueban, la experiencia enseña que se debe pensar mucho antes de hacer reclamaciones, porque eso "daña el récord", y circulan de boca en boca historias de individuos que han sido despedidos inesperadamente, sin recibir explicación, poco después de haber reclamado una botella de ron que llegó rota en una caja, o algunas diez libras de habichuelas.

¡Y si fuera esto solamente! Pero hay que dar *over*. Y sépase que los precios son fijos. El almacén despacha a cinco para que se venda a cinco, de acuerdo con los reglamentos y con la muy clara y visible lista de precios que hay en cada bodega; pero a fines de mes, o mejor dicho, cuando se pasan los inventarios, las cuentas deben aparecer como si se hubiera vendido a seis o a siete. Y si no se trabaja en esa forma, ¡a la calle! Y si la compañía comprueba que el bodeguero vende incompleto, ¡a la calle también! Porque antes de todo ellos necesitan demostrar que son personas muy rectas, honestas y metódicas.

¡Y dicen los curas que el infierno está por ahí!

En una de esas encrucijadas que como a conejillos se les tejen a los desolados empleados, estuve a punto de caer de no hallarme oportunamente con el viejo Dionisio.

Se hallaba el mayordomo en la galería de la bodega consumiendo el ron de una botella que tenía sobre el mostrador, cuando me vio entregarle a un peón varios paquetes que acababa de comprar.

—¿Y así e como uté vende siempre, o lo hace porque yo toy aquí? —me preguntó.

Aquello me sorprendió. Le miré fijamente, algo disgustado por aquella confianza que se permitía sin más ni más, y le interrogué a mi vez:

—¿Qué quiere decirme usted con eso?

—Que esos paquetes tan muy completo.

El viejo lo decía serenamente, pero yo me hallaba sorprendido.

—¿Y cómo se ha de vender? —pregunté—. La compañía así lo exige, y además, yo no robo.

El negrazo se sirvió medio vaso de ron; con su calma habitual se lo llevó a la boca y tragó. Con un pañuelo se limpió el espeso bigote en cuyos pelos brillaban gotas del licor, y con esa sonrisa suya, me dijo:

—¡Ay, bodeguero, no sea usted pendejo! ¿Y adónde irá su alma si usted sigue vendiendo completo? Mire...

Cortó la frase como si quisiera examinar el terreno donde iba a dar el paso decisivo, como hombre que juega la vida en ello, y me miró intensamente, entrecerrando sus ojos que siempre parecen trozos de carne sangrante. Yo sostuve su mirada. Al fin sonrió y continuó:

—Yo he visto fracasar a mucho jovencito como usted. En estas bodegas to los días hay uno nuevo, porque aquí no e suficiente saber de números para sacar buenas cuentas. Pa bregar con estos blanco hay que tener navaja, bodeguero, ¡muy buenas navaja! Ellos no s'aprietan, pero e pa que nosotros apretemos pa'lante. Aquí no se pué tener pena ni consideración. ¡Préndale la manta a to el mundo, que si no se lo llevará Júa!

Y tragó un poco de ron. Luego, bajando la voz aún más, me recomendó:

—Si usted ta vendiendo completo dende el principio, pase un balance eta noche; pero tenga mucho cuidao, porque en lo bateye hay mucho asusone y lambeajo, y si el blanco lo sabe, lo botan.

La sorpresa no me dejaba hablar. El viejo, envolviendo la botella pára marcharse, me dijo lo último:

—¡Dio quiera que ya uté no ande cojo! Déjese de cuento e camino. Eso blanco son como gato barsino. Ello le dicen que venda completo pa que usted crea que le depachan completo, pero ¡qué va! aquí completo na má tá usted.

Y los hechos confirmaron sus palabras. Tan pronto como llegó la noche, cerré la tienda, cené poco, y comencé a tomar un inventario cuidándome de no hacer ruido. Los

sacos que estaban abiertos y cuyo peso no podía precisar a simple vista, los fui vaciando en palanganas y en otros envases pequeños cuya capacidad no excediera de treinta libras —es lo más que soportan algunas balanzas de las que hay en las tiendas para vender al detalle—, y después de sudar como un potro y de haber pegado cien veces el oído y el ojo a las paredes para enterarme de si me acechaban, pude anotar cuanto había en existencia.

Mi asombro fue grande cuando comparé las partidas y comprobé que había una diferencia de casi siete dólares en mi contra.

Esa noche y los días siguientes para mí fueron infernales. No tenía un centavo ni a quien pedírselo prestado, y pensaba que si me pasaban inventario, sería arrojado por ladrón. ¡Y todo por no querer robar!

Las historias que me hacían me desesperaban. En esta misma tienda fue despedido deshonrosamente un bodeguero porque tuvo un déficit de cincuenta centavos. El procedimiento no pudo ser más brutal: cerraron la tienda y lo dejaron en el batey sin más explicaciones.

Fue entonces cuando concedí toda la razón a los peones que en cada empleado de la compañía ven a un pillo. Desde el día siguiente inicié mi aprendizaje de empleado eficiente, desollando a mis pobres clientes, para no deshonrarme y terminar fracasado.

¡Gran trabajo me ha costado dominar mis nervios y acallar mi conciencia! Es duro robarles a estos infelices; pero aquí la lucha por la vida, como en la selva y como en el mar, es la misma. Lo que dijo viejo Dionisio es una verdad aplastante: "Aquí no se puede tener pena ni consideración. Ellos no s'apreitan, pero es pa que nosotros apretemos ¡pa'lante". ¡Y no hay que decir más!

Este maldito *over*, ¿quién lo inventaría? ¿Dónde halló esta gente tan diabólica forma de exprimir? No hubiera creído, por más que me lo hubieran dicho, que con su apariencia de personas serias, metódicas, invulnerables, podrían ser tan cínicos. ¿Cómo vivir en medio de esta injusticia, sabiéndose uno instrumento de tanta iniquidad?

No hay que dudar, ¡el hombre hambriento vende hasta el alma!

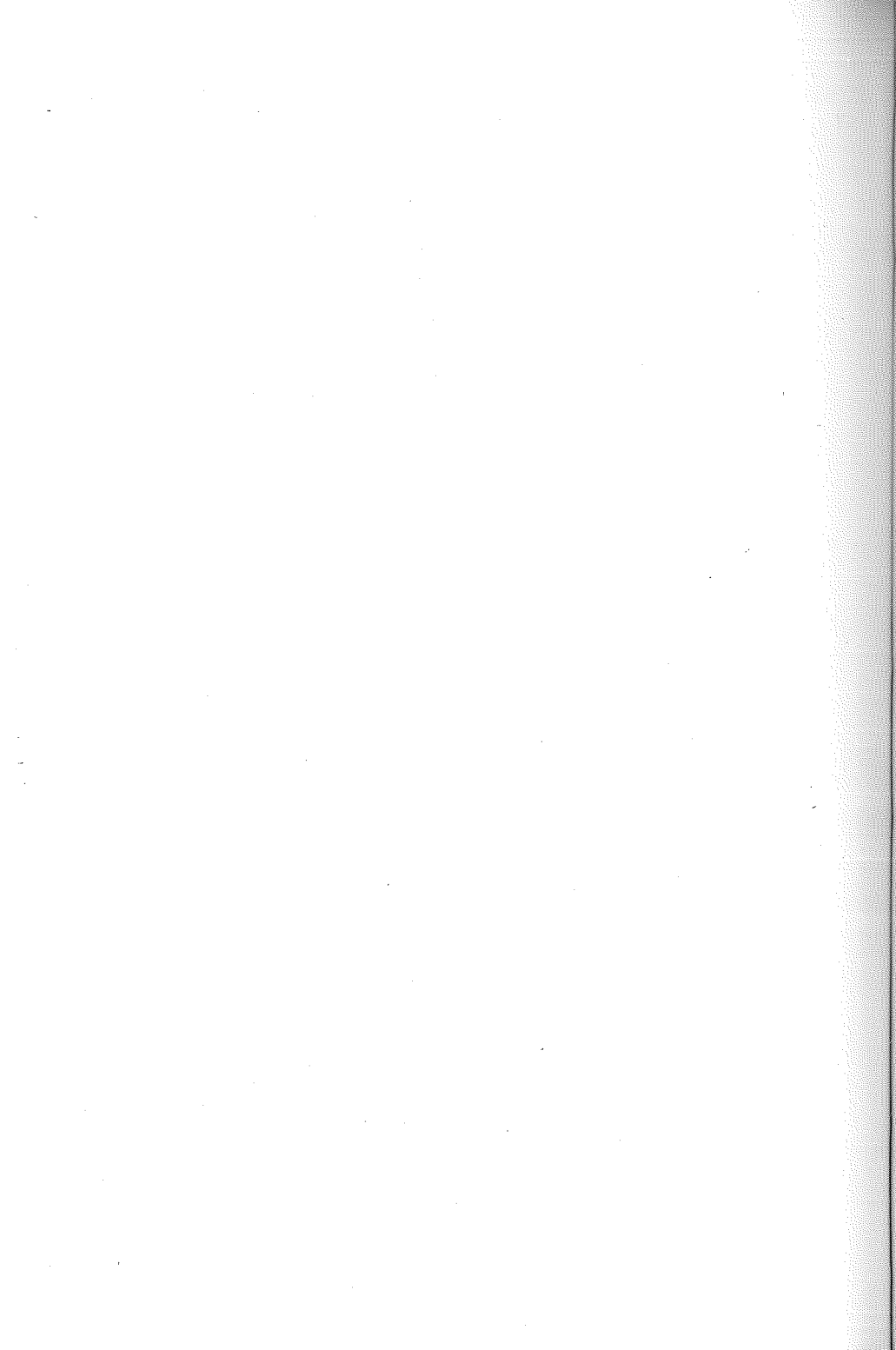
*
* *
*

Allí viene viejo Dionisio. Seguramente no se detendrá, porque son las doce, pero al pasar me dirá ahuecando la voz:
—Enlíeme un cafecito, que voy a mandá por'él.

Tal como lo sospeché sucedió, y allí va corriendo, desnudo, el negrito hijo suyo, que vino por la botella, con su cuerpo de ébano brillando a los rayos del sol.

Es la hora de la canícula. Baldurí, el haitiano bombero, raja leña silbando una canción protestante. Nica mira el camino por donde vendrá Cleto. Los haitianos, sentados en los troncos que servirán de combustible a la bomba, mastican su hambre, como bueyes que se echaran tranquilamente a rumiar.

Los perros duermen bajo los pisos. Las casitas se derriegan flageladas por el sol.



IV

Domingo. Se aglomera frente al mostrador una colmena de trabajadores hambrientos. Como hoy la tienda se cerrará a las doce del día, para no abrirse hasta el lunes, los que tienen vales o algunos centavos se apresuran a comprar lo indispensable, porque ya han probado más de una vez lo que son esos días de bodega cerrada, en un batey cercado de cañas que no se pueden tocar en "tiempo muerto", con un vale en las manos que de nada les sirve en otra tienda.

Gritan y exigen por no quedarse sin comprar. Veo sus caras sucias, erizadas de barbas, grasientas; sus narizotas deformes, sus bocas generalmente llenas de raíces podridas y sus ojos desorbitados. ¡Sobre todo sus ojos y sus bocas! Se apiñan en esa ventanilla que da sobre el mostrador, y enronquecen gritando. Están ansiosos y ahora mismo no recuerdan nada, ni quieren otra cosa que no sea adquirir sus centavos de provisiones.

Maldicen y suplican, insultan y adulan; quieren que los despache a todos a la vez. Y yo, que he pasado la semana prisionero en esta bodega, lo que más ansío es que sean las doce, para salir.

Trabajo y trato de olvidarme de ellos. Primero es como un vértigo. Luego me sumerjo, y los ruidos me pasan por encima... Recuerdo que hoy me visitarán algunos bodegue-

ros de bateyes vecinos, con quienes he hecho amistad, y pienso que debo apresurarme para terminar cuanto antes este puerco trabajo.

Algún grito que domina a los demás me sacude los nervios, y siento que algo se me agolpa en el pecho y allí se me revuelve violentamente como si fuera a ahogarme. Se me enciende la ira.

¡Como son las cosas! No creí jamás que a tan corta distancia de mi casa, y después de haber formado tan bonitos planes sobre mi porvenir, me vería en la necesidad de servir a éstos y de obedecer a otros a quienes he de considerar mis amos absolutos.

¡Como son las cosas! Y por más que lo sienta he de hacerlo sin chistar, porque el hecho de que el alemán éste escriba como un patán, no le quita su *omnímoda autoridad* sobre mí; y las cosas que ordene, como él quiera se habrán de entender.

Recuerdo la tarde de ayer.. “Usted es libre el domingo desde que cierra —me gruñía de mala gana—, pero el lunes la tienda debe estar limpia, con piso lavado y todo muy limpio. Y además, usted no puede abandona este batey sin permiso. Yo lo explica a usted todo, y ahora usted tieni que comprenda. Yo habla bien claro”. Y dicho esto salió taconeando marcialmente, tal como corresponde a un buen alemán.

¡Te comprendo, colorado teutón! Puedo disponer de medio domingo -ustedes lo dicen a viva voz-, pero antes he de lavar pisos, limpiar botellas, sacudir telas, matar ratas y cucarachas, volverme escoba, estropajo, gato y perro a la vez, ¡todo!, menos una persona decente. Y para salir del batey, llenar unos formularios por cuadruplicado desde el sábado, en los cuales habré de dar cuenta de las horas de salida y de regreso, y hasta de mis últimos pensamientos del día. ¡Muy bien! Todo se hará como lo ordenas, ya que tú, el *manager* y sus secuaces, son dioses tonantes a quienes debemos temer. Pero me dirás... ¿dónde aprendiste a humillar así?... Y como si contigo no fuera suficiente para llevar aquí una vida de perro, ¡ahí están estos peones metiendo un ruido atroz! ¿Dónde aprendiste?...

¡Gritos! ¡Gritos! Ojos y bocas se barajan ante mí. ¡Si pudiera escapar!

*
* *
*

Se ha ido un tiempo que no puedo precisar. Se ha esfumado la algarabía infernal y me parece que he caído de muy alto. El *Big-Ben* me mira con los pequeños brazos de sus agujas en alto, y secretea sosegadamente su tic-tac. He cerrado las ventanas y me dispongo a anotar las "salidas" del día en el libro correspondiente, presa aún de cierto malestar, cuando oigo una voz que viene del patio... Es la voz de Cleto, tan alegre como si este fuera el día de su cumpleaños.

—¡Bodeguero! ¡Bodeguero! Dígame si ya usted se fue...

¡Qué pregunta! Aunque no lo quiera, he de sonreír. Con este hombre parece que no es posible permanecer serio.

—No saldré hoy —le respondo—. Espero visitas.

Y me dice con el acento más cibaño que halló:

—Pero bueno, compai, ¿uté se va a metei a viejo? Ya yo toy cansao e dicele que la vida no se pue llevai asina. ¿A uté como que no le gutan la mujere y ei romo?...

Se ahuyentan mis pensamientos, porque el policía lo aleja todo con su bendito buen humor. Le digo:

—Quizás me gusten, Cleto; aunque no como a usted. Hoy por ejemplo...

Se entusiasma.

—¡Váigame Dió, critiano! Ai fin l'oigo hablai de a veidá. ¡Le cogerá uté ei piso a la finca!

Le oigo y pienso que "cogerle el piso a la finca" significa olvidarse de todo, mudar una mujer, tener niños enfermos y vivir borracho. Como siento que permanece en la escalera del lado afuera, pegado a la puerta, comprendo que quiere entrar y le abro. Entra y una vez frente al aparador, se queda mirando embelesado, la colección de botellas. Moviendo la cabeza a un lado y a otro, exclama:

—¡Vigen de Aitagracia! ¡Si me laigan e n'un potrero comò ete, me tienen que sacai en litera!

Y alcanza una botella que comienza a descorchar. Sirve el ron en dos vasos, sin preguntarme si quiero beber. Ya he abandonado los formularios y estoy frente a él mirándole hacer. Arrastro una caja de kerosene y tomo asiento en ella. Le

indico otra que ocupa al instante. Va a decir algo cuando se oyen unos toques discretos del lado afuera, y luego, jadeante, una voz:

—¡Bodeguel!... ¡Bodeguel!... A mi me se olvida el manteca. Vendeme un poquita.

Quien así habla es el haitiano Joseph Luis. El policía no me deja responderle, y abriendo la boca, vocifera:

—¡Mañé dei Diablo! ¿Tú no repeta que la gente ta decansando, rejundío? ¿Quiere que te rompa ei pecuezo, degraciao?

La voz ahora dice:

—Dipensá... Mi no sabé... Dipensamué...

¡Tamaño susto se ha llevado el haitiano! Cleto es temido entre los peones como un Zeus, pues lo creen capaz de matar por cualquier futilidad. Él vive diciéndolo. Todo el día ofrece balazos. Promete romper piernas y cabezas. Todo el día suelta denuestos, escupe y bebe ron. Yo soy de los pocos que quizás he adivinado un buen corazón debajo de esa corteza de injurias, amenazas y palabrotas.

—Vale, a usted le teme esta gente —observo.

Y él responde:

—Bodeguero, e que ei que trabaja con n'eta maidita compañía tiene que jacei de tripa corasón pa cumplí con su debei, poique e veidá que eto blanco son la gente má rica dei mundo, pero tienen la jambre metía en lo seso.

Y luego, con su proverbial locuacidad va explicando:

—La polecía tengamo que andai con cuatro ojo. Por'aquí no pue cruzai un probe campesino con un andullito, ni con una caiguita e mají, ni con cosa aiguna de la que vende la compañía en la bodega. Si lo peone hacen un pelaíto por'ahí, y siembran una batatica manque sea, o un majicito, ¡di'una ve tenemo que meteile machete y picaiselo to! Poique eso le pejudica a lo blanco, ¡y ríase uté si a uno se le pasa aigo de eso! Que di'una ve le tan lloviendo rayaso, como si uno fuera un muchacho o algún hijo d'ello. ¡Y cómo yo me conoco!... uté me ve que soy ei terroi de lo probe mañese, poique lo que soy yo no le agunto vaina a naiden.

Lo que dice el policía es una increíble verdad. Los trabajadores de la finca sólo pueden gastar su dinero con facilidad en la bodega del central, porque este dinero generalmente no es tal, sino vales, y porque las pocas veces que a

sus manos llega una moneda, no hallan otro sitio donde gastarla.

Sólo algún campesino vendedor de plátanos puede entrar en los bateyes con su pequeña carga, y esto, muy vigilado. Luego, no se le permite ejercer otra clase de comercio a nadie en toda el área que pertenece a la compañía. A los trabajadores no se les deja utilizar una tarea de los inmensos terrenos que ha acaparado el central, y los cuales constituyen la envidia de esta pobre gente, agricultora casi toda, que se extasía ante tanto monte sin cultivo. Una rama de árbol de esos bosques es sagrada, y quien la toque, por lo menos probará el lomo del machete del policía y luego la cárcel, si no es que siente el filo o se lleva un balazo. El personal de la finca tiene que resolver todos sus problemas en esta bodeguita, donde se le vende la comida, la ropa, artículos de ferretería y fichas para canjearlas por la dura y filamentosa carne de buey que se consume en los bateyes. Porque el central le saca a todo la mayor utilidad, y el buey que trabaja varios años, cuando ya no sirve, es beneficiado para alimentar a estos ávidos estómagos, aunque ello a los ojos de los rudos hombres que se ganan la vida durante años con estos animales, parezca un crimen, porque ellos opinan que "el buey es un animal que debería morir de viejo, decansando".

El policía ha callado. Vaciamos nuestros vasos de un trago y el ron nos quema el gáznate. Esto le reanima y sigue hablando:

—Vale, hay que vivir mucho pa comprendei poi qué a l'ombre se le pone duro ei corazón... ¡Mire! Cuando uno ta jovencito se manija cogiéndole pena jata a lo s'animale, pero a medía que uno va dentrando en edá, se le va agriando la piña y va cogiendo iperencia. Ei día se llega, en que uté anda debaratao, y naide le jace caso. Llega uno a pasai jata jambre, y no encuentra un amigo. Antonse uno se da cuenta de que cuando jalle aonde tenei la barriga llena, ¡debe pegaise ni an la sangrijuela! Y por eso uté me ve que con lo j'asunto de mi debei no conoco a naide, y poi ma desambrío que sean eto blanco, yo le cumplo su s'oidene, ¡poi qué pa eso pagan lo suyo!

Lo ha dicho como irritado, por haberse compadecido de alguien.

Un tropel de caballos en el patio, nos anuncia que llegó gente. Nos levantamos, el policía con la botella en la mano y yo en disposición de averiguar quiénes son los visitantes.

—Deben sei su j'amígo se —observa, envolviendo la botella en papel de estraza.

—Deben ser ellos —asiento—. Pero no se vaya usted por eso.

—No vale...—responde—. A mí me guta andai como la res mala.

Y dicho esto, arreglándose la correa del revólver, donde luce cincuenta proyectiles nuevos, se asoma a la puerta. Lo veo levantar la diestra al mismo tiempo que dirigiéndose sin duda a los que han llegado, exclama:

—Bueno día, j'amiguítose... Si... Ei bodeguero tá ahí. Yo creo que viene a recebilo.

Se lanza de la escalera, y me hiere la vista el reflejo de un rayo de sol que se estrella en el acero de su revólver.

*

* *

Me hallo entre dos bodegueros. Sentados en toscas sillas, rodeamos una caja que hace las veces de mesa y en la cual se yerguen una botella y tres vasos. Hablamos del único tema que tienen los bodegueros de la compañía: la bodega y lo que a ella concierne.

Ventas, vales, reportes, el alemán, Mr. Robinson, Mr. Lilo... Todos desfilan por nuestra conversación, pero muy superficialmente. Se nota que cada uno teme aventurar una palabra que más tarde pueda comprometerle. Porque ningún espionaje es tan eficaz como este de la finca, donde el empleado, a la vez que es carne de trapiche, hace de lubricante de la máquina y de conductor de elementos que alimentarán el engranaje insaciable.

Uno de los que me acompañan es Eduardo, un muchacho del Sur, inteligente, de mirada muy viva, que me ha tomado gran afecto por lo que él llama en mí, "franqueza". Es veterano entre los bodegueros y puedo decir que me ha tomado bajo su protección. Por él he sabido que aquí es necesario "llevar la lengua en

el bolsillo", y ha sido él quien me ha enseñado a perfección los trucos del robo en el peso y la mejor manera de lidiar al peonaje. A pesar de que sus años no llegan a treinta, se sabe de memoria la vida de los bateyes y nadie tiene un olfato como el suyo para husmear el peligro. Mide y pesa lo que dice, y según me ha dicho, fue aquí donde se hizo tan zorro.

El otro es de esta misma región y creo que nadie puede ser tan jactancioso como él. Es el tipo representativo de una clase de bodegueros abominables. Repugna estar a su vera. Se alaba de todo. Asegura que es el hombre más eficiente del departamento y también el más hábil en lo que concierne al aumento de su cuenta de ahorros a costa de los peones. Ahora mismo proclama:

—Yo tengo mi batey disciplinado. A mí no hay peón que me forme berrinches. El que se para frente al mostrador de mi bodega, ¡me paga el barato! Casi nada... (y falsea la voz, imprimiéndole un tono cínico), sólo le arranco el quince o el veinte por ciento, sin contar el *over*. ¡Porque lo de *Papá Central* es cosa aparte!...

Guiña un ojo y ríe estrepitosamente. Goza oyéndose a sí mismo. Ahora alardea de su amistad con los grandes del departamento:

—Así sin dárme las, yo soy hombre que jalo con Mr. Lilo. ¡A mí me pusieron en este puesto sin dar viajes! Imagínese que llegué recomendado al mismo administrador del central nada menos que por el general Beltrán. ¿Y saben ustedes quién es el general?... Bueno, pues nada menos que el gallaso que arregló a toletazos el rebú de los muelles cuando los cocolos se regaron el año pasado.

Sin esperar comentario, como hombre seguro de que causa admiración entre sus oyentes, y que da por descontado el gran interés que todos tienen en escucharle, sigue:

—Yo aquí estoy muy bien. Mr. Baumer me tiene mucha confianza. Mr. Lilo no sabe dónde ponerme, ¡porque ése sí es mi amigo! ¿No lo han tratado a fondo ustedes? ¡Ah! Eso es lo que se llama un hombre simpático. ¡Y lo que hay en el fondo!... ¡Estando bien con Mr. Lilo, puede llover y tronar! Con ese apoyo no hay quien se gaste ñoñerías conmigo en el batey. A mí me adula el mayordomo y me respeta el contratista, y es porque saben que en contra mía no corren cuentos de finca,

porque yo me junto con los cabezas. Ahora mismo, ¿a que no me dicen a dónde voy?... Pues, a una fiesta que le dan a Mr. Lilo en casa de Turrón, el bodeguero del 322, que está más bien con él que el caráj... ¡A cumbanchar con los jefes, mis amigos! A esa fiesta me invitó el mismo Mr. Lilo en persona. Cuando vi su carro ayer, me pregunté: "¿A qué vendrá Mr. Lilo a estas horas?", y cuando llegó a mi bodega fue para decirme: "Rodríguez, lo espero mañana donde Turrón, que tenemos una jaranita". ¡Ya ustedes ven! ¡Fue expresamente a invitarme, el mismo Mr. Lilo!

¡Con cuánto asombro lo dice! "¡El mismo Mr. Lilo!" Es como si dijera: "¡He llegado al cielo! Yo era un simple ser humano, un pobre diablo, como ustedes -ni más ni menos- y ahora soy un bodeguero amigo del segundo *manager*, ¿eh? ¡Nadie llega hasta ahí! ¡Muéranse de envidia!" Y charla, charla incansablemente haciendo su propio panegírico y tratando de asombrar a todo ser viviente.

¡Qué asco! En verdad, no me explico cómo se podría pasar un día con él sin romperle la crisma. Para suerte nuestra, este portento dice que se marcha, porque "Mr. Lilo le espera".

Cuando llega el momento de su partida, un gran alivio nos embarga a Eduardo y a mí, y casi nos vuelve el humor. Riendo estrepitosamente, el "amigo de los grandes", sin permitirnos pronunciar palabra, ha ido hasta su caballo, y le acompañamos hasta allí por cumplimiento. Ya se despide. Como un ser tan extraordinario no puede marcharse de manera rutinaria, hace que el animal realice cabriolas, apretándole las espuelas en los ijares y recogéndole las bridas, todo ello innecesariamente, hasta que por fin parte a galope por el carril del sur, hacia la vecina división.

Se pierde su silueta y aún queda en nosotros la desagradable impresión que su voz chillona, sus gestos y el tema de su conversación nos han producido.

Instalados de nuevo frente a nuestra botella, no puedo evitar un comentario. ¡Es raro esto de que un bodeguero se atreva a celebrar fiestas en la casa de la bodega, con lo exigente que es el *manager*! Y más raro parece eso de que Mr. Lilo...

Eduardo interrumpe mi comentario y responde:

—No es tan raro cuando las fiestas son dedicadas al asistente por ciertos bodegueros, ni es raro que él las acepte.

Estoy confundido. Del asistente sólo sé, que ocupa un cargo muy pocas veces desempeñado en estos centrales por un latinoamericano, y que es uno de los principales personajes de nuestra alta sociedad local, lo mismo que todo el que tenga un empleo cuyo sueldo pase de cien dólares al mes. Pero mi compañero, que conoce al dedillo todas las intrigas del departamento de tiendas, me cuenta cosas asombrosas.

—Por ahí se dice —me informa—, que el segundo tiene pisado a su jefe, porque le ha descubierto una serie de oscuros manejos que Mr. Panza realiza a escondidas de la compañía.

¡Esto sí que no lo esperaba! Me olvido de reír del mote de Mr. Panza, aplicado al *manager*, y se me escapa una interjección.

—Como lo oyes —sigue Eduardo—. Y uno de esos manejos consiste en ciertas comisiones que recibe el blanco de las casas a las cuales favorece con los grandes pedidos del departamento, contraviniendo así las disposiciones del central que establece la forma de concurso para hacer sus compras. También se asegura —y de ello su vientre es un buen exponente—, que más de las tres cuartas partes del *over* —y quizá todo— que arrojan las bodegas del campo, la tienda principal y el almacén, se las traga ese enorme señor. ¡Y cuántas cosas más que no se dirán!

Todo esto es nuevo para mí y lo escucho con creciente avidez. Pido a mi compañero que me ilustre ampliamente sobre tales asuntos y él accede. Se revela ante mí una serie de cosas que no pude jamás sospechar.

Eduardo sigue hablando... El *manager* y su segundo se complementan admirablemente. El otro, mete la mano allí donde las cosas, por pequeñas, hieden más. No es que tengan un convenio especial, como iguales. Se trata de que el asistente conoció el juego de su jefe y éste, sin comentarios, le dejó hacer lo suyo por su cuenta de ahí en adelante. El rubio es hombre de pocas palabras, de pocas relaciones. Vive en uno de los confortables chalets que han sido fabricados por el central para los blancos; bebe su *whisky*, juega *golf*, lee revistas americanas, soluciona crucigramas, siente un desprecio olímpico por este país y sus gentes, y oye la radio... Su vientre crece, su cuenta bancaria crece, y el futuro le sonrío allá en la Florida, en forma de alguna quinta, cuando una buena suma esté colocada en acciones y se pueda terminar tranquilamente como buen hijo de una gran democracia. El otro no es lo mismo. Llegó aquí un día con la

americana rota, como otros tantos aventureros que luego se convierten en personajes en nuestros misérrimos pueblos; sabía inglés y contabilidad, halló trabajo en la oficina del *manager*, fue su escribiente y luego su secretario, y finalmente, el cargo de asistente fue creado para él, gracias a su oportuno descubrimiento. No sueña con ninguna Florida, ni cree en la democracia que le permite a los ciudadanos colocar dinero en acciones y criar vientre sin trabajar, sino que gusta de las mujeres, de la parranda, y le saca todo el jugo posible a su posición y a un poblacho miserable que vive parasitariamente del central. El sueldo no permite todos esos lujos, pero ¡para eso se tiene poder! El hombre ha ido colocando bodegueros a quienes protege enviándoles a las mejores bodegas para luego desollarles tomándoles a préstamo sumas que jamás les devuelve. ¡El que tiene deseos de vivir! Bien parecido, sin escrúpulos y dueño de una buena salud, se hace dar fiestas aquí y allá. Emanan simpatía y se gana la confianza de sus protegidos. Estos, encantados, orgullosos de la amistad de “un hombre tan sencillo” que les trata “como si no fuera su jefe”, envían a las hembras de sus familias al pueblo con él, “aprovechando la oportunidad de su automóvil”, muy orgullosos de tratarse de igual a igual con el segundo *manager*, muy satisfechos de ver a sus hembras bailar con él.

Y el hombre, además de con el dinero, se queda con la honra de sus protegidos, como siempre ocurre en estos casos. Mujeres, hermanas e hijas se vuelven locas con Mr. Lilo...

—“¡Qué simpático es Mr. Lilo!”

—“¡Qué buen mozo es Mr. Lilo!”

—“¡Qué hombre tan bueno es Mr. Lilo!”

Su marido, su hermano, su padre, “se lo deben todo a Mr. Lilo”. Después de una fiesta hubo un déficit, y -¡esto es un terrible secreto!-, “lo arregló Mr. Lilo”.

—“¡Es un hombre de tan buen corazón!... ¡Y tan simpático!...”

Negocio, negocio. Algunos de los que tal precio pagan por un empleo no saben cuánto les cuesta, como es natural; pero otros están enterados y lo simulan, porque son muy seguros aumentos de sueldos y concesiones en tales circunstancias.

Mi compañero ha dicho todo esto con bastante tranquilidad y en sus labios la ironía asoma en sonrisa. He oído palabra por

palabra, y asqueado ante tanta suciedad, no puedo callar una protesta:

—¡Este es un asqueroso comercio de la dignidad! ¡No me explico cómo estos hombres no prefieren el desempleo a situaciones tan abominables!

Pero Eduardo responde:

—Es una indignidad y todo cuanto quieras, pero es la verdad...

Luego dice, apretando los dientes:

—¡Y si eso fuera todo! ¡Si los que venden su honor por una piltrafa tuvieran seguridad!.. Pero nada de eso. El comprador, una vez hastiado de la mujer, la hermana o la hija, y una vez deudor de una suma que no quiere recordar, se hastía también de los que se les venden, y los dejó un buen día sin honor y sin empleo, después de haberse cotizado a tan bajo precio.

Creía yo que estas cosas sólo se encontraban en novelas cuyos autores tuvieran la manía de crear fantasías abominables, pero los ejemplos que cita mi amigo no me dejan dudar. Todo eso ocurre en este mundo de la finca. ¡Todo ello es verdad! Sin embargo, quisiera tener una esperanza, interponer una apelación, y trato de hallarlas...

—Y ante todo eso —digo—, ¿qué hace el administrador del central? En el pueblo le consideran un filántropo, alaban su seriedad, dicen que es instruido... ¿No es capaz de prever hasta dónde conducirán más tarde o más temprano estos abusos? ¿No puede intervenir?

Entonces algo nuevo me viene a sorprender:

—Lo sabe —dice Eduardo—, pero se hace el ciego porque el *manager* es hombre atado por cuerdas muy sólidas, cuyas amarras mantiene en buen estado su mujer, y como él y el segundo se cubren con la misma manta... ¡no hay más que hablar! Si se ordena una investigación la realiza el mismo Mr. Panza, y al fin todo queda, como dicen ellos, *O. K.* ¿Explicación? Sencilla. Nuestro dictador no era más que un carnicero en su país, cuando su mujer hizo amistad con uno de los magnates accionistas y dirigentes de esta compañía. ¡Esta fue una gran amistad! Y el descuartizador de reses se convirtió en señor del departamento de tiendas de este central.

Quedo pasmado. ¿No habrá aquí nada limpio? Sin embargo, me aferro a una esperanza y digo:

—Pero algún día...

Y Eduardo corta:

—¡Nada sucederá!

Quiero insistir; pero él no me deja.

—A lo más que todo puede llegar —sigue sin oirme—, es a que el rubio eche cualquier día por la borda a su socio. El asistente cada vez se extralimita más, y hace mayores escándalos. Roba en la tienda central y luego se lo hace descontar a los bodegueros de su grupo. Anda con los automóviles del departamento llenos de mujeres por las noches, y a veces le amanece en los caminos, borracho. Un día el rubio estaría en condiciones de formarle un expediente, y serán tan evidentes sus fechorías, que se le despedirá sin permitirle formular defensa ni mucho menos hacer una acusación contra su jefe. Y el *manager* quedará tranquilo en su puesto y todo seguirá lo mismo, sin registrarse ningún cambio fundamental, porque siempre pondrán en el cargo a una pieza de tanto valor como el asistente. ¡Nada hay que esperar!

Pienso: “¡A qué estercolero he venido a parar!” Y mi compañero sigue narrando historias... siguen desfilando miserables bodegueros sin honra, pequeños cajeros de la tienda central desaparecidos que con su fuga se hacen responsables de sumas que sacó en *whisky* y dinero el asistente; las partidas sospechosas descontadas de los cheques de los bodegueros “por concepto de mercancías tomadas en la tienda principal”... Y todos callados, conformes o no, sabiendo lo que ocurre, pero dispuestos a seguir en sus empleos a cualquier precio.

Así durante años y años, hasta llegar ese estado a ser cosa natural y falta de todo interés.

Me pregunto: “¿Qué será de mí!” ¡Y otra vez se me enciende un loco deseo de escapar!

*
* *
*

La tarde se ha hecho fría y nos trasladamos a la bodega. Sentados en el mostrador, con los pies colgando, separados por otra botella y dos vasos, hablamos del central, de su poder, de su organización.

—Este es un negocio cruel —dice mi compañero—. La compañía lo disfraza bajo el nombre de “tienda para atender a las necesidades de los trabajadores en los campos de caña”, cuando en realidad esto es la muerte de la región.

Al latifundio han unido el monopolio comercial más vasto del país, abusando de sus empleados y trabajadores, que temerosos de perder el pan, ni siquiera se atreven a hacer hincapié para obtener protección, porque ello sería considerado como un crimen, y para sostenerse empleados no tienen otra garantía que la de su servilismo. Esto que tiene el carácter de una simple industria, ha invadido todos los rincones de la economía regional y ha matado al pequeño comercio nativo, subordinando a su interés toda disposición que se haya tomado para proteger a los demás.

—¿Pero esto no se puede denunciar? —pregunto, sintiéndome dispuesto a hacerlo.

—No sueñes —me responde—. Quien hable aquí de hacer denuncias, ya sea peón, empleado o particular, será calificado por la compañía de “comunista”, “elemento agitador”, “trastornador del orden social”, y no faltará por ahí un líder de la región, de esos que tienen contratos de caña, que lo acuse de algo peor, con pruebas y testigos...

Esto me solivianta. No puedo callar.

—Es absurdo —digo—. No puede haber quien tome en cuenta acusaciones tan ridículas. ¿Comunistas aquí? ¡Sólo hay miseria! Nuestro pueblo sufre una economía semifeudal. Nuestras ideas son profundamente burguesas. Además, como dicen los que escriben sobre esas cosas, “no hemos cumplido las etapas sociales” indispensables para tal transformación. El campesino aquí sólo aspira a tener conuco, potrero, animales, que desea aumentar cada año. El habitante de los pueblos es profundamente burgués. Sueña con la casita, con la mujer y los

hijos, con la vida holgada. En cuanto a los trabajadores de estas fincas se refiere, nadie menos capacitado que ellos para pensar en cosas que no conocen ni de nombre y que de oírlas, probablemente no las entenderían. El nativo que vive en la finca es un sujeto gastado, sin equilibrio moral, incapaz de reaccionar en sentido alguno. Puede hablar tonterías como un niño, cuando el hambre, su eterna compañera, lo muerde muy duro; pero tan pronto ve el pan, ¡calla y ríe! Y si a los trabajadores extranjeros nos referimos, podemos decir lo mismo y aún más. Esas gentes vienen de Haití y de las islas inglesas todos los años, con la idea de trabajar para volver a sus casas dentro de seis meses y no pueden —aunque no tuvieran la esclavitud de siglos en el alma, y aún poseyeran capacidad—, pensar en reformas, porque no son de aquí y la suerte del país no les interesa. No creo que el hecho de denunciar abusos que pueden trastornar la vida del país, sea interpretado como acto subversivo, cuando con ello únicamente se perseguiría la obtención de mejores condiciones de vida para los hombres, y así hacerlos más tranquilos, alejándolos más de cualquier rebelión absurda.

He dicho esto como si defendiera a los miles que sufren vejaciones y son explotados, ante alguien que fuera lo suficientemente poderoso para corregir esta injusticia. Mi compañero mueve la cabeza, se echa un trago como para apagar la emoción que le domina, y como quien siente un dolor responde:

—Ves las cosas claras, hermano; y no creas que los blancos las ven en otra forma; pero ellos aquí sólo han venido a hacer dinero. ¿Crees que en su país no hay buenas tierras, que allá no hay dónde hacer inversiones? ¡Sí que hay! ¡Pero allá no pueden tratar al hombre como aquí! A nosotros nos sacan la sangre, nos quitan la dignidad, nos desmoralizan, ¡siembran el caos con sus métodos! Y si protestas... ¡ya sabrá la compañía justificar, llegado el caso, hasta que no eres hijo de tu padre!

Presiento que no se me aliviará nunca un dolor que me crece en el pecho. Mi angustia es una cosa grande, y pensando que pueda haber alguien capaz de acusar de comunistas y cosas parecidas a estos desdichados, por mi mente desfilan escenas que ponen de relieve su desorientación, su ignorancia —¡su

eterna ignorancia!—, su necesidad de que se les compadezca y se les permita vivir como seres humanos, ya que producen tantos millones de dólares para que otros los despilfarran sin saber lo que cuestan.

Recuerdo la escena de ayer tarde. Los trabajadores hambrientos, se amontonaban en el balcón de la bodega y se dispersaban en el patio, en espera del mayordomo que les daría los vales para comprar su primera comida en dos días. El viejo Dionisio había ido a la oficina en busca de talonarios de órdenes, y los peones sufrían cada minuto que tardaba. Como el viejo no aparecía y se acercaba la hora de cerrar la tienda, las protestas no escaseaban:

—Yo no he visto gente más desgraciá que nosotros —decía un carretero—. Trabajamo todo el día como animale y dipué no jallamo ni an siquiera un maldito vale pa comer a cuenta.

—El peón de la finca e j'un perro de mal amo —rezongó uno del cultivo.

—Eto mayordomo noj tratan como a los bueye —opinó el otro.

—¡Qué va, compai! —respondió el carretero—. El buey vive mejor que nosotros, porque el buey sólo necesita comía pa vivir y se la dan toa la noche, además de lo sei mese de tiempo muerto que de chepa trabaja. Pero a nosotros...

—¡Jum! Yo no quisiera ser buey —cortó alguien—. Al buey lo matan pa dipué vender la carne a cinco la libra.

—Pero a nosotros no j'asen peor —siguió el carretero—. Noj sacan el cuajó, y cuando tamo deplotao, tísico, antonce jata nos botan del batey por infetoso.

—¡Compai, utéa decía la beldá!, —terció un haitiano.

—¡Cállate la boca, mañé³ del diache, que tu no tiene que meterte en la conversación de la gente! —gritó uno que trabaja en la resiembra y que por ello cometía la osadía de sorber un trocito de caña aprovechando la ausencia de Cleto.

—¡La dominicane son palejele! —gruñó el haitiano, decepcionado.

—¡Parejero no, degraciao! ¡Que a utede y a eto condenao cocolo⁴ deberían quemarlo junto!

3. Nombre despectivo que se le da al haitiano. (N. A.).

4. Cocolo se le dice en Santo Domingo al natural de las islas inglesas del Caribe. (N. A.).

—¡Eso e verdá, carajo!

—¡Eso e verdá! —comenzó a oírse en el grupo.

Las palabras subían de tono y quizás haitianos y dominicanos se hubieran ido a las manos, a no ser por la llegada de viejo Dionisio. Al verlo, todos enmudecieron, y cuando volvieron a hablar, ya las palabras de la discusión se habían olvidado. ¡Por fin iban a comer!

—Don Dionisio, deme un vale de die chele.

—Yo quiero vente.

—Pasá mué cinco.

—Mire que yo quiero comprá un cachimbitito.

—¡Jesú, critiano! ¡Eto no me alcanza!

Y luego, cuando tuvieron las órdenes, se dirigían a mí:

—Bodeguero, depácheme pronto, que tengo jambre.

—Déjese de viveza...

Y se oía entre ellos:

—Quítate del medio, Montero, que ya tás de agentao.

—El agentao ere tú, mojiganga.

Y el aire se pobló de risotadas.

Una hora después, los haitianos tocaban el *voudou*. Se oía más allá un acordeón. Las mujeres se desgañitaban en la pileta, llenando sus latas del agua salobre que de un pozo extrae la bomba. El batey, como un niño harapiento, se olvidaba de todo.

*

* *

Hace ratos que tomamos el ron sin hablar. Del lado afuera, el caballo impaciente, golpea la tierra como un sordo tambor. Eduardo, por decir algo, comenta:

—Se ha hecho de noche.

Y su mirada busca la puerta.

Como ya no tardará en llegar la vieja Mercé, mi cocinera, le invito a cenar y acepta. Hago luz. Poco después entra la vieja con una bandeja en la cual humean unos platos.

—Don Danielito, dipense que le traiga eto así tan pelao, pero e' que en la finca no se jalla nada —explica la vieja.

Siempre dice lo mismo, y tras preguntar "si no hace falta otra cosa", se retira para volver luego por los platos.

Atacamos vigorosamente una gallina con abundante ración de plátanos y yuca que nos sirve la vieja, y lo acompañamos todo con frecuentes tragos de ron.

Nos llegan algo atenuados por la distancia, los sonidos de una tambora tocada en el batey vecino. Indudablemente allí hay fiesta. Afuera la voz de Cleto rezonga:

—¡Qué mujei ma bruta, carajo!

Y nadie responde. Me imagino a la pobre Nica, arrinconada, mirando con desaliento a su marido.

Mi compañero, ya en pie, aflojándose el cinturón, frente a los restos de nuestra comida, insinúa:

—Vamos a esa bachata.

Le digo que no tengo caballo, pero él insiste:

—Es a menos de un kilómetro. Nos vamos en el mío.

La idea no me interesa gran cosa, pero la prefiero a quedarme entre las cuatro paredes de esta bodega. Tomo dos botellas, le alargo una a mi compañero y sepulto la otra en uno de mis bolsillos. Cierro la puerta de salida cuidadosamente y ya fuera, desde el anca del caballo, le voceo al policía:

—¡Compai Cleto! ¡Cuideme la bodega un momento, que voy al batey vecino!

El responde, fanfarrón como siempre:

—¡Ta bien, vale! ¡No se apure, que tando yo aquí cuaiquiera no se arriega a que le rompa una pata!

Salimos del patio. Una gran luna asuma su faz por el brocal del horizonte. Las ranas saltan asustadas, huyendo de nosotros. Se oye más claro el sonido de la tambora, y pasan volando las notas lloronas de un acordeón.

El caballo resopla.

*

* *

La fiesta arma su algazara en la enramada de carretas. Los pesados vehículos se amontonan allá, bajo unas palmas, inclinados sobre sus pértigos, como cañones. Hay un bulli-

cio enorme. Las mujeres, cuyos trajes de seda artificial resplandecen a la luz de las jumiadoras, han llegado del pueblo no ha mucho. Son traficantes de amor que recorren la finca, acompañadas por chulos jugadores de oficio, tras los pagos quincenales, y se detienen dondequiera que haya música, frituras y ron.

Una mulata se me acerca pidiéndome, sin rodeos, que le compre algunos fritos de los que vende una vieja negra que fríe del lado afuera. Eduardo fue con otra a un lugar apartado a brindarle un trago, y al ver cómo las caderas de su compañera se mueven al andar, no puedo dejar de pensar que estas mujeres, a pesar de su hambre y de todo lo demás, tienen buenas carnes.

Mientras mi mujer engulle con notable avidez, alguien me tira de la manga y con voz ronca pide:

—¡Un trago, bodeguero!

Es un hombrecillo flaco a quien le faltan algunos dientes. Se ve claramente que es un despojo de la sífilis y el alcohol. Las mangas de su camisa se le enrollan, hechas jirones, en el antebrazo.

—Es pa la música —explica, temiendo una negativa.

Le respondo:

—Dile al cantinero que te despache media botella por mi cuenta.

Pero él tiene experiencia. No confía en nadie y dice con toda franqueza:

—Venga usted mismo, que ese diache no sabe apreciar a la gente...

¡Admirable! Marcho tras él y le dejo complacido. Un centenar de miradas serviles me queman el rostro. El bodeguero de un batey es el personaje más importante en toda la jurisdicción, porque es el único que tiene mucha comida. Por esquivar aquellas miradas me dirijo a un círculo de ocho hombres que lanzan dados sobre una mesa, en medio de la cual una jumiadora⁵ cabecea llenándoles los pulmones de humo. Acalorados dicen:

—¡Topo!

—¡Seise!

—¡Paro-pinto!

5. Lámpara de hojalata que se alimenta con kerosene. (N. A.).

A poco aparece Eduardo con su compañero. Me llama la mulata. Gime el acordeón y los otros instrumentos lo acompañan. Las notas de un merengue vienen como una invitación.

Nos mezclamos en el grupo oliente a sudor y a esencias baratas. Un músico canta:

—*Dicen que me toy muriendo...*

El acordeón responde:

—*¡Jo!... ¡Jo!...*

El músico sigue:

—*Y que trastornado estoy...*

—*“¡Jo!... ¡Jo!...*

—*Ellos saben lo que dicen...*

—*¡Jo!... ¡Jo!...*

—*Porque me falta tu amor.*

Con un golpe de güiro y tambora, para la música en seco. Las parejas giran. Luego habla el acordeón, desperdicia un reguero de notas de guitarra, llueven las maracas. Se incendian las parejas con la música montuna. Responden dos músicos a coro:

—*¡Manuel mano Lao, ¡ay!*

eso si da peena...

Bailando abrazao, ¡ay!

con mujer ajeena...

—*Si viene el marido, ¡ay!*

¡ay, válgame Dioó!

con un solo tiro, ¡ay!

los mata a los do-ó.

Por un momento se hace dueño de la noche el acordeón. Se baila con frenesí. Las mujeres se muerden el labio inferior, los ojos entrecerrados, como poseídas, y mueven sus vientres rápida, suave y acompasadamente a la vez. Una mulatita que me ve

bailando y desea atraerme, se lleva la mano a la cintura, pasea su mirada por todo mi cuerpo, y moviendo las caderas, entorna los ojos y exclama:

—¡Pero qué buena es la vida!

Alguien grita entre el grupo:

—¡Fieta, carajo!

Se oyen nuevamente las voces:

—Si viene el marido, ¡ay!

¡qué barbarida-á!

Los mata a los do, ¡ay!

de una puñala-á.

Palabras picantes y gordas sazonan la música. Gime el acordeón, derrocha notas la guitarra, le suena el vientre al güiro, ¡parece que la vida cabe en un vaso de ron!

Los músicos repiten:

—Si viene el marido, ¡ay!

¡ay, válgame Dio-ó!

con un solo tiro, ¡ay!

los mata a los do-ó.

El calor del merengue abrasa el cerebro. La mujer completa lo que empezó el ron. Algunas parejas, tropezando, caminan abrazadas hacia las piezas de caña, o simplemente se internan en un barracón pestilente.

El merengue paró de golpe y se oyó un "¡Uté la paga!", dirigido a Eduardo. Hombres y mujeres quedan, recostados de alguna parte, restregándose, borrachos de música y de ron.

*

* *

Tres de la madrugada. Las horas se fueron velozmente. Marchó mi compañero por un carril sin nombre. Yo voy

dando traspiés entre un coro de ranas asustadas. Diviso mi bately con sus techos de zinc brillando como si fueran de plata. La bodega está allí, con frío en un rincón; y la luna se ha escondido, avergonzada. Cuando llego y trato de abrir el candado, me sacude, imprevista, la pregunta del vecino:

—¿Quién ta ahí, carajo?

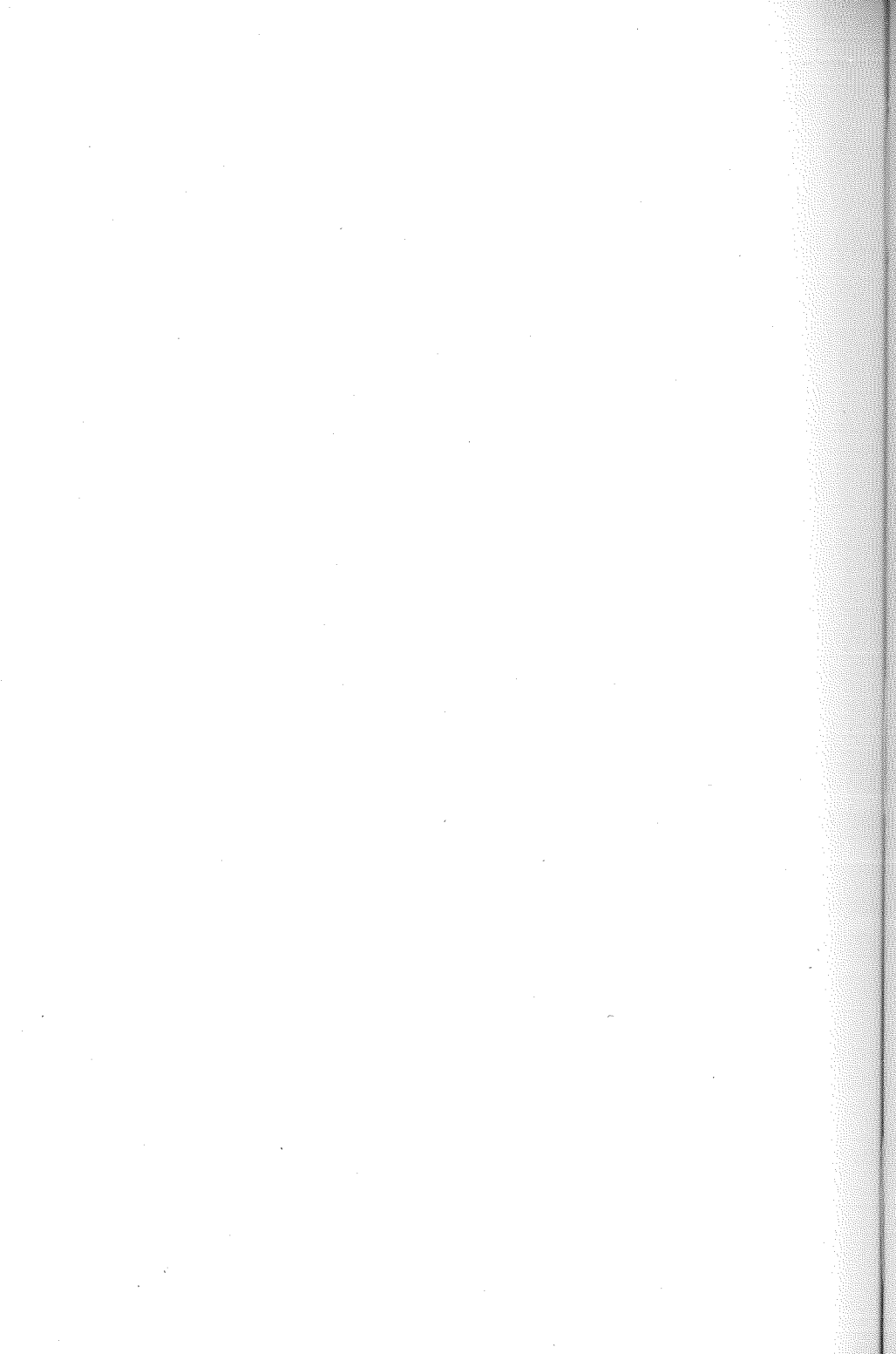
Es la voz de Cleto.

—Soy yo, vale, que vengo a acostarme.

—¡Aaaaá, bueno!

Y me interno en la oscuridad buscando la cama.

¡Qué hastío! La angustia que olvidé en la fiesta, nuevamente se me anuda en el pecho. La bodega, indudablemente, da vueltas. Su olor a provisiones repugna. ¡Todo es una pestilencia! Parece que al techo le nacen ojos que me miran airados y garras que vienen a herirme... Es como una pesadilla. Echado en la cama no puedo moverme. ¡La bodega se me cae encima!...



V

Diciembre corre con sus brisas frías. Los cañaverales florecidos de espigas, inmensos como un mar, serán abatidos desde mañana por la tromba humana que llegó de Haití y de las islas inglesas.

Cocolos y haitianos vinieron este año, como siempre, encerrados en las hediondas bodegas de vapores de carga, de lentas goletas, o en camiones, apretujados como mercancías.

Por tierra o por mar, cuando llegan a los muelles de la compañía o a la estación terrestre, están a tal extremo deshechos que a penas se enteran de cuanto les está ocurriendo. Algunos que han hecho el viaje, me lo han descrito con todos sus detalles.

En el vientre de un buque de carga, meten generalmente una cantidad de hombres dos o tres veces mayor que la prudente. Allí los negros pasan días y noches, los unos encima de los otros, alimentándose con pan y sardinas de latas que les son suministrados por los que el central envía a reclutar hombres a Haití y a las islas inglesas. Gentes no acostumbradas a navegar, vomitan con frecuencia encima de sus compañeros. Esto les revuelve los estómagos a los demás y entonces el vómito se llega a generalizar, hasta quedar la bodega en condiciones tales, que no se encuentra lugar donde poner un pie. A esta

miseria se añade que muchos, debido a su estado de postración y al mareo, y por falta de comodidades —ya que no pueden salir de su cárcel—, realizan sus necesidades fisiológicas allí mismo. Esto es en los barcos.

Los que viajan en camiones hacen el trayecto desde Haití al central, en la caja de carga de los vehículos, de pies, imposibilitados para sentarse durante un momento. Como el cargamento humano sobrepasa la capacidad del camión, y los hombres, por efectos de la inercia en las curvas del camino son arrojados de un lado a otro, esto provoca año tras año terribles volcaduras con sus naturales balances de muertos y heridos que raras veces aparecen en las columnas de algún periódico sin ninguna clase de detalles.

Cuando llegan al batey central, los pobres negros no saben lo que se trata de hacer con ellos. Están molidos, indefensos, y se dejan arrear en rebaños. Entonces son repartidos. En un corral de alambre de púas, encerrados como ganado, vigilados por los policía del central que rondan cejijuntos, armados de revólver y machete, son contados y apartados, para ser remitidos a las diversas colonias.

Dice una voz:

—Para “El 63», ¡cincuenta hombres!

Y otra responde:

—¡Ya están!

Sigue la primera:

—Para “El 109”, ¡treinticinco hombres!

Y la otra repite:

—¡Ya están!

Y cada grupo lleva su factura. A cada hombre se le ata en la pretina, en la pechera de la camisa o en el harapo que haga sus veces, el número que le servirá de identificación. Ya podrá llamarse Joseph Luis, Miguel Pie, Joe Brown, Peter Willis o como mejor desee. Aunque su nombre cambie en cada batey, cuando más tarde vagabundee de colonia en colonia, su número sera siempre el mismo, para hallarlo a la hora de la recolección, cuando se le devuelva sin savia a su isla o al vecino Haití.

Algunos mayordomos de contratistas, o contratistas y colonos, se encuentran en el lugar del reparto, y escogen sus hombres como buenos compradores de reses.

—¡No quiero cocos, porque discuten mucho! —dice uno.
Otro protesta:

—A mí no me hablen de haitianos, que son muy haraganes.
Es la selección del personal.

Entre las filas, alguien descubre a un picador conocido, que ha estado en el país durante la otra zafra. Si es “bueno”, lo reclama con toda energía:

—¡Dénme a Telemaco! ¡Ese hombre es mío!

Si es de “los discutidores” y se le ha incluido entre los suyos, el señor contratista, mayordomo o colono estallará en protesta:

—¡Sáquenme este maldito, que no quiero abogados!

Generalmente los “abogados” son cocos que saben leer y conocen el peso de caña.

Una enorme locomotora, en cuyas entrañas arde la desesperación del fuego, resopla a poca distancia, con una larga cola de vagones, esperando el cargamento. Los inmigrantes son distribuidos en los vagones de transportar caña, y allí realizan su viaje hasta la colonia para la cual han sido consignados. Los policías tienen mucho trabajo en estos días, porque ellos son los portadores de las listas, y son ellos quienes hacen los repartos en el campo.

Cuando el monstruo de hierro echa a andar, se estremece la tierra. La bestia resopla estrepitosamente. De sus costados el vapor sale en blancos surtidores que se esfuman al instante; de su chimenea surge una nube negra, a borbotones. ¡Allá va la bestia! Los hombres se agarran con una mano a los hierros de los vagones, y en la otra llevan el pan largo y la pequeña lata de seis sardinas que constituyen su última ración gratuita. Sus harapos flotan al viento como banderas multicolores.

Ahora el camino, y luego las estaciones. Los carros de la locomotora los van vomitando de chucho en chucho. Allí el mayordomo y el policía del batey esperan para recibirles de acuerdo con la lista que les entrega el conductor. Cuentan, revisan y luego, echan la manada por delante para alojarla donde haya lugar.

Hoy llegaron los de esta colonia. Son unos cien hombres retintos como café tostado. Sus rostros, que se me antojan fondos de calderos viejos, me parecen todos iguales aún a pequeña distancia.

Viejo Dionisio y Cleto hicieron su distribución en los barracones y en las casitas, como mejor pudieron. Y como me

pareciera que las treinta viviendas del batey —ocupadas en su mayoría— resultaban pocas, pregunté al policía sobre el destino que se le daría al excedente.

—Vale —me dijo—. Eto negro se acomodan como saidina en lata. Mire: en aquei cuaitico que pa uté solo de seguro no aicanza, tengo metío die mañese.

“¡Se acomodan como saidina!”, dijo Cleto, ¡y bien sabe lo que dijo! La zafra, cada vez que se anuncia en las islas inglesas, en Haití y aquí, enciende en miles de pechos la esperanza en tal forma, que aún aquéllos que una vez vinieron y se gastaron en los campos de caña, si tuvieron amarguras, en seis meses de hambre y de vagancia las olvidaron, y ellos mismos contribuyen a deslumbrar a los bisoños, para que vengan a derretirse bajo el sol.

Todos ven la zafra como un espejismo. Desde el peón astroso hasta el colono. Y la recibe con agrado hasta el blanco que pasea los carriles en moderno automóvil o en fino potro de raza.

El picador sabe que ya podrá comerse cuanta caña quiera sin temerle a la cuerda del policía del central, y que además tendrá trabajo para ganar con qué comprar, de tiempo en tiempo, un pantalón.

El capataz y el carretero, que año tras año vienen con la misma ilusión, generalmente sueñan con la mesa de juego, con el ron y las mujeres.

El contratista, el colono y el ajustero, han visto sonreír a su acreedor, a quien le tomaron a préstamo buenas sumas al veinte y al treinta por ciento mensual.

El bodeguero espera que las ventas sean mayores, y piensa en el *over* que ahora será suficiente para él y para el departamento, que se toma un empeño feroz en que cada día la suma sea mayor.

Y el blanco, cuya vida holgada jamás sufre cambios, al contemplar las recién llegadas manadas de negros, experimenta el placer que un día embriagó el alma de su abuelo, mientras flagelaba las espaldas del africano que compró en un mercado...

*
* *
*

El batey ha despertado como de un largo sueño. El balcón de la bodega está lleno de individuos a quienes no conocía. Son nativos que harán de carreteros, de vagoneros, de capataces, y unos pocos, muy pocos, que cortarán caña entre cocolos y haitianos.

Unos trajeron bártulos, mujeres, muchachitos de crecidos vientres, y algún perro flaco. Los demás llegaron solos, hamaca al hombro, con el pantalón de fuerte-azul amarrado amarrado a las piernas como si hubiesen tenido que vadear un río de escasa profundidad.

Allá, en las carretas empenachadas de estacas, y ya fuera de la enramada donde se enmohecieron seis meses, cotorrea el haitianaje. En grupo aparte, los cocolos, chapurreando inglés, parecen significarse como superiores.

Los bueyes pacen tranquilamente la yerba del carril que se abre entre dos piezas de caña, frente a la bodega. Los carreteros los visitan, garrocha al hombro, con sus cuerdas de pita terciadas sobre el pecho y la espalda como cartucheras, y mientras reconocen los nudos, los llaman por sus nombres:

—¡Mameyito!

—¡Ay, ay, Mariposa!

—¡Oh, oh, Carasucia!

—¡Tate quieto, Sangrijuela!

Y les agarran los cuernos, les acarician las ancas y el cuello, como a viejos amigos, hablándoles continuamente, como a personas.

De toda la gente de la finca, ninguna tan interesante como los nativos. Los más, afluyeron en grandes cantidades desde que se comenzaron las primeras tumbas, allá por años en que se abría la finca. Otros que antiguamente fueron

dueños de terrenos, quedaron como braceros, después de haber sido despojados de sus pequeños fundos. Los demás abandonaron sus conucos y vinieron atraídos por la noticia de la abundancia de dinero, llevada por los propagandistas encargados de reclutar hombres. Dejaron labranzas, familias, ¡todo!, para internarse en esta vorágine.

Muy pocos, ante la realidad que sólo les brindaba trabajo y más trabajo, a cambio de un poco de dinero que se quedaba siempre en la bodega del central, volvieron desilusionados a rehacer sus conucos perdidos. Los más contrajeron el mal de la finca, y soñando que hallarían las ganancias que un día les deslumbraron, se convirtieron en vagabundos trotadores de todos los carriles, en busca del vellocino.

Desde entonces cada zafra les trae una falsa esperanza que va muriendo a medida que caen los cañaverales. Cuando termina la molienda, se marchan a los campos vecinos maldiciendo, renegando de la finca, en busca de algún dueño de conuco que les albergue y sostenga, a cambio de su trabajo.

—Aquí no se pué vivir.

—Na má venimo a que noj desuellen, porque ya no se gana ni an pa comer.

—A eta finca no vuelvo yo má.

Eso dicen cuando van encorvados, rotos y hambrientos, ya cortada la última caña. Mas, tan pronto llegan las brisas frías de diciembre, un desgano que no les permite continuar a la sombra de los platanales, les va royendo el alma, y en sus mentes comienzan a surgir pretextos:

—Ya sólo tengo ete pantalón...

—E n'eto día hay que sacar la cédula..

—Lo que soy yo no sigo así, porque naide se va a conformar con vivir jarto, pero sin manijá un centavo.

Y un día, el sol los sorprende camino de un batey, dispuestos a dejarse moler como caña si ello fuera preciso para volver a la finca que los fascina como una serpiente.

*
* *
*

El súbito crecimiento de la población del batey, ha aumentado considerablemente mi trabajo. Desde que llegó la inmigración, pocas veces cesa el despacho. ¡Como envía órdenes viejo Dionisio! Allí lo veo, con las piernas cruzadas sobre la silla -mientras su mula roe la grama-, garrapateando en su libreta. Junto al animal, Manuela -su flaca y desteñida mujer-, le espera con una taza y una cafetera humeante en las manos. Dos chiquillos, del color de su padre, se aferran a la falda de la enclenque mujer, mientras juegan utilizando su cuerpo como escondite. El viejo, a medida que escribe, le gruñe al haitiano que espera la orden:

—Oye, Miguel Luis; no hiciste má que picar tre cañita y ya ta s'en el batey bucando vale. No quiero que me le dé malo s'ejemplo a lo congose⁶. Compra y vete a levantar tu viaje.

El haitiano dice:

—Uí, papá. Uí, papá. Yo me va ensequila.

Y mientras extiende un brazo para coger la orden, debajo del otro retiene la mocha.

Se encamina hacia acá, y ya frente al mostrador me dice:

—Bodeguela, depacha mué plonto. Yo quiele dejá la comía con la fam, pa jallalo cociná cuando viene del cote.

En su cara reluce el guarapo de caña que le secó la brisa, y sus labios resecos y gruesos, tiemblan al contacto de su lengua, que saborea por anticipado el trozo de queso blanco que ven sus ojos en el aparador.

Es cerca de mediodía. Le despacho, y tras él viene otro, y otro, y otro más... hasta formarse un grupo que no me dejará reposar por buen rato. Ya llega del corte la falange que se fue esta mañana a comenzar la zafra. Viejo Dionisio está ahora pegado a una ventana de la bodega. Allí, del lado adentro, en el extremo del mostrador, le he puesto una botella de ron y una taza de las que se usan para tomar chocolate. En ella le sirvo, y cuando se la lleva a los labios, simula que bebe el espeso líquido, pero todos saben que traga su ron y el único que se engaña es él. Cuando realiza esta operación sigue expdien-

6. *Congó* se le llama en la finca al peón haitiano novato. (N. A.).

do vales y más vales, interrumpiéndose solamente para repetir la maniobra.

¡Qué algazara terrible! Pero hoy no me enloquece, porque pongo todos mis sentidos en el trabajo, para sacar el mayor beneficio. Oigo pedidos en tres idiomas, sumo partidas de números que voy anotando al respaldo de los vales; robo onzas con rapidez asombrosa; aplaco protestas, principalmente de cocolos que conocen el peso; envío requiebros a las pobres mujeres, elogio a los haitianos que sonríen halagados, y a todos les llevo el cinco, el ocho y el diez por ciento, más algunos centavos que les enredo en las cuentas. ¡Qué vértigo!

Por aquella ventana aparece la cabeza de Nica, desgreñada, enarbolando una botella y gritando con voz destemplada:

—¡Bodeguero, depácheme un aceite, que Cleto tá al llegar!

—¡Por Dios, Nica! —le digo—. ¡Qué hora! ¡Venga temprano, que este momento es para los peones!

—Dipéñeme, mañana no me se olvida.

Todos los días le digo lo mismo, y siempre me da igual respuesta.

—¡Un chele de sal, bodeguero, que me se debaratan la j'abichuela!

Es Manuela, por otra ventana.

—¡Manuela, compre temprano! —le grito en mal tono.

—¡Pero si ahora fue que me acordé! —dice con voz que parece un lamento.

Y la maltrata una preocupación que se dibuja en su cara desteñida y seca.

—¡Una libra de arró criolloooo!

—¡Media libra de harina e maiii!

—¡De cob di sel!

—¡Tri cents red bin!

¡Qué es esto! Creo que en Babel no hubo mayor confusión. Y ¡cuánta exigencia! Heme aquí, saltando, multiplicándome, por servir lo mejor y más pronto que me sea posible, y ellos, como si no me moviera, ¡grita que grita!

Se vació aquel granero, debo abrir un saco de arroz, otro de azúcar, una caja de arenques, otra de jabón, ¡y el grajo no me deja respirar!

Despacho dos y llegan cuatro. Ahí están en la ventanilla todas sus caras; sus ojos y sus bocas, y todos sus brazos.

extendiendo vales, como una gusanera. Gritos, gritos. Sólo quieren una cosa: ¡comer!

*
* * *

Después de doce horas de trabajo estoy molido. Según el reglamento, hace noventa minutos que debí cerrar, pero ¡quién entiende a esta gente! ¡Dicen las cosas en una forma...!

Exigen que se cierre puntualmente a la hora que han establecido, pero, ¡ay de aquel que por hacerlo, deje de vender!

Su orden se puede interpretar así: cerrar la tienda a la hora que indica el reglamento, pero no dejar a un solo peón sin provisiones. Si el tiempo no alcanza... ¡no dejar a un sólo peón sin provisiones! Y si el peón se ha quedado sin comprar y la tienda está cerrada... ¡mucho cuidado con el reglamento, porque lo principal es la disciplina y después de haber cerrado, no se puede vender! En fin, hay que hacer las cosas como se debe y como no se debe. Unas veces al derecho y otras al revés. Pero a veces, cuando se hacen al derecho debió ser al revés, y cuando se hacen al revés... ¡es lo de nunca acabar!

Ejemplo de un caso ordinario: un día me dijo el alemán:

—“Quita ese putella de ahí. Ponlo más arriba, que se ve muy feo”.

Porque su debilidad es la “estética” de la bodega.

Obedecí su orden y respiré tranquilo. Pasaron unos días, volvió con más *whisky* que de ordinario en la cabeza, y por desgracia para mí, reparó en la botella, que se encontraba en el lugar que él mismo le señaló.

—“¡Oh, oh! —exclamó contrariado—. ¿Qué pensando usted? ¿Cómo se le ocurre poner un putella de vino donde está el ron?”

Quise defenderme:

—“Recuerde, Mr. Baumer, que usted me mandó.”

Pero trepidó al instante:

—“¡Noooo! ¡No dígame ésa! ¿Quién puede crea que yo manda ésa? ¡Quita! ¡Quita pronto!”

Y no me quedó otro remedio que obedecer, y lo que fue el mal humor y el deseo de darle una lección... guardarlos por ahí.

*
* *
*

Es de noche. Se fue el peonaje y estoy solo en la bodega, arreglando cuentas antes de cenar. Acaricio la perspectiva de ocho horas de noche que prometen ser otras tantas de paz. En eso llega el alemán. Viene más rojo que de ordinario. ¿Qué le haría retrasarse hasta el extremo de que aún se encuentre en el campo? ¡Ah! Claro se ve que hoy perdió la cuenta del *whisky*. A pesar de que al entrar tuvo que rozarme, pasó sin saludar. Es la costumbre de la gente "superior" que vive sobre nosotros aquí. Ahora, ya en la tienda, sin percatarse de que existo, lo registra todo con insolencia sin igual. Abre el cajón del dinero, registra los libros, porque puede ser que no estén en regla; arroja por ahí las órdenes sin pedirme permiso ni mucho menos darme explicación, y... aún no está conforme. Examina los graneros porque puede haber sido mezclado el café o el arroz; dirige miradas escrutadoras a mi dormitorio. ¡Puede haber allí algún andullo! Estos ladrones de bodegueros suelen comprarlos a ochenta centavos para ponerlos en inventario envueltos en la yagua que traen los que envía el central a tres dólares cincuenta, ganándose así \$2.80 a los cuales sólo tiene derecho la compañía. Descubrir estas cosas es su especialidad.

Veo sus procedimientos, indignado, pero resuelto a sopor-tar. Esto es lo normal. Para eso se es bodeguero. Por fin ha recordado que estoy en la tierra y entonces, encarándoseme, pregunta:

—¿Cuánto vendiendo usted hoy?

—Sesenta dólares y centavos.

Parece que le ha picado un bicho. Sus músculos faciales se contraen y pone la cara como un *bull-dog*. Gruñe:

—¿Nada más eso?

Porque ese es el método. Hay que protestar.

—Creo que es bastante —le digo—. Hoy es el primer día de zafra y me parece que no se podía esperar más. En tiempo muerto sólo vendía cinco y seis dólares diariamente...

Pero he cometido una falta terrible. ¿Quién es un bodeguero para opinar sobre estas cosas? Le oigo decir:

—Usted no conoce el negocio. ¡Usted no sabí! ¡Tampoco se apura!

Para esto sólo hay una respuesta y yo no la puedo dar. Le veo pasearse a lo largo del mostrador. Sus ademanes son bruscos. Está borracho de importancia y visto así, se le puede tomar como la mejor figura simbólica del poder. Trajo los pies llenos de lodo y ensucia el piso. Inmediatamente tendré que limpiarlo. Ve que en el mostrador y en alguna parte hay granos y papeles, y no pierde la ocasión de protestar:

—¡Muy sucio todo esto! ¡Muy sucio!

Otro hubiera pensado que después de haberse trabajado por espacio de doce horas en esta tienda, y haciendo cerrado las ventanas hace apenas unos minutos, nada tendría de extraordinario que hubiera basuras y papel en alguna parte. Pero éste no. Y tiene sus razones. Hoy ha sido larga la jornada. El automóvil se le atascó en alguna parte. Ha bebido mucho *whisky*, y ¡para algo están los bodegueros!

He tenido mucho trabajo, Mr. Baumer —digo—. Los últimos peones se acaban de marchar. Pensé...

Interrumpe:

—¡Ya, ya! Los dominicanos hablan mucho y hacen poco. Siempre están "pensando", siempre tengan razón. Todo lo dejan para luego. Usted ahora quiere mi decir que trabaja más que otros. ¡Ah! Es demasiado.

—He hablado claro —respondo—. No quise decir eso. Yo...

—¡Bien, bien, bien! —corta—. Aquí si alguien no quiere hacer el trabajo porque se cansa, no tiene más que avisar. Nosotros siempre halla quien no se cansa. ¡La compañía no necesita nunca a ninguna persona!

Lo dice balanceándose, con una mano en la cintura y la otra apoyada en el mostrador. Nuestras siluetas se recortan gigantes en la pared y agitadas por el parpadeo de la luz, parece que se van a acometer para magullarse con sus grandes miembros deformes. Pero no es así en la realidad. ¿Por qué hay una diferencia tan grande? ¿Por qué no es la sombra una copia fiel de la actitud? Aquí está este hombre que en su país no fue nadie y que llegó al mío como peón de una factoría, convertido en señor, manejándose a su antojo y yo dispuesto a acatar. ¿Por qué la sombra me sugiere lo que debería ser mi verdadera actitud? ¿Por qué la sombra...?

Soy un bodeguero. Nací en este país y este otro viene de más allá del mar. Soy un cero y él es una palanca con un gran

punto de apoyo. El está autorizado a dar órdenes y yo y todos los míos tenemos que obedecer. Por eso digo:

—Arreglaré eso, Mr. Baumer. Yo... (me tiembla la voz). Yo...

El hombre se ha marchado sin dejarme terminar. ¡Es una humillación!

Sin embargo, para nosotros, ¿qué es una humillación? ¡El sustento! No soportarla significa: las calles del pueblo, vagar sin trabajo, sin protección, sin amigos y caer en algo peor. Mientras que soportando se puede hacer alguna economía, juntar unos pesos y luego marcharse lejos de esta asquerosidad; decirle adiós a esta vida de perro y volver a ser lo que se era: una persona decente, un hombre orgulloso; sí, señor, ¡un hombre orgulloso!...

Este constante representar lo que no se es, obedeciendo órdenes de gentes a quienes no deseáramos jamás conocer, y oprimiendo a otros a quienes querríamos por siempre olvidar, ¡tendrá que pasar! Y entonces la vida será de un color más grato y tendrá mejor sabor. La vida. Sí, ¡la vida! ¿Por qué algunos sufrirán pruebas tan rudas en ella sin ser Cristos ni nada que valga la pena, sino pobres seres ansiosos de no estorbar ni ser estorbados? ¡Y pensar que hay tantos que quisieran estar en sus puestos! Por ejemplo, miles se desviven por estos trabajos. Todos los días los encuentro, y ellos no ignoran cómo tendrían que vivir.

El domingo, en uno de los bateyes de la carretera, un jovencito de esos cuyas familias viven acomodadas, me dijo suspirando:

—“¡Qué suerte has tenido! ¡Lo que daría yo por una bodega!”

Y de todos los pueblos de la República, inclusive de la capital, vienen gentes recomendadas por altos funcionarios públicos, cubriendo las distancias a veces a pie, para recibir una negativa grosera del *manager*, que tira en un cesto solicitudes y recomendaciones sin dignarse leerlas.

Y luego, me lo dicen aquí los trabajadores todos los días:

—“Tú ere rico”.

—“Tú son gente grande, porque tú come to lo día, compai”.

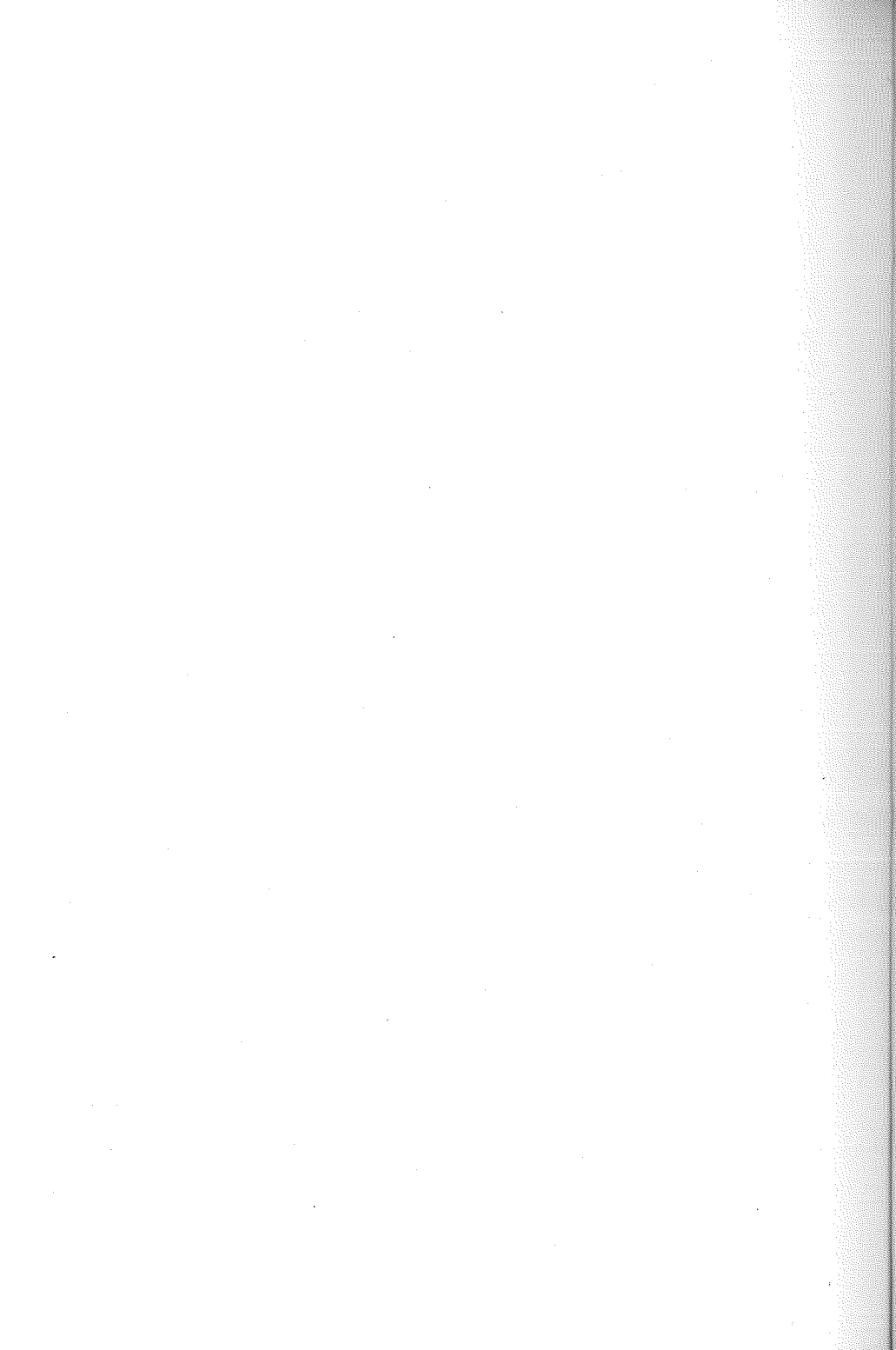
—“Tú tiene la barriga llena”.

Y tienen un hambre y un deseo de estar en mi puesto, que no es posible dudar de su sinceridad. ¡Es desolador!

*
* *
* *

Una lamparita, desde un clavo, mira con poca luz la bodega. Mi escoba rasca el vientre del piso. Afuera, el haitianaje suena un tamboril. Algún inglés mortifica a su guitarra. Cleto maldice a su mujer.

Pican los mosquitos. Una botella que refleja la luz, me hace guiños. Mi escoba rasca...



VI

La zafra tiene más de cien días. Los trabajadores que la vieron llegar, llenos de alegría, se van convirtiendo en sujetos indiferentes que realizan su trabajo sin esperanzas. Todas las mañanas, antes de salir el sol, desfila la turba harapienta, maloliente -con un hambre que no se le aparta jamás-, camino del corte, como una procesión de seres sin alma.

Algunos suben a la plataforma de la bodega y se acercan al mostrador, tiritando, semidesnudos, cubiertos en parte por sus eternos harapos. Traen la mocha debajo del brazo y los puños unidos, junto a la barba, como en ademán de rogar, tratando así de abrigarse. Piden "un chele de suca", o "un chinchín de bacalao p'arreglarse la boca! Yo sé que con eso pasarán el día y se lo vendo. Entonces bajan y marchan hacia las piezas de caña. La procesión sigue desfilando...

Los días pasan, ¡los días han pasado!, y las economías con que había soñado para liberarme, se han trocado en humo; y ¡lo que es peor!, el día de mi salida de aquí, se me presenta cada vez más impreciso, entre brumas.

La finca tiene una fuerza de abismo, y fascina. Se traga a cuantos vienen aquí. Después que beben su virus no pueden marchar. A los que el central despide, les ocurre que se quedan dando vueltas, tratando de "arreglar su asunto", para conse-

guir nuevamente trabajo. Los que no han obtenido trabajo, pululan por bateyes y carriles esperando "un chance". Este año, cuando se dijo que la tonelada de caña se le pagaría al picador a diecisiete centavos, todo el mundo —haitianos, cocolos, dominicanos— dijo que no trabajaría; pero al día siguiente todos fueron al corte, callados. Y seguirán yendo.

Yo no quiero pensar que voy a ser presa del maleficio, y realizo esfuerzos desesperados por no abandonarme a esta fuerza oculta que a todos retiene en estos bateyes. Pero es difícil mantenerse optimista en medio de tanto desaliento. Estos hombres, que envejecen y mueren sin otra visión que la de estos campos de caña, arrastrados por un fatalismo que se les filtra hasta la médula, no son personas que ayuden a nadie a reaccionar.

Durante estos meses he conocido a muchos que ya no recuerdan la existencia de otro mundo. Hace años que no van al pueblo (que se encuentra sólo a unos veinte kilómetros de aquí) y ya no recuerdan nada de cuanto les ocurriera en otro tiempo. Sus planes ahora se concretan exclusivamente a "la zafra que viene", a "si este año la compañía no rebaja los sueldos", a "si *mister* tal me ayuda". Ésos, son carne de la finca, y creo que fuera de aquí ya no podrían adaptarse. Cuando son totalmente ignorantes, su vida es una vida como hay tantas en cualquier parte, pero si tienen alguna noción de cuanto les ocurre, son presas de cruel angustia.

A esta última clase pertenecen casi todos mis amigos. Por ejemplo don Martín, el mayordomo de la compañía, el hombre que le hace todo el trabajo al superintendente americano. Es un puertorriqueño a quien conocí después de empezada la zafra. Este hombrachón, simpático, de un carácter apacible -que en otra parte hubiera sido dulce, pero que aquí se ha metamorfoseado en barrera de astucia vestida de calma-, este hombre, ataviado de una gran mansedumbre exterior, me ha contado su vida.

Cuando llegó aquí, era muy joven. Lo acompañaba su mujer, una linda paisahita que le siguió al salir de su tierra. Llenos de ilusiones, soñaron que en este país de promesas ganarían dinero y tendrían hijos que luego educarían convenientemente, en un buen colegio de su tierra, mientras disfrutasen de una

vida apacible, con el producto de las ganancias que de aquí llevaran.

Y vinieron y tuvieron los hijos... ¡Pero no han podido volver!

Sobre esto me decía el mayordomo una tarde, mientras nos abandonábamos a merced de una botella de ron:

—He trabajado rudamente muchos años, haciendo por distinguirme como hombre honrado y eficiente ante la compañía, y aunque he dado pruebas de mi capacidad, de empleado perfecto, nunca he visto colmada mi esperanza de ser apreciado. Al cabo de todo ese tiempo sólo tengo, como premio, nueve muchachos semisalvajes, criados en estos carriles; mi pobre mujer, vieja y flaca como una bruja; yo inutilizado para todo, porque he olvidado hasta cómo se lleva la ropa, y por añadidura, casi ciego, a causa del humo que he cogido quemando barbojo, apagando fuegos, ocupando siempre el sitio más peligroso, para así defender el pan de mis hijos.

Y luego, en un tono que muy pocos le han oído, agarrándome por un brazo, mirándome a los ojos, ha roncado:

—Comprés: cuando vine aquí yo era un hombre honrado, y por conservar el empleo, ya ni siquiera soy eso. He aprendido a engañar y a mentir con tanta naturalidad, para servirle a este capital y serle grato a sus administradores, que ya no me sería posible vivir en un ambiente donde no tuviera que estar constantemente engañado, en actitud de acechanza, como se está siempre aquí.

Y como yo dijera, horrorizado, casi con pánico, que dentro de unos meses me iría muy lejos, para no pensar más en la finca ni en sus cosas, me ha dicho con desaliento:

—Así vienen todos, por un año, por una zafra; pero se quedan hasta que los botan o se mueren. Usted no se irá por iniciativa propia. No sueñe con eso. Mejor es que se vaya acostumbrando. Aprenda a callar sus cosas, porque aquí es peligroso hablar con cualquiera; no piense en su destino; sea buen empleado... ¡déjese llevar! Ya llegará el día de partir, ¡cuando no sirva para nada!

Dicho esto, se levantó de su asiento, se echó un gran trago, y como quien se deshace debajo de un gran peso, musitó con voz torpe:

—A mí pronto me darán un pasaje, porque ya me queda poca vista. Me enviarán a casa, por consideración, a morirme de hambre, “¡a descansar!” —como dicen ellos—, y supóngase qué

será de mí entonces... Ya no sé dónde está lo que me resta de familia. Al principio nos escribíamos, formábamos planes sobre un viaje que haría a mi tierra, para enseñarles mis hijos. Aún nos teníamos afecto. Pero el tiempo fue pasando; murieron mis viejos, y el viaje nunca se realizó. Como todos los años mi sueldo era menor y los hijos eran más, no pude seguir enviándoles ayuda a unas tías viejas que me quedaban, y la correspondencia se fue haciendo escasa, hasta que al fin dejamos de escribirnos. ¡Veinte años es mucho tiempo!

Ya tenía un pie en el estribo. No me volvía la cara y yo adivinaba el motivo.

—Bueno, amigo —dijo, volviendo la cabeza hacia otra parte ya montado, levantando una mano—. Nos volveremos a ver.

Y se fue inclinado sobre el pescuezo del mulo, cabeceando, verdaderamente borracho.

Desde entonces nos vemos todos los días. Hablamos del tiempo, de la zafra, de vagones, de cualquier cosa, menos de aquello. Parece que se ha arrepentido de haber dicho tanto.

*

* *

Mi bodega se ha hecho la meca de la gente que vive inconforme. Domingo tras domingo, recibo la visita de Eduardo y de nuevos amigos. Entre ellos figuran el bodeguero Valerio, hombrecito regordete, de voz aguda, chistoso a fuerza de ser amargo, y el inglesito Brown —George Brown—, que también es un sujeto interesante.

Valerio es de la Capital, tiene unos cuarenta años, dos hijos y una mujer de quien dice:

—Ella cree que es mi señora, y yo sé que es la piedra de molino que el destino me ha atado al cuello, para anegarme en lo profundo de esta vida.

Cuando está bebido hasta querer llorar, domina el grupo con su voz, se pone en pie, y comienza a borbotar:

—No hablen de libertad. No hablen de derechos. No hablen de nada. ¡Que no hay libertad en la vida! Si no te esclaviza la mujer, te esclavizan los hijos; si no los hijos, la miseria, el

trabajo, alguna enfermedad, ¡el destino! No hay libertad en la vida.

Se lleva el vaso a la boca, traga el ron como si se tratase de un socorro urgente para apagar algo que le arde dentro, y continúa casi gritando:

—¡A nosotros nadie nos salvará! Yo me he sentado en la cama del Presidente de la República; he vivido entre gentes de posición que han sonreído al hablarme; he vivido en otro mundo, soñando y creyendo que ocuparía un puesto digno en la vida, y sin embargo he venido a parar aquí. He tomado este torcido camino, y heme ahora soportándole humillaciones a estos cerdos adinerados, menor que una hormiga, insignificante como cualquier cucaracha, ¡un cero en la vida!

El auditorio, generalmente integrado por Eduardo, el inglesito y yo, espera que trague otro poco de ron y continúe. Una vez realizada esta operación tan indispensable para el calor de su discurso, dice de nuevo:

—¡Hay que beber hasta reventar! El fuego de este sol, la uniformidad desoladora de estos cañaverales sin fin, sin pájaros, sin árboles, sin montañas; el grito de la conciencia que no nos deja dormir, el deseo contenido de hacernos justicia dando un golpe feroz para demostrar que merecemos atención de alguien, todo eso nada más se puede ahogar en una catarata de ron. ¡Colega! ¡Compañero! ¡Traiga media caja de ron! ¡Traiga un río de ron!

Cuando está así, ya es un caso perdido. Termina su discurso, se dirige a donde tenga el caballo, y se va sin decir más palabra, llorando, o a punto de llorar.

El inglesito es otra clase de sujeto. Negro, con treintidós dientes perfectos, cayó aquí por casualidad. Una tempestad que hundió el velero que lo llevaba de Cuba a las islas inglesas, le arrojó a nuestras playas, hace ya varios años. La sanidad del pueblo, que tuvo noticias de que en esa parte de la costa se pudrían unos cincuenta cocolos, fue a enterrarlos, y le halló agonizante entre sus compañeros ya putrefactos.

Lo llevaron al hospital de la compañía y allí recuperó la salud. Como su caso interesó a todos, no le fue difícil hablar con el administrador del central, quien le ofreció una plaza de mayordomo en uno de los bateyes cercanos a éste. Yo había oído hablar de su caso, pero nunca tuve curiosidad por saber quién había sido el Robinson de esta aventura. Ahora lo he conocido. Es algo instruido, recibe revistas y libros en inglés y español. Ha perdido varias noches hurgando en el escondite de Dios, y en un castellano diferenciado del nuestro nada más que por un ligero aire extranjero, nos dice sus cosas.

—Yo quiero hablar cada día mejor el español —nos dice—, porque cualquier idioma es más mío que el inglés. Inglaterra nos ha inculcado que Noé nos hizo esclavos porque Cam se rió de su borrachera, después del diluvio. Pero yo creo que esa es una invención de Inglaterra para mantener esclavizados a millones de negros que podrían formar una nación. Nada me causa tanto disgusto como hablar con mis paisanos, porque en ellos hallo una terrible ceguera que es hija de trescientos y más años de esclavitud. Se sienten orgullosos de que el rey de Inglaterra sea su rey, porque en la escuela les han enseñado que ese gran país ha sido misericordioso con nosotros hasta el extremo de darnos su nacionalidad, contravinendo los deseos de Dios, ya que nadie puede ser inglés sin ser blanco. Y ellos ven en el rey a un sujeto tan imponente, que se ha atrevido a enmendarle la plana al Creador, en beneficio de sus súbditos de color.

Y como alguno se queje de la vida que se lleva en estas fincas, dice, esforzándose por dejarnos convencidos de su verdad:

—Ustedes tienen esperanzas. Tienen porvenir. Su pueblo es libre. Este mal pasará. Llegará el día en que estos grandes capitales tendrán que darles al pueblo y al Estado lo que les corresponde, y devolverán buena parte de los millones que se han llevado a costa de las inmigraciones de esclavos y del nativo desorientado y abandonado. Ustedes tienen esperanzas, les repito. Alguna vez las cosas serán diferentes. Pero nosotros, ¿cuándo cambiaremos nuestro estado de esclavos? ¿Quién escapa de las manos de Inglaterra? Los negros de mi país no aprendieron nada de la guerra mundial, que debió enseñarles mucho. En la guerra quedó demostrado que el fusil manejado por el blanco y el fusil manejado por el negro, son

igualmente poderosos, y eso ha debido sacudirles, servirles de ejemplo para comprender que no hay razas superiores ni razas inferiores.

Cuando así habla, los compañeros, inconformes, ya acalorados por los tragos, le asedian a preguntas:

—Y cuando llegue la justicia, amiguito —grita Valerio si aún no ha llegado a su clímax—, ¿dónde estaré yo? ¿Qué será de los miles que perecen de hambre, podridos de enfermedades, en estas fincas? ¿Quién salvará a los tuberculosos, a los que orinan sangre, que antes de morir quedan verdes, como hojas? ¿Quién redimirá a los reventados, en una palabra? ¡Yo no creo en la justicia futura! ¡Sólo creo que nos morimos como gusanos en el vientre de estas compañías, ante la indiferencia de todos los poderosos!

Eduardo dice:

—No tengo esperanzas. Estos países son tierras de promisión para los blancos, desde que Colón puso el pie aquí. Ayer esclavizaron a los indios, los despojaron de sus tierras y su oro, violentamente, y les dieron muerte cazándolos con perros, porque entonces las cosas se hacían en esa forma. Hoy vienen a despojarnos y a servirse de nosotros, “solicitando” permisos de los gobiernos -respaldados por su gran nación- para hacer inversiones “que favorecerán al país”, pero el fin y los resultados son los mismos. Ya no traen negros del África, porque no hay necesidad de ir a buscarlos tan lejos, ni de pagarlos tan caros. Las ideas del Padre las Casas se pueden seguir practicando con haitianos y cocos alquilados.

Y como el inglesito trate de insistir demostrándonos sus ideas, Valerio, cabeceando, rezonga desde un saco de arroz:

—No tan sólo de pan vivirá el hombre. ¡No tan sólo de pan! Y aquí sólo hay muy poco pan para el cuerpo, ¡y ron para el alma!

Y no podemos menos que reír, porque la risa del hombre cabe en toda amargura.

*

* *

No tan sólo de pan, ¡no tan sólo de pan! Y aquí ni siquiera de eso viven, sino de guarapo de caña.

Creo que mientras viva no olvidaré al viejo Juanico Pipí. Es un ancianito que sufre de heridas horribles. Sin hijos, agotado, casi muriendo, corta caña cuando su enfermedad se lo permite.

Un día, con esa risita de idiota que no le abandona, me contaba la historia de su noche anterior.

—Mire vale, y cuando vine a la bodega y la vide cerrá, me se cayó en mundo a lo pié, porque no me atrevía a moletalo pa que me fiara comía; ¡y con un frío que me taba calando lo güeso! Asina me fui a la pieza e caña y corté sei penco trozo j'e critalina, y me metí en el barrancón pa cenar con n'ello.

¡Y reía, como si no hubiera dicho nada!

Otra vez me decía:

—El pobre vive con poca cosa, vale. Una d'eta noche le compré a uté una libra de arró criollo; me dentré en mi cuarto, ecuro como boca e lobo, y allí, sin limpialo ni ná, cogí, ¡fúpi! y lo eché en mi latica. Al poco rato de tar jerviendolo lo apié, y e verdá que lo macho me llenaron la boca de cácara, porque ese e j'el arró ma pajoso que he vito, y má sin manteca, ¡pero me lo jallaba má bueno...!

¡Pobre viejo Juanico! ¡Y pensar que todavía tendrás que cortar muchas veces tonelada y cuarto de caña, para que te roben el cuarto y te paguen una, a razón de diecisiete centavos! ¡Y pensar que tu alma, que no ha dejado de ser candorosa, a pesar de los años, se apega a tu cuerpo con tanta fuerza!

Me dijiste una tarde: “¡Si yo consiguiera un braguero...!” Y yo pensé: “Primero llegará tu ataúd”. ¡Primero llegará tu ataúd! Pero cuando así sea, ¿a dónde irá tu alma después de haber llevado esta vida? ¿Para ti todo será esto? Y los que te han destruido, ¿a dónde irán?...

*
* *

Quando iba a la escuela leí en un libro que contenía nociones elementales de ciencias, que el hombre no podría vivir sin comer más de diez días, si mal no recuerdo. El párrafo, más o menos decía: “La falta de alimentos causa la muerte antes

del décimo día por inanición. La falta de agua, mucho antes, por sed". Y pensando en eso me pregunto: ¿por qué no han muerto todos aquí?

En estos meses de zafra —época de relativa abundancia en la finca—, he visto caer desmayados a varios individuos ante la puerta de la bodega. El primero —un haitiano llamado José Castil—, me causó una profunda impresión, porque nunca había visto cosa semejante. Se hallaba frente al mostrador, pidiendo, jadeante como un buey:

—Bodeguel, depachá mué. Depachá mué...

Y como no pudiera atenderlo inmediatamente, porque otros peones que habían llegado antes me pedían sus provisiones a gritos, su color cambió y quedó cenizo, y se desplomó como un fardo.

Grité: "¡Levántenle!", pero los demás miraban atemorizados, sin atreverse a tocarle. Recriminándoles su actitud, salté el mostrador con una botella de alcoholado en las manos, y ya sobre él, le froté la cara, le hice respirar, y nuevamente le volví a la vida. Su mirada, su cara, ¡todo él!, decía claramente: HAMBRE. Hice que le llevaran al cuarto que ocupaba en el barracón, y poco después le envié comida.

Por la tarde, desde la bodega vi su figura fumando un cachimbo soñadoramente. Estaba sentado en un tronco de los que traen para combustible de la bomba, ¡como si nada hubiera pasado!

Luego vi a un mozalbete de los que trabajan en la resiembra de la caña, caer en forma parecida. A ese le di un trozo de pan y otro de queso, y casi sin sentido, en el suelo, comenzó a engullirlo. Parecía un moribundo, ¡pero comía!

Otro que cayó a mi vista fue un muchacho, casi un niño, que trabaja de gañán en los arados. Ese infeliz tiene a su cargo una hermana con sus dos hijos. Desde las cuatro de la madrugada está pegado al arado con el estómago vacío. De los ojos he visto su silueta atada al hierro, como un trapo que flotase a ras de tierra, a merced del rudo implemento que los bueyes arrastran vigorosamente. Cuando vino ese día a la bodega, cubierto de polvo hasta las pestañas, roto y descuajado, sólo tuvo tiempo para decir:

—¡Pan, bodeguero, pan!

Y cayó de rodillas primero, dando luego con la cara en tierra. Una tos asesina le rompía el pecho. Escupía una

saliva terrosa y sanguinolenta, mientras sus ojos apagados me miraban implorantes y su mano huesuda, encallecida y sucia, arrugaba la orden que poco antes le diera el mayor-domo.

Como otros tantos, había corrido el Maratón del hambre, para caer reventado en la meta.

¡Y cuántos más andan por ahí sufriendo lo mismo, lejos de la bodega! Los hay que tiritan de frío durante todos los días de su vida; que van perdiendo el color y orinan la sangre, presas de la hematuria; que vomitan sus pulmones en los carriles. Caminan llenos de llagas sifilíticas, arrastrando su humanidad envuelta en vendajes asquerosos o sin ellos; y, verdaderos cascarones de hombres, se vacían en sangre por el ano, presas de la disentería.

Y para subsistir, todos sorben caña y comen trocitos de bacalao con batatas, o pequeñas cantidades de harina de maíz con azúcar, o arenques, mientras llega la muerte.

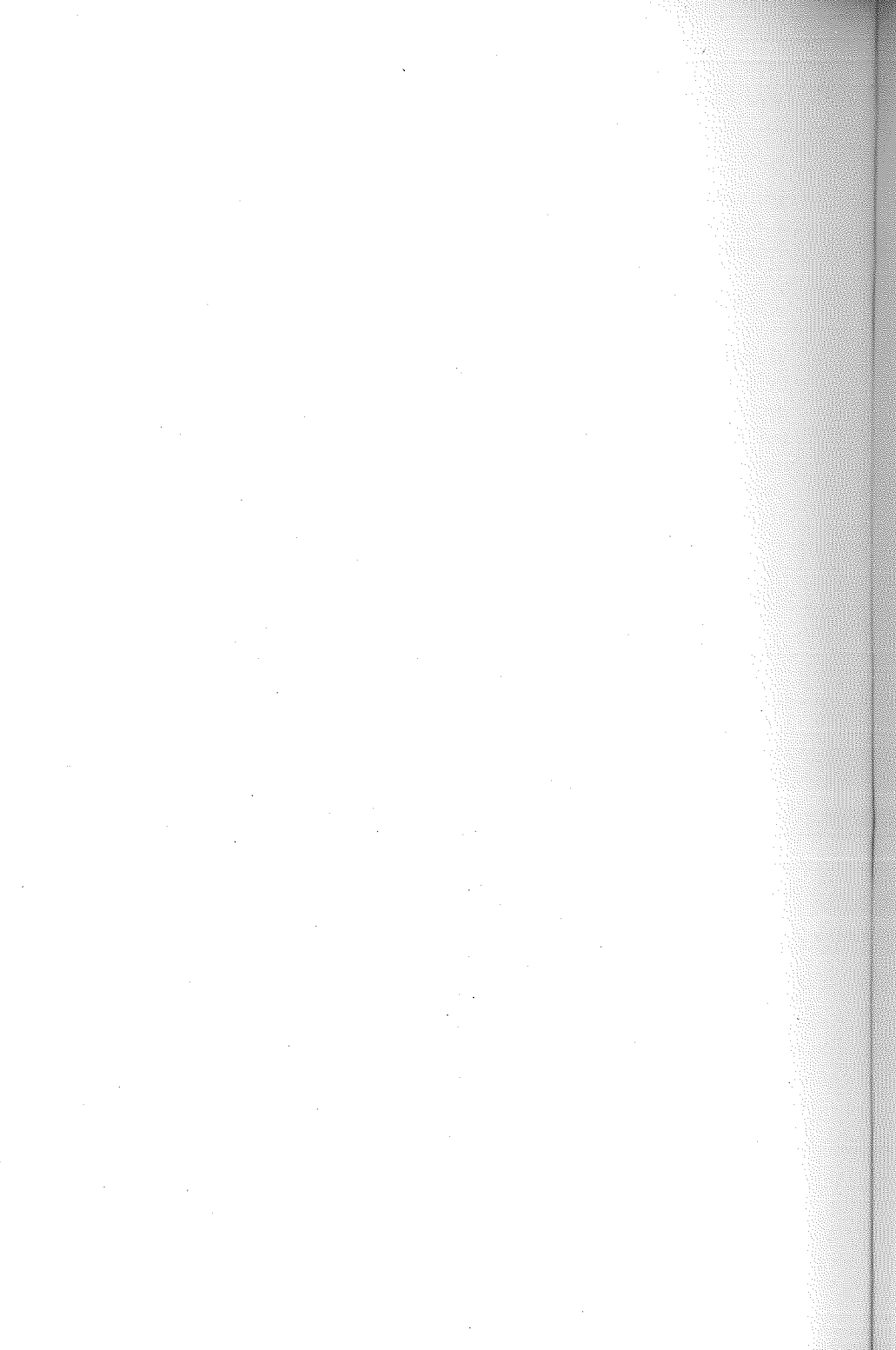
Y cuando el alma vuela, reciben el cajón negro que les regala el central para que hagan el último viaje.

*

* *

Lo dice el texto: "No tan sólo de pan vivirá el hombre". También es necesaria la palabra de Dios. Pero si el Maestro mencionó primero el pan que otra cosa, fácil es comprender que para cultivar el alma, lo indispensable ante todo es vivir. Alimentar la materia donde reside el alimento, para que entonces pueda el hombre pensar en todo aquello "que sale de la boca de Dios". Mas, si el hombre no come, ni es comprendido, sino explotado y abandonado en la tierra, ¿de qué vivirá? Y si por milagro su cuerpo resiste algún tiempo, ¿qué habrá de pensar?...

SEGUNDA PARTE



I

Las noches de un hombre solo son pesadas y largas. En ellas los deseos crecen, se hacen duros, hasta convertirse en dolores. La buena alimentación, el ron, la quietud alumbrada por una lámpara de gas, y sobre todo los recuerdos, son cómplices que torturan...

Uno es mozo y tiene en la mente otras noches pobladas de ruidos, de risas; noches en que no tenía importancia el tiempo. Las escenas vuelven a repetirse unas tras otras, vivas, palpitantes.

Las imágenes vienen como en remolino. Después el pensamiento se va concentrando en una sola. Ella tiene los ojos pequeños, pero lindos y vivarachos, ¡y todo el cuerpo tan joven!

Hace locuras y ofrece la pequeña boca en mohín. No la aman ni ella ama quizá, pero ahora es deliciosa. En los vasos hace burbujas de cerveza. Ahí están unos compañeros también alocados y suena la música. Un merengue. Danzan. Las imágenes van abrazadas, moviéndose lúbricamente, y uno está solo con tales recuerdos en esta bodega, porque no hay mujeres propiamente dichas en la finca.

Enciendo mi lámpara y las figuras huyen. Aparece la bodega con sus paredes desnudas. Apago para volver a pensar. Las ranas croan afuera y una luna fría, mete algún ojo de luz por cualquier reja.

Quedo a todo el largo en mi pequeña cama, sin sueño, con los ojos cerrados. Ahora siento la boca amarga. Las imágenes acechan, pero pienso que en el batey, aparte de Nica y Manuela —hembras desvencijadas y ajenas—, sólo se encuentran haitianas feas y grajosas que nada me inspiran. Pienso también en las que llegan detrás de los pagos quincenales, tan peligrosas que casi resulta insensato arriesgarse con ellas. Y todo me repugna, no por castidad, sino porque he conocido algo mejor, y además, porque quizá ya aspire a encontrar compañera con quien compartir algo más que una noche de ron.

Porque quizás tuve otros planes hace algún tiempo... ¡pero eso fue hace algún tiempo! Y no siempre las cosas suceden de acuerdo con nuestro querer. Esta vida, semejante a la de un preso a quien se le confiara la misión inviolable de vigilarse a sí mismo, me va desmoronando viejos proyectos, castillos de ilusión fabricados cuando no parecía tan difícil vivir. Ahora, todo aparece más estrecho, más opaco, más poquito. Porque he visto en alguna parte, en medio de todo esto una cara limpia, joven y fresca, y eso que en el pueblo no me hubiera hecho pensar hasta más allá de la próxima esquina, aquí ronda en el cerebro.

Porque de noche, cuando las imágenes danzan en la soledad, el hombre tiene horas incontables en una bodega, y con ellas entran y salen recuerdos donde hay diez personajes alocados, y donde hay sólo una pequeña mujer con una cara ingenua y con los ojos llenos de pureza hasta no ser capaces de mirarle a uno largamente. Y esa mujer se acerca, ronda despacio y por fin toma asiento en la mente después del bullicio de los primeros recuerdos, y allí reposa, con los ojos soñadores entornados, con su cuerpo sano, y espera.

Y uno se queda mirándola, se queda mirándola, hasta que se duerme, o hasta el amanecer...

*
* *
*

La ilusión nació en una casita muy pobre, con piso de tierra, que se anida frente a los cañaverales inmensos, por el lado sur de la finca, en un caserío rural que se levanta allí. Es un lugar miserable, donde las tierras particulares se dividen de la compañía por una simple alambrada. Un lugar donde las vacas, cuando hay sequía, se mueren de sed a diez pasos del abrevadero de la finca, porque la corta distancia es infranqueable. Esa tarde me acompañaban Eduardo y Valerio, hablando a gritos por los carriles, al galope de nuestros caballos.

Buscábamos una bachata, un *voudou* o un velorio. Daba lo mismo. Con un acordeón, un coro de voces salvajes o de voces que elevaran un rezo por el alma de cualquier difunto, nos hubiéramos divertido igual. Íbamos de batey en batey, cuando al llegar a aquel caserío nos atrajo una bodeguita particular con la sonrisa de su aparador.

El día estaba radiante, pero una nubecilla vagabunda que erraba por el cielo de la tarde, comenzó a desprenderse en llovizna, a la luz del sol. El dueño de aquella bodeguita, un mulato avejentado, comunicativo y de alma sana, nos saludó con amabilidad y nos invitó a entrar. Casi sin mediar preámbulos, el hombre comenzó a hablar, primero de su negocio; después, de la estrechez de su vida en aquel sitio.

La compañía no quería que él viviera. Aquella bodeguita, cuyas existencias no pasaban de cien dólares, era una verdadera tortura para el central. Varias veces, mayordomos, colonos, contratistas y ajusteros de esos contornos, recibieron circulares estrictas prohibiéndoles expedir alguna orden personal contra aquel ventorrillo. Y si algún peón insistía en hacer sus compras allí, prescindiendo de los vales de la compañía porque el dueño de la bodeguita le abriese un crédito, se le señalaba como desafecto al central y se le acorralaba, ejerciendo sobre él terrible presión. El mayordomo nunca se lo diría abiertamente, pero ¡ya se cuidaría de darle trabajo! Hasta que al fin el peón, viendo que allí no ganaba un centavo, imposibilitado para pagar-

le cualquier pequeña suma al dueño de la bodeguita, arreglara su mochila y marchara hacia otra parte, al interior de la finca, donde la compañía es el único comerciante que puede vender.

El hombre se acaloraba narrando.

—¡No dejaré que muera de hambre mi familia, aunque mil centrales me odien y me acorralen! —lanzaba en tono de desafío.

Y lo decía como quien se defiende ante un juez.

Le oíamos sin comentar, porque así convenía a nuestra condición de bodegueros de la compañía. En ese momento un grupo de muchachos, probablemente hijos del viejo, correteaba en el interior de la casa. Fue casi a la hora de marcharnos cuando una mujer blanca, muy bella a pesar de sus cuarenta años, habló de que se estaba colando café. Y poco después entraba una joven a quien no habíamos visto, con cuatro tazas en una bandeja.

A los tres nos asaltó la sorpresa. Eduardo la miró con ojos displayados y olvidó el café. Valerio de casualidad no estalló con un comentario de los suyos. Yo —¡no me explico!— tuve un pensamiento raro y veloz: “¡Si fuera mi mujer!”...

*
* *

Después de aquello ninguno de mis compañeros ha vuelto, pero yo he trillado muchas veces el mismo camino.

Ella y yo hemos estado siempre cerca. Mucho le he hablado, pero de cuanto le he dicho nada recuerdo. Sólo sé que me he sorprendido diciéndole cosas tan formales que a veces me sueñan como dichas por otro. Y he hablado de esperanza, de amor...

El padre me ha tomado gran cariño, a pesar de que la madre me mira con cierta inquietud que en vano desea ocultar. El hombre y yo agotamos todo el tema de las bodegas y desmenuzamos las hazañas del central. Él me dice: “Apure el *over* y ponga su tienda propia. Salga de aquí.” Yo comienzo a pensar en esas cosas y —¡parece increíble!— veo un porvenir con la hija de este hombre, detrás de un mostrador, yo satisfecho, feliz, con algunos chiquillos que piden golosinas que no pueden

alcanzar en el aparador. Veo los deditos, las manecitas, gordezuelas, y oigo las vocecitas. Y siento a mi lado a la mujer.

Me invade una ola de ternura. ¡La mujer! Ella aparece, con una sonrisa, regalándome toda la esperanza. El viejo sigue: "Usted es joven. Con sus relaciones y un poco de dinero, (¡casi nada!, quinientos pesos), consigue un buen crédito, abre un buen establecimiento. Créalo, el comercio está mal, pero un hombre vivo todavía puede hacer algo. ¡Yo porque estoy tan viejo!" No es tan viejo, lo que pasa es que mira ahora a todos sus hijos, ocho en total.

Los chiquillos vienen a mí.

—Don Danielito, ¿me va traer dulce?

—¿Me va traer la muñeca?

La madre no está allí, y ella, la que ronda de noche en mi mente y se sienta y entorna los ojos y espera, dice:

—Muchachos, no sean así.

Y es un murmullo su voz. Sonríe y se acerca a mí. El padre se va y ella queda. Yo me abandono sin hacer resistencia, porque mi corazón aún es nuevo para el amor.

*

* *

¡Mi corazón es nuevo para el amor! ¡Si no fuera por esta realidad!...

Varias veces, entre las paredes de mi cuarto, cuando la luna mete su ojo por un agujero, dormido ya el batey, he hablado conmigo mismo. Me he dicho:

—"Razona bien, compañero. Quieres tomar mujer. No tienes dinero, ni empleo permanente. Corres peligro. ¡Pueden llegar los días negros!"

Y algo apasionado, henchíendome el pecho, ha respondido:

—"El hombre no ha nacido para vivir solo".

Y he vuelto a decir:

—"Pero no habrá siempre salud, buen humor. Debes asegurar el porvenir. ¡Te arriesgas a una aventura!"

La otra voz convincente, suave, ha dicho:

—"Eternamente hallará el hombre un refugio en la tierra".

Sigo objetando:

—“¿Y si el hombre lleva algo a cuestras? ¿Si lleva la mujer?”

Responde:

—“¡Tonto! Los pájaros van de dos en dos y nadie ha sabido que hayan muerto por falta de albergue”.

—“Pero el hombre halla mayores obstáculos. Su vida es más complicada...”

Y casi enfurecida ha dicho la voz:

—“¿Miedo a tu edad? ¿Acaso no quedaste ya un día solo en la vida y hallaste el camino de no perecer?”

—“¡Compañero! ¡Es que aquí se vive con la conciencia clamando!”

—“¿La conciencia? ¿Acaso eres el creador de todo este mal? ¡Todo estaba aquí!”

—“Sí, pero debo hacer un esfuerzo por no cooperar con exceso, y el día que seamos dos, ¡tendré que apretar más!”

—“¡Niño! Nadie aquí podrá hacer el bien. Con quitar uno en vez de dos no remedias el destino de nadie. Aún absteniéndote de quitar y dando algo de lo tuyo, y aun todo, no harías nada. Tu bien se perdería como gota de agua en el mar”.

—“¡Compañero!...”

—“¡Calla! No te acobardes. Tu obligación es vivir, disfrutar de tu permanencia en la tierra a costa de lo que fuere. ¡Y para ello es necesario luchar!”

—“Pero, ¿le daré a ella ese pan amasado con gotas de sangre?”

—“¿Acaso te dan lo que ganas? ¿Alguna vez te han tratado como a un ser humano?”

—“Es verdad... ¡es verdad! Pero al hombre le es trabajoso aceptar bruscamente ciertos cambios...”

—“No lo sentirás, porque ella endulzará tu vida. Después de tu día de faena te hará dormir sin pensar en la miseria ajena, porque el hombre dichoso es egoísta”.

—“¡Compañero!... Casi me convences, ¡casi me convences! Te has asociado con la soledad; la noche, como un nudo, se aprieta. ¡Su recuerdo está siempre en mí! Dentro de poco...”

—“¡Serás feliz!”

—“¿Cierto?”

—“¡Cierto!”

Y la esperanza ha embalsamado el ambiente. Y el recuerdo de los hombres gastados se ha hecho borroso. Ella ha tomado

asiento y con los ojos soñadores entornados, ha sonreído en su espera. El deseo de vivir otra vida ha crecido como una flama. ¡El sueño ha venido y ha volado conmigo en sus brazos!

*
* *
*

Amanece. Ya en el trabajo, recuerdo el diálogo de la noche anterior, y a la luz del día pienso: "El hombre dichoso es egoísta —dijo la voz—, pero, ¿soy yo dichoso? Y si lo soy, ¿por qué me siento abominable entre los demás? En los primeros meses robaba onzas, centavos, y adulteraba cualquier comestible, con cierto cargo de conciencia; mas, acallaba la voz acusadora diciéndome: "No es para mí. La necesidad de sostenerme me obliga." Pero hoy, ¿qué puedo decir?"

Una tarde le dije a mi novia: "Nos casaremos dentro de un mes", y desde entonces insisto en el robo hasta la impiedad. Le he quitado onzas y centavos a individuos cuyo aspecto, al volverme la espalda -resignados, rotos, gastados como un hierro viejo-, me ha apuñalado el alma, y he estado a punto de gritar: "¡Eh, hermano! ¡Ven! ¡Toma lo tuyo! ¡Pégame fuerte! ¡Soy un canalla! ¡Soy un ladrón!" Pero he ahogado el grito al llegarme a la boca, y golpeando furiosamente algún objeto, he alejado la tentación.

Luego, tratando de justificarme, atropelladamente he dicho: "Pero ¿por qué no me pagan lo que necesita un hombre para vivir? ¿Por qué me encierran? ¿Por qué me despachan menos de lo que me cargan en las facturas? ¿Por qué me exigen más? ¿No son ellos culpables? ¿No tengo derecho a la vida, como cualquier animal?"

Y a pesar de todo, he creído oír algo diciéndome: "Entonces, ¡vete!"

Pero me he rebelado gritando: "¿A dónde he de ir? ¿Se halla algo que hacer hoy día? ¿Soy acaso el único que roba aquí? ¿Por qué se me exige tanto? No haría esto si hallara otra cosa. ¡No me iré!"

Y como si lo dicho no fuera suficiente, he vuelto a objetar: "¡Son muy duros los días sin pan! Ya no hay padres para hijos, ni hijos para padres. El hombre es un náufrago en la tierra, y debe asirse a lo primero que encuentre, para no perecer. ¡No me iré!"

Y nuevamente me he colocado en el lugar de ventas...

II

Ayer se ahorcó un bodeguero. Era un hombrecito flaco, blanco en canas sin ser completamente viejo. En el rostro se le retrataba el alma fácil a naufragar en todas las tormentas. Lo conocí una tarde, en su bodega. Me lo presentó Valerio. Aquel hombre tenía esposa y varios hijos a quienes amaba quizás excesivamente. Vivía solo en la finca, porque según me dijo, no quería traer los suyos a estos bateyes "a que se le volvieran arados".

Ganaba ocho pesos semanales. Era detestado del *manager* porque después de éste haberle negado trabajo, el hombre fue a la oficina del administrador de la compañía y allí obtuvo una tarjeta que puso a nuestro jefe en la obligación de emplearlo.

Como en la oficina del *manager* se sabía que pagaba alquileres de casa en el pueblo, que sostenía a su familia, y que, además, hacía sus gastos aquí, vivían sobre él, sin darle tregua un momento.

El alemán se convirtió en su verdugo más implacable. Cuando llegaba a su tienda, como una red le tendía mil preguntas, buscando la forma de atraparlo en alguna frase comprometedora. Los inventarios se le sucedían con inusitada frecuencia, sin dar tiempo a que se cumpliera un mes. Tanto lo asediaron y tanto tomó a préstamo para cubrir las sumas que retiraba de la tienda —porque no hay que decir que con

el sueldo no podía vivir—, que al fin no halló con qué cubrir el último déficit, y mientras le tomaban el inventario, se ahorcó en el cuarto de depósito de la bodega.

El *manager* ha impartido órdenes estrictas prohibiendo que se comente el caso. El empleado a quien se sorprenda refiriendo el asunto será despedido. Los bodegueros se hallan profundamente conmovidos. Todos dicen que el alemán lo mató.

Hubo uno, que tan pronto como supo la noticia, se dio a beber desesperadamente. Pasó la noche cantando, como loco, rasgueando una guitarra cuyas cuerdas se rompían una tras otra, sin que el músico pusiera reparo en ello. Durante ese tiempo, su querida —una de esas mujeres del arroyo que había llevado a vivir con él—, le rogó varias veces que dejara aquello y durmiera un poco. El hombre, que no le contestaba, en una de esas ocasiones saltó sobre ella gritando: “¡Maldita! ¡Maldita!”, y le desgarró las escasas ropas que tenía puestas, borracho de ron y de ira, y le dio puntapiés, mojicones, y rebencazos, con una cuerda de pita doblada en varios cantos. La hembra, magullada y ronca, en vano imploraba, gritando. Él seguía, y quién sabe si le hubiera dado muerte, de no haber llegado varias personas al amanecer.

A las ocho de esta mañana, ante el asombro de todo el batey, el bodeguero dejó la tienda abierta, fue al teléfono, llamó a la oficina del *manager*.

—¡Vengan a coger su maldita bodega! —gritó.

De allá le preguntaron, asombrados:

—¿Qué le ocurre? ¿No puede esperar durante el día de hoy?

—¡Vengan! ¡Venga! —rugió el hombre—. ¡Si no llegan pronto, la dejo abierta y la robarán los peones!

Y como por el tono de su voz se adivinaba su estado, salieron a toda velocidad hacia el lugar de la llamada. Desde que llegaron, el bodeguero comenzó a sacar sus bártulos, y no bien hubieron terminado el inventario, ya él estaba listo para marcharse. Tenía un déficit de unos cuarenta dólares y centavos. Firmó los papeles, dejó a la mujer —quizás para no ocuparse más de ella— en casa de unos vecinos, y se fue carretera arriba, con su maleta al hombro.

En alguna parte consiguió un caballo. Poco después, no se por qué capricho, pasaba por mi bodega. Compró media botella

de ron, y mientras se echaba un trago, con los ojos hundidos por la falta de sueño, limpiándose la boca con la manga de la americana, me decía:

—Le tengo pena a todos los que se quedan aquí. ¡No saldrá uno entero! ¡El que no se ahorque, no será más hombre!

Dicho esto, guardó la botella, tomó su maleta y montó en el caballo que lo trajo hasta aquí.

No se adónde irá. Probablemente tampoco él lo sabe...

Una pregunta se me cuaja en el alma: ¿podrá una mujer atenuar todo esto?...

Y a pesar del amor, se me enfría la esperanza...

*

* *

La zafra va caminando. Cuando no trabajo, deshilo mis ratos mirando las múltiples escenas de la vida diaria, por el lente de una ventana. Un día de estos hubo fuego. Cuando comenzaron a levantarse las montañas de humo en medio de los cañaverales, los hombres que reposaban un momento en el batey —era mediodía—, intentaron esconderse, llenos de pánico. Vi al haitiano Jean Batis correr hacia la pieza de caña con un plato de comida en las manos, tragando mientras corría. Otros que estaban cocinando, cogieron sus calderos y huyeron con ellos. Algunos que hacían compras en la bodega, se lanzaron del balcón y se escondieron debajo del piso. Otros corrían sin dirección. En eso aparecieron Cleto y otro policía del central, galopando como centauros, machete en mano, vociferando amenazantes:

—¡Pa la candela, bando j'e degraciao! ¡Pa la candela!

Y como algunos pretendieran seguir huyendo, el cibaño, revólver en mano, les amenazaba:

—¡Párense, jijo j'e puta! ¡Párense ante que le rompa ei pecuezo!

Algunos de los que estaban de compras, no tuvieron tiempo de guardar sus provisiones, y un viejo que salía en esos momentos del patio fue atropellado por el otro policía, y sus paquetes rodaron por tierra, deshechos. Otros que se hallaban en sus viviendas, dejaron el plato de comida por mitad, escarmentados, sin tratar de huir; y todos, forman-

do una manada, fueron echados por delante de los caballos, a trote de bestias.

Los mayordomos de otros departamentos pasaban a galope, con las camisas hinchadas de viento y las alas de los sombreros plegadas sobre sus copas, gritando:

—¡Al fuego! ¡Al fuego!

Los blancos llegaban unos tras otros en veloces y cómodos automóviles. Iban como generales a dirigir sus ejércitos.

Yo he visto un fuego. La caña arde como paja, despidiendo un humo negro, asfixiante. El viento empuja la candela, fustigándola. Los escuadrones de peones son lanzados sobre las llamas, armados de sus mochas de trabajo, para que las detengan trozando la caña. El calor es terrible, ¡mucho más terrible de lo que se pueda imaginar!, y las llamas tienden sus lenguas hasta los hombres, quemándoles los vellos y el pellejo. Los peones retroceden cuando una ráfaga de viento les arroja el furioso elemento encima. Aterrorizados, ardidados, locos, algunos huyen. Mayordomos, capataces, contratistas y policías, van sobre ellos rugiendo: “¡Pa la candela, pendejos! ¡Pa la candela!” Y sus recios machetes caen de plano o de lomo sobre las espaldas de los fugitivos o de los simplemente acobardados. Entonces, todos se lanzan nuevamente, desesperados, sobre el fuego, por miedo a simples hombres armados.

Cae uno, cae otro. Son los asfixiados. Se les arrastra un poco y allí se les deja. Quizás haya un practicante —¡quizás!— que haga algo por ellos. La lucha sigue. Aquel mayordomo lleva su cuadrilla abriendo una trocha. Ya casi la termina al fin de una o más horas de batallar sin tregua, pero salta una chispa al otro lado y prosigue el fuego con nuevos ímpetus. Gritos. Los hombres están bañados en sudor, extenuados, sobregiradas a tal extremo sus energías, que ya no se explica cómo lanzan nuevos golpes. El que detenga el brazo un momento no podrá levantarlo más. Sigue el fuego, sigue el humo. ¡El fuego! ¡El humo! ¡Golpes! Los blancos dan órdenes y los hombres combaten contra las llamas hasta que logran vencerlas.

Por más de una hora me ensordeció el tiroteo de la caña que ardía. Las mujeres y los chiquillos del batey, bajo la fragua del sol, comentaban el hecho, haciendo pantallas con las manos para poder mirar hacia el lugar del siniestro. Mi vista no se apartó de las montañas de humo que se elevaban al cielo.

Cuando todo terminó, los automóviles de los blancos volvieron por el mismo camino. Los mayordomos, los capataces y los contratistas, vinieron a la bodega a tomarse algunas botellas, "para no coger pasmo", y los peones, tiznados, chamuscados, sin aliento, volvieron al corte a levantar sus carretadas de caña o a cortar otras nuevas.

Más tarde, haciendo sus compras, comentaban los sucesos. Decía un criollo llamado Montero, en tono de lamentación:

—Yo soy e l'ombre de má mala suerte. Acababa de comerme mi trozo, y dende que largué unoj mochazo en el maldito fuego, me dentro vómito y tuve que arrojarlo to...

Y terciaba un haitiano:

—¡A mi sacán casi ajogao, compai!

Dijo alguien:

—¡Ojalai te hubiá muerto!

Y como se oyera entre el grupo una risotada, hubo quien gruñera inconforme:

—¡Carajo, no se rían! Que cada vez que veo agolpiando a los s'ombre y pienso que uno tiene que apagar eta maldita caña de balde, ¡me jierve la sangre!

En ese momento pasaban Cleto y su compañero con dos hombres atados por los brazos. Eran presuntos autores del fuego. Engendraba esa sospecha el hecho de haberles encontrado cachimbos y fósforos en los bolsillos, cuando ellos mismos luchaban contra las llamas.

Alguien murmuró con ira, entre dientes:

—¡Abusadore!

Pero los del cortejo, que no oyeron, siguieron —a caballo los policías; a pie los otros, sujetos a las sillas de las monturas por cuerdas nuevas de pita.

*

* *

Algunas veces llueve a torrentes. Los carriles se hacen intran-sitables. Los hombres entran y salen del corte, mojados como guabinas, encogidos, con la mocha debajo del brazo, tiri-tando del frío, semidesnudos. El capataz y el viejo Dionisio se ven desde aquí con los sombreros calados, alicaídos como muñecos de azúcar que se derriten sobre sus monturas.

En esos días más que nunca el trabajo es penoso. Los bueyes se estiran empleando todas sus fuerzas. Los del tronco tiran inclinados de frente, embarbados, sujetos al yugo que se agarra al pértigo por medio del blasón. Los tercios y guías van delante, con el hocico hacia el cielo y los cuernos hacia atrás. Las cadenas parecen estar próximas a estallar. El carretero, como una furia, poseído del vértigo del trabajo, vocea, grita, insulta, clava, hiere, golpea, hechó un demonio. El eje de la carreta se queja como un enfermo. Los bueyes tiran más y más, y todos juntos —animales, carreta y hombre— forman un grupo simbó-lico que no se olvida nunca...

A veces el pértigo se rompe, se desgrana una rueda, o se vuelca la carreta. Entonces se agudiza la desdicha de todos. El picador ha de volver a levantar, caña por caña, la carreta que ya creía en el vagón. El carretero es insultado, amenazado y a veces despedido. Como quiera, ese día es perdido para él y el picador.

Caen los torrentes de lluvia sobre los hombres que se desha-cen en los campos de caña. Aumentan las fiebres palúdicas en toda la finca. ¡Los mosquitos no dejan vivir! Las ranas croan hasta querer reventar. Los días son grises como la vida. Se pierde el sol...

III

Desde que tuve novia, las tertulias escasearon en mi bodega, porque los domingos eran para ella. Cerraba la tienda, montaba en el caballo que desde las once esperaba ensillado a la puerta, y volaba por los carriles hacia el campito donde vivía mi amor. Cuando me acercaba al caserío, lo primero que veía era su figurita graciosa que corría a alcanzarme. Detrás de ella saltaban los chiquillos. Yo echaba el pie a tierra y le abandonaba el caballo a los niños. Entonces ella y yo nos íbamos del brazo, alborozados, mirándonos a los ojos, riendo como tontos.

Comíamos juntos. Ella revoloteaba a mi lado como un pajarillo.

—¡Fui a buscar este tomate hasta el bohío del viejo Cirilo! —me explicaba en tono triunfal—. ¿Ves las lechugas? ¡Las sembré yo! Papá fue al pueblo hará unos dos meses y le dije: “Papito lindo: me traes semillas de lechuga que te voy a dar una sorpresa, ¡las voy a sembrar! Te las pondré en la mesa”. Y él, orondo, lo creyó. Ahora en secreto: eran para ti.

Yo estaba algo idiota de satisfacción. Mi ancho cuerpo cubría la cabecera de la pequeña mesa. Otra vez su voz sonaba:

—Papá, deja esa bodega. Ven a comer. Mamá, deja la cocina. Ven.

Respondía el padre:

—Pero hijita, ahora es la mejor venta. Coman ustedes. Cuando terminen, vengan a reemplazarme.

Decía la madre:

—Hija, tengo que atender a los niños. ¡Ya sabes que a la hora de comida todo es batallar!

Se olvidaba de ellos. Me seguía diciendo:

—¿Qué comes allá? ¡Te voy a hacer un puré! Mira; aprendí ya a hacer los suspiros sin que la clara se vuelva un chorro. ¡Y el pollo te gusta! Comeremos pollo todos los días. ¿Te pone pollo la vieja? ¡No creo que comas esa carne de buey! Mira; llevaban ayer un pobre buey, ¡qué pena! Estaba lleno de cicatrices el pobre animal. ¡Lo maltrataban tanto! ¡Y tanto como trabajó en todos sus años! Pues... llevaban a aquel infeliz al matadero, y esta mañana, —¡Dios, parece increíble!— lo trajo el carnicero, en sus cajones, hecho pedazos a cinco centavos la libra.

Yo la oía; reía a veces. Ella seguía hablando:

—¿Sabes lo que hice el otro domingo después que te fuiste? Pues, bueno, comenzó a llover. ¡Cuánto llovió! ¡Cómo te mojaste! Yo veía el carril, y los cañaverales arropados por la lluvia. Veía el camino y pensaba: “¡Como se va mojando el pobrecito!” ¡Me daba tanta pena!... ¡Ah! ¿Me dejas el tomate? ¡Vamos! ¡Vamos!

Las horas corrían. Salíamos al campo. En un árbol caído a pocos metros de la casa, en un potrero que le servía de patio, nos sentábamos. Mirábamos los inmensos cañaverales. A nuestras espaldas estaba un empobrecido monte, donde se encontraban, salteados, pequeños conucos. Hablábamos:

—Cuando nos casemos...

Era mi voz. Yo pensaba: “Allá en la bodega no hay tantos mosquitos. Yo tengo mosquitero, y también uso *Fly*. Estoy diciéndole al peón que me ayude a descargar los pedidos del tren, que me haga una cocinita cobijada de cogollos. Cuando llueva se cocinará en la casa. La casita es como todas: el cuartito de dormir y el otro cuartito que hace de sala y comedor. ¡Ah! Voy a pagarle a uno para que me haga dos escalerillas. El piso es alto y hay que tirarse desde arriba. Es difícil subir, y ella... Bueno. Hay que poner escaleras. Cuando no haya leña, Baldurí me dará astillas para la vieja Mercé. Baldurí es muy bueno. Tiene una mujer panzuda que se da una vida regalona mientras el buen negro suda. Causa risa. Baldurí es flaco. Todo

el día raja leña y canta himnos protestantes. La mujer lee la Biblia. Son muy aseados. Baldurí es muy bueno...”

Recuerdo. Ahora nuevamente el cuadro está ahí. ¿Quién habla? Ciertamente, no sé. Puede ser divagación en silencio. Pueden ser palabras dichas sin coherencia. Ella, con la cabeza reclinada en mi hombro, sueña. —Yo, muy torpe, digo:

—Una vez me dijiste que no querías estar en el campo, y ahora... ¡vas a estar allá! ¿Has pensado? Una bodega no huele muy bien. Me lo dijiste una vez. Yo pienso que...

Me interrumpe:

—Contigo todo estará lindo. La bodega es linda.

Está soñando.

—Pero... (mi voz sale gruesa, como un murmullo de bajo). Si ahora estás conforme, después...

—No. ¡Siempre será igual!

Sigue soñando en mi hombro. En mi cara juegan sus cabellos. Se van las horas. Recuerdo. Por allá el sol hace de las suyas y las nubes, caprichosamente, se tiñen como un cromo de colores muy vivos, como uno de esos cromos litografiados, baratos.

Llega la noche. Estamos en la casa. La cena. Otra vez aquellas palabras. Otra vez las mismas palabras. Pero no son las mismas palabras.

Después, nos han dejado solos en un rincón. Nos pegamos. La estoy besando y ella entrega su boca sin rebuscamientos, palpitante. Se oyen los demás en la bodeguita. Un campesino cuenta una historia: “Ladrón como ese...” Ella toda está abandonada, ¡y tan triste esa lamparita!

Se deslizan las horas. Las ocho, las nueve, las diez. Ya está cerrada la bodeguita. Ahora todos estamos juntos y vuela el silencio.

Habla el padre, habla la madre, los chiquillos están soñolientos. Las once. Es hora de partir.

Recuerdo. Me acompañan al patio, hasta el caballo. La madre lleva una jumiadora en la diestra y la pone en alto, para mirar por debajo.

—Coja el carril de en frente —dice el viejo— Por ahí sale a la vía general. Después tuerce. Es el camino mejor y más corto. Yo lo conozco como a mis manos.

Me agarra el estribo.

—Una vez seguí yo por el otro carril...

—Bueno, adiós. Buen viaje.

—Hasta el domingo.

—Hasta luego.

Ella murmura:

—No te enfermes. Ven...

La noche está en frente: prieta a veces, otras con luna, otras lluviosa. Mi caballo echa a andar.

Ahora voy por los carriles y dejo al animal que coja cualquiera, que marche a su gusto. Los tragos de una botella que llevo para acortar la jornada, y el recuerdo de aquellos momentos después de la cena, me incendian la sangre. Allá adentro me grita el corazón: "¿Por qué no la traes esta noche?"

Y todavía a los muchos ratos, un eco que se me ha ido cuerpo adentro, dice: "¿Por qué no la traes?"

Así sucedía. Lo recuerdo.

*

* *

Vi pasar las semanas, hasta que llegó el día anterior al de mi boda. En el pecho se me crecía la esperanza. La casita de la bodega presentaba un aspecto tan diferente, como si la dicha se hubiera mudado a mi lado.

Es pequeña la vivienda; de techo tan bajo, que en los aleros, sin alargar mucho el brazo, puedo tocarlo; pero las paredes blanqueadas de cal, la fingían alta. El piso lucía blanco, limpio, lavado por la vieja Mercé. Brillaba en el aposento una cama de caoba lustrada. En la salita-comedor, había sillas y mecedoras de guano, nuevas y sin pintar. En un rincón se veían anafes, calderos. Sobre una tablita estaban unos platos, vasos y jarros. Una tinaja, en otra parte, sudaba.

Los rayos del sol entraban danzando por una ventana. La mesa donde comeríamos, lucía unas flores que se refrescaban en el agua de un frasco que fue de aceitunas y que ahora hacía de florero. En el aposento, un espejo reía, porque al día siguiente la reflejaría a ella.

No se hablaba de otra cosa en el batey. Los peones, con sus órdenes, se gastaban conmigo sus guasas.

—Mañana etrena...

—¡Con que uté se guinda, bodeguero!

Y no faltaba un buen viejo que dijera:

—La virren lo jaga bien empliao.

También los amigos, con el humilde regalo, trajeron sus frases:

—Pa reposar, e l'ombre necesita mujer —dijo viejo Dionisio.

—Dichoso ei que jalle mujei pa amarraise. A mí ninguna me guta do día —comentó Cleto, escupiendo.

—Ya no podrás decir: "si aquí me come, aquí me rasco"...

—rezongó Valerio, medio borracho.

—Vas a echar raíces —sentenció el inglesito.

Eduardo fue el único que no omitió opinión. Me hizo esta pregunta:

—¿Sabes lo que haces?

Y creo que al oírlo, el corazón me dio un vuelco...

*

* *

Ahora, después de unas semanas, casi no recuerdo como fue ese sábado de mi matrimonio. Me concedieron permiso para que cerrase la tienda a las cinco de la tarde, ya que se trataba de que me iba a casar, y me fui al pueblo en un automóvil negro que devoró los carriles y su postre de carretera polvorienta.

Llegué al fin a la casa de una tía de mi novia, donde me esperaban. Mi amor vestía de un color que según las mujeres simboliza esperanza. El padre era un estertor de alegría. La madre, con el ceño adusto, los ojos ligeramente velados, brindaba sonrisas fabricadas en las comisuras de sus labios con bastante perfección. Se aglomeraba un gentío compuesto por vecinos que comían dulces y bebían cerveza. Las muchachas casaderas del barrio me miraban con ternura. Llegó un señor, todo vestido de negro, con un gran libro debajo del brazo y unos espejuelos cabalgando en el lomo de su nariz ganchuda. Se comenzó el acto...

De lo que dijo el hombre no recuerdo nada. Sólo tengo en memoria que nos hizo la misma pregunta a los dos, y que respondimos "sí". Tan pronto como sucedió eso, una muchacha del grupo, saltó sobre mí, me besó en una mejilla y escapó entre el gentío. Después supe que se quería casar. Comenzaron a arrancarle azahares a la novia; se armó una algazara de felicitaciones y de aparente alegría. Poco después, el mismo automóvil negro que me llevó, nos traía a la bodega, hurgando en la noche con sus ojos de luz.

Llegamos. Mi mujer pareció perder la última esperanza cuando el vehículo se alejó. En la casita blanca, alumbrada por una melancólica lámpara de petróleo, se me volvió un temblor de tórtola asustada...

Después de unos días, me dijo sonriendo: "Tuve miedo de quedarme con un hombre".

Y yo, que nunca he temido quedarme con mujeres pensaba: "¿Por qué aquella noche estaba encogido?"

IV

No me explico qué luz emana de sí la mujer en la casa. Varias veces he tratado de saber por qué los dos cuartitos que forman nuestro hogar, ahora se ven tan amplios. Y por qué, objetos que antes escapaban a mi vista, ahora parecen animados. Ya no siento ese silencio oscuro que salía de la casita como de una cueva. Es raro que deje de oírse la charla entre mi mujer y la vieja Mercé. ¡A veces oigo hasta un canto! Siento olor de guisos, venido de ahí mismo; rascar de escobas que buscan telarañas; mi nombre, que no parece mío al salir de su boca, ¡mil detalles ínfimos que le han inyectado vida al ambiente!

Y sin embargo, en mis ratos de conversación interior, siento temor de confesarme que no estoy alegre. Hasta ahora todo marcha bien, porque con lo que gano podemos vivir mientras las cosas sigan así, pero si algo altera el curso de nuestra vida, ¿qué sucederá?...

Sí, ¿qué sucederá? Esta pregunta me persigue, me asedia. Y es que, una vez dueño de la mujer, rota la soledad, ido el acicate de las noches de ron; en fin, una vez hombre satisfecho, fácil a la doblez, frente a la verdad que está al alcance de la mano, me he confesado mientras ella duerme reposadamente a mi lado: "Esto no es vida". ¡No es la vida! Porque está bien que el hombre

se conforme con tener casa, comida y mujer, para llenar su existencia; pero mujer, comida y casa propias, sujetas a su voluntad. Y yo ¿qué tengo? ¿Mujer?... Ella duerme a mi lado y yo pienso que esta criaturilla es como un niño que no piensa en la vida, porque nunca ha tenido necesidad de darle rumbo a su nave. Sus años apenas llegan a veinte. Ayer vivió de los padres, que la cuidaban como se cuida a un pajarillo que no sabe trabajar. Hoy navega en mi barca... ¡en mi barca que se acoge a puerto prestado, sin saber qué noche de tempestad le cortarán las amarras!

¿Casa? ¿La tiene acaso el mercenario, el paria?

Y comida, ¿es mía la que arranco a zarpazos de esas manos sucias que ya casi son tierra?

¡Esto no es la vida! Como decía el rey del cuento armenio, esto es transitorio. Los días negros vendrán, porque el futuro no está escrito en el destino, sino que es el producto de las operaciones realizadas hoy, porque la vida es aritmética. Dos por dos, hacen cuatro, y el presente, sin medios propios de vida, sin horizontes de progreso, es igual a un mañana compuesto por miseria y hambre. ¡La aritmética no falla!

La soledad me engañó y se fue... Antes, si algún pensamiento hosco me atormentaba, dejaba que mi rostro tomase la expresión que quisiera, porque nadie me veía. Ahora soy una especie de actor, porque comprendo que no debo mostrar desaliento delante de mi mujer.

A veces ella dice: "Cuando salgamos de aquí... cuando tengamos un hijo..."

Y yo me pregunto: "Y entonces, ¿qué pasará?" Luego comienzan los cargos de ese otro hombre que cada uno lleva en su interior: "¿Olvidaste la verdad de la vida? ¿Creíste en la ilusión? ¡Lo pagarás! Eres un abandonado a tu suerte sin rieles."

En esos momentos mi mujer me dirige reproches:

—No me hablas. No recuerdas que estoy aquí. De día para ti sólo hay bodega; de noche, suma de vales, reportes. Y cuando terminas: libros, revistas; o si no, te quedas ahí, ¡embelesado!...

Y yo me excuso. Pero vuelve la pregunta: "¿Qué pasará?"

A veces, en noches de luna, saltando como una rolita, me dice mimosa:

—Vamos a pasear. Me cansa estar encerrada. No ponemos un pie afuera.

Yo estoy molido, pero salimos. Se oye el golpe de las mochas de los peones, que en su afán de rendir el mísero salario, trabajan de noche, rehusando dormir. Veo sus siluetas y los golpes de sus mochas me encienden la angustia. Comienzo a hablar... “¡Hasta cuándo los hombres vivirán como bestias! Hasta cuándo...”

Olvido que ella no conoce la vida, acalorado en mi discurso sobre los que están abandonados en la tierra, y al fin observo que bosteza aburrida, disgustada...

En ciertas ocasiones soy cruel y le digo:

—¡No entiendes! ¡No ves! ¡No sabes! ¡No deseas aprender!

Sus ojillos de animalillo asustado me miran como si quisieran explicarme algo. Parece que va a llorar. No cedo, aún sintiendo mi injusticia, y luego, aguijoneado por el remordimiento, vuelvo al ron como en mis noches de soledad, cuando era soltero.

Ella sufre en la cama. Yo bebo. En mi adentro dice el hombre acusador: “¡Ya verás!...”

*

* *

Los amigos, que al casarme se habían alejado por completo, nuevamente fueron apareciendo. El primero en llegar un domingo fue Valerio; luego vino Eduardo; más tarde, el inglesito.

Simulaban que iban de largo, que habían llegado nada más que a saludarme... Pero yo sabía que no era a eso, sino que el vacío que se hizo en todos al desaparecer aquellas tertulias de mis días de soltero, les hacía vagar sin rumbo.

Las primeras visitas fueron cortas, formales. Nos limitábamos a tomar algunos tragos y a hablar cosas superficiales, delante de mi mujer. Luego se han prolongado. Los recibo en la casa, pero generalmente pasamos a la bodega en busca de una botella, y como allí se sienten cómodos, porque no necesitan

guardar compostura, nos quedamos como antes, sentados en el mostrador, en cajas y en sacos.

Una tarde se quedaron a cenar. Hubo un momento en que se necesitó un vaso porque se había roto el de Valerio, y fui por él. Mi mujer se hallaba en la cocina con la vieja Mercé. Oí la voz de la cocinera que decía:

—Hay que tener paciencia, hija. Así son lo s'ombre. Él é muy bueno, pero tú tiene que acostumbrarte, hija.

Yo entré. Hice como quien no ha oído; pero al ver a mi mujer con los ojos amoratados, triste, le pregunté:

—¿Qué te pasa? ¿Acaso enferma?... ¿Atormentada?

Me dijo que no, pero estaba disgustada.

Después de la cena seguimos bebiendo. Estábamos borrachos, pero ordenados. Comentábamos los últimos sucesos de la finca. Decía Valerio:

—En mi batey ayer hubo la debacle. Los picadores no querían cortar una pieza de caña arruinada que además tiene muchas piedras. Se reunieron alrededor de la bodega con las mochas debajo del brazo y decían una y otra vez que no trabajarían si no se les aumentaba el precio, porque de esa caña en dos días cada hombre no podría cortar más de una tonelada. Pero en eso llegaron el policía y el mayordomo esgrimiendo sus colines⁷, y cuando los peones estaban entre resolverse por ir al trabajo o resistir, el policía dio el primer golpe en la cabeza de uno y el mayordomo le echó el caballo encima a otro, atropellándole. No hubo más palabras y todos fueron al trabajo.

Comentó Eduardo:

—¡Ellos saben lo que les pasa cuando protestan!

—¡Ellos saben! —dije yo.

Preguntó el inglesito:

—¿No han contado por aquí lo del sereno que mató la máquina en el puente?

—No, no —dijo Eduardo—. ¿Cómo fue eso?

—Bueno. El hombre estaba un poco dormido. La máquina iba a una velocidad tremenda. Tronó casi sobre la puerta del puente. Entonces el sereno, sin despertar, salió corriendo y fue a abrir... La máquina lo reventó, derribando la puerta. Cuando paró al otro extremo del puente, el hombre ya no aparecía.

7. Machete americano "Collins". (N.A.).

Después, a la locomotora le sacaron de entre las ruedas varios pedazos de carne deshecha, y más allá apareció un trozo del intestino delgado del hombre extendido a lo largo de la vía, como una cinta.

—¡Concho!

—¡Qué muerte! —dijo Eduardo.

—¿Y qué han hecho con los familiares? —pregunté yo.

—¡Hombre! ¿qué van a hacer?... —dijo el inglesito—. Lo de siempre. Los dejan en la casa que ocupan durante un mes, y después, “con gran sentimiento”, los echan..

—No hablemos más de eso —propuso Eduardo—. ¿Tú recuerdas, Daniel, aquella noche cuando fuimos a la fiesta? Ya no vamos a fiestas. Bueno, tú estás resentino, pero... ¡bueno! Hay que hacer algo un día de estos.

—Inventen algo —dije.

—Bueno, el domingo... —comenzó Valerio.

—El domingo. ¡Eso es! —dijo el inglesito.

—¡El domingo! ¡De primera!

Hablábamos en el mismo tono que empleábamos cuando estábamos solos en aquellos días en que mi bodega era una especie de club. Ya Valerio chillaba, Eduardo disertaba en voz alta, y hasta el inglesito soltaba sus exclamaciones de entusiasmo, con todo y ser el de más calma.

Yo había olvidado por completo a mi mujer. ¡Hacía tanto que no gozaba de un momento como ese! Ahora comprendía por qué mis compañeros -casados y hasta con hijos-, no podían permanecer los domingos en sus casas.

La tertulia terminó pasada la medianoche. Bebidos hasta perder el equilibrio, mis compañeros salieron a desatar sus monturas para marcharse. Yo fui con ellos. Los despedí celebrando chistes, riendo con toda el alma. Y luego, perdidas sus figuras en la noche, apagado el tropel de sus caballos, cerré la puerta de la bodega y entré a la casa.

La vieja Mercé se había marchado desde temprano, y como supuse que mi mujer dormía, me fui de puntillas hasta la cama. Allí la encontré sollozando, con la cabeza enterrada en una almohada. Le pregunté:

—¿Por qué lloras?

Sin cambiar de postura me dijo:

—Por nada.

Su respuesta me molestó, y moderando una brusquedad que me hervía adentro, le interpele:

—¿Por nada? ¿Por qué no eres franca? ¡Di claro que te molesta que yo tenga amigos! ¡Que beba un poco de ron!

Sollozaba más fuerte. Estaba al borde de un ataque de nervios. Yo sentía pena y también ira. Le dije brutalmente:

—¡No me fastidies! Si te instruyeras, si quisieras servirme de algo, no tendría necesidad de amigos para pasar un rato. ¡En lo sucesivo me iré a otra parte para evitar estos ridículos espectáculos!

Hablaba mientras me desnudaba, sin atender a los sollozos de la mujer, que cada vez eran más fuertes. Cuando hice silencio, me pareció que se ahogaba. Fui hacia ella, y al verla, noté que había perdido el conocimiento, o que estaba al borde de ello. Respiraba con suma dificultad. Su pecho se inflaba como si fuera a reventar, aspiraba el aire ruidosamente y sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Al verla así, me lloró el corazón.

—Calla, calla... —comencé a suplicarle como a una niña-ta-
¡calla!

Y no sabía decirle otra cosa.

—Yo voy a ser mejor, calla. Calla, calla... Yo seré mejor —le seguía diciendo.

Y peinaba su cabeza con mi mano, mientras la descansaba en mis piernas. Enterraba su rostro en mi vientre y lloraba.

—Calla, calla...

Se fue adormeciendo, como un niño. Ya respiraba con más facilidad. Por fin quedó quieta. Todavía mi voz decía:

—No voy a ser malo, calla.

Cuando intenté dormir eran las seis de la mañana. Afuera el peonaje gritaba:

—¡La bodega, concho! ¡Queremo comprá ante de dirno!

Y no faltó una voz insolente:

—Dende que el bodeguero se casó, noj tá llevando el diablo. Se alevanta a mediodía y roba má que un gato.

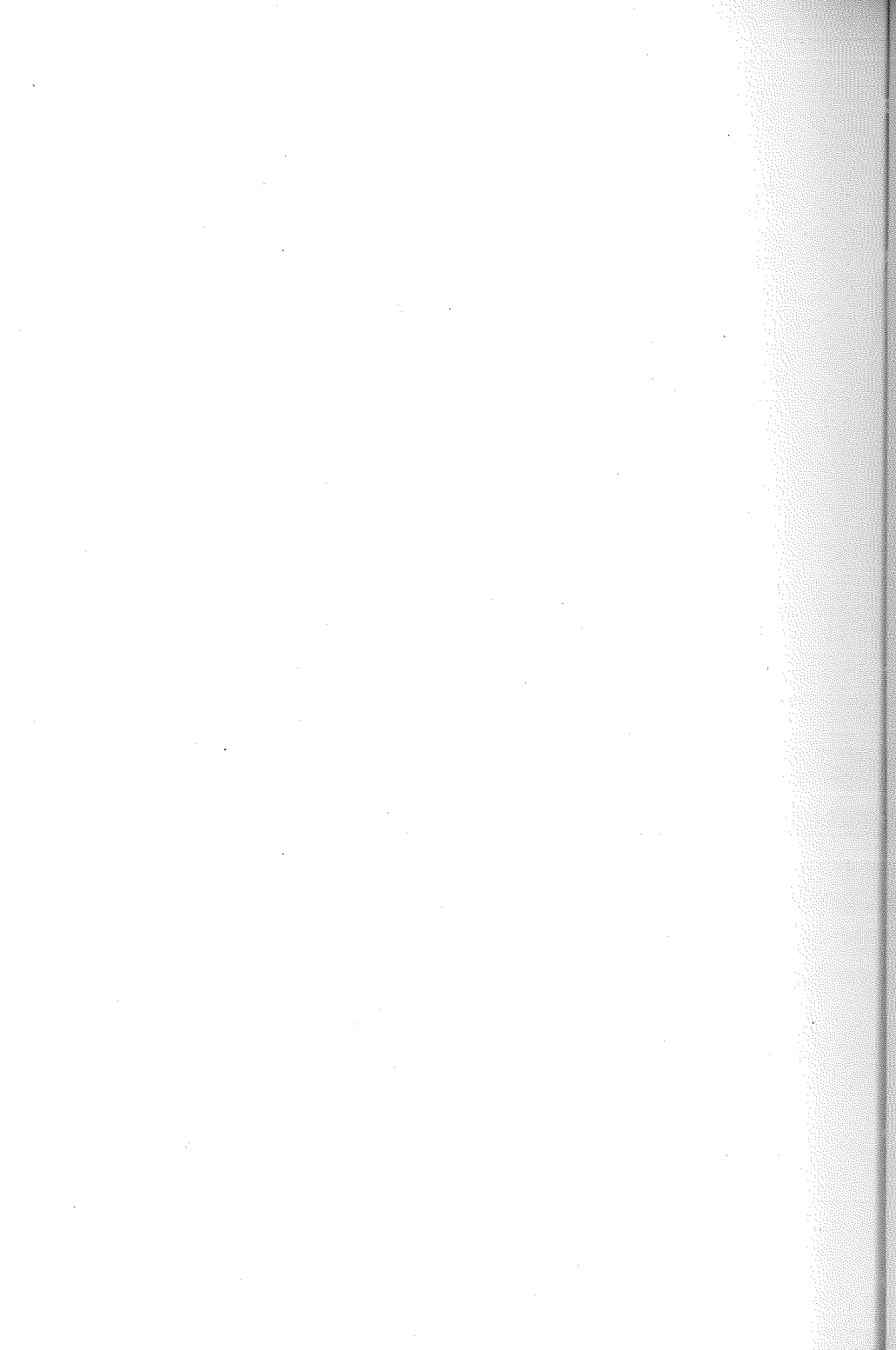
Abrí la ventana rectangular por donde se asoman los compradores, y comencé a despacharlos sin pronunciar palabra. Alguien dijo afuera, refiriéndose a mí:

—¡Jesú! ¡Qué sangrú se tá poniendo ese hombre!

La sangre hervía en mis venas. Aullaba el peonaje. El sol se rompía en los techos de zinc. Alguna carreta pasaba crujiendo. La bomba monótonamente decía:

¡Chif! ipof! ipaf!
¡Chif! ipof! ipaf!

Adentro, mi mujer dormía. La mañana trepaba...



V

Un día, vi una carreta que venía cargada de muebles. “¡Una mudanza!” —dije para mí, sin darle importancia.

La carreta siguió acercándose hasta detenerse frente a la bodega. Los bueyes, que aparentaban venir de lejos, destilaban baba. El carretero colocó el alcahuete debajo del pértigo, para darle descanso a sus animales, y apoyándose en la garrocha, me dijo:

—Eto mueble lo manda su cuñá.

¿Mi cuñada?... ¡La sorpresa me dejó mudo! Llamé a mi mujer, la enteré de la breve noticia. Su asombro no fue menor que el mío; pero al instante comenzamos a hacer sitio en la casa. El carretero y un peón que pasaba por allí, comenzaron a bajar los muebles. Una hora después llegaron mi cuñada y su marido.

A ella la conocí en los días de mi matrimonio. Era la hermana mayor de mi mujer. Desde unos diez años atrás estaba casada con un hombre joven natural de un pueblo de mi provincia. Vivieron en ese pueblo, pero al registrarse un cambio de gobierno, el hombre perdió el empleo que tenía en el Ayuntamiento de la común. Entonces fue recomendado por un jefe militar al *manager* y consiguió empleo en una bodega. Trabajó seis años sin dar motivo para que se le llamara la atención, hasta que esta semana, en el último inventario, su tienda arrojó un déficit de ochenta dólares y centavos.

Él no se explicaba aquello, porque no había tocado aquel dinero, pero fue echado afuera al instante.

Marchó al pueblo y fue a la oficina del *manager*. Le dijo que él no había robado, que todo aquello debía ser causa de algún error cometido seguramente en el inventario anterior, tomado por oficinistas inexpertos al finalizar el año fiscal de la compañía. El gran rubio, sin levantar la vista, desde su amplio sillón le respondió:

—¡Mi no sabe!

—¿Que usted no sabe? —preguntó indignado el que había sido despedido—. Recuerde que le he dado a la compañía cerca de setecientos dólares de *over*, ¡óigalo bien!, de *over*. ¿No sabe usted de eso tampoco? Si hoy faltan ochenta pesos, siquiera debería permitirme que los pagara de mi sueldo, en vez de dejarme sin trabajo.

—¡Ah! ¡Usted hablando mucho! ¡Mi diga que no sabe!

El blanco no había levantado la cabeza, pero al decir esto hizo girar su sillón y le dio la espalda al ex-bodeguero.

El hombre se fue humillado, lleno de amargura. El mayordomo de su batey, cuando lo vio regresar del pueblo, le prestó una carreta para que sacara sus muebles de la bodega, y como no tenía a donde ir, de momento, ha venido a mi casa.

Nunca tuvimos estrecha amistad. Él era de los amigos del asistente y eso siempre me hizo tratarlo con reservas. Sin embargo, como me resisto a juzgarlo mal del todo, no me molesta que él y su mujer se hallen en mi casa, y más sabiendo que han salido de la bodega sin un centavo. ¡Eran tantas las visitas del asistente y sus secuaces!

Hablando de aquello me decía lleno de ira:

—¡Y yo que los creí mis amigos! ¡Y tantos cientos de pesos que me consumieron esos canallas!

Y sus ojos centelleaban. Su mujer permanecía muda.

*

* *

Desde que llegó su hermana, mi mujer no había cesado de vomitar. No comía. Pasaba los días en cama, debilitándose hora

tras hora, en un estado que inspiraba lástima. Tan mal se puso que una noche me decidí por llevarla al pueblo.

Fui a casa de un médico a quien conozco desde que yo era niño. Es un hombre de vida austera, muy respetable y muy querido en todo el pueblo. Aparenta la mitad más de la edad que tiene. La vida se le ha ido mirando con creciente disgusto la injusticia de los hombres. Su voz, a veces ha sido una admonición, ¡un destello!... Pero fuertes ráfagas la han apagado, y como todo lo que alumbra en estos medios, ha tenido que apagarse y dejar que se enseñoree la oscuridad...

Este hombre me tiene mucho afecto, y consideré que a ningún consultorio mejor que al suyo podría llevar a mi mujer.

Así lo hice. Cuando estuvimos allí, el médico la examinó, frunció el entrecejo y luego me dijo:

—Vómitos incoercibles. Déjala.

La dejé en casa de sus parientes y desde entonces voy todos los domingos a verla. Cuando llego, noto que le soy indiferente. ¡Vomita tanto que apenas puede estar unos minutos tranquila!

Esto va empeorando mi complicada situación hasta el extremo de hacerla desesperada, porque a pesar de que el doctor no me cobra sus servicios, y pone todo su empeño en que mi mujer se salve y me dé un hijo, los gastos de automóvil y otras cosas, exceden al monto de mi pequeño sueldo. Y lo que es del *over*, no sé qué decir. Cada día parece que los artículos rinden menos, porque fallan todos mis cálculos. A veces creo que estoy sacándoles a los compradores un diez o un doce por ciento, pero cuando tomo mis inventarios me encuentro con que el pequeño superávit sólo alcanza para satisfacer a medias la voracidad del *manager*, ¡o de quien sea el autor de esta diabólica idea!

*

* *

Las cosas para mí cada día se van complicando. Desde que me casé, el alemán parece acecharme. No sé si se debe a que mi mujer es hija de un hombre a quien se considera enemigo de la compañía; pero me resisto a creerlo, porque no creo que en el

fondo ellos le den importancia al bodeguín de mi suegro. Sin embargo, el hecho es que el hombre se ha tornado más cauteloso.

Uno de estos días estuvo aquí. Por buen espacio de tiempo miró cómo se apiñaban los muebles de mi cuñada con los de mi mujer, en los dos pequeños cuartitos de la casa, y haciéndose el desentendido, me preguntó:

—¿Ha comprado usted esos muebles?

Irritado por su intromisión en mis asuntos, le respondí:

—Son de mi cuñada.

—¡Ah! ¿La señora de...?

—Si señor. Están conmigo por unos días.

—¡Oh! Yo no pregunta eso. No me interesa nada.

Lo dijo fingiendo una cordialidad que no le cuadraba, y parecía un gato jugando con un ratón. Desde ese momento sentí que algo me amenazaba...

*

* *

Mis presentimientos se van cumpliendo. Ayer recibí un memorándum del *manager*, que dice:

*Mr. Daniel Comprés,
Encargado de Tienda.
Muy señor nuestro:*

Tengo a bien hacerle saber que la casa que el departamento le tiene asignada a usted en ese batey, por el hecho de estar anexada a la bodega, sólo puede ser ocupada por usted y su familia más inmediata.

Atentamente,

*A. M. Robinson,
General Manager.*

Quedé como si un rayo hubiera caído a mis pies. Permanecí largo rato con el papel en la mano, sin verdadera noción de lo

que ocurría. Mi lengua era un trozo de hielo. Mil veces me preguntaba: “¡Dios! ¿Cómo le diré esto al marido de mi cuñada?” Pero el caso era urgente.

La tarde pasó y entró la noche, y yo me cansaba de darle vueltas al asunto, sin querer abordarlo. Hasta que al fin, ante la disyuntiva de proceder o quedarme sin empleo, llamé al hombre y le enseñé el papel.

¡Qué vergüenza vi en su rostro! ¡Y qué mal me sentía yo! Torpemente traté de consolar al marido de mi cuñada. Le ofrecí mi ayuda y le aseguré mil veces que de no hallarme en aquellas circunstancias —que él conocía perfectamente—, hubiera abandonado el empleo ante aquel atropello. Él no hacía más que lamentarse:

—Te he perjudicado. ¿Por qué no pensé en esto? ¡Y todo por mi mujer! ¡Quiera Dios que no pierdas tu empleo!

Su mujer, delgadita, apagada como una estampa sugerente, borrosa, se acurrucaba en un rincón, apretando los dientes, casi sollozando.

Yo protestaba:

—No te preocupes. Todo se arreglará. No hay que precipitarse.

Al día siguiente él se fue. Yo le exigí:

—¡Deja aquí a tu mujer!

No quería, pero yo insistí:

—¡Déjala! Primero permitiré que me echen antes que negarle alojamiento.

Ella quedó, de acuerdo con mi deseo, acompañada de una hermanita a quien hicimos venir ese mismo día. Cuando volvió el alemán, haciéndose el inocente, se lo dije todo y aún más.

—No se le puede pedir a seres humanos, porque sean empleados de un central, que echen a sus hermanos de casa —le dije indignado.

El teutón, menos rojo que de costumbre, se excusó:

—Yo no sabe, Comprés. Esas son cosas del *manager*. Usted sabe que yo también soy un empleado. Si por mí fuera...

Se ve que este hombre es cobarde. Esa tarde abandonó sus modales bruscos, y no creo que fuera por dolor de conciencia, sino porque me vio transformado. Yo había olvidado mi situación ante la ignominia que se cometía conmigo, obligándoseme a despedir a aquellos parientes de mi mujer.

Mi cuñada permaneció aquí cuatro semanas más. Se fue cuando el marido halló algo que hacer en el pueblo y vino por ella. Ese día saltaban y bailaban de alegría.

—No sabes cuánto te agradezco —me decía él—, no sé cómo podré pagarte.

Yo estaba conmovido.

—¡Adiós, cuñadito, hermanito! —reía, ella, desde el camión que transportaba sus muebles.

Los vi partir sonriendo, pero sintiendo en el fondo gran tristeza por lo que había ocurrido, por no haberles servido mejor.

¡Pero yo no podía hacer más! En esos días contraí deudas para mí considerables, y a pesar de ello no pude evitar un hueco en mi balance.

Desde entonces, ¡cuántas zozobras cuando se aproximan los inventarios! Esos días, más que otros, son infernales.

Con frecuencia recorro a los amigos en busca de dinero prestado. Ellos me sirven gustosos, pero me avergüenza la idea de que puedan pensar que yo aprovecho su amistad. Viejo Dionisio me ha prestado ya dos veces en días de inventarios, algunos vales. Así los oficinistas cuentan, recuentan, suman y todo aparece correcto. Pero desde que marchan le devuelvo al viejo esos papeles que él anula en su talonario numerado, simulando que cometió un error, pues si esos vales llegan a la oficina de cultivo por vía de la bodega, el viejo perdería su empleo. Así, desde que pongo en sus manos las órdenes, otra vez queda el hueco, y entonces ¡qué días!

Cada ruido de motor me hace temblar. Pierdo el dominio sobre mí cuando el alemán entra a la bodega. Me parece que en mi rostro se lee claramente la suma que falta, y que me echarán por ladrón.

¡Por ladrón! ¡Qué idea tan fea! Y cualquier día puede suceder...

¡Si estas gentes comprendieran!... Pero inútilmente trato de explicarme por qué a los empleados, en casos de desgracia, no se les hace siquiera un pequeño préstamo. ¡La confianza del *manager* es insultante y feroz! No hay más que recordar lo que le hizo a un empleado de su oficina que le solicitó tal favor. El hombre le mostró un telegrama que le llevaba la noticia de la muerte de su padre ocurrida ese día en un pueblo vecino, y

formuló una solicitud de préstamo por cincuenta pesos. El rubio le respondió:

—“Mi no sabi de eso. Mi no matar a su padre de usted.”

Y le volvió la espalda para significarle que aquello estaba concluido.

¡Qué más se puede pedir!

VI

Terminó la zafra. El batey ha quedado como un cementerio. Las últimas cañas las recogieron a principio de semana. Ese día las carretas, al hacer los últimos viajes, venían empenachadas de cogollos, adornadas como si se tratase de celebrar una fiesta; pero los hombres no demostraban alegría ni tristeza; en sus rostros se dibujaba es la desesperanza, porque una vez más habían sido defraudados.

—Se acabó la zafra, vale.

—Compé, la saf tá finí.

—Mi going tu Tortola.

Palabras como esas salían en toda la finca de millares de bocas. Los peones se transmitían una noticia que todos conocían desde hacía varios días, y lo hacían sin empeño, sin admiración, sin énfasis. Mejor dicho, no se transmitían una noticia, sino que hablaban para sí mismos, en voz alta.

—Se acabó la zafra, vale.

—Muemen alé pu Haití.

—Mi se va pa Saint Kits. Mi no vuelva pa la otra.

Desaliento en todo el batey, ¡desaliento! Deambulaban los hombres sin trabajo repitiendo lo mismo:

—Mi no vuelva.

—Uí, compai, uí.

—Asina mimo, ingli, tampoco yo vengo.

—¿Qué jace uno, vale?

—Naitico, ná.

—¡Ja! Aquí yo pielta mi tiempo. Mijol que allá in Barbados no trabaja, pero no mi mata. Yo me vuelva pa no vuelva.

Y alguien repetía como un eco: "No vuelva"...

Se fueron los días y ayer hicieron el último pago. Casi todos los dominicanos marcharon hacia los campos. Cocolos y haitianos de la inmigración de zafra, desde esta madrugada se apiñaron en el chucho, tomaron asiento en los rieles, en largas hileras, y esperaron la llegada de la locomotora. Llevaban cajones, maletas de madera forradas de hojalata —vacías o quizás con algún pantalón—, pequeños líos, gallos, gallinas, plátanos y algún trozo de carne de buey salada, para comer en el camino o para llevárselo a sus parientes.

Llegó la máquina con su larga cola de vagones. No hubo despedidas sentimentales. Alguien le dijo a otro:

—¿Tú vuelve, Malfiní?

Y éste respondió:

—¡Ju! ¡A mí no me consiga má!

¡Como todos los años! ¡Siempre las mismas palabras dichas nada más que por hablar!

La locomotora se detuvo jadeante, resoplando, resoplando. Rugió con su voz ronca y ensordecedora. Los negros corrieron como náufragos hacia los vagones. En ellos treparon chillando, y su algarabía se ahogó en los sollozos de la máquina.

—¡Cuidao quien se queda, carajo! ¡No quiero depecuezai a un maidito negro!

Era Cleto, tronando.

Sollozó la bestia:

¡Chof! ¡Chof!

¡Chof! ¡Chof!

Y los negros, agarrados a los hierros de los vagones, ahora, sin panes, ni sardinas gratuitas, flotaron nuevamente como banderas multicolores.

Se fue la máquina con su melena de humo negro, y se los llevó a todos, gastados, sin dinero, decepcionados, hasta el año que viene, o hasta más nunca tal vez.

Se acabó la zafra. Ahora me he quedado solo en esta bodega, mirando cómo los campos de caña recién abatidos, renacen de nuevo imperturbables, eternos. Ya en algunas partes la planta ha crecido y está "de un trozo", lozana. En cambio, los que la cortaron, éstos, jamás reverdecerán.

Se acabó la zafra. Pienso en lo que será mi vida durante el tiempo muerto. Deudas. Terror de inventarios. Ya no habrá ventas que permitan sacar *over*. Los hombres a quienes les quitaba parte de su jornal se han marchado; ¡se han marchado y no los puedo detener! Me quedan algunos viejos sin fuerzas, abandonados por completo a la finca, sin pies para salir. Ya los veré desde aquí hoyando en los patios, buscando alguna pequeña batata que quizás haya quedado oculta entre las yerbas desde una vez que allí hubo unos bejucos que el policía hizo arrancar al descubrirlos. Les veré hoyar, hoyar, hasta encontrar alguna raicilla que le disputará el piogán. Vendrán a la bodega a comprar un centavo de azúcar, un centavo de harina de maíz, un centavo de pan; y yo seguiré revolviéndome, encerrado en esta dobeqa, como en una prisión.

Se acabó la zafra, y no puedo creer que haya terminado simplemente porque la cosecha tocara a su fin. Me parece que todo ha sido calculado para hacerme una maldad. Los hombres se fueron y creo que lo han hecho porque saben que se vengán de mí al marcharse. Siento ira y quisiera correr por los campos de caña, hecho lengua de fuego, gritando con todas mis fuerzas: "¡Se acabó la zafra! ¡Se acabó la zafra!" Y si nadie entiende, incendiarlo todo y seguir rugiendo: "¡Ya no hay zafra! ¡Se acabó la zafra!"

*
* *

Los días del tiempo muerto caminan pesados y lentos como rodillos y cada vez me quedo más solo. A Valerio se lo llevaron muy lejos -¡tiene tantas bodegas el central!-, y al inglesito lo trasladaron a otra división. A quien veo con más frecuencia es a Eduardo, que siempre viene por aquí. Llega como el primer día a caballo, echa el pie a tierra y yo le recibo como siempre,

con un abrazo; porque nuestra amistad es inmovible y nos alegramos cuando estamos juntos, a pesar de que bien se nota que el hueco dejado por los dos amigos no se puede llenar, y que estos días no son los mismos de ayer.

Cuando viene no hacemos nada nuevo. Yo bebo ron cualquier día y él también. Así, cuando nos hallamos, generalmente ambos estamos bebidos, lo que es una razón para que bebamos más. La conversación en la finca cada día es menos ágil, porque nosotros somos cada vez más torpes. Hablamos de lo mismo, ya con poco interés. Que mi bodega está limpia; que el *manager* tomó vacaciones; que el alemán vio una bodega con poca existencia y consideró que el balance estaba muy alto en el libro y sin moverse de allí pidió oficinistas al pueblo, pasó inventario y descubrió un déficit; que el asistente andaba con los automóviles y los camiones del departamento llenos de muchachas de la sociedad del pueblo, en una gran gira; que hay ventas en tal parte porque allí están renovando varios tablones de caña —¡feliz bodeguero!—; que aquí no se vende porque no habrá cultivo; que allí tampoco; que botaron al bodeguero tal porque encontraron a su mujer en la tienda vendiendo mientras él estaba en la letrina; que le dieron una de las mejores bodegas a un fulano porque tiene dos hermanas bonitas o porque su mujer se va al pueblo con Mr. Lilo, sin otra compañía, “a pasar dos días donde una tía”; que un policía ayer le disparó “al aire” a un negro que robaba una caña tierna por hambre, “para asustarlo”, y que le hizo blanco; que el negro murió “de paludismo”.

De eso hablamos casi siempre, refiriendo cosas nuevas que parecen viejas por lo mucho que se repiten. Sólo la última vez me dijo Eduardo que algo especial le traía a mi bodega.

—He venido —me explicó de golpe—, para ponerte en guardia contra el nuevo bodeguero que te han puesto de vecino.

Yo le pregunté:

—¿El que sustituyó a Valerio?

Y él me dijo:

—El mismo.

Luego:

—Es peligroso confiarse a él. Tú eres muy sencillo y dices las cosas fácilmente. Debes tener gran cuidado, porque se trata de un perro espía del asistente que también sirve al alemán.

Sentí la impresión que sacude al que repentinamente se entera de que si mueve un pie va a pisar una víbora, porque sólo esto me faltaba: ¡que fuera espía mi vecino!

Eduardo amplió sus informes. El hombre es buen perro de presa y ya tiene su récord bien ganado haciendo perder sus empleos a varios bodegueros que se franquearon con él creyéndole su amigo, y le contaron que “andaban mal”, que les faltaba “un piquito”, o algo así. Al día siguiente les llegó el inventario. ¡Me lo advertía!

—No es cuestión de romper nada —dijo serenamente mi compañero—. Es asunto de andar con prudencia.

Me contó entonces nuevas cosas de aquel individuo. Por sus hazañas ha sido muy bien recomendado a Mr. Robinson, y le han asignado un sueldo de primera categoría, porque además de sus servicios, su mujer viaja con el asistente y en su casa se dan las mejores fiestas del departamento. Y no es un aumento de sueldo la única utilidad que devenga. Es también “la niña bonita” del alemán y disfruta de una verdadera canongía. Les compra sus vales a los peones con descuentos de veinticinco y treinta por ciento, porque ¡siempre están suspirando los trabajadores —sobre todo lo haitianos— por ver dinero en sus manos aunque sea a costa de un ojo!, y ha hecho economías que pasan quizás de dos mil dólares, y puede prestarles dinero a interés a superintendentes, mayordomos y ajusteros, cobrándoles el diez por ciento, y exigiéndoles que expidan los vales para su bodega aunque los peones vivan en otros bateyes distantes y esto perjudique a aquellos bodegueros en cuyas tiendas tienen crédito esos individuos.

La compra de vales es un crimen perseguido por la compañía que ninguno de nosotros sería capaz de cometer, aunque no se nos persiguiera, porque siempre algo queda de conciencia; pero éste y otros favoritos lo pueden hacer.

Y concluye:

—Nada de violencias. Sólo debes ser cuerdo y no caer.

No respondo. Un disgusto como retama, me llena el cuerpo.

Seguimos bebiendo. Hablamos de mi mujer que está en el pueblo; somos capaces aún de pronunciar algunas palabras sobre nuestra posible salida de este atolladero. Después... el alcohol nos va invadiendo, dominándonos, aplastándonos, llenándonos de esa inmensa tristeza que da el ron, hasta que al

fin todo está en brumas y mi compañero sale tropezando, borracho.

Voy tras él, hasta su caballo. Pone el pie en el estribo, toma impulso y abre las piernas. Tiene un lado iluminado por la luz; el otro, con su pierna, se pierde en las tinieblas cuando monta. Tartamudeamos unas palabras de despedida; parte, y con su caballo se hunde en la noche...

Soledad.

*
* *

Anoche estuvo en mi tienda el bodeguero Bolito, mi peligroso vecino. Es un individuo pequeño, blanco, de cejas copiosas, con ojillos de ardilla y boca de mujer. Cuando se está cerca de él, se experimenta la sensación de estar cerca de algo inmundo. ¡Hay gentes así!

Habló mucho. Me dijo que "había sacado un rato para llegar de un salto a conocerme", a ponerse a mis órdenes, porque "todos somos compañeros" y debemos conocernos, "por si algo se ofrece".

Le di las gracias y traté de ser cordial, pero no pude dejar de pensar en sus hechos.

Me aturdió con su conversación. En todo metió al asistente y al alemán. "Mr. Lilo en mi casa entra y sale como en la suya". "Mr. Baumer me trata como a un hijo".

Y luego: "¿Le damos al ron un poquito?"

Respondí con mal velada brusquedad: "¡No!" Luego, para suavizar, expliqué: "Sólo bebo en ocasiones especiales, y esto, fuera de la bodega".

Él siguió hablando. ¡Qué seguro se siente uno trabajando en este central! No es como estar con el gobierno, que cae a cada rato y de donde despiden a uno tan fácilmente. Con esta gente el que cumple con su deber es premiado. Con ellos no hay más que trabajar de buena fe. Por ejemplo Mr. Robinson... Mr. Robinson es un hombre muy bueno, muy activo, muy competente, ¡un gran hombre! Lo dice hasta el periódico del pueblo, que es un gran defensor del trabajo y del central, a pesar de sus

faltas de ortografía. A él, Bolito, que lo mataran con los americanos. ¡Esas sí son gentes!

Yo pensaba: "¡Cuándo acabará!" Entonces me dijo que tenía deseos de conocer mi bodega. Tuve que llevarlo. Preguntó: ¿cómo estaban mis ventas? ¿Qué tal era el personal del batey? ¿Había berrinchosos? Y el *over*, ¿qué tal?...

Gran trabajo me costó contenerme. Le respondí con evasivas, haciéndome el tonto. ¿El *over*? Yo nunca he sumado un balance. "¡Allá en la oficina sabrán!" Yo sólo atiendo a los peones como dice el reglamento, y recibo mi sueldo.

Pero tenía ganas de gritarle: "¡No te ensucies tanto! ¡A ti también te despedirán!"

Al día siguiente, más brusco que nunca, llegó el alemán. Me pidió los vales, y ¡lo que jamás había hecho! los sumó todos y luego, comparó el total con la cantidad que yo había anotado en el libro. Examinó la numeración de los formularios y se cercioró bien de que ninguna cifra había sido borrada. Miró la existencia; me preguntó cuál era el promedio de ventas, y tantas cosas más. Luego repitió las mismas operaciones y formuló las mismas preguntas...

Yo ardía por dentro, pero respondí con serenidad, evitando pensar en lo que ocurriría si ese hombre llamaba a los oficinistas y se sentaba allí a esperar.

Desde que vieron a mi vecino en casa, Cleto y viejo Dionisio se habían alarmado.

—Tenga mucho cuidao, vale —me dijo el policía—. Ese hombrecito e j'un jabladoi. Lo conoco dende chiquiningo poi que e de Tamborí.

Viejo Dionisio me advirtió:

—Cuidao con la boca, amigo. No se ajunte con to lo bodeguero... Ese amiguito suyo que viene dende el principio e muy bueno, pero cuidao con el que uté no conoca. Ese blanquito que tuvo aquí... ¡tenga cuidao, por Dio!

Me pregunto: ¿Por qué esta guerra? Para permitirle a uno ganar un pan, ¿hay necesidad de amargárselo así? Y concluyo pensando en aquel bodeguero ahorcado, después de haber sido asediado, perseguido hasta enloquecer...

*
* *

El tiempo muerto marcha. La compañía, siguiendo su vieja costumbre de hacer cambios cuando finaliza la zafra, trajo a un nuevo superintendente de distrito.

Es un hombre muy interesante, que le está proporcionando buenas economías al central. Dicen que fue administrador de un ingenio importante en Cuba, cargo que abandonó o perdió en circunstancias que aquí se ignoran, y que por no volver a casa de los suyos, se ha conformado con un puesto de tercera o cuarta categoría en esta compañía, donde a pesar de ello se le distingue como quizás a ningún jefe de departamento. A simple vista se ve que es persona que ha recibido buena educación y de cuna que está muy por encima de la que durmió a un Mr. Robinson, por ejemplo. Su nombre es Julius Elliot Norton, pero todos le llaman nada más que Mr. Norton, con gran familiaridad, porque es hombre muy simpático.

A diferencia de los otros blancos, que no miran a nadie cuando pasan por los carriles sin detenerse, éste gusta de hablar con los empleados inferiores y hasta con los peones. Conoce el español de manera admirable y lo pronuncia muy bien. Lo que no habla es *patois* a pesar de que lo entiende perfectamente. Con frecuencia se detiene en la bodega, y charla durante horas muertas conmigo. Es raro el día que no me encarga naranjas, pollos y viandas.

—Usted compra esas cosas a buen precio —me dice sonriendo—. A mí me costarían muy caras, porque me las venderían como a un *mister*.

Mr. Norton sólo gana ahora trescientos cincuenta dólares mensuales. Él mismo me lo ha dicho. Pero todos saben que este hombre tiene grandes posibilidades dentro de la compañía.

Casi todo el tiempo que Mr. Norton le dedica a esta colonia lo pasa en mi bodega. Entra a esta sección por los campos del oeste, busca al mayordomo, echa un párrafo con él cordialmente, y hasta se olvida de preguntarle por los trabajos. Aunque sea temprano le dice: "Vamos a la bodega un ratito". El mayordomo, encogido, a veces se niega, para demostrarle al jefe que ni

aún invitado por él es capaz de abandonar su trabajo en horas laborables; pero Mr. Norton, como si adivinara sus pensamientos, le dice: "Vamos hombre. Yo no creo que sea necesario derretirse sobre un caballo, soportando estos solazos, para atender a una caña que después de todo crece sola".

Con frecuencia lo veo llegar acompañado por don Marcial y viejo Dionisio. El puertorriqueño en un viejo caballón, lleno de sarna, que siempre va durmiendo. Viejo Dionisio en su paciente mula. Mr. Norton en un precioso caballo de raza, de gran alzada, de pelo reluciente, que a duras penas se acomoda al tardo paso de aquellos veteranos y desvencijados animales que ya pueden caminar a ciegas todos los carriles.

Llegan a la bodega. El americano pide cigarrillos y explica: "Deme usted 'Cremas', que no puedo fumar esa porquería de tabaco americano ligado". Y siempre me ofrece un pitillo.

—No fumo, Mr. Norton —le digo siempre—. Muchas gracias.

Pero ello no quita que él me ofrezca de fumar cada vez que llega a la bodega.

¡Hombre amable! No pierdo una palabra de sus diálogos con la gente. El otro día echó un largo párrafo con un colono de esta división. El hombre es dueño nominalmente de una colonia vecina. Se halla en las mismas condiciones de otros tantos llamados también colonos. Esto es: posee unas tierras sembradas de caña que la compañía valora en veinte mil dólares con todas sus mejoras. Él le debe al central veinticuatro mil, porque para sembrar esto de caña la compañía le hizo préstamos muy gruesos y luego año tras año, para el cultivo y mantenimiento general de la colonia le sigue prestando. O mejor dicho: porque para el mantenimiento general de la colonia la compañía invierte todo el dinero necesario, sin tomar en cuenta al dueño, y lo carga a la cuenta de éste. La propiedad responde de esa suma. El pobre hombre suspira porque el central reciba la propiedad en pago y le deje como contratista para amortizar los cuatro mil pesos restantes en dos o tres años. La compañía le responde que ella no tiene interés en que los colonos pierdan sus tierras —le da alguna lección de patriotismo si es posible— y no acepta el negocio. Cada año, mientras tanto, la deuda gana intereses al doce por ciento; intereses que son capitalizados mes por mes. El central tira la caña de la colonia sin omitir gastos, y al

finalizar la cosecha, él mismo se paga los intereses y aplica lo que sobre —¡si sobra!— a amortización. El colono, que de día en día se pone unas polainas y va a “su propiedad”, ve a los blancos hacer y a fines de cosecha recibe los papeles de liquidación, donde unas complicadas columnas de números le cuentan cómo va el asunto. Los diarios mientras tanto, en sus secciones sociales le ofrecen un gran consuelo llamándole “acaudalado colono del central tal”, y él, para comer, va a la oficina general de la compañía y miente pidiendo “un avance para hacer trabajos”, porque como préstamo es difícil que lo pueda obtener.

Pues un día este colono hablaba con Mr. Norton y le exponía llanamente su caso.

—¡Ah! —dijo el americano— El asunto es sencillo. A la compañía le conviene cobrar intereses antes que recibir la colonia, porque a pesar de que ahora no parece justo, si un día sube el azúcar usted sentiría haber entregado su propiedad que podría liberar en dos o tres zafra y luego enriquecer. Y ya usted sabe que el alza no es imposible, sobre todo estando Europa como está.

¡Si un día sube el azúcar! El colono sabe que quizás ese día el central resuelva “recibir” la colonia en pago de la deuda, porque los papeles están en condiciones tales que en cualquier fecha se puede llevar a cabo una acción judicial, muy legal y muy rápida, que le dejará a él allí como a cualquier peón; pero... ¡este Mr. Norton es tan franco!... No envuelve las cosas, y le ha dicho tan claramente que “a la compañía le conviene mejor cobrar intereses”, y le ha pintado tan fácil la posibilidad de que en Europa ocurra algo así como una matanza atroz, que todo aquello es casi consolador.

El colono, que está acostumbrado a no ser a veces ni siquiera saludado por el subadministrador, ni por el superintendente general de campos, al ver cómo este americano le habla con tanta sencillez, sin alardes de superioridad, sino más bien en tono amable, olvida su inconformidad y deja oír sus pensamientos, sus esperanzas.

—Si en la próxima zafra me pusieran siquiera dos vagones diariamente, Mr. Norton —le dijo—, y en vez de hacerme malpasar durante seis meses, haciendo largos gastos para tirar una caña que bien podría recogerse en dieciocho semanas, me dieran libertad...

—¡Hombre, se ayudaría usted en mucho! -dijo el blanco.

En el rostro del colono resplandeció algo. Habló con énfasis:

—¡Bueno, bueno! Si usted lo comprende, ¿no podría meter la mano por nosotros? En la próxima zafra podría irnos mejor. Este sistema de ahora nos acaba, Mr. Norton. El día que nos ponen dos vagones, porque gritamos demasiado, entonces paran el corte porque "en la factoría hay mucha caña", y de nada nos sirve el aumento. ¿No podría esto cambiar, Mr. Norton?

El blanco echó unas bocanadas de humo, serenamente, y respondió:

—Yo no soy partidario de ese sistema. Si usted tiene caña para tres meses, debe tirarla en tres meses y no en seis. La compañía podría resolver eso, pero... a pesar de lo sencillo el asunto no se arregla tan fácilmente. Nosotros estamos recibiendo órdenes de gentes que no conocen el central y de otros que lo conocen, pero que se pasan el día paseando la finca en *budhas* y en automóviles, mirando el paisaje de los campos, sin comprender las necesidades de ustedes.

Este Mr. Norton parece un camarada. El colono volvió a la carga:

—Pero este año con usted aquí, las cosas podrían cambiar. El superintendente del distrito es el que recomienda la distribución, y además entre usted y el subadministrador...

El blanco interrumpió amablemente:

—Yo no puedo hacer nada, hijo. Esas cuestiones vienen de allá... A veces el mismo consejo directivo de la compañía dispone esas cosas, y yo te aseguro que sólo las entiende el administrador. Sin embargo, no te desanimes: cuenta conmigo para lo que yo pueda, que ¡bien sé cómo viven ustedes!

Y bruscamente le dio un nuevo giro a la conversación. El colono, que estaba excitado, no se atrevió a proseguir, y Mr. Norton adquirió su afabilidad habitual. Charlaron de las cosas más distantes de la caña, hasta la hora de comida. Si mal no recuerdo, terminaron hablando de caballos, de política y hasta de mujeres.

Todos quieren mucho a Mr. Norton, desde los peones hasta los contratistas y los colonos. He oído a un mayordomo decir:

—*Mister Norton* es lo que se llama un hombre decente. ¡Si ése me bota me quedo conforme!

Y hace poco que he oído suspirar al contratista:

—¡Si Mr. Norton fuera el jefe de todo el central!...

Así opinan todos, menos el inglesito Brown, que hace pocos días, de paso por mi bodega, hablando de esto me dijo: "Ése es peor que los otros. Conozco esa clase de pájaros. Más que yanqui me parece inglés. A un hombre así nadie es capaz de protestarle. Prefiero a los déspotas, que mantienen encendido el deseo de ir a la rebelión".

Y parece cierto, porque nunca hubo tan poco trabajo en el distrito como en este tiempo muerto, ni jamás estuvieron los trabajadores más conformes que ahora. Cuando vine a esta bodega, fue en tiempo muerto, pero siempre se vendía algo. Este año no se ve un vale, porque Mr. Norton dice, con su sencillez proverbial, que la caña es yerba y no necesita tanto cultivo. "¿Arrancarle la yerba a la caña? -es su expresión-. ¡Bah! Se necesita no conocer el asunto para cometer tontería igual. En veinte años de experiencia..." Y sigue hablando largamente sobre el asunto. Cuando se le habla de sembrar algunos campos, responde con despreocupación: "El año que viene haremos algo. Así las cosas serán en mayor escala y la gente ganará más. No me gusta el chiripeo".

Y todo queda igual, porque él dice las cosas amablemente y sus opiniones son muy respetadas.

Como los peones le han tomado confianza, cuando tropiezan con él por los carriles o en la bodega, le dicen:

—Mistá Nortón: la jambre ta dura, ¿cuándo tu va dando una trabajita?

El blanco les quita el sombrero para pasarles la mano por las sucias cabezas, o les pone familiarmente la diestra en un hombro para decirles:

—¡Caramba, hijos! Yo con el alma les daría mucho trabajo, pero la compañía este año parece que está apretada. Sin embargo, no se apuren mucho, que ella no se olvida de ustedes.

Y luego, en tono confidencial, les secretea al oído:

—Cuando yo esté en la colonia, métanse por ahí en una pieza y cómanse dos o tres cañitas, que si el policía los halla yo arreglo la cosa. ¡Claro que no hay que nombrarme!

Los peones se alejan haciendo reverencia y alabando su buen corazón. Lo que dijo el inglesito se confirma cada día más. ¡Qué hondo está hiriendo esta bondad del superintendente!

*
* *

Los días del batey son callados. Las noches iguales. Los hombres se calientan al sol, cubiertos de harapos, muertos de hambre. A veces, sobre todo en días de lluvia, les atormenta tanto la necesidad de comer, que los más osados, aún sabiendo que está prohibido fiar, vienen a la bodega y me dicen:

—Bodeguero, fíeme una librita e maí.

O si no:

—Deme un chinguito de azúcar pa endulzarme la boca.

Cuando no es un chiquillo enfermizo, sucio y mocososo, que murmura tímidamente:

—Dice mamá que por favor le fíe una libra de arró.

Algunas veces les complazco por caridad, pero no lo hago siempre, porque cuando dispenso uno de esos favores las demandas aumentan en tal forma, que aún distribuyéndoles toda la tienda, no les dejaría satisfechos.

La mayor parte son haitianos que no quieren abandonar la República; los menos son criollos gastados que han perdido la voluntad de marchar a otro sitio. Todos juntos forman una parte de humanidad cuya hambre no se apaga jamás.

En momentos de exaltación, viéndolos consumirse sin intentar mejorar sus vidas, abandonados por completo a la finca, les he gritado, ardiendo en indignación:

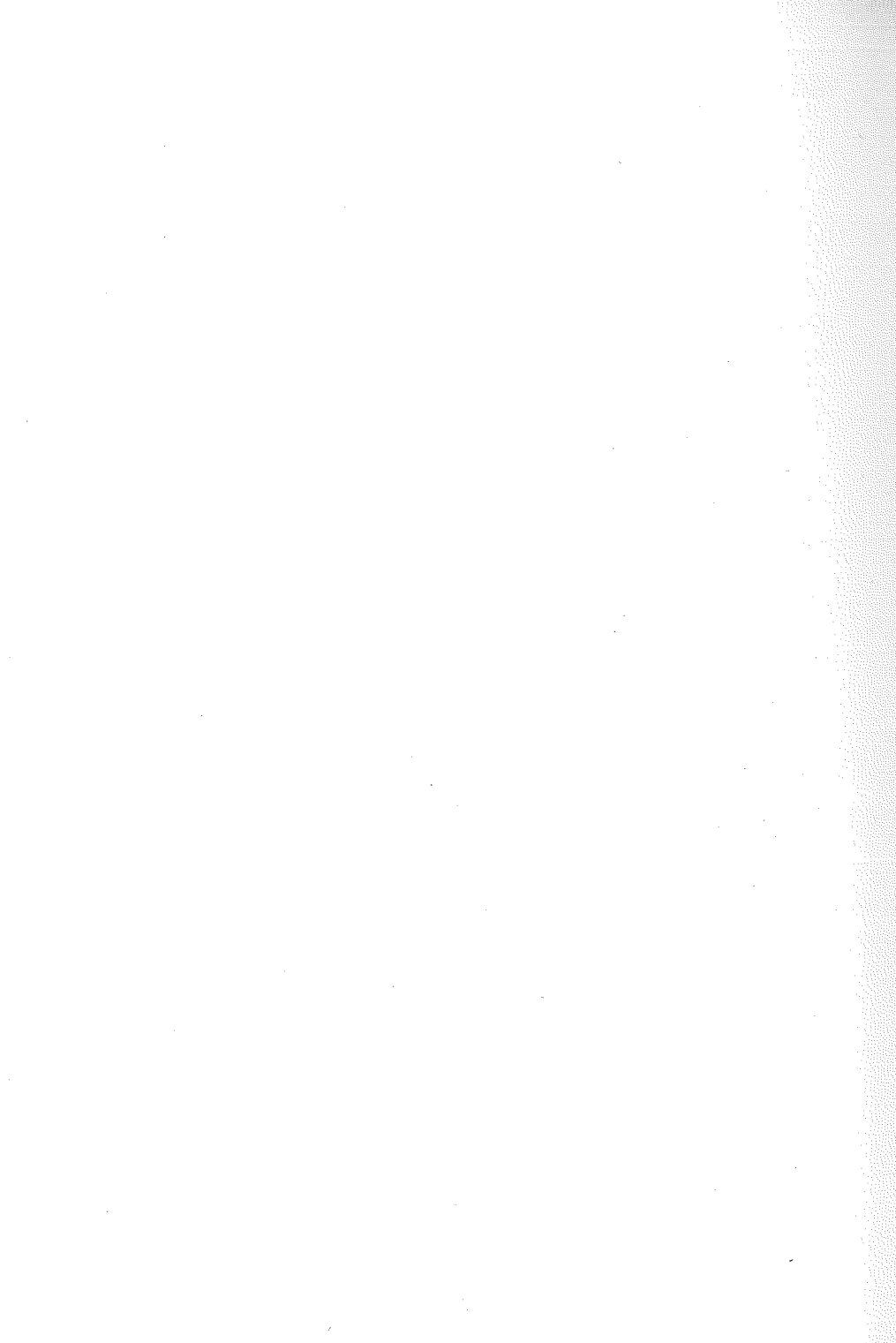
—¡Marchen de aquí! ¡Pídanle tierra al gobierno o róbenla! ¡Llegaron fuertes, enteros, jóvenes, y en tantos años se han destruido sin ahorrar un centavo! ¡Marchen! ¡Hagan conucos o mueran de hambre en otra parte, pero no aquí! ¡No vuelvan más!

Se embelesan mirándome, oyendo mis palabras. En sus rostros borrados se retrata una gran idiotez. Algunos murmuraron:

—Tiene razón...

Pero lo dicen huecamente, sin comprender, y luego marchan a las sucias casitas o al fétido barracón.

Una ira sorda me quiere reventar.



VII

La vieja Mercé está muy triste. Ayer me pidió permiso para ir al pueblo, porque le habían dicho que su hijo sería operado en el hospital de la compañía. La enfermedad de su único descendiente hacía días que la traía muy mal. Esta última noticia removi6 rudamente sus dolores.

Hacía seis meses que no veía a Melito, su muchacho. Este era un mocet6n de veintiséis a6os, de cara infantil, muy respetuoso, que todavía hacía el ademán de arrodillarse para pedirle la bendición a su madre. Desde hace dos a6os más o menos, tiene mujer, y su primer hijo ya está al cumplir los doce meses. Vive en un batey muy distante de éste. La vieja, mientras su hijo fue soltero, no se le apartó; pero cuando Melito cambi6 de estado le dejó solo, porque como me ha dicho hablando de eso, "lo s'ijo na má son de la madre mientras tan chiquito, y dipué son de la mujer o el marío y su s'ijo".

Ella qued6 en este lugar "porque toavía era fuerte pa ganarse la vida, y mientras pudiera valerse a naide le recibía un pan", y sólo veía a Melito de mes en mes, cuando éste, con la mujer y el chiquillo, o solo, venía a este batey y le traía alg6n dinero.

Cuando vino la última vez le dijo que tenía una pierna hinchada, que le daban fiebres. Después vinieron las aguas y Melito sólo mandaba razones con alg6n pe6n. Finalmente la

vieja supo que el hijo había sido llevado al hospital, a solicitud del contratista de la colonia donde vivía. Aquella noticia le quitó el sosiego:

—¡Mi hijo e n'ese hopital! ¡Dió me lo ampare!...

Decía esto a cada momento, llena de temores, hasta que ayer le trajeron la noticia de que iban a operar a Melito.

Ya no tuvo un momento de reposo y no pensó más que en partir hacia el pueblo. Le busqué algún dinero y le deseé buena suerte al despedirla.

Volvió esta mañana. Ahora no cesa de llorar. A su muchacho le cortaron la pierna derecha y ya no se arrodillará más ante ella. ¡Le cortaron la pierna! ¿Y qué tenía? “¡Ay, don Danielito! —me dice entro sollozos—. Dipué que lo lisiaron, al trite, se dieron cuenta de que la jinchasón era de rumatimo. ¡Yo lo supe!”

No digo nada que valga la pena. Una palabra obscena es lo único que se me ha escapado en presencia de la vieja, que no la ha oído. Después, veo a esta pobre mujer sufrir y pienso que dentro de poco tendrá que traer al hijo, a la mujer y al nietecito para este batey. Cabrán todos en un cuartito, en su media casita blanca. Melito, cuando el muñón de la pierna esté sano, irá con muletas hasta una pieza de caña y arrastrándose por el suelo desyerbará, hará cultivos como otros tantos, a dos centavos y medio o a tres centavos la tarea. ¿Quién mirará por ellos? Las palabras sucias me llenan la boca. No salen porque estoy mudo, de codos al mostrador, pero las siento patear.

Van llegando gentes a la bodega. No son compradores, sino los sin trabajo del batey o los que pasan hacia algún punto de la finca, que se detienen en el único sitio donde la gente suspira, maldice y fantasea a su antojo: la bodega.

Hoy todos comentan lo que le ha ocurrido al hijo de la vieja Mercé. Cómo circulan esas noticias por el teléfono invisible de la finca, nadie lo sabe; pero es el caso que se conocen inmediatamente desde el lugar de la ocurrencia hasta el último batey. Mariano el Burrero, un vagonero tísico, que fue al hospital con paludismo y allí consiguió su tuberculosis, dice tosiendo:

—En ese hopital tratan a uno como a lo perro. Ese hombrecito que ta de dotor, con to y su carita de mujer, no e má que un sangrú abusador. En siendo pa blanco lo ve uté que anda ni an perrito sato, miándose, con el rabito entre la pierna, de lambón.

Pero en siendo un probe... se cansan lo s'enfermo e llamarlo y decirle que le duele aquí, que le duele allí, y él, ni an voltea la cara. ¡Abusador y lambón!

La voz del vagonero es ronca y está preñada de odio. Uno que fue bodeguero y que ahora vive haciendo resiembras, desyerbando piezas de caña o chapeando carriles, dice con voz silbante, apretando los dientes:

—Ahí nada más son gente los *mister*, los blancos.

Y luego continúa:

—Para los otros sólo hay un remedio: un baño de agua fría cuando llegan, un purgante de sal y luego quinina, aunque tengan reuma o pulmonía, porque en no siendo blancos todos sufren de paludismo. Un negro no tiene derecho a otra cosa.

El boyero Montero, que pasada la zafra se ha quedado cargando piedras para un puente que se construye en el otro distrito, rezonga:

—Pa dir a l'opital mejor me dejo morir en la caña. Pa salir de allí vivo hay que tener vida e gato... ¡En toas partes se va uno a joer! Bueno, pué mejor tranquilo.

Ellos hablan y su voz es la voz de todos los que se hunden en la finca; es la voz que nunca será oída. Yo los oigo y pienso que jamás podré permanecer indiferente ante tantas violencias, aunque me lo proponga, ¡bastante ya lo he querido! Porque siempre hay algo nuevo. Ahora es el hospital.

El hospital. Pienso que todos contribuimos para su sostenimiento, que pagamos una gruesa suma para que todo esto ocurra. Contratistas, colonos, ajusteros, empleados, peones, todos damos dinero para que unos médicos vivan como señoritos, sin estudiar, de fiesta en fiesta—¡aristocracia del pueblo!—, conquistando mujeres ociosas, aprendiendo cirugía sin maestros y sin textos, en los cuerpos de los negros. Pagamos ese hospital—mejor dicho, se nos descuenta una suma sin tomársenos parecer—, y también pagamos los dispensarios o botiquines de los campos. La inteligencia de los blancos hace figurar todo eso como establecimientos benéficos para atender a los que trabajan en la finca, pero ya sabemos lo que son. En cada división hay un dispensario; allí hay quinina en inyecciones y en cápsulas, algunas medicinas para el catarro, purgantes de sal, y algo más. Cada establecimiento se encuentra bajo la dirección de un señor ignorante, sin noción del oficio, y a quien llaman practicante.

noción del oficio, y a quien llaman practicante. La misión principal de este individuo —fuera de tener bien sus asuntos, ¡hacer su política!, para conservar el cargo— consiste en pasearse a caballo alguna vez por los carriles, con aires de personaje, sin atender a los pedidos de los peones.

—“¿Quinino? —pregunta cuando se le solicita—. ¡Vaya al botiquín!”

Y a veces el dispensario está a cuatro, cinco y ocho kilómetros que son infranqueables para un peón deshecho por el trabajo y la fiebre.

Pero el descuento siempre sigue.

De ello me ha dicho Eduardo: “Lo mejor es no pensar en las contribuciones y evitar el hospital y cualquier “servicio” de la compañía como a una peste”. Y Valerio, tartamudeando borracho, ha afirmado: “¡Es otro *over!*... ¡Otro *over!*...”

Yo pienso: ¡otro *over!*... ¡Otro *over!* ¿Será aquí todo *over?*... Es una fiebre, una locura. Los presupuestos de todos los departamentos dejan superávits, que son *over*, porque sus directores compiten en economías y no gastan la suma ya hartamente restringida que les autoriza el central; los superintendentes de campos, subalternos de aquéllos, pagan menos de lo que ordenan sus jefes, para demostrar eficiencia y agradar; los mayordomos, que les obedecen a los superintendentes, cuando pueden hacen lo mismo; el director del hospital y sus practicantes, no curan a los enfermos y niegan las medicinas para no cubrir su presupuesto del año; el almacén del departamento comercial, la tienda central, las bodegas del campo, el peso de caña, ¡todo ha de dar *over!* ¡Qué obsesión de *más!* ¡*Over!* ¡Maldita palabra! ¡Parece que toda la tierra será poca para saciar su sed!

*

* *

Durante este tiempo muerto, el pequeño carro ambulancia del central trabaja mucho. Es raro el día que deja de pasar frente a mi bodega, por el camino de hierro de la máquina, con

una o dos cajas negras en busca de cadáveres; y siempre tiene que ir a otras divisiones, de mañana, de tarde, de noche, acarreando carne muerta hacia el pueblo.

A veces hay averías en la vía, hay mucho trabajo en el hospital, o alguien olvidó la llamada que hiciera el mayordomo o el policía de un batey avisando que allí murió algún peón, y los muertos entonces son recogidos cuando ya despiden mal olor.

La ambulancia pasa por ahí, con su cruz roja, y ya la gente la mira sin comentar. Ninguno se informa de quién habrá muerto. “¿Qué más da? Siempre será un trabajador cuyo cuerpo será llevado desde el hospital hasta el cementerio del pueblo en una carreta, metido en un cajón cuyo precio de costo no pasa de dos dólares. ¿Qué más da? Siempre será un peón”. Eso parecen pensar.

La ambulancia sigue yendo y viniendo con sus cajas negras.

*

* *

Cuando me dijeron que mi mujer había sido internada en el hospital no lo quise creer. ¿Cómo era posible? ¡No podía ser!

Llamé al pueblo por teléfono, pedí informes apresuradamente. Supe entonces que el médico que la asistía hizo cuanto pudo por no operarla, pero que llegado el momento decisivo, hubo que resolverlo; y como él no tiene clínica adecuada y en el pueblo no hay un establecimiento público de ese género, ni aun en toda la provincia, —¡como yo no podía pagar una clínica particular!— no quedó otro remedio que llevarla allí, y la llevaron.

¡Era cierto! Sentí que la tierra se abría a mis pies. Perdí el equilibrio y no acertaba a hacer nada en debida forma. A la noche siguiente fui al pueblo, sin pedir permiso.

Al coger un automóvil en la carretera, le di instrucciones al chofer para que me llevara directamente al hospital. Cuando llegué allí, entré al pabellón donde se aloja a los empleados y a sus familiares, en busca de mi mujer. No había nadie en el extenso pasillo alumbrado por una bombilla cuya luz moderaba

un globo color de leche. Tras caminar de un lado a otro, tropecé con una *nurse* con aspecto de persona muy poseída de sí misma, y de quien era dable sospechar que había descubierto la piedra filosofal; descubriéndome ante ella le pregunté simplemente si no sabía dónde estaba mi mujer.

No sé si fue que lo hice muy torpemente, pero aquella mujer demostró estar ofendida, y con altivez me preguntó:

—¿Su mujer? ¿Quién es usted?

Dije sin vacilar:

—Usted me conoce, indudablemente. Nos hemos visto en el pueblo. Ahora soy el bodeguero Daniel Comprés.

Respondió secamente:

—Pues eso es allí, en el otro pabellón.

Y me volvió la espalda sin decir más.

En otra ocasión habría pensado en su actitud, pero ahora era muy honda la amargura que había en mí. El pabellón donde estaba mi mujer era el mismo destinado a los peones. Cierta era que ella no estaba en el salón general, donde en varias hileras de camas habían quince o veinte hombres de los cuales algunos rugían de dolor durante toda la noche; pero se encontraba a muy pocos pasos y para ir a su cuarto era necesario pasar por allí. La tenían en un pequeño cuartito, de cuarentidós pies cuadrados a lo sumo, y en el cual había dos camas. Era tan desnudo, tan estrecho, tan triste, como una celda. En una cama vi su cuerpo gastado; a su lado, a la madre que no me vio. No quise hablarles. Retrocedí en busca del director. ¿Cómo era posible aquello? Caminé por los jardines del hospital, busqué a aquel hombre por todas partes, fui a su casa. Allí me dijeron que estaba en un baile que se celebraba esa noche en el club del pueblo. ¡Qué sordo es el mundo! Regresé al hospital por las semialumbradas avenidas del central, lleno de desesperación. Volví a la celda donde estaba mi mujer y la encontré todavía durmiendo. La madre ahora leía no sé qué cosa. Hablamos poco. No quise despertar a la enferma. Luego me volví al campo.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue llamar por teléfono al doctor. Estuve más de media hora esperando que le avisaran, que él se desocupara. Cuando sonó el timbre, yo estaba tembloroso.

—¿Quién habla?

—El Director del Hospital —dijo la otra voz a través del alambre.

—Doctor: le habla el bodeguero Comprés, que tiene a su esposa allá...

—Diga.

—Yo quiero que me haga el favor de trasladarla al otro pabellón. Ahí donde está no es posible. Usted sabe que los peones dicen palabras obscenas y gritan durante toda la noche. Yo le agradeceré a usted esto siempre.

La otra voz dijo:

—¿Pero sabe usted que una habitación de las que usted quiere cuesta cinco pesos diariamente?

—No se apure por ello. Pagaré lo que sea. ¡Lo que quiero es que ella salga de aquella habitación! No puedo soportar la idea de que pase los días y las noches allí. Trasládela... Yo pagaré...

Mi voz era como un ruego. Fue después de haber hablado mucho cuando me enteré de que nadie me oía. El hombre había colgado del otro lado sin ponerme atención. ¡Estaba irritado porque un bodeguero pretendía que su mujer fuera alojada en el pabellón donde debía estar una persona!

Hay amarguras cuya intensidad el hombre jamás podrá expresar, y aquella que me rompía el alma era una de ellas.

Aquel día me lo pasé caminando dentro de la bodega como un loco enjaulado. Me ahogaba la desesperación. Los peones se asombraban de que no les oyese, aun cuando me hablaban de ahí mismo y a viva voz.

Llegó la noche de la finca, impregnada de angustia. Se habían amontonado mis comidas, y en voz alta, yo disertaba:

—¿Por qué los hombres se tratan tan mal? ¿Por qué estas diferencias? Nadie quiere apreciar ni comprender a otro. No he

causado mal, no he albergado odios. Mi mujer es una niña inocente, que está enferma y necesita comodidades, cuidados. Necesita que se le trate como a una cosa pequeñita y querida, ¡como a un ser humano! Y sin embargo, ¡la encierran en aquel cuartucho!

A veces la ira me soliviantaba:

—¿Y ese mediquillo, quién es? ¡Intruso, extranjero, le está robando ese puesto a un hombre digno, que no sea capaz de vejar a las gentes! Vino a mi país siendo nadie, insignificante, incompetente, servil, ¡y ahora se engrandece hasta ultrajarme! ¡Me ultraja a mí, que desciendo de los que de este suelo hicieron patria para que de ella gozáramos! Viene a mi tierra a humillarme, porque sabe inglés y se arrastra... ¡Intruso! ¡Ladrón!

Cansado de dar vueltas, me echaba en la cama. La luz apagada, los ojos cerrados, trataba de dormir. Y a pesar de que apretaba los dientes, me ardía el pecho en imprecaciones:

—¡Malditos! ¡Ladrones!

La noche avanzaba. Mi impotencia se me derramaba encima como un baño de fuego. Mordía la almohada. ¡No me explicaba cómo hasta las piedras no sufrían mi dolor!

*
* *

Después, me trajeron a mi mujer sin hijo. Era un esqueleto envuelto en piel. Cuando la madre entró con ella, la pobrecilla, se me aferró al cuello, como un atormentado que después de haber sufrido la agonía del potro, cae en brazos de su salvador. Su llanto me bañaba el pecho... Fuerza, ¡fuerza de hombre!, hube de tener para no llorar.

TERCERA PARTE

I

Tuve días de ruda lucha con mi mujer. La madre marchó una semana después de su llegada, porque hacía ya casi tres meses que no atendía a sus otros hijos. Vieja Mercé estuvo seis semanas en el batey donde vivía Melito, haciéndole compañía hasta que pudo traerles a él y a los suyos, y durante ese tiempo, me vi en la necesidad de recurrir a una haitiana para que me atendiera la casa.

Pero tuve que hacerlo todo. La negra y grajosa mujer no sabía cocinar, ni tenía costumbres, ni la más leve noción de lo que significa limpieza. A los tres días de lucha, me vi en el caso de despedirla, y desde entonces hasta el regreso de la vieja Mercé, fui cocinero, enfermero y perro guardián de mi mujer.

Ella no podía valerse y tuve que bañarla por buen espacio de tiempo. Me las arreglaba para cocinar y atender a la bodega. Desde su cama ella me avisaba cuando un olor se lo denunciaba: "Se quema la carne", "se queman las habichuelas", "se ha botado la leche", y yo abandonaba mi puesto detrás del mostrador y corría hacia la cocina. Mientras tanto, era todo oídos para no dejarme sorprender por Mr. Baumer, o por cualquier otro alto empleado del central, fuera de mi lugar, porque ello implicaba la pérdida del empleo.

Aprendí en poco tiempo a distinguir todos los ruidos. ¿Qué bocina de automóvil no conozco, aunque para un novato todas suenen lo mismo? ¿Qué ruido de motor no distingo? Ya sé, desde mucho antes de ver un vehículo, tan sólo por el zumbido de la máquina, si viene el subadministrador del central, si es el superintendente de campos, si es Mr. Baumer, si es el segundo *manager*. ¿Y motores de vía, *budhas*? Los conozco todos, sin verlos. Cuando es la ambulancia, ya sé que es ella; cuando es el que utilizan los reparadores de vía, también lo conozco; cuando se trata del majestuoso que usa exclusivamente el administrador del central, lo sé también desde muy lejos, y cuando oigo las explosiones de un motor nuevo, no me cabe tampoco duda: o vienen en él los oficinistas a pasar el inventario, o Mr. Baumer ha hecho uno de sus frecuentes cambios de vehículo y en él viene.

Así nunca me he dejado sorprender fuera de mi lugar en la bodega, aunque ello me haya costado dejar de ser el hombre que era. Significa mucho pasar semanas enteras higienizando a su mujer, que ya no es un ser racional, sino una pobre criatura convaleciente, llena de caprichos; semanas durmiendo en el piso, frente a la cama de la enferma, velando, porque de noche ella se cae como un niño, mientras duerme; semanas, meses, haciendo trampas para evitar que descubran un déficit; semanas, meses, temiéndole a todos los ruidos, encerrado en una casita techada de zinc, en medio de los cañaverales. Significa mucho, y bien puede ello alterar los nervios y cambiar casi radicalmente el carácter de un hombre.

Ya no soy el mismo, ni mi mujer es la misma, ni vieja Mercé es la misma, ni la gente de la finca es la misma. Es tiempo muerto y todas las caras están adustas. Un gran porcentaje de empleados ha recibido lo que cínicamente la compañía llama "vacaciones sin sueldo". Es decir, han sido abandonados a su suerte, sin empleo, hasta la próxima zafra, "por economías". Los otros ganán ahora menos porque a todos se les rebajó el 10% de sus sueldos, como todos los años. Están hoscós. La finca dormita.

Yo pienso en mi déficit y me desespero. Ahí, sobre mí, está siempre el techo de zinc de la bodega, recalentándose los sesos. Cuando no sopla brisa, todo es sopor, marasmo. El calor es tan denso que casi puede asirse, y por todas partes, ¡los cañaverales! Frente a mí están los cañavera-

les; a mi lado están los cañaverales; a mi espalda están los cañaverales. ¡Cañaverales! Sobre ellos siempre un cielo limpio y alto, como un desesperado ojo sin párpados, desde el cual se desparrama un sol de fuego. Cuando uno siente que en la cabeza un incesante dolor martillea, y siente que le brota un sudor aceitoso por todo el cuerpo, y tiene deseos de arrancarse las ropas y gritar, mira ansioso hacia los cañaverales, y la vista se quema en el resplandor de hoguera que parpadea sobre ellos, hasta el horizonte, por encima de cualquier silueta de montaña que se recorte apagada a lo lejos, por encima de cualquier mancha que aparezca en los cañaverales.

Son los días del tiempo muerto. Los empleados que están “de vacaciones” y los otros cuyos sueldos han disminuido ya por quinta o sexta vez, andan desorientados. El ron los quema por dentro y el sol por fuera. Se ahogan en una sorda inconformidad que no comprenden; una inconformidad pesada, de plomo derretido, que deforma y acaba sus vidas inexorablemente.

Cuando los veo, sólo pienso en ellos y creo que más me duele lo suyo que todo lo mío. Me crece, encendido, un gran deseo de gritar a todos los vientos, denunciando cómo se destruye a los hombres en estas fincas. Quiero hacerlo, creo que puedo hacerlo, y comienzo a escribir nerviosamente, trazando signos desiguales, con gran fuerza. Mi letra irregular llena hojas y hojas, que voy amontonando con fiebre, ¡hasta que al fin se me vacía el pecho! Entonces leo aquello, y a medida que repaso las hojas una tras otra, una tras otra las voy rompiendo, decepcionado, convencido de que allí sólo hay imprecaciones inútiles, ideas inconexas.

Entonces todo es abatimiento. Cuando se está así, ya no se siente amargura, ni rebeldía, ni deseos. No se encuentra esa fuerza que poco antes le hiciera a uno sentirse capaz de conmover el mundo, de remover la tierra, y se ahoga el hombre en un apocamiento que sólo incita a escapar de todo y de todos, para echarse por ahí en algún sitio, sin pensamientos y sin deseos.

Cuando estoy así, casi siempre se me acerca mi mujer con un mimo. Su presencia me molesta. ¿Qué tengo de común con ella ni con nadie? Siento horror ante la perspectiva de tener que hablarle, y casi gimiendo le suplico: “Déjame quieto”. Pero no comprende —¡cómo va a comprender!—, y mis palabras la ofenden.

¡Absurda situación! Trato de explicarle que en esos momentos sufro crisis que me impiden relacionarme con cualquier persona, inclusive con ella; pero con ello agravo más la situación. Se exaspera, pierde el tino, y hace mil escenas ridículas que irritan más mis nervios y me hacen perder mi dominio. Una ira salvaje me golpea las sienes y salgo de la casa como un vendaval.

Ambos atravesamos desde hace tiempo por un estado anormal. Ella, repuesta ya en lo físico aparentemente, se ha tornado altiva, agresiva, nerviosa, tonta, hasta el extremo de que pocas noches me deja dormir. La obsesionan unos celos estúpidos y se empeña en retenerme todo el día entre estas cuatro paredes, alejándome de toda sociedad, porque nada la martiriza tanto como oírme enfrascado en largas conversaciones con mis amigos, después de haber pasado una semana a su lado pronunciando escasas palabras, leyendo, escribiendo, o si no, frente al mostrador.

En vano trato de explicarle mi necesidad de relacionarme, de caminar siquiera en el batey. Se me aferra al cuello y dice: "¡Llévame!"

A veces lo hago. Paseamos a caballo por los carriles, visitamos otros bateyes; pero como mi ánimo no está para hablar del paisaje, marchó silencioso a su lado cuando ella quisiera que de mi boca saliera un inagotable torrente de charla vana. Su vista no se aparta de mí; la mía se pierde en los cañaverales, en el horizonte, sin ver nada.

—¡Háblame algo! —me dice cuando así caminamos.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para responderle:

—¿De qué he de hablarte? Sobre lo que pienso es inútil que te diga algo, y de otra cosa... ¡no sé decir una palabra!

Seguido estalla:

—Es que me tienes por más ignorante de lo que soy, no me aprecias, para ti soy un animal, ¡háblame de cualquier cosa!

Es inútil cuanto hago por calmarla. Solloza furiosa:

—¡No me dices nada! ¡Qué vida llevo! ¡Qué desgraciada! ¡Para ti soy una bestia!

Me invade la pena. Siento que soy culpable de un crimen. Me reprocho el hecho de haberla traído a mi lado, porque debí comprender que no podía ser mi compañera. Y un abismo que se ensancha por horas, se abre entre los dos. Entonces

quisiera ser un hombre como la mayor parte de los que hay en el mundo; como casi todos los de ayer, los de hoy y los de siempre; como todos los que viven para tener hijos y hablar y dormir con su mujer. Quisiera ser como el marido de mi cuñada, cuyos problemas son trabajar, comer y estar con ella, mientras ella sólo piensa en lavar, cocinar y limpiar la casa con él.

Comprendo que mi cabeza está demasiado repleta de ideas fuertes; de ideas que quizás no puedo plasmar, y que pienso demasiado en la injusticia; que no me resigno a llevar una vida imbécil, y que todo eso es un enigma para mi pobre mujer, cuya venganza se desahoga contra todo lo que ella cree que nos separa: ya sean libros, manuscritos o amigos.

Cuando estoy leyendo, me obliga a observarla. Mueve las cosas ruidosamente, tropieza con todo; si habla, es con voz irritada. A veces no puedo soportar tanto ruido y la reprendo. Entonces llora como una tonta. A tal punto ha llegado su nerviosismo, que ya no le oculta su antipatía a mis amigos, con quienes comete imperdonables faltas de educación que los están alejando de mi bodega. A Eduardo hace poco que no le respondió el saludo; cuando alguien está conmigo, pasa entre nosotros intempestivamente, sin decir palabra.

Como resultado, la casa se me hace insoportable. Esto es muy estrecho y aquí siempre hace calor. Cuando cierro la tienda y me hallo en uno de estos cuartitos, forzosamente cerca de mi mujer, atormentado por toda clase de ruidos, mis nervios trepidan. Oigo los sonidos exageradamente, me crece la ira. Entonces, me echo afuera y marchó a casa de Cleto, a casa de viejo Dionisio, o me voy simplemente a vagar por los carriles cercanos, como un loco. Y más vago por los carriles, porque cuando voy a casa de mis vecinos, Cleto y el mayordomo se dan cuenta de mi situación, porque también hasta allí va mi mujer. Desde que llega se me cuelga del brazo y, sin reparar en nada ni en nadie, comienza a decir: "¡Tengo miedo de quedarme sola! ¡Tengo sueño! ¡Vamos a casa! ¡Camina!"

Hago lo posible por permanecer sereno. Casi siempre voy tras ella, pero casi siempre -si ocurre esto en casa de Cleto-, el policía no disimula una sonrisa irónica y escupe... A veces, como hablando consigo mismo, comenta: "¡Ei que tiene rabo!..." Y ello me avergüenza...

*
* *
*

Una noche le pedí prestado su mulo al policía. Fui por los carriles hasta las bodegas de Eduardo y Valerio. ¡Buen trecho! Mi déficit había aumentado mucho y después de la visita de mi nuevo vecino, la actitud del alemán no podía ser más significativa.

Con ellos y con el inglesito conseguí dinero y algunos efectos que trasladé en el animal y que luego puse en mi bodega. Y lo hice a tiempo, porque seguido se inició una serie interminable de inventarios.

En este mes, los oficinistas han venido tres veces, y a tal extremo ello me excita, que a pesar de haber repuesto el dinero, no encuentro tranquilidad. Por lo menos una vez a la semana paso inventario de noche, para cerciorarme de mis cuentas. No hay ventas; las cosas merman. Abrir un saco cuyo contenido no se venderá en quince días, significa pérdidas. El sueldo no me alcanza para cubrir mis necesidades. Tanto mi mujer como yo hemos perdido todo control en nuestros gastos. Ahora bebo ron diariamente y no sé cómo terminará todo esto.

El alemán me mira como el perro a su presa. Se diría que se lamenta de no haberme pescado. ¡Casi todos los días está aquí! Por cualquier futilidad le oigo decir amenazante:

—Mucho cuidado. Nosotros siempre pesca al que falla. Todo el que falla aquí, cae. ¡Nadie escapa!

Es como una fiera. Sus palabras me calan los huesos, me revuelven todo; pero a pesar de ello respondo:

—¡Eso es al que falla!

Él, con una sonrisa que da frío, siempre dice:

—Bueno... ¡Ya veremos!

Y marcha enardecido, con su paso marcial.

Una cosa comprendo: me persigue, me perseguirá hasta el fin. Me asediará hasta que huya, hasta que encuentre un déficit o hasta que reviente o me cuelgue. La figura de mi compañero suicida, llena mis sueños...

*
* *
*

¡Inventarios! ¡Inventarios! ¡Inventarios!

Durante estos últimos sesenta días, los oficinistas —a veces acompañados por el alemán que ha presenciado las operaciones—, han venido seis veces a mi tienda. ¡No puedo ya con mis nervios! ¡Y no puedo protestar!

Permanezco callado, encerrado en esta bodega, sin poder confiarle a nadie mi angustia, viendo cómo en cada inventario mi destino sigue pendiendo de un hilo, gracias a un microscópico *over* de algunos centavos que arrojan las cuentas sobre el pequeño superávit anterior. Cada vez que toco algo de la bodega, lo anoto. Cada vez que vendo algo, pienso en la ganancia, por pequeña que sea. Cada vez que algo cae al suelo, pienso en la pérdida aunque parezca invisible e insignificante. ¡Es una obsesión!

Mis pensamientos giran en un mismo círculo: ahí está el balance. Desde principios de año he dado sesentiocho dólares y veintisiete centavos de *over*. Como esa suma no aparece en ningún libro porque la oficina la deja así hasta fin del año comercial de la compañía, la tengo anotada por ahí ocultamente. ¡\$68.27! Después de anotarla, cayeron al suelo cuatro onzas de arroz. ¡Ya son \$68.25! Vendí veinte libras, robé treinta onzas, ¡pero abrí un saco que tenía cinco libras de menos! Bebí un trago de ron. ¡Ya hay déficit!

Anoto en mi libreta veinticinco centavos con cargo a mi cuenta para arreglar el balance. Vendo dos yardas de tela y robo una cuarta. ¡Otra vez tengo *over*! Ahora un trago, otro trago; mi mujer quiere azúcar, ¡otra vez déficit! Mi crédito está cubierto hasta mañana y bebo más ron. Me doy a pensar: “¿Si viene el inventario! ¿Si no esperan hasta mañana? ¡Todavía es temprano y pueden llegar!”... Las horas son lentas, lentas. Oigo un ruido. Crece mi inquietud. Me pregunto: “¿Será de motor?” Aguzo el oído... ¡No lo es!

Bebo más ron...

Así de noche y de día. No le hablo a mi mujer. Siempre estoy como ausente, distraído.

¡La vida del hombre es miseria! ¿Qué hay de común entre mi mujer y yo? Nada puede haber. ¡Sólo miseria! Hace más de

quince noches que no duermo. Ella está intolerable. Yo sólo pienso en el *over* y en un déficit, aunque sea de dos centavos. Pienso en la deshonra y en aquel bodeguero ahorcado. En sueños oigo la voz de Mr. Baumer: "Diez putella de ron... seis sacos de arroz... Diez..."

Mi mujer me hostiga. De noche me voy a la tienda y allí me quedo a dormir, pero con ello nada remedio. Desde una ventana de rejas que hay entre el aposento y el depósito, ella, en ropa de noche, como una loca, despeinada, chilla. Si para poner fin a la escena abro la puerta, entonces comienza otra peor. Entra y va hacia mí. Comienza a recriminarme, barbotando necedades sin fin:

—¡No me haces caso! ¡No lo soporto! ¡Te las echas de preocupado, pero poco me importa! ¡No lo aguanto!

La oigo en silencio, aunque creo que voy a enloquecer. Cierro los ojos, pienso en el inventario, trato de dormir, ¡y creo que duermo! Ella, en el paroxismo de su histeria, me sacude y grita una y otra vez:

—¡No te duermas! ¡No te duermas!

Miseria. Me revisto de paciencia. Ensayo ahora por un camino de suavidad.

—¿Qué pretendes? —le pregunto—. Pienso que a las cinco y media debo estar en pie. Hace mucho que no me dejas dormir. Debo trabajar para los dos. Serénate.

Repíte:

—¡No vas a dormir! ¡No vas a dormir!

Parece loca. Hago un esfuerzo por contenerme sin pegarle. Toda mi voluntad quiere considerarla enferma. Digo: "Han sido las noches que pasó casi abandonada en aquel calabozo del hospital; fueron los gritos de aquellos peones, ¡es la finca! No le haré caso". Ella insiste hasta el amanecer. Cuando el *Big Ben* toca las seis, estoy borracho de sueño; pero siento un alivio, porque ya ella se irá a dormir, y yo comenzaré a beber ron. Porque entonces es el día, y sólo a fuerza de ron lo resisto. ¡Sólo a fuerza de ron!

Y si alguien supiera esto, indudablemente me diría: "¿Por qué no escapas? ¿Qué haces aquí?" Y yo preguntaría: "¿Adónde he de ir? ¿Y las deudas? ¿Y mi mujer? Si mis nervios resisten.."

*
* * *

¡Pero mis nervios no resistieron más!

Esta mañana llegó el alemán. Vino gruñendo, protestando de todo. Como la única lámpara de la bodega está inservible por lo vieja, le pedí una nueva, y ¡esto le irritó! Como si le hubiera mordido un animal ponzoñoso, al oír mi pedido comenzó a chillar:

—¡Usted pida muchas cosas! ¡Usted molesta mucho!

La ira me tiró de los cabellos. Sin embargo —¡miseria!—, traté de explicarle con las mejores razones que hallé, que él estaba equivocado, que yo me hallaba en mi razón al solicitar aquello. Pero él siguió:

—¡No diga más! ¡Mi no quiere oír! ¡Usted fuñe mucho! ¡Mi...!

¡Hasta ahí soporté! Lo último lo había dicho en marcha y ya estaba en su automóvil. En ese momento lo echaba a andar. Corrí hacia él. Mi mano cayó en la puerta del vehículo, como una garra. Planté el pie en el estribo y grité:

—¡Cállese, alemán! ¡Óigame! ¡Me va usted a oír!

Volvió la cara espantado, como si no diera crédito a sus oídos ni a sus ojos. Sin darle tiempo a responder, seguí roncando a gritos:

—¡Me va a oír usted! ¡Apague el motor!

Obedeció temblando. Seguí:

—¡Usted me trata como a un perro, alemán! ¡Me quiere ahorcar! ¡Pero usted me va a oír! ¡Tiene que oírme! ¡Óigame, carajo! ¡Óigame, alemán! ¡Soy un hombre!

Me ahogaba. Él no pudo más. El motor arrancó y el carro dio un salto. Lo vi perderse en un carril a toda velocidad.

Cuando volví a la tienda, estaba como idiota. Mi mujer me miraba sin comprender. Sintió temor de acercármeme. Permanecí largo rato sentado en una caja y luego le ordené:

—Arregla nuestras cosas.

Me oyó asombrada, pero obedeció. Abrí una botella de ron y comencé a beber. Casi no oía a Cleto, que habiendo presenciado el suceso, me decía:

—¡Yo sabía que uté era macho, vale! ¡Así se le habla a eso carajo! ¡Eso mieida!

*

* *

Se fue mi última noche de finca. Amaneció. A las ocho de la mañana llegaron los oficinistas con otro bodeguero. En sus rostros se notaba cierta pena, porque de cuantos hay en este departamento por encima de los encargados de tiendas, creo que son los únicos humanos. La voz del que tomaba el inventario sonaba monótona:

—Seis botellas de ron, a treinta. Siete latas de mantequilla, a treinticinco. Sesenta yardas de tela, a cuarenta. Diez botellas de vino a treinticinco...

El nuevo bodeguero vaciaba graneros, agachado. Yo sumaba las órdenes y contaba fichas de carne. Mi mujer sollozaba en la casa. Los habitantes del batey cercaban la bodega preguntando:

—¿Qué pasando a compai bodeguel?

—¿Lo van a traladar?

—¿Será botao?

—¡Tan buena persona!

Los más, despreocupadamente decían:

—Da lo mismo. No hay bodeguero bueno. Tó son ladrone.

Vieja Mercé lloraba. Gemía:

—¡Ay, Danielito! ¡Ay, Danielito! ¿Quién me dará el pan ahora pa mi hijo lisiao? ¿Quién?...

Nica y Manuela, también lloriqueando, consolaban a mi mujer. Viejo Dionisio no estaba en casa. Cleto andaba por el batey vecino.

Los que tomaban el inventario terminaron. Liquidaron las partidas. La voz de un oficinista dijo:

—Tienes cuatro pesos y un centavo de *over*, desde el último inventario a esta fecha.

Yo me había cargado tres pesos por temor a tener déficit.

Firmamos los papeles y salí de la tienda para no entrar más.

¡Qué sensación! Yo no era el mismo. Tropezaba al andar. No sabía estar libre. ¡Ay, la bodega! Tenía ganas de llorar.

Me fui con los oficinistas al pueblo. Mi mujer quedó en el batey. A las tres horas me hallaba de regreso en un camión. El gentío cercó el vehículo y la casa, mientras cargábamos los escasos muebles. Me entristecían las demostraciones de afecto de las gentes, que ahora sinceramente sentían mi partida.

Viejo Dionisio y Cleto ya habían regresado. El mayordomo casi no hablaba. De rato en rato, sólo decía:

—¡Miren qué vaina! Trabajar con éto maldito e una de gracia. ¡Miren qué vaina!

El policía, malhumorado, como gruñendo, murmuraba entre dientes:

—¡Qué jodienda! ¡Maidita sea!

Y escupía a diestra y siniestra.

Después... Yo creo que estuve algo idiota, porque no podía definir mi verdadero estado, a pesar de que a mi lado mi mujer sollozaba.

La vista del pueblo, medio kilómetro antes de llegar, fue lo que me volvió a la consciencia, y una voz de angustia en mi interior no cesaba de hablar. Murmuraba en mi adentro una especie de lamentación muy amarga. Yo la oía: —“¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo! Salí de ti una mañana con el estómago vacío; me habías rechazado esa vez, pero todavía mi alma estaba sana. Ahora vuelvo cansado. En unos meses me he vuelto viejo. Me ahoga una gris desconfianza en los hombres. ¡Creo que traigo el alma rota!

“¡Mi pueblo! Te veo dormitar y me atemoriza tu sueño al pie de aquellas chimeneas. Caerán sobre ti, con gran estrépito, y no te quedará nada sano. ¡Nada! Ni siquiera el instinto de vivir.

“Me apena ver que ya no pareces un pedazo de mi tierra. En tu propia casa te has tornado extranjero. Tus hijos no tienen aquella arrogancia y aquella hidalguía que tuvieron sus abuelos. Se crían enclenques, pusilánimes, encogidos, haciendo de sirvientes del ingenio, y en sus labios jamás florece una sonrisa que no sea de servilismo. ¡Qué anciano eres, siendo tan joven!

“Por tus calles se camina con temor, mirando hacia atrás. Ningún hombre es capaz de hablar en voz alta, como no sea para elogiar al *mister*. Cuando las locomotoras asustan el cielo con su grito, todos tus hijos callan, como si hablase un dios; y si las factorías —monstruos reales de una nueva y cruel religión—, destrozan un pedazo tuyo —uno de tus hijos—, el resto enmudece, sin lágrimas, y sin protestas.

“¡Ingenio poderoso, que por tus chimeneas escupes diariamente la cara de Dios! ¡Blancos insolentes, rojos de *whisky*, que nos miran como el amo a su esclavo! Mi pueblo, ¡oh, mi pueblo!, ¡estertor de agonía, en un trozo de tierra prestado donde debiste ser dueño y señor!”...

Me ardían los ojos. Volví a pensar en mí, en mi mujer, en lo que debía hacer ese día. Era ya de tarde cuando el camión se detuvo frente a la casa de mi cuñada. Entre el chofer y yo bajamos los modestos muebles. Mi suegra, que estaba allí, tenía el ceño adusto; la hermana de mi mujer me ofrecía una sonrisa sin expresión; el marido estaba ausente. Nubes de polvo vagaban por las calles.

Al día siguiente fui a la oficina del *manager*. Pasé entre los empleados indiferentes, y fui recibido por el asistente. Una perversidad que le retozaba adentro, se le troca en sonrisa cuando me preguntó con cinismo jovial:

—¿Qué te ha pasado?

Yo respondí:

—Nada sé.

Fingió asombro y murmuró entonces:

—¡Es raro! ¿Quieres ver al viejo?

—A eso vine —le dije—. Creo que me sobra algo y quiero liquidar mi cuenta.

Me dijo lo que sin necesidad se le dice a otros tantos:

—¡Hombre! No hay que perder la esperanza. Esto se puede arreglar. Debe ser un castigo. Espera...

Ocupé una silla que me señalaba. El gran rubio, desde su escritorio, fingía no oír, a pesar de que se enteraba de todo.

No levantó la vista. Parecía enfrascado en la revisión de unos papeles que estaban en su mesa.

A los pocos minutos apareció un empleado con una nota para la oficina principal del central. Se la llevó al *manager*. El obeso individuo la leyó y firmó. Me le acerqué. Me retozaba el deseo de escupirlo. A mi espalda, la voz del asistente me incitaba:

—No pierdas la oportunidad. Pregúntale por qué te dejó sin trabajo. Quizás sea un castigo...

Yo oía sin contestarle porque bien sabía que me empujaba nada más que para oír la respuesta del *manager* y luego hacer a mi costa un chiste, como era su costumbre. Su voz seguía diciendo:

—Pregúntale, pregúntale...

Y fue tal su insistencia que sin darme cuenta le hablé al grotesco personaje:

—Mr. Robinson, ¿por qué me dejó sin empleo?

No pude evitarlo. El americano levantó la cabeza. Sus ojos azules me miraron con inquietud. Demostrando extrañeza me dijo:

—Mi no sabi quién es usted.

¡Como a todos! ¿Por qué no le pegué? Estaba allí como un imbécil. Respondí:

—Yo soy el bodeguero Daniel Comprés, a quien botaron hoy.

Le oí exclamar:

—¡Ah! Ya ricuelda... Usted aquí no teniendo más trabajo. Usted teniendo muy mal carácter. La compañía quiere gente más pacífica!

¿Qué me ocurrió? Me repugnaba aquel hombre y me despreciaba a mí mismo. ¿Qué hacía allí? Eché a andar... Al salir, el asistente Mr. Lilo me ofreció una nota donde se autorizaba al cajero del central a pagarme seis pesos y centavos, y también me entregó una hoja de liquidación de mi último inventario, en la cual se veía, casi apagada, escondida, la palabra *over*, seguida de unos números: \$4.01.

Cuando salí, en la puerta hallé a varios hombres que me miraban con ojos inquisidores. En sus rostros se pintaba gran ansiedad. Eran aspirantes a bodegueros que pasaban meses y meses viajando a la oficina de Mr. Robinson inútilmente. Algunos de ellos habían sido encargados de tiendas y ahora sufrían "un castigo". En ese momento la voz del asistente se oyó áspera a mi espalda, dirigiéndose a ellos:

—¡Bajen de ahí! ¡No hay oportunidad para nadie!

El asco me revolvió el interior. Unas yanquis bajaban de un automóvil alborotando en inglés. Los patios cubiertos de grama recortada a la inglesa, las flores de los jardines, los cocoteros, parecían una contradicción a todo aquello.

Después de haber cobrado mi último dinero, abandoné las avenidas del central.

II

No hace mucho que salí del campo, pero parece que han transcurrido muchos años desde entonces. ¡Suceden tantas cosas en dos meses! Porque nada es estable alrededor de un hombre que se empeñe en mantenerle un rumbo fijo a su espíritu. Los demás le forcejean con violencia: si cede, instintivamente le consideran inferior y le desprecian; si no cede, se enfurecen contra él y le magullan o le arrojan. Quizás nadie lo entienda, pero así es como lo veo y lo siento. Y sobre todo ahora, recordando la historia de estos días pasados.

Al salir de la finca, mis nervios se rompían, mi cabeza giraba, mi pecho quería reventar. Pero cuando de mi vista desaparecieron los cañaverales y los hombres molidos, y cesó el tormento de aquel techo de zinc de la bodega que me cocinaba vivo, sentíme como aligerado de un enorme peso.

Encerrado en el cuarto que nos destinaron a mi mujer y a mí, dormía la mayor parte del tiempo. Atolondrado, no pensaba en otra cosa que no fuera descansar, descansar, descansar. Y no sé hasta cuándo hubiera seguido así, de no haberme recordado mi compañera que los seis pesos que me pagó el central, habían tocado a su fin, y que era necesario buscar otros, trabajar.

¡Trabajar! ¿Dónde había trabajo? Y dinero, ¿dónde había?

Por primera vez quise creer en la fábula del Edén, y lamenté que se hubiera perdido aquella maravilla. Desde entonces no volví a vivir en paz, porque a todas horas parecía decirme el aspecto sombrío de mi mujer:

—Busca trabajo. Busca dinero.

Yo pensaba que indudablemente algunas personas han nacido para que nadie las comprenda, y que entre esas me encontraba yo; porque no había uno, entre los que me rodeaban, que comprendiera mi estado de ánimo. Todo era lamentarse de la violencia que me hizo perder el empleo, y de mi modo de ser. Exponían, con razones que consideraban irrefutables, sus conceptos sobre la necesidad de conservar el empleo a costa de cualquier sacrificio. Con frecuencia les oía decir:

—En este tiempo hay que soportar patadas, si es necesario, pero no perder lo que nos proporciona el pan.

¡El pan! Siempre el pan. ¡Cuántas bajezas por el pan! Y mi angustia no podía ser mayor, porque mis razonamientos, hartos oscuros para todos, se estrellaban en el muro de la incompreensión general.

Tuve que resignarme a oír sermones, consejos y mil cosas de esa laya, por el hecho de que quien lo daba todo en la casa era el marido de mi cuñada.

¡Penosos días! La creencia de que yo era un chiflado echaba raíces con gran rapidez. Una frialdad que congelaba el ambiente, me azotaba el rostro. Nadie confiaba en mí. Y aquel estribillo de mi mujer:

—Hace falta dinero. Busca qué hacer.

Desolado, no cesaba de hacerme preguntas:

—¿Será mi mujer un verdugo? ¿Podrá decirme alguien para qué nací?

Y me iba a la calle, sin rumbo, en busca... ¡no sabía de qué!

*

* *

No quedó tienda donde yo no fuera en busca de trabajo, pero no lo obtuve sencillamente porque en los establecimientos del pueblo, ni aun los dueños hallan qué hacer. Todo parece estar

sumido en profundo letargo. Lo poco que se vende es a crédito y casi nunca se cobra. Los establecimientos cada vez son menos. No puedo olvidar lo que me dijo el último comerciante con quien me entrevisté:

Amigo, cualquiera le daría trabajo, pero el negocio no vale la pena. Usted sabe que el noventa por ciento de la gente que trabaja en la región, vive del central, y que el central ha monopolizado el negocio. Si la compañía no ejerciera el comercio al detalle quizás se podría vivir, pero usted sabe que ella lo resuelve todo con provisiones y mercancías, porque cuenta con todos los recursos para obligar a los que dependen de ella a comprar en sus tiendas. Sus peones cobran semanalmente y sus empleados todas las quincenas, pero todo el mundo sabe que ello no significa nada para el que cobra ni para nosotros. La pequeñez que le sobra a esa gente no le alcanza para nada y atento a ella el comercio particular no puede vivir. Lo que cobran los días de pago es una piltrafa que les echan para que crean que trabajan por dinero, y nada más. ¡Y nada podemos decir! Porque los métodos coercitivos que posee la compañía son tan perfectos que ante la imposibilidad de hacernos oír si denunciáramos la extorsión, sólo nos queda el recurso de callar.

¡Sólo nos queda el recurso de callar! Lo dijo aquel hombre y ¡de qué valía mi indignación! Nadie mejor que yo conocía esos métodos perfectos de que se vale el central. El sistema de avances en órdenes contra sus tiendas exclusivamente, y la pequeñez de los salarios, le dejan muy pocas veces algún residuo al trabajador, y como el central ejerce un espionaje abrumador sobre sus dependientes, ellos, por agradar al amo y por conservar el pan, gastan lo que les sobra en sus tiendas.

¡Malditas tiendas! En ellas es donde se paga la zafra. Es con provisiones y mercancías que arrojan como mínimo un treinta por ciento neto de ganancias, con lo que se paga la elaboración de los millones de quintales de azúcar que produce la región. ¡Es con arroz, arenques, harina de maíz, bacalao y fuerte azul, con lo que se les paga a miles de esclavos! Porque los pagos son una mentira. El peón, el empleado o como se llame, tiene que gastar más de un sesenta por ciento —casi nunca baja de un ochenta o un noventa por ciento— de su salario o sueldo, y luego, aquello que le sobra es tan poco, sirve para tan poca cosa, que horas después cae en el cajón de las bodegas.

Y como dijo el comerciante aquel, "es necesario callar", en vista de que nadie prestaría oídos a una denuncia sobre esa explotación, y estando seguros, como todos están de que cualquier simulacro de investigación nada llegaría a probar, porque el central es todopoderoso.

¡Todopoderoso! ¡Todos lo saben! Los vendedores de leche, los panaderos, los carniceros, todos gritan, todos dicen:

—Si el central sólo hiciera azúcar podríamos vivir.

Y es que el central hace de todo y vende de todo, ¡hasta hielo y carbón!

¡Qué rapacidad! Por no dejar de quitarnos, hay días que hasta nos quita el sol, porque el humo de sus chimeneas es tanto, que cubre pedazos de cielo.

*
* * *

Tales impresiones recogía en la calle, y ¿no era natural que viera el central con horror? Allí estuve prisionero, allí fui martirizado, humillado; allí se me cayó parte del pelo; allí vi un amigo ahorcado, otros locos, desesperados, bajo el peso de esa organización cuya única religión es el *over*. Allí —¿necesito decirlo?— ¡allí no volvería más! Y así se lo decía a mi mujer:

—¡No vuelvo al central! ¡No vuelvo al central!

Mi situación siguió estrechándose. Ya en la casa se me negaba el saludo. Para todos yo era un holgazán. Un chiflado.

—¡Tanto que trabaja mi marido! —decía mi cuñada.

—¡Tan estrecha la casa! —suspiraba mi suegra.

Y mi mujer:

—Busca jabón para la ropa. Busca dinero para la lavandera. Necesito un vestido. Busca trabajo.

Jamás creí que se podría acosar tanto a un hombre. Un día de esos, crucé al fin la frontera de mis escrúpulos y me decidí a recurrir a los viejos amigos, a los camaradas que seguían en el trapiche de la finca. Y fui a casa de Eduardo...

Recuerdo el día. ¡Qué cariñoso recibimiento! Me abrazó como a un hermano.

—Lo tuyo nos duele en carne viva —me dijo—. ¡No sabes cuánto nos ha desalentado esa injusticia! Pero no olvides que estamos aquí. Tú sabes que siempre puedes disponer de una parte de nuestros sueldos. Al menos del mío y creo que también del que gana Valerio.

No sé por qué una rara emoción me hacía encoger la piel de la cara. Un deseo de abrazarlo fuerte y largamente me subía al corazón. No era por el dinero que ya me había dado, sino porque al fin hallaba una persona que no me hiciera acusaciones por haber perdido el empleo.

Después, entrada la noche, frente a una mesa donde se amontonaban unos platos con restos de comida, vaciando la segunda botella de ron, su voz era una ola de indignación:

—Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a los explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas. ¡Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán!...

Y todavía al acostarnos su voz seguía diciendo:

—Es lástima que en una tierra donde siempre debió haber paz se haya conocido esta injusticia. Se le está creando un porvenir sombrío a nuestro pueblo, porque nuestros hombres quedarán incapacitados para toda obra de bien, de seguir amargándoseles así; ¡estrangularán en ellos hasta el último buen sentimiento!

Quedaba en silencio, sacudía la cabeza y otra vez murmuraba:

—¡Es una lástima!...

Pasó la noche. Al día siguiente fui en un caballo de mi amigo, hasta un pobladito que se arrastra en un camino real que desemboca en la carretera. En ese lugar esperaba un automóvil, mientras mi vista examinaba aquel raro caserío que ya no podría crecer más.

¡Triste y sufrido poblado aquél! La necesidad de vivir llevó a sus fundadores a ese lugar. Levantaron sus enramadas y casuchas allí, porque el camino era del gobierno y el sitio estaba al pie de una oficina de pago del central. Tuvieron miles de inconvenientes porque desde un principio la compañía trató de barrerlos, pero se agarraron con dientes y uñas a esa faja de tierra nacional, cuyo ancho no excede de cuarenta metros, y formaron dos hileras de casas, sin patios. Casi todas aquellas construcciones de madera, techadas de zinc, están ocupadas por establecimientos comerciales, y sus dueños viven porque algo venden de día en día, a los peones de la finca. Pero es imposible que haya en la tierra otra comunidad tan humillada como esa. Las alambradas del central clavan sus púas en las paredes posteriores de las casas, como dándoles un empujón brutal, para arrojarlas del sitio. No ha habido forma de obtener una cuarta de tierra para letrinas y patios. Los hijos de aquellos hombres no han hallado lugar para sus juegos infantiles, y como una ironía: miles, ¡miles de tareas del central! hasta más allá de la línea del horizonte.

Y no son los alambres únicamente los que estrechan la vida de los moradores de aquel poblado. Sus tiendas, como las del pueblo, dormitan. Ese día les vi a todos, uno por uno, leyendo periódicos, o mirando, de codos al mostrador, la lejanía, mientras en la bodega que a la entrada del poblado, como un tapón les ha ajustado la compañía, una turba de peones se desgañitaba voceándoles a dos dependientes que no podían despacharles.

¡Duro espectáculo!

*

* * *

Otro día estuve donde Valerio. Exaltado como siempre, saltó el mostrador y me alcanzó con los brazos abiertos. Lo primero que hizo fue brindarme medio vaso de ron, porque sigue sosteniendo su vieja teoría de que sólo borracho se puede vivir en medio de estos cañaverales. Me habló largamente lo que significa el ron para los que no pueden darle rumbo a su vida, y afirmó su teoría con argumentos contundentes.

—Si uno es un trapo, debe estar borracho. ¿Qué rayos puede hacer aquí un desgraciado? ¿Pensar en sacar *over* y echar barriga? ¿Sacarles las tripas a estos peones a sangre fría? ¡No fuñan! ¡Hay que estar borracho!

Luego concluyó:

—Y además, nosotros somos hijos del ron. Estamos destinados a nacer, a crecer y a morir bajo la influencia del ron. Esto, compadre, sólo se puede ver desde un tonel de ron. Aquí todo es ron, mi viejo...

Yo le oía, sonreído, aún a mi pesar, y pensaba que con el ron también nos robaron la tierra, y con ella la felicidad.

Esa noche nos emborrachamos, para confirmar la teoría de Valerio. La mujer de mi amigo, como siempre, permanecía callada, serena, sin expresión alguna, al lado de la mesita donde una lámpara de petróleo derramaba su pobre luz. Los chiquillos roncaban. Cuando llegó la hora de acostarnos, me improvisaron dormitorio en el cuartito que en las casitas de la compañía hace las veces de sala, cocina y comedor.

La voz de mi amigo rezongaba desde el aposento:

—No queda otro remedio que estar borracho, hermano. ¡No queda otro remedio!

Caí lloraba.

*

* *

Después viví unos quince días algo tranquilo. Pero ¡son tan poca cosa ocho o diez pesos! Y los míos —¿cómo evitarlo?— tocaron a su fin, como todo en la tierra; y volvió la desesperación a mi vida.

En la casa el ambiente era punzante. Mi cuñada quería romper las puertas, de tanto que las estrellaba, cuando me veía. El marido evitaba hallarme. Mi suegra, como siempre, se mostraba indiferente y soltaba suspiros. Hasta que al fin comprendí que allí alguien estaba de más, molestando al resto, y que ese alguien era yo.

A esa conclusión llegué una noche, después de acostado. Los demás, inclusive mi mujer, se desternillaban de risa en

la galería. Entré al cuarto. Mi mujer no vino, como en otros días, a arreglarme la cama. Las risas, afuera, seguían. Se me retorcía el corazón. Hilvanaba en mi mente un discurso, en el cual vaciaría todo mi desengaño antes de partir. Me colocaría en medio de todos y les diría:

—¡Eh, ustedes! Recuerden que en mi casa fui un caballero. Todo lo mío —casi nada—, pero todo lo mío, ¡era de ustedes! Siempre hallaron abierto mi corazón, y ahora, en pago, ¡me echan! ¡Sí, porque no es otra cosa lo que hacen!

Me vestí. Cuando asomé a la puerta, todos hicieron silencio, a pesar de que ninguno quiso mirarme. Les miré a todos, erguíme cuan alto soy... ¡pero se me ahogó el discurso y me fui sin decir palabra!

Después, ¡ah! después... ¡Nadie lo creería! Lo que me sucedió no lo entendería yo mismo de haberle ocurrido a otro. Experimentaba la sensación, que sentimos cuando nos enfadamos injustamente o nos quejamos sin razón.

¡Eso sentía yo! Y lo repito, de haberle sucedido a otro, no lo hubiera comprendido.

Una voz lejana me explicaba todo en forma que apagaba mi indignación y aumentaba mi amargura. Las palabras venían suaves, explícitas, bajo la lluvia que retozaba en los faroles:

“Entiende, hombre, ¡entiende! —decía—. Arráncate de la mente la injusticia. ¡Ellos tienen razón! ¿Qué hiciste? Su hija era hermosa y fresca como una flor. ¡Tú eras un ser en la miseria, viruta pequeñita en el torbellino de la explotación! Y una noche, te llevaste a la niña hacia tu vida estrecha, lleno de egoísmo...”

Las manos en los bolsillos del pantalón, la solapa del saco levantada, el sombrero ajustado hasta las cejas, la espalda encorvada, bajo la llovizna marchaba yo. La voz seguía:

“Ellos tienen razón. No son culpables de no tener ojos para ver lo que te convirtió en un ser huraño y gris ante su niña, que se lanzó a la vida confiando en ti. ¡El *over* se tragó tu vida! Le pertenecías. Debiste saber que de ti no podías dar nada, porque

todo lo tuyo —conciencia, cuerpo, corazón—, era del monstruo que ahoga a los hombres en la agonía del *más*.

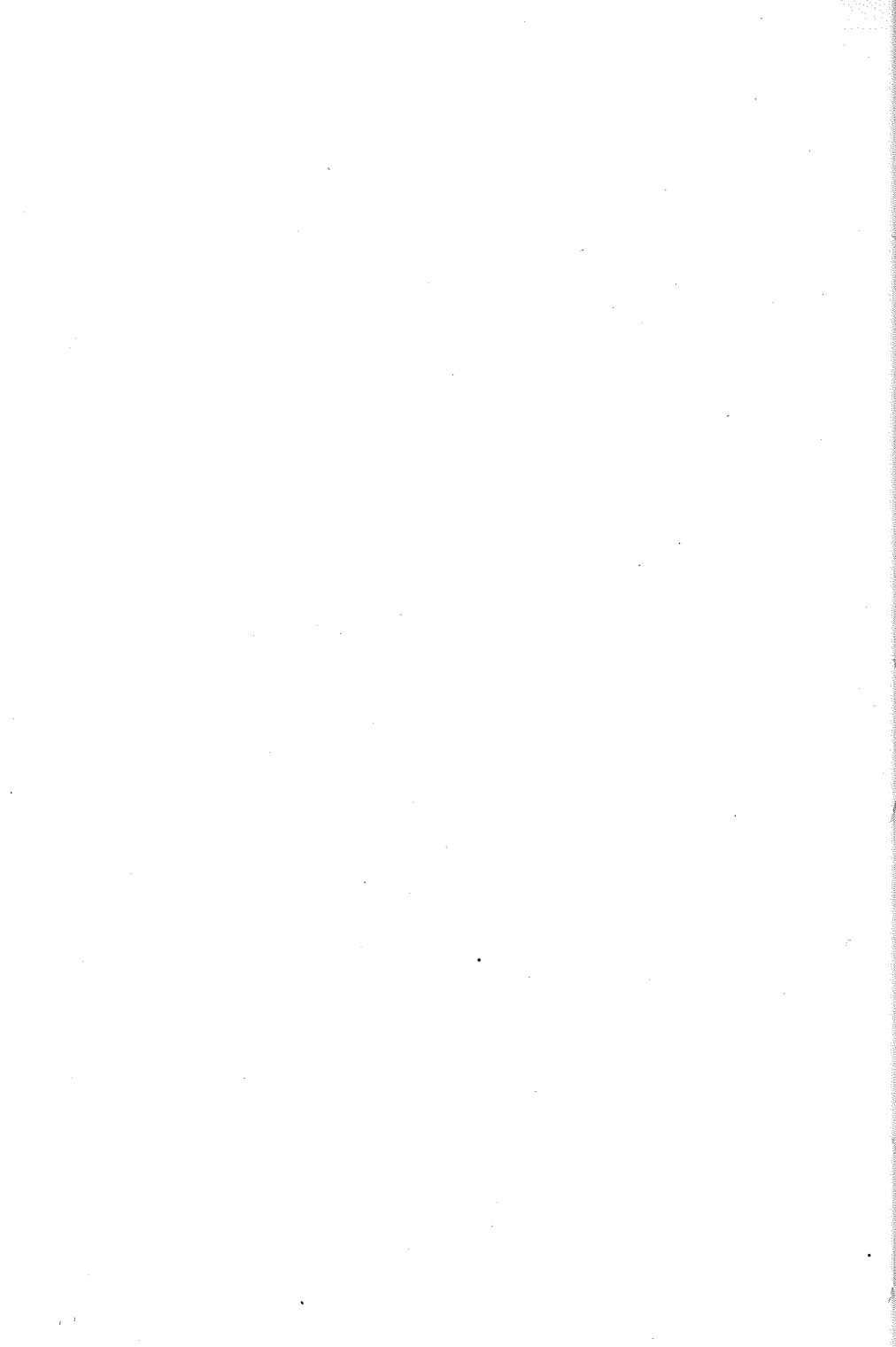
“¿Y qué saben ellos? ¿Acaso tienen ojos para ver tu angustia? ¿Pueden saber de tu desesperación? Tú, que comprendías, fuiste quien obraste mal. Ahora en ti sólo ven al que amargó la juventud de su niña, sumiéndola egoístamente en la vorágine donde naufragó tu vida.

“¡Hombre! Si conservas algo digno en el alma, comprende. ¡Y si no puedes ahogar tu ira, vuélvela contra ti, o contra la fuerza que te arrebató!”

Después de eso caminé durante un par de horas. La llovizna caía sobre mí como un llanto. Tuve ganas de gritar, pero el peso de mi alma era tan grande, que vagué callado, sin rumbo, más viejo que el resto de la humanidad.

Fue la puerta abierta de una casa deshabitada la que me invitó a entrar. Allí tendí mi americana en el piso y me tumbé como un animal herido.

La llovizna seguía cayendo. La quietud se enseñoreaba de la noche. Mi ser era una cosa gastada. Me quedé dormido...



III

Cuando al hombre se le tuerce la vida, aunque tenga conciencia de ello, difícilmente la vuelve a enderezar. Inútilmente me digo: "Ahogas tu alma en ron; procedes como un hombre débil, como un sentimental. Tu vida se pierde. Ese no es tu camino".

El reclamo de mis viejas y buenas ideas es débil, apagado, y parece que me hundo en el cieno cada día más, porque desde aquella noche, ¿qué he hecho?

Recuerdo...

El día me sorprendió sin orientación. La mañana era llorosa y como ella estaba mi alma. Vagaba por las calles del pueblo sin rumbo, sin ninguna intención definida, cuando hallé a un viejo amigo. Era un muchacho de los que fueron mis compañeros en los primeros días de la vida. Nos abrazamos y él se desbordó en entusiasmo:

—¿Cómo estás, viejo amigo? ¿Cómo estás?

Así me decía, y reía muy contento de haberme hallado. Yo me conducía como un idiota, pero creo que también reía. Él hablaba como un torrente:

—¿Sabes qué he dado la mar de tumbos? ¿Recuerdas cuando me fui de aquí?... Trabajé en barcos enormes, en fábricas gigantes. Me quedé dormido mecido por las olas, y también

fui ensordecido por el trepidar de las maquinarias de factorías monstruosas, ¡porque estuve en New York! Conocí mujeres de todas las razas, de todas las costumbres, que me dijeron su amor en idiomas diversos. Apuré mucho los goces, viejo, para convencerme de que la vida es buena cuando se la lleva así... Y sin embargo, fuera de las juergas y aun dentro de ellas, no hallaba el reposo, la tranquilidad, el sitio, ¡el equilibrio que salí a buscar cuando abandoné esta tierra!

Ya había cambiado de tono. Ahora parecía un poco triste. Miraba vagamente y hablaba como un extraviado.

—¡No me hallaba satisfecho! —continuó—. Hasta que un día, en Cuba, me entró eso que llaman “nostalgia de la patria”. Pensé que el hombre, para ser feliz, no necesita perderse en el placer. Me convencí de que un pueblo, unos viejos amigos, una mujer, un pequeño trabajo, bastan para vivir; ¡y marché para casa otra vez!...

Su entusiasmo ya estaba lejos, apagado por completo. Ahora miraba las chimeneas del central, que se elevaban por encima de todas las alturas de la ciudad, y prosiguió como cansado:

—Pero obedecí a un impulso de sentimentalismo fatal. ¡La falta de memoria! ¿Por qué el hombre tendrá tan mala memoria? Yo había olvidado todo esto en lo que tiene de realidad y sólo tenía conmigo los colores y la música. Veía nuestra vida de muchachos y nada más. Cometí un error. En New York, un obrero, como personalidad aristocrática, del mundo de las finanzas, o algo así, no es nadie, pero como ser humano es mucho. Allí, si el hombre trabaja, tendrá donde vivir con algún confort, tendrá comida hasta hartarse, y como quiera, tendrá una amiga desinteresada. En cambio, aquí... ¡Esto no tiene comparación!... Mi primer trabajo fue en el almacén de azúcar, y quedé pasmado, mejor dicho, aplastado, cuando el día de pago me enteré de que por cargar un saco de trescientas veinte libras, sólo se le paga al hombre un centavo. Un centavo de cobre, hermano, ¡un centavo! ¡Y hay que ver de dónde se ha de bajar ese saco o a dónde se ha de trepar! Luego fui a las factorías, y allí es donde trabajo cuando hay lo que ellos llaman “una oportunidad”. Pero puedes jurar que no se vive como gente. ¡Es admirable! Aquí está este pueblo con sus doce mil habitantes y nadie sabe cómo viven los que están allí mismo, a unos cuantos metros. Se trabaja doce horas en las factorías

por cuarenticinco centavos. Quince días trabaja un individuo de día, y quince de noche. ¡De noche! Doce horas de noche, sin tregua. Hay que saber lo que significan sus minutos, uno por uno, cuando el peón batalla con el sueño, de pie, entre volantas y engranajes que giran locamente. El hombre sabe que si falsea y cae perderá la vida, y cualquier noche ve a un compañero caer. En esta última zafra, cayó un pobre muchacho, que tenía paludismo y no se podía tener en pie de la debilidad, y los engranajes lo hicieron añicos. En una pequeña caja cupo lo que apareció de él. ¡Y todo por cuarenticinco centavos!

Yo le oía como adormecido. En ciertas ocasiones pronunciaba alguna frase vaga, en forma de comentario. Me había dejado llevar por mi compañero y cuando habían transcurrido unos quince minutos, él se detuvo frente a una casita blanca del central. Allí me dijo:

—Estamos frente a mi casa. Entremos.

Tenía una mujercita —una niña, se puede decir—, con un pequeñín de cuatro meses. El chiquillo se desgañitaba gritando; la mujer, cuando llegamos, trataba de introducirle un pezón de su pecho en la boca. Mi amigo parecía un hombre sumamente cargado que acabara de recibir súbitamente, sobre su vieja carga, un gran peso más.

—Esta es mi mujer —me dijo. Y luego, dirigiéndose a ella: —Sunilda: búscate dos “palitos”.

La mujercita abandonó al niño en una caja de cartón, y la criatura siguió gritando. Entró al aposento, y a poco salió con una botella y dos vasos. Mi amigo sonrió:

—Yo no tomo café.

Y le temblaban los labios.

Bebimos el primer trago. Todavía yo no había hilvanado una idea, y aquel ron me reanimó un poco.

—Pero háblame de tu vida -inquirió mi compañero, como quien recuerda algo que no debería haber olvidado-. No te he dejado tiempo para decir nada. ¡Háblame!

Y ahora sonreía.

El día había aclarado. El sol se sacudía en el cielo. Nos hallábamos en el patio, a la sombra de un flamboyán florecido. Mi amigo se echaba hacia atrás en una mecedora de guano, descansando los pies en una silla vieja. Yo ocupaba otra mece-

dora y tenía los pies en tierra. En una mano sostenía mi vaso. La botella estaba en el suelo.

—Lo que podría contarte es muy largo —le dije, sin decidirme todavía.

—No importa. Hoy no tengo trabajo. Te quedarás a comer. Y luego, como una explicación añadí:

—Gano poco, pero he hallado un chino que fía de todo, ¡y mientras no se detenga!... ¡Adelante!

Y me guiñó un ojo.

En otro trago me soltó un poco la lengua. “Justamente —pen-saba—, de esto era de lo que yo tenía necesidad: de un poco de ron y de una persona que quisiera hablar, ¡pero hablar de esta vida!”

—Y el viejo, ¿cómo te trata? —me preguntó.

—¿El viejo?

Él se refería a mi padre. Se lo dije todo. Le hablé de la finca, de mi mujer... Sólo no le confesé que yo no tenía alojamiento.

Mi narración le emocionaba. El muchacho me oía serio, sorbiendo a ratos el ron. Luego me dijo:

—Estás viejo, chico, Esta vida es un desastre. ¡Si yo vuelvo a encontrar el camino...!

Y su mirada se perdió en el lomo reluciente del mar que se rizaba a la vista...

Al oírle se me ocurrió pensar:

—¡El camino! ¿Por qué no se me había ocurrido salir? ¿No sería mejor? Ya en esta tierra se me haría muy difícil vivir. Aquí no tenía ningún lazo de afecto que me atara; era solo. ¡Lo mejor sería volar!

Se lo dije. Repentinamente él se animó:

—¡Qué bueno, chico! ¡Qué bueno! Si te marchas de aquí, te sanas. ¡Podemos hacer un esfuerzo y largarnos! En cualquier goleta nos podemos introducir en Puerto Rico. Allí nos proporcionamos papeles como súbditos americanos, y ¡ya tenemos las puertas del mundo abiertas!

En eso, el niño volvió a chillar. La madrecita decía:

—Calla, nené... calla...

—Mi amigo arrugó el entrecejo. Se apagó su entusiasmo. Miró la botella, casi vacía, y como quien muerde su ira, llamó a la mujer:

—¡Sunilda! ¡Tráeme lápiz y papel y ponte los zapatos! ¡Vas a ir donde el chino!

Su voz era áspera. Vació los últimos dos tragos en los vasos y se echó el suyo rápidamente. La mujercita, callada, temerosa, se borró en el interior de la casa. A poco volvió con lo que se le había pedido. El marido escribió, le entregó el papel, y la vi marchar a prisa...

El niño seguía gritando.

—¡Qué disparate! —dijo mi amigo, con remordimiento visible—. ¡Dizque meterse uno con estas pobres mujercitas que sólo saben obedecer como bueyes o chillar como pájaros! ¡Qué disparate!

Le miré, y comprendí que el viaje era un sueño. El niño gritaba ahora más. Mi amigo, malhumorado, fue hacia él.

—¡Calla, carajo! —le rugió.

El inocente no entendió. Siguió su llanto. El hombre titubeó durante un momento; luego se inclinó y tomó la criatura en sus brazos. Ahora mecía al niño diciendo:

—No llores, chichí... no llores, chichí...

Su figura, encorvada, meciendo al hijo acunado en sus brazos, simbolizaba un árbol doblado por el peso de sus frutos.

Todavía mecía al niño cuando llegó la mujer. Entrególe al marido el ron, y tomó el hijo. Cuando mi compañero me volvió la cara, se le emborronaban en el rostro la inconformidad, la alegría y la pena, en forma indefinible...

*

* *

Desde ese día viví borracho. En casa de mi amigo encontré otros hombres que no trabajarían hasta principios de zafra, y la zafra todavía distaba unos treinta días. Aquellos individuos eran gentes oscuras, sin educación, que trabajaban seis meses en la factoría y pasaban seis meses sin trabajar. Eran hombres sin ninguna idea fija, que vivían sin saber con qué objeto. Cuando permanecíamos largos ratos sin hallar de qué hablar —ellos bostezando, yo como un animal apaleado—, alguno decía:

—Vamos a beber.

Y se bebía.

O proponía otro:

—Vamos al cafetín.

(Que también equivalía a beber). Y todos marchábamos hacia allí. Pero nadie sabía con qué fin.

En el bajo fondo de la ciudad viví aquellos días inolvidables. Aquellos sujetos no eran malos. Sus vidas estaban anegadas en un fango de ignorancia y vicio, que hizo de ellos su presa desde que nacieron. Trabajaban en el ingenio como bueyes, año tras año; tenían mujeres, hijos, y no pensaban en ellos. Iban donde las mujeres públicas. Bebían, ¿por qué?...

Yo también bebía, ¡y no sabía por qué lo hacía!

*
* *

Hallé una prostituta que se enamoró de mí. Era una mujercita delgaducha, de ojos oblicuos, mulatita, cariñosa como una gata mimada. Sin embargo, me producía la impresión de un animalillo inofensivo que había sido muy maltratado. Cada vez que nos veíamos en el cafetín donde vivía, se me colgaba al cuello y me decía:

—Papito: sácame de aquí. ¡Sácame de aquí!

Me lo decía esperando de mí algo así como su salvación, y quedaba como en suspenso, prendida de mis labios.

—No puedo —le respondía con franqueza—. Soy casado y no tengo trabajo ni dinero.

—Si tú no vives con tu mujer, no importa. Yo quiero que me saques, que me honres... ¡Tú harás "maromas" y yo lavaré!

Y seguía siempre como en suspenso.

No le respondía. La miraba con pena. Ella permanecía un rato pensativa, y luego, desesperanzada, murmuraba:

—Son disparates. ¿Cómo puede ser?

Bebía el ron, y como queriendo convencerse de que algo soñado no era cierto, hablaba otra vez:

—No creas nada de eso. Tú me gustas, a pesar de que bien sé que no te intereso. ¡Pero me gustas! ¿Entiendes?... Me gustas, y nada más...

Reía lo mejor que podía, y me decía nuevamente, rozando su cara en mi pecho...

—No se puede vivir sin dinero. Tú no ganas dinero... Pero me gustas. ¿Entiendes? Me gustas...

Y bebía, bebía...

Yo me preguntaba: "¿Esta es mi tierra? ¿Por qué esta isla que debió ser de paz se ha tornado en pantano semejante? ¿Por qué nos matan así?"

Y mi vista desolada, al buscar el horizonte, chocaba con las grandes chimeneas del central, que se elevaban siempre, imponentes, por encima de todo...

*
* *

Yo había perdido la fuerza y el deseo de razonar. No transitable por la parte alta de la ciudad. Sentíame rechazado por todos los que ayer habían sido mis compañeros, y ahora permanecía entre esos hombres que no pensaban, que se dejaban llevar por su vida, y que me brindaban su ron y su comida indiferentemente.

Las primeras noches las pasé en aquella casa deshabitada, pero un día alguien la tomó en alquiler. Entonces me vi obligado a confesarle a mi amigo esa nueva miseria. Él era muy pobre y en su casa había pocos muebles, pero me brindó lo que pudo: la camilla donde dormía su hijito, y una colchoneta que el niño empapaba de orines durante el día y que yo secaba de noche con mi calor.

En su casa comía casi siempre y bebía diariamente. ¡Pero era todo aquello tan absurdo! A veces, cuando se me disipaban los vapores de una borrachera, me sentía como quien ha robado, matado o cometido algo igual. Entonces trataba de explicarme: "Es el hecho de vivir de favor. Es que los hombres han sido muy duros conmigo". Y ni por un momento quería pensar: "Es que voy torcido".

*
* * *

Mi amante la prostituta me dijo una noche:

—Ven a dormir conmigo. Después de las doce, ya no viene nadie. Me haces falta.

Sin pensar en ello le dije que sí. Y desde aquella noche esperaba que se alejaran los que pasaban para luego ir yo a dormir.

Sentía un escozor en el pecho que me causaba una vergüenza atroz, pero trataba de justificarme diciéndome:

—¿No es ella una buena mujer? ¡Sólo ella es decente! ¡Sólo ella me quiere! Si la vida es así, ¿qué le vamos a hacer?

*
* *

Las gentes del pueblo que me veían dando traspiés —a veces no era por borrachera, sino porque comía mal— decían:

—Danielito Comprés, el hijo de don Lope. ¡Se perdió ese muchacho!

Y algunos, que se atrevían a dirigirme la palabra, me recriminaban:

—Deja eso. No andes por ahí... ¡Esas gentes...!

Un loco deseo de golpearles me sacaba de quicio, y atropelladamente, les barbotaba:

—¿A quién le importa? Me despidió el padre, me despidió el central, me rechazaron todos, y ahora, ¡vienen a sermonear! ¡Si alguien se pierde, ese alguien soy yo, y yo tengo derecho a disponer de mí!

El que me había hablado, se excusaba y marchaba a toda prisa, asombrado. Yo me sentía hueco. Sentía como que iba a caer, y sacudía la cabeza para no oír algo que me decía: "¡Imbécil! ¿Por qué mientes? ¿Acaso vas bien?"

Y volvía al ron...

*

* *

Fue ayer cuando no quise beber más. Más que nunca me sentía avergonzado ante mí mismo. No quise ver a mi amante la prostituta, y anoche me eché en un vagón.

Sobre mí estaba el cielo azul regado de estrellas. La luna, rota, era una loca. En vez de dormir, yo dormitaba. Comenzó a hablarme una voz:

“¡Eh! ¿Qué piensas? El monstruo todos los días engulle más hombres. (La factoría estaba ahí con sus mil ojos apagados). La historia de tu pueblo, la de tu región, es la de la caña. Tus hermanos entran en el molino, el molino los tritura, su sangre corre por canales: es oro, es ganancia, ¡es *over!*, ¡se va!... ¡Y de los hombres, aquí en tu tierra, sólo queda bagazo!

“A ti también te molieron, pero algo quedó dentro de ti que no fue triturado por el engranaje. Creyeron que ya no tenías savia —tú mismo lo has creído—, y te arrojaron. Pero, ¿no queda la duda en ti? ¿No temes confesarte que vas mal, que hay otro camino?... ¿A dónde vas? Y el horizonte, ¿no has visto el horizonte?”

Mi cuerpo, debilitado por el hambre del día, comenzó a temblar. Del pecho me subía una oleada de emoción incontenible. La voz seguía:

“No te apegues a esto que ya no es tuyo. ¡Tú mismo ya no eres de aquí! Ya diste tu *over*, ¿qué esperas? Creo que sólo te retiene la obsesión de que ya no eres nada. ¡Has visto tantos hombres gastados, destruidos! ¡Has visto tanto bagazo!... Que ya no te explicas -no quieres aceptar-, que tú no estés igual. Pero, ¿no ves el camino? ¡Acecha el sueño del monstruo que ahora duerme, y marcha antes de que comience la nueva molienda! ¡Vete, hermano!”

Lo último lo oí en pie. La sensación de que era perseguido me impelió a caminar. Eché el cuerpo hacia adelante, y a pasos largos, inclinado, fugitivo, crucé el pueblo.

*

* *

La noche se fue. Abriendo un boquete en el cielo, asoma su gran cara el sol. ¡Se me deshizo aquella oleada de emoción!

Si digo que me arrastra una aspiración, una esperanza de volver a ser... ¡miento! Porque sé que la dicha —la alegría de la vida— se perdió, se quedó atrás.

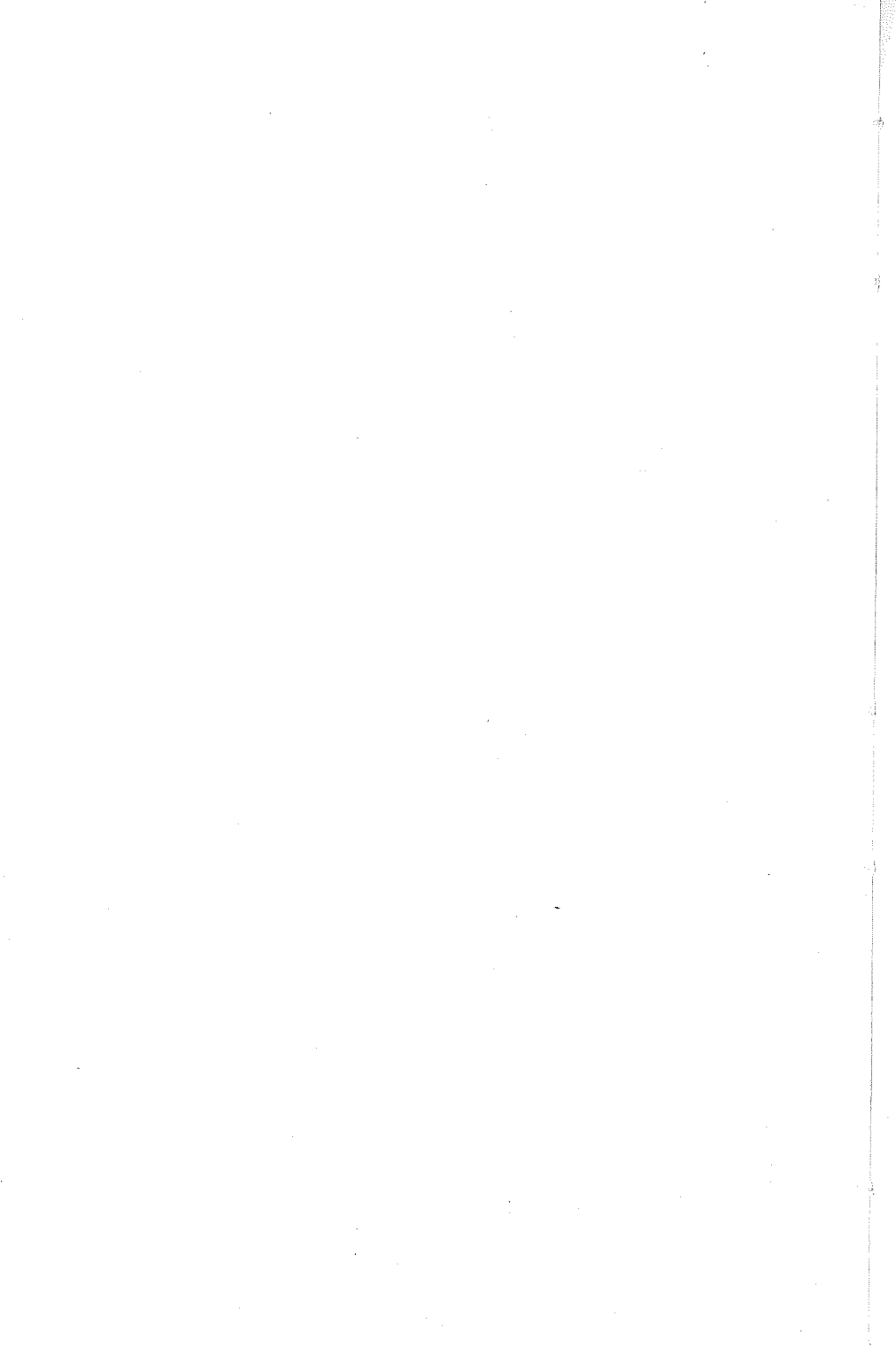
Voy, quizás obedeciendo a un primitivo instinto de conservación, ¡quizás huyendo de mí!

Voy, porque siento que algo maléfico me persigue, y eso me arrastra —en un supremo esfuerzo— por el camino que se abre ante mí.

La brisa pobre, se enreda en la melena del último cañaval.
Camino...

FIN

ÍNDICE



NOTA

Manuel Rueda 7

LA NARRATIVA DE RAMÓN MARRERO ARISTY

Andrés L. Mateo 9

BALSÍE
NARRACIONES, ESTAMPAS Y CUENTOS

Balsié	29
En El Arroyo	41
Mujeres	53
Latienda	59
El capitán	71
Entre bayahondas	83
El fugitivo (Fragmento de novela)	101
Una razón	105
Dolores	111
En busca de enganche	121

OVER

PRIMERA PARTE

I	145
II	155

III	163
IV	179
V	201
VI	215

SEGUNDA PARTE

I	227
II	235
III	241
IV	247
V	255
VI	263
VII	277

TERCERA PARTE

I	287
II	299
III	311

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
3.- Diario (enero-agosto de 1921).

Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.-La canción de una vida.

Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.

Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.

Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.

Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.

Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié.-Over.

De próxima aparición:

Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
1.- Cuentos.

Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
2.- Ensayos históricos.

Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
3.- Ensayos literarios.

Este libro se terminó de imprimir
el día 5 de diciembre de 1993
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. PORA.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana